

REVISTA  
DE  
HISTORIA  
MILITAR



Año XIV

1970

Núm. 29

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO  
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA  
DE  
HISTORIA MILITAR

Año XIV

1970

Núm. 29

**DIRECTOR:** Excmo. Sr. D. José Caruana Gómez de Barreda,  
General de Brigada de Caballería.

**Consejo de Redacción**

**ASESORES:** D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor, y  
D. José Manuel Martínez Bande, Coronel de Artillería.

**REDACTOR JEFE:** D. Joaquín Portillo Togores, Coronel de Ca-  
ballería, del Servicio de Estado Mayor.

**SECRETARIO DE REDACCION:** D. José María Gárate Cór-  
doba, Teniente Coronel de Infantería.

**REDACTOR:** D. Juan Barrios Gutiérrez, Comandante de Artillería.

**ADMINISTRADOR:** D. Constantino Alonso Calle, Capitán de  
Oficinas Militares.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03-00

Precio del número: 75 pesetas

## SUMARIO

|  | Págs. |
|--|-------|
| Evolución y razones históricas de la guerrilla en España, por RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ ... ..  | 7     |
| La Hispania indómita: Las guerrillas celtíberas como antecedente para la historia del Ejército español.—I, por JOSÉ MARÍA GÁRATE CÓRDOBA ... ..    | 21    |
| La situación militar en Aragón en el siglo xvii.—II, por JOSÉ CAMÓN AZNAR.   | 41    |
| Los ministros de Carlos IV frente a la Revolución francesa, por MIGUEL ALONSO BAQUER ... ..  | 79    |
| San Martín en la batalla de Bailén, por TOMÁS A. SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE.  | 101   |
| Ciudad Rodrigo en poder de los ingleses (enero de 1812), por JEAN SARRAMÓN.  | 125   |
| Los barcos hospitales en la campaña de Cuba, por JOSÉ TORRES MEDINA ...  | 161   |
| Crónica de la Comisión Española de Historia Militar Comparada en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Moscú, agosto 1970) ... .. | 187   |

### BIBLIOGRAFÍA

|   |     |
|---|-----|
| <i>La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca</i> , del Servicio Histórico Militar; <i>Galería Militar Contemporánea: Medalla Militar</i> , de Servicio Histórico Militar; <i>Cuentos de la guerra de España</i> , de José María Gárate; <i>La Guerra de España desde el Aire</i> , de Jesús Salas Larrazábal; <i>La Legión Española: Cincuenta años de historia</i> , de Subinspección de la Legión; <i>La historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial</i> , de Eddy Bauer ... .. | 201 |
| Obras publicadas por el Servicio Histórico Militar ... ..   | 221 |

---

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos de esta revista reflejan únicamente la opinión personal de sus autores.



Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar, e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Depósito Legal M. 7.667.-1958.

## EVOLUCION Y RAZONES HISTORICAS DE LA GUERRILLA EN ESPAÑA

Comunicación del S. H. M. al XIII Congreso I. de C. H. celebrado en Moscú, leída por su ponente el teniente coronel don Ramón Sánchez Díaz el 21 de agosto de 1970.

Creemos que en la verdad culta y desapasionada de nuestro tiempo no cabe atribuir la paternidad de la guerrilla a ningún pueblo ni a ninguna raza.

Cada día está más claro que la Historia, al rasgar el velo de la vida que fue, presenta síntomas de evolución unitaria. Y opinamos, con Walter Goetz, que en el fondo de la Historia actúa un solo tema: el hombre y la configuración de la existencia humana, con igualdades y semejanzas que superan todas las divisiones en el tiempo y en el espacio.

Sin embargo, es inevitable que dentro del rotar unitario de la Historia, cada pueblo interprete el hecho histórico según su personalidad, lo que sirve de base a la Historia Comparada y da valor y colorido a sus conclusiones.

### *La guerrilla en su esencia primaria.*

La guerrilla, tal como la circunstancia de su nacer histórico nos permite admitir, no es más que la reacción armada, violenta y extrema de la fracción de pueblo que renuncia a sucumbir.

Esto es la guerrilla en su esencia primaria. La guerrilla evolucionada, la pensada y calculada en los Estados Mayores, es guerrilla en cuanto a sus objetivos y en cuanto a sus posibilidades o modos de acción, pero nunca podrá inyectársele el tono heroico y popular de la guerrilla espontánea, la que *nace*, no la que se crea.

La guerrilla, como las *resistencias* de la última guerra mundial, surge, precisamente, del sector de pueblo que no se somete a la capitulación formal o que no acepta cualquier estado de cosas que juzga injusto. En este climax aparece el guerrillero y se constituye la guerrilla. Tratemos de deslindar este sector de potencial guerrillero.

Existe el pueblo de *plebs*, *plebis*, y existe el pueblo del *ethnos*; es decir: la raíz latina y la raíz griega, ésta con sentido más esencial, más inmanente. Para los romanos, el pueblo era masa, emulsión de unidades humanas; para los griegos, el pueblo era haz de individualidades homogéneas, con idea implícita de graduación y de categoría, aunque se hallara incrustado dentro del gran todo social. *Ethnos* es término más concreto, más definido que el de masa: una realidad fruto de diferenciaciones y estratos de carácter histórico.

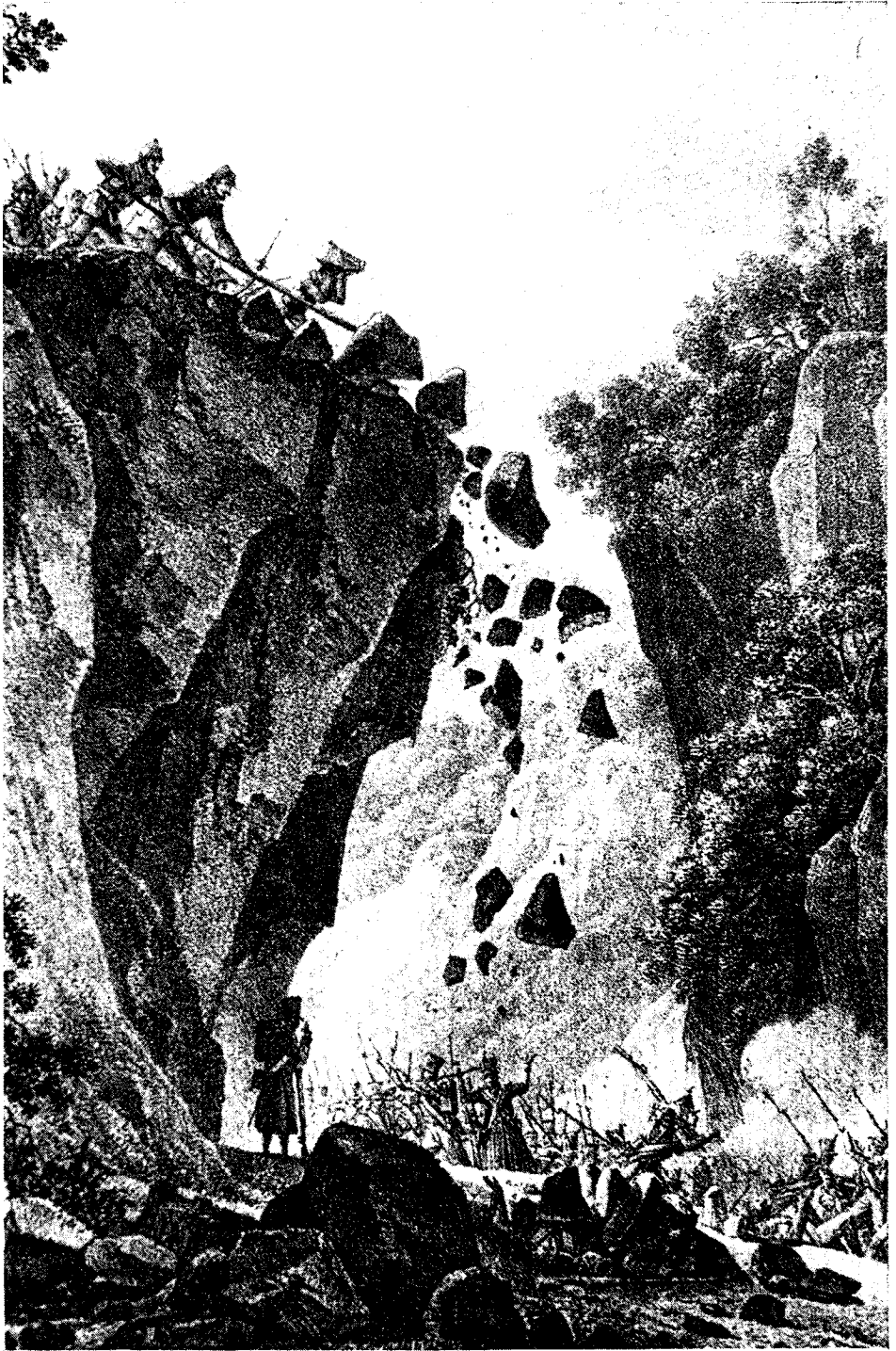
Masa y pueblo son términos prácticamente equivalentes, pero no iguales. La masa es poco sensible ante el acontecer histórico, pero hay un sector de pueblo —que no es masa— siempre dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias todo lo que considera justo. En este sector nace la guerrilla y lucha y muere el guerrillero.

### *El factor geográfico.*

Si algo hay que encadena al hombre a su destino histórico, ese algo es el pedazo de tierra en que le tocó nacer y vivir. La Historia, en sus constantes insoslayables, se presenta como producto rezumado del suelo.

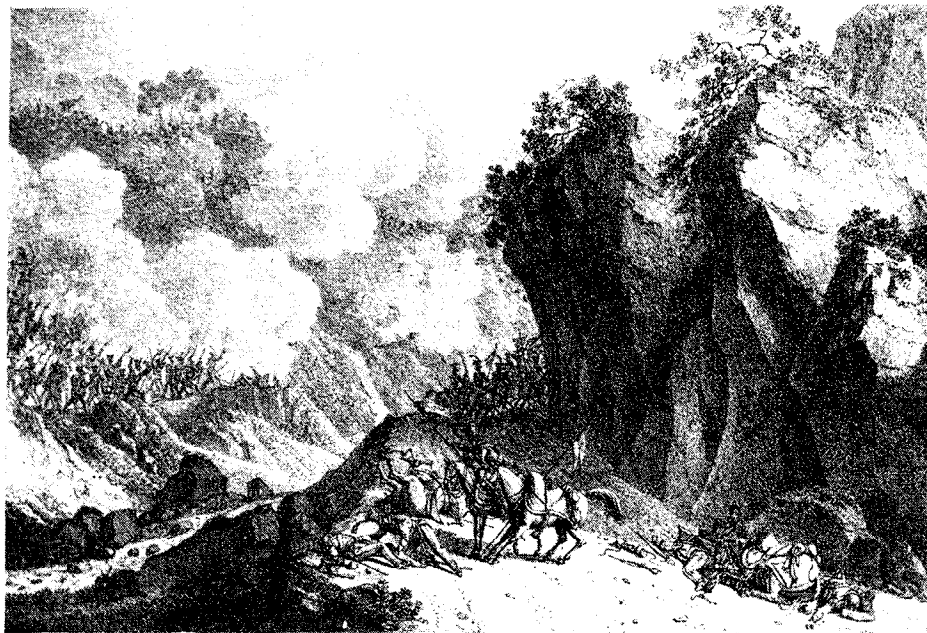
Toda conducta humana, toda actividad vital, es consecuencia próxima o remota de factores condicionantes. El carácter guerrillero de la lucha celtibérica contra fenicios, cartagineses, griegos y romanos, tuvo por marco de posibilidad la recia topografía de la Península, huella altiva de una geodinámica sin grandes concesiones al ansia fecunda de la Tierra.

Los pueblos invasores de la antigüedad, al afincarse en las zonas habitables y productivas de la periferia peninsular, empujaron al celtibero hacia el interior o hacia el complejo montañoso de la cordillera pirenaica. El celtibero, impotente y acorralado, hizo la guerra de la única manera que podía hacerla: *a lo bandolero*, como dicen los



Combate en el valle de Aoíz. Los franceses son sorprendidos por los montañeses navarros, que hacen rodar grandes piedras para defender el desfiladero.

*(Grabado de la época)*



Combate en Somosierra. Los lanceros polacos cargan en el desfiladero con intrepidez.  
(Grabado de la época)



Bautismo de fuego de los reclutas del 12.º Ligero en Soria, luchando contra las guerrillas.  
(Grabado de la época)

historiógrafos griegos y romanos, o a lo *guerrillero*, como diríamos nosotros con mayor exactitud. «Entre los pueblos peninsulares —refiere Estrabón— es frecuente la formación de bandas armadas, las cuales se lanzan a la aventura para vivir del robo y del saqueo. Son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados». Poseidonio, que escribió el año 100 a. J. C., habla así de los antiguos habitantes de la península Ibérica: «Cuando alcanzan la edad adulta, aquellos que destacan por su vigor y su denuedo, proveyéndose de armas y de valor, van a reunirse en la espesura de los montes, *donde forman bandas considerables*, que recorren Iberia acumulando riquezas con el robo, y lo hacen con el más completo desprecio de todo. Para ellos, la aspereza de la montaña y sus fragosidades es como su patria, y a ella van a buscar refugio, pues son impracticables para ejércitos grandes y pesados».

### *La romanización de España.*

La romanización de España se halla inscrita en un lento proceso de asimilación que duró dos siglos. Un proceso lento pero no pacífico.

Al analizar las causas del cómo y del porqué de la resistencia española frente a Roma, brotan ejemplos en favor de que más que causas fueron consecuencias. Y sobre todo, que la romanización se verificó con importantes influencias recíprocas entre los dos pueblos en contacto.

En muchas ocasiones, la palanca que impulsó la resistencia hispana, tuvo brazos mucho menos espirituales de lo que parece. No se luchó sólo por la posesión e independencia del solar hispano, sino que también se luchó por la simple propiedad de la tierra, del agro cultivable.

Los pretores que Roma enviaba a España hacían compatible su función de gobierno con la de enriquecerse ellos mismos y con la de enriquecer luego a su plana mayor de funcionarios civiles y de mandos militares, alrededor de los cuales pululaban siempre los colonos, a quienes se entregaban por *donatio* grandes parcelas de colonización, que cultivaban con mano de obra indígena y régimen laboral de esclavitud.

En la distribución de la tierra no sólo se excluía al indígena, sino que se le desposeía de ella en beneficio de los colonos metropolitanos. En estos casos, harto frecuentes y reiteradamente registrados por los mismos tratadistas romanos, la causa material revertía en gesta de guerra orquestada sobre un fondo de dignidad, de honor y de exaltación patriótica.

Añadamos a esta circunstancia la falta de madurez del pueblo celtibero, y añadamos también que esta falta de madurez sirvió de trampolín para hacerle objeto de las mayores humillaciones, como aquella especie de ley según la cual el soldado romano no podía contraer matrimonio legítimo con hembra hispana, y aunque lograda la *honesta missio* se llegaba al *connubium*, los hijos de tal concubinato nacían y eran esclavos de Roma.

Cuando al tornar de sus vicisitudes por la Península, Catón vendió en subasta de esclavos a los vencidos e hizo desarmar a todos los habitantes del norte del río Ebro, Livio comenta: «Aquella raza altiva lo soportó tan mal, que muchos prefirieron darse muerte a vivir desarmados, mostrando así su apasionado amor a la independencia».

Roma había confundido en España el concepto de poder con el de autoridad. Indiscutiblemente, el poder del gran Estado romano poseía validez operante, pero para transformarse en autoridad le faltó equilibrio moral y honradez intelectual.

### *España, provincia romana.*

Con la *pax augusta* entró España en su estado histórico de provincia romana. El celtibero de la *numantina rabies*, el pueblo *bárbaro y fiero*; los que, en fin, *preferían la guerra al descanso*, terminaron vistiendo túnica romana, aceptando la *lex* y sometiéndose al *gladium*. La península Ibérica, pese a su variedad interna, mantuvo su función de agente de fusión étnica, característica común a toda unidad geográfica de habitación.

Por otra parte, al disolverse las lenguas aborígenes en el crisol de la latinización, se extendió e imperó en España la civilización grecolatina y se abrieron las puertas a la unidad política y de pen-



samiento, quedando para mucho más tarde la unión espiritual de los antiguos celtíberos, que ha de ser consecuencia de su conversión al cristianismo.

*Los guerrilleros de la paz.*

Dentro de la *pax augusta*, que duró dos siglos, ¿qué papel cupo desempeñar al antiguo guerrillero celtíbero? ¿Acaso al ponerse la túnica romana dejó de ser quien era? Ahora veremos que el espíritu de lucha no muere ni se adormece. El *homo Hispanus* busca nuevas formas de actividad en el ejército romano y en la política de Roma. El guerrillero se convierte en soldado y el jefe de guerrilla se hace emperador... Séneca, el hispano, ¿qué es si no un guerrillero de la filosofía en la corte de Nerón? Aquella su frase —«¿Qué importa que falte un pedazo de pan a quien no le falta la posibilidad de morir?»— tiene todo el sabor de un dardo lanzado con ira.

Entre los guerrilleros de la paz cabe empadronar a la familia de los Balbo, naturales de Cádiz. El primero de ellos, Lucio Cornelio Balbo, llamado *el Mayor*, después de habersele negado el derecho a la ciudadanía romana —que obtuvo, al fin, gracias al célebre discurso *pro Balbo*, pronunciado por Cicerón—, fue nombrado cónsul por Octavio, siendo el primer extranjero que alcanzó tal dignidad. Este es el Balbo íntimo y privado de César, a quien acompañó en la conquista de las Galias. Otro Balbo famoso fue Balbo *el Menor*, sobrino del anterior, cuestor en España y luego cónsul, que mandó en Africa un ejército contra los garamantes. Al regresar a Roma fue recibido con los honores del triunfo a título de *procónsul ex Africa*. Era la primera vez que un provinciano atravesaba la Urbe sobre el carro triunfal.

Al declinar el magno triunvirato formado por Virgilio, Livio y Horacio, la *Urbs* recibe el fuego cruzado de una especie nueva de francotiradores nacidos en España. Pero estos francotiradores ya no utilizaban armas, sino que punzan el mundo romano con el ardiente estilete de sus ideas.

*De Trajano a Marco Aurelio.*

La incidencia de hombres hispanos en Roma es meteórica, fugaz: no constituye engranaje ni guarda relación de coherencia. Casi podríamos decir que los hispanos siguen siendo guerrilleros o fuerza viva de resistencia en el seno mismo de la gran metrópoli.

Así, pues, nada puede extrañar al historiógrafo que sea un español el primer emperador romano de origen provincial. Y tampoco debe extrañar que este emperador proceda de una órbita definida por sus propios méritos, ajena al parasitismo cortesano y al mundo ensangrentado y oscuro de la intriga togada. Marco Ulpio Trajano —a él nos referimos— surge de las filas legionarias y de un amplio y victorioso caminar por la siempre inquieta y rebelde Dacia, por Asiria, por la Arabia Pétreá, por Armenia, por la Mesopotamia y por su propia patria, España.

Plinio describió a Trajano diciendo de él que, siendo general, caminaba cubierto de sudor y polvo entre sus soldados, llevando el caballo de vacío; que ya emperador, hizo su primera entrada en Roma sin litera ni blanca cuadriga, sin escolta de satélites, a pie, sublime sólo por su prócer estatura, que se destacaba entre las turbas ciudadanas que se agolpaban a su paso; que al ser elegido cónsul juró su cargo en pie y delante de su predecesor sentado, y que, en fin, dio siempre muestras de la austera sencillez que Trogo, el galo, admiró en Viriato, máxima figura del guerrillero celtibérico.

Trajano, fiel a la *adoptio*, nombró sucesor suyo a otro español: su primo Publio Adriano, llamado *el Griego* por su afición a las bellas letras, hijo de Elio Adriano, de rancia levadura celtibérica, y de Domicia Paulina, española nacida en Cádiz. Adriano recibió el título de Padre de la Patria.

El trío de emperadores hispanos se acaba con Marco Aurelio, cuya muerte abre el cauce de los africanos. Cuando Aurelio Víctor escribe su *Historia de los Césares*, de su cálamo discreto se desgrana el peso importante de estas palabras: «Después de mucho oír y de mucho leer, puedo afirmar que la mayor grandeza de Roma se debió al esfuerzo y valía de los extraños. ¿Quién más divino que Trajano? ¿Quién más excelso que Adriano?».

Sea quien sea el hombre celtibero —legionario o emperador, filó-

sofo, poeta o cínico—, actúa en la escena romana sin intoxicación pasional ni envenenamiento intelectual. Al fin y al cabo es un provinciano, un advenedizo, *un extranjero*, como dice de sí mismo el gran Prudencio, poeta máximo, cuando ora en Roma ante el sepulcro de santa Inés. El celtibero arrastra en el hondón de su alma el sueño antiguo de la guerrilla, donde se aprende que la estructura del diario combatir es obra de razón operativa, práctica, y no fantasía de espejismos inútiles. Por eso al ocupar en Roma zonas directivas, su presencia en ellas no puede ser aséptica, neutra, amorfa y confesional. Y es un galo, Pacato, quien legó a la Historia este precioso testimonio del concepto en que se tenía a Hispania: «... Hispania produce los durísimos soldados, los expertísimos capitanes, los fecundísimos oradores, los clarísimos vates; madre de jueces y de príncipes; la que dio para el imperio a Trajano, a Adriano, a Teodosio»...

### *La guerrilla se enclaustra.*

Ocurre con frecuencia que lo que llamamos investigación histórica no hace más que situarnos en una base de partida condenada al inmovilismo o solamente apta para un despliegue modesto. ¿Cómo romper el cerco de nuestros prejuicios de época para asaltar las líneas fortificadas del tiempo? Hace apenas unos años que el hombre rompió la barrera del sonido. ¿Cómo romper la barrera del silencio que sepulta a vastos períodos de la Historia?

Un inglés —Martín Hume— al referirse a la invasión de la península Ibérica por los bárbaros del norte, dice textualmente: «Uno de los hechos más extraños de la Historia es que ni los soldados romanos ni la población latino-celtibérica opusiera a su avance ninguna resistencia eficaz». Hume es sincero: se desconoce la razón y la causa que explicaría esta pasividad.

Desde que los romanos pusieran por primera vez sus pies en la Península, habían transcurrido ya seiscientos años. Pero la fusión étnica no se verifica con el tiempo, sino que se produce por saturación entre los elementos que en ella intervienen, de la misma manera que en las reacciones químicas se saturan los cuerpos según sus valencias. El tiempo casi no cuenta. Basta un momento y sobran mil años.

Los bárbaros del norte se encontraron en España con la existencia de núcleos indígenas narcotizados por la dominación romana, pero no muertos para la Historia. Estos núcleos indígenas, ante la presencia del nuevo invasor, vuelven a organizarse en un género sutil de resistencia, algo así como de guerrillas espirituales, sin otro objetivo que el de la defensa del dogma católico, única manera de defender, a la vez, la línea de su patriotismo.

Al correr de los tres siglos que duró el predominio godo en España, estas guerrillas espirituales se convirtieron en concilios que hablaron y legislaron en nombre de la Nación, hasta el extremo de sancionar con su autoridad la legitimidad de los reyes, haciendo de éstos monarcas sacerdotales. Lo que permitió a los soberanos de España gobernar sobre una democracia vigorosa y voluntariamente sumisa. El apoyo de esta democracia es lo que liberó a los reyes del poder armado de los nobles, atenuando en España el auge que tuvo en otras naciones europeas el feudalismo germano.

Un lector poco advertido en las verdaderas causas que mueven la Historia, podría hallar pasión o exageración en el matiz que damos a la importancia del guerrillerismo en la evolución del pueblo español. Juzgar el espíritu guerrillero por el momento fugaz en que actúa la guerrilla, sería tan absurdo como valorar la línea recta y vertical, de por sí infinita, por su proyección sobre el plano. Nada hay que perjudique más a la Historia que la visión raquítica de los hechos. La guerrilla al aire libre es la misma que se enclaustra y la misma que escala el foro romano.

### *La Reconquista.*

El movimiento expansivo del Islam tenía, en sus orígenes, alcance universal: el año octavo de la hégira, el Profeta había dirigido una proclama al mundo requiriendo la sumisión de toda la Humanidad a la nueva fe. Efectivamente, al invadir los árabes España, el año 711, no se detuvieron en la barrera pirenaica: en 720 habían conquistado Narbona y sitiado Tolosa (Toulouse); en 725 conquistaron Carcasona, sometieron una parte de Septimania y destruyeron Autun. Iban camino de Tours, capital eclesiástica del reino franco. En 737 ocuparon Aviñón transitoriamente y conservaron la plaza de Narbona hasta 759. Aparte de la victoria de Carlos Martel en la batalla de Poitiers, con-

tribuyeron a paralizar las fuerzas árabes en Francia las sublevaciones de los turcos y de los persas, la victoriosa defensa de Constantinopla por el emperador Isaurio, y la resistencia española de 718. A estas circunstancias, de por sí serias, es preciso añadir la situación creada por las rivalidades que desde el primer momento existieron entre los distintos bandos conquistadores. Sea como fuere, el intento musulmán constituye una de las grandes crisis de la Historia. Esta crisis duró a España 781 años —de 711 a 1492— y se llamó *Reconquista*.

La Reconquista nació, como signo de guerrilla, el año 718 en un rincón montañoso del noroeste de España (Asturias). El único nombre de hombre que recogió la Historia en esta ocasión es el de Don Pelayo.

Las crónicas españolas posteriores a la sublevación astur, a fuerza de abultar la personalidad de Don Pelayo y a fuerza de sublimar su gesto, lograron hacer de ambas cosas una sola: una hermosa y pobre leyenda de nobles caballeros, de rocas que se derrumban sobre el infiel, y de flechas enemigas que se revuelven en el aire contra sus propios tiradores...

Al despojar el hecho de su ropaje imaginativo, nos encontramos con la verdad incuestionable de que un pequeño grupo de españoles refugiados en la montaña hizo frente al invasor. Es la eterna guerrilla con su jefe. De esta célula primaria de resistencia —de esta guerrilla— habían de derivarse consecuencias inconmensurables para la historia universal. No podemos imaginarnos el giro que habría tomado el mundo si aquel pequeño grupo de españoles, como más tarde Carlos Martel, no hubiera hecho posible la Reconquista.

Después del primer medio siglo de lucha, la Reconquista presenta un balance bastante negativo para el Islam trasvasado a España, que pierde algo más de la cuarta parte del terreno conquistado. Ya hay dos Españas, la musulmana y la cristiana, y entre ellas, separándolas, una franja de tierra deshabitada, un *no man's land* al que se llamó *raya*. Estas rayas eran regiones abiertas a las correrías, donde se reñían combates de detención protagonizados, muy probablemente, por guerrillas españolas y musulmanas.

La Reconquista terminó con el triunfo de las armas cristianas seguido del repliegue islámico sobre el norte de Africa. Atrás quedaban ocho siglos de lucha, y quedaba también la huella inevitable

de los contactos humanos habidos en las zonas fronterizas y a través de mozárabes y de mudéjares. La vida beatífica entre moros y cristianos durante la Reconquista no es más que producto de especulación imaginativa por parte de historiadores con buena voluntad.

Después de la Reconquista, España quedó diezmada en hombres, semidesierta, y lo que es peor, minimizada ante Europa y deseuropeizada por el efecto aislante de la guerra —de ocho siglos de guerra: no por su evolución hacia lo oriental, pues fatalmente tenía que ser y era el país menos oriental de Europa y en el que se repelía toda forma de vida que no fuera cristiana y europea—. La rehabilitación de España como potencia europea nació en la aventura del mar. Un día, tres carabelas armadas a crédito, descubrieron América. Y España, por América, alcanza la mayoría de edad exigida para entrar y pesar en el concierto europeo. Porque Europa, pese a sus nacionalidades y a sus nacionalismos internos, fue siempre una especie de *club only for members*.

### *La guerrilla en la Guerra de la Independencia.*

La guerra que el pueblo español sostuvo contra los ejércitos napoleónicos durante seis años —de 1808 a 1814— se conoce en España por guerra de la *Independencia*, y en el extranjero por guerra *Penninsular*. El calificativo que se le da en España debe entenderse como *de no dependencia*, pues la palabra independencia, usada como razón de guerra, nos llevaría a pensar en la lucha que contra un invasor territorial o contra un poder central mantiene un pueblo que no era independiente o que había dejado de serlo. En la España de 1808 no concurre ninguna de estas circunstancias, pues no llegó nunca a perder su independencia. José Bonaparte *fue rey de España* y como tal encabezaba sus escritos oficiales: «Don José Napoleón, *rey de España y de las Indias*»... Lo cual estaba de acuerdo con el decreto napoleónico: «Hemos resuelto proclamar rey de España a nuestro muy amado hermano José Napoleón. *Garantizamos al rey de las Españas la independencia y la integridad de sus Estados*».

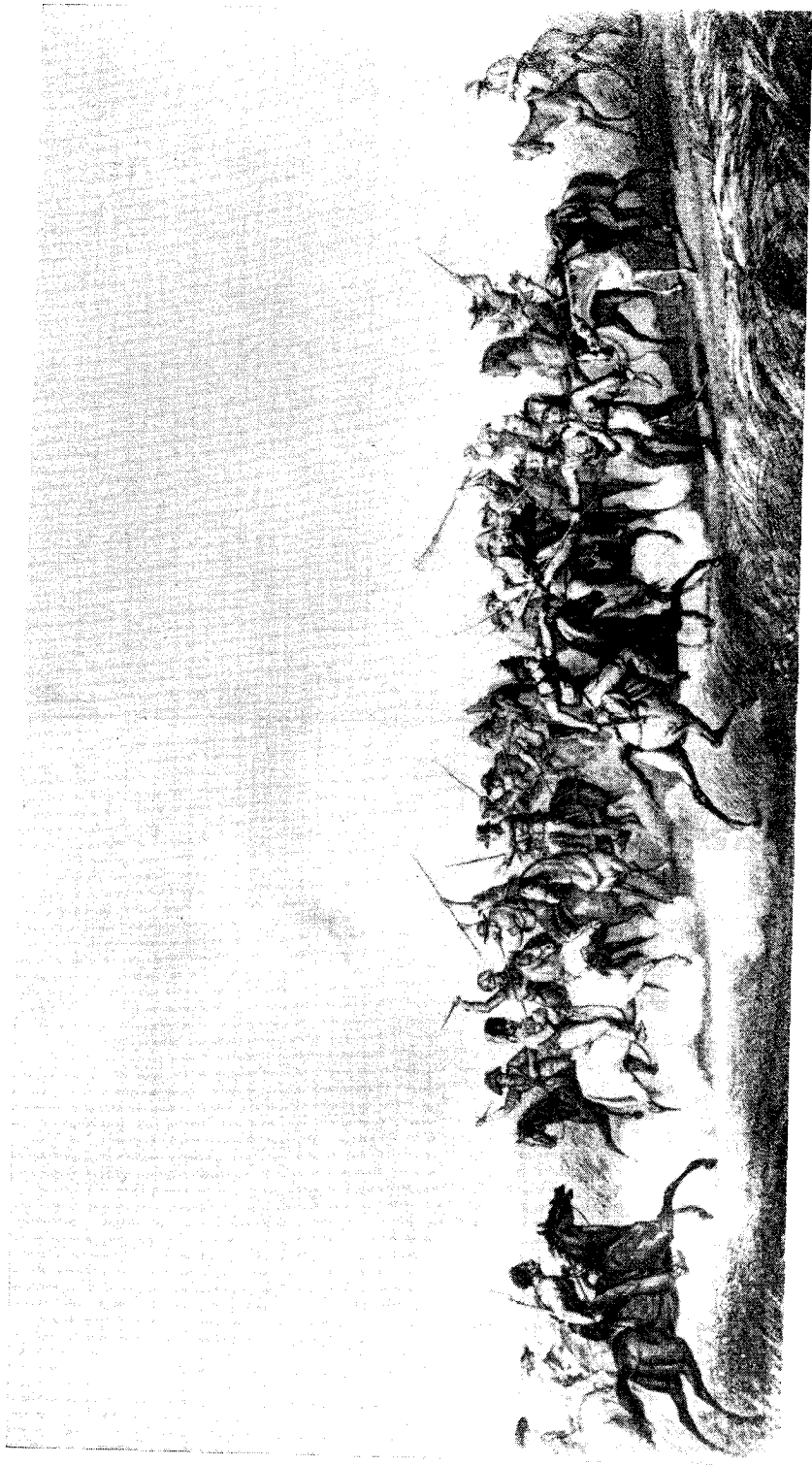
La *independencia* se refiere más razonablemente a romper y acabar con la influencia extranjera en España, situación que el pueblo español venía soportando desde 1701, cuando el primer Borbón heredó el trono español.



Una mina ha hecho explosión en una de las casas de Zaragoza. Los franceses ocupan el lugar; un español solitario corre sobre un muro tambaleante.

*(Grabado de la época)*





Oficiales franceses apresados por una guerrilla española.

*(Grabado de la época.)*

España arrastró durante muchos años el dolor de esta guerra, cuya consecuencia más funesta fue el resentimiento del pueblo español frente al francés, con perjuicio directo para ambos e indirecto para Europa.

Al hablar de las distintas etapas evolutivas de la guerrilla española, decimos que la guerrilla es consecuencia y no causa de un estado de cosas que actúa como estímulo sobre el complejo hombre-unidad telúrica.

El mismo Napoleón reconoce esta *consecuencia*: «Las guerrillas se formaron a *consecuencia* del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales, con desprecio de mis órdenes más severas.» Lo dice en sus *Memorias*.

#### *La guerrilla no era clasista.*

La guerrilla no era clasista. Bastaba para sumarse a ella la condición de español, sin prejuicios de edad ni de origen social. El noble, el campesino, el fraile, el estudiante, el contrabandista... Y detrás, en sostén quintacolumnista, el viejo artesano, el viejo labrador, el hidalgo de nobles canas, las mujeres y los niños. Hubo guerrillas mandadas por médicos, por agricultores, por militares, por mujeres y por curas... La guerrilla, con ese nombre chiquito que hasta fue traducido al francés por *petite guerre*, ya tenía dimensión de guerra total, de nación en armas.

Es muy difícil de determinar el número de las guerrillas que existieron en este período. Entre las más importantes se han podido localizar 306: 20 mandadas por clérigos; 8 por mujeres 8 por militares; 4 por títulos nobiliarios del reino; 2 por médicos; 5 por alcaldes; 3 por pastores, y 256 por paisanos de otras procedencias.

Generalmente, las guerrillas recibían el nombre del que las mandaba, pero también las hubo que sólo fueron conocidas por el nombre del pueblo en que habían sido creadas o por la zona en que operaban.

### *Los reglamentos de guerrillas.*

Tal fue la proliferación de la guerrilla durante esta guerra, que hubo necesidad razonada de institucionarla por medio de reglamentos que la sometieron —si bien con amplio fuero— al control de la justicia y de la orgánica castrense. Pero todo esto sin herir su carácter de fuerza espontánea y popular.

El reglamento más antiguo que de ellas existe es el de 28 de diciembre de 1808, curioso documento que consta de 34 artículos relativos a su organización, a su servicio y a derechos y deberes de los guerrilleros. Su artículo I dice: «Cada partida constará de cincuenta hombres de a caballo, poco más o menos, y otros tantos de a pie, que montarán a la grupa en caso necesario». En el artículo XIII se castiga la insubordinación *con las mismas normas que en la tropa viva*, y las faltas o delitos *con arreglo a las reales órdenes*. Por el XV *será suyo todo el botín del enemigo que vencieren por sí mismo*. La elección de las armas se dejaba al arbitrio del jefe de la guerrilla, y en cuanto al traje, *cada cual llevará el que le acomode*.

El 15 de abril de 1809 se publicó un decreto relativo al *Curso terrestre*, por el que se autorizaban las *armas y los medios para dañar al invasor*. A este decreto siguieron otros dos: el de *Reprobación para los dispersos que esparcen el desaliento por los pueblos*, y el de *Represalias*, en que se ordenaba el *fusilamiento de todo francés cogido en sitio donde se hubieran cometido las crueldades a que algunos se entregaban*.

Vistos estos reglamentos al trasluz de la época en que fueron promulgados, se observa en ellos que al propósito de fomentar la creación de guerrillas se añadía el de evitar un posible mal uso de la libertad de acción de que disfrutaban.

### CONCLUSIÓN

La guerrilla ocupa un alto puesto en nuestra larga, densa y dura historia bélica.

La actitud guerrillera del pueblo español formó parte de un inmenso proceso histórico, en el que la situación geográfica de España

—fondo de saco de Europa y cabeza de puente de Africa— desempeñó un gran papel.

La presencia actuante de la guerrilla se acusa en todas nuestras campañas de ultramar y en todas nuestras guerras civiles, y el guerrillerismo sigue nutriendo amplias zonas del espíritu español.

A través de estas páginas hemos pretendido razonar el porqué de la guerrilla en España y el concepto que de ella se tiene, creyendo haberla presentado en su justa dimensión histórica.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA: *Expedientes personales de los guerrilleros*.
- ARCHIVOS DEL SERVICIO HISTÓRICO MILITAR ESPAÑOL: *Guerra de la Independencia*, año 1811, legajo 35, carpetas XXIII, XXIV y XXV; legajo 36, carpeta XXXIV.
- ALMIRANTE, José, General: *Bosquejo de la Historia Militar de España*, Madrid, 1923, 4 tomos.
- BECKER, Jerónimo: *Historia de Marruecos*, Madrid, 1915, 1 tomo.
- BERTRAND, Louis: *Histoire d'Espagne*, París, 1932, 1 tomo.
- Colección documental del fraile*: tomo 882, año 1809, y tomo 933, año 1812. Obra de 100 tomos, existente en el Servicio Histórico Militar Español.
- GARCÍA Y BELIDO, Antonio: *Bandas y guerrillas en las luchas contra Roma*, Madrid, 1945, 1 tomo.
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, General: *Guerra de la Independencia. Historia Militar de 1808 a 1814*, Especialmente, los tomos V. capítulo II; VI, capítulo III; VII, capítulo I; IX, capítulo IV; XI, capítulo IV; XII, capítulo IV; XIII, capítulo I, y XIV, apéndice 6, páginas 342 a 370, 14 tomos publicados de 1868 a 1903.
- HUME, Martín: *Historia del pueblo español*, Biblioteca de Jurisprudencia y Filosofía, Madrid, sin fecha.
- IRIBARREN, José María: *Espoz y Mina el guerrillero*, Madrid, 1965.
- JIMÉNEZ CASTELLANOS, Adolfo: *Sistema en que aconseja la experiencia deben combatirse las insurrecciones en Cuba*. Manuscrito inédito de la época, existente en el Servicio Histórico Militar Español.

- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*, Madrid, 1887, 25 tomos.
- LEGENDRE, Maurice: *Semblanza de España*, Madrid, 1955, 1 tomo.
- MALDONADO: *Historia Política y Militar de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1833, 3 tomos.
- MARGOLIOUTH, D. S.: *Islamismo*, Madrid, 1935.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*, obra magna del autor, en curso de publicación, que empezó en 1950 y va por el tomo 16.
- MINA, ESPOZ Y: *Memorias*, Madrid, 1851, 5 tomos.
- PRIEGO LÓPEZ, Juan, Coronel de Estado Mayor: *Guerra de la Independencia (1808-1814)*, 7 volúmenes en curso de publicación por el Servicio Histórico Militar Español.
- SOLANO COSTA, Fernando: *El guerrillero y su trascendencia*, ponencia presentada en el II Congreso Internacional de la Guerra de la Independencia y su época, Zaragoza, 1959.
- SOTTO y MONTES, Joaquín de, General: *Síntesis histórica de la Caballería española*, Madrid, 1968, 1 tomo.

# LA HISPANIA INDOMITA

## LAS GUERRILLAS CELTIBERAS COMO ANTECEDENTE PARA LA HISTORIA DEL EJERCITO ESPAÑOL

por JOSÉ MARIA GARATE CORDOBA  
Teniente Coronel de Infantería del Servicio Histórico Militar

*El Ejército español nació en el reinado de los Reyes Católicos. Antes no puede hablarse de él, porque no constituía tal Ejército y porque tampoco existía el término España. Pero no nació por generación espontánea. Las cualidades guerreras de la raza, sus virtudes militares, le venían de una raíz ancestral que estaba viva ya en los primeros mercenarios hispanos de Grecia y Cartago, en los primeros guerrilleros contra Cartago y Roma.*

*La vieja historia, que creemos conocer, no la hemos visto nunca en el pormenor que dan las fuentes, los primitivos analistas. Ahora que interesa tanto la historia guerrillera buscando los orígenes de modernas versiones, estos guerrilleros hispanos alzados contra los imperios, constituyen el antecedente de tipos humanos muy parecidos, guerrilleros también del siglo XIX, y de tantos guerreros españoles contemporáneos nuestros.*

*Poco parece que podría añadirse a los estudios que de los primeros tiempos históricos hicieron Schulten, García Bellido, Boch Gimfera y Viñas Mey, Blázquez y otros, con sus numerosas monografías —especialmente a las «Fontes Hispaniae Antiquae» de Schulten—, que agotan el tema con gloria para ellos. Sin embargo, en los textos de Polibio y Apiano, de Diodoro y Posidonio, como coetáneos o más próximos a lo que cuentan, o en los de Livio, como ameno recopilador, hay matices interesantes para documentar los orígenes o el preludio de la Historia del Ejército, que sólo en una detenida confronta militar se pone de relieve. En ocasiones hemos hecho traducir párrafos griegos y latinos, de los que han resultado noticias mucho más expresivas militarmente que las de los resúmenes o las elípticas traducciones libres que se nos suelen ofrecer, reveladoras de pormenores interesantes para el historiador militar actual.*

*Las primeras bandas y guerrillas que cita Estrabón en la Península*

*la son las de la Hispania celta. Son gentes cuyas características costumbres están referidas con cierto pormenor. Son «montañeses», que pronto reciben el calificativo de «bandidos», porque forman bandas y porque su actuación es típica de bandoleros para el ejército ocupante, aunque demostrado está no ser sino guerrilleros en el pleno sentido actual de la palabra, con todas sus consecuencias.*

*Pero el primer ejército hispano con alguna organización y jefe conocido, es el que en el año 237 (a. C.) se enfrenta a Amílcar cuando trata de dominar la Península. La lucha tenaz, aunque breve, de aquellos caudillos mostró que tenían sentido de la organización y una sencilla táctica inspirada en la griega. Diodoro, su único cronista, basado en textos perdidos de Timeo, Polibio y Posidonio, dice que Indortes reunió hasta 50.000 hombres. Muchos parecen, pero las escasas noticias de éste, como las de Istolacio, y las de Orisón, un poco más concretas, sólo han venido a nosotros casi íntegras del texto de Diodoro, sin que podamos añadir pormenores importantes para el historiador militar.*

*Habrá que llegar a la lucha contra Roma para encontrar datos de interés con minuciosidad y precisión, suficientes. En los textos básicos y fehacientes de Polibio, completados con otras fuentes en sus páginas perdidas, se ve crecer y renacer numerosas veces un ejército hispano de características guerrilleras como el de Viriato, pero con fuerza y arte militar suficientes para entretener a Roma muchos siglos, como en Numancia.*

## I

*Contactos con fenicios y griegos. Valoración del guerrero hispano en el mundo mediterráneo.*

Algunos historiadores concretan en la fecha 1100 ó 1101 (a. C.), la fundación por los fenicios del puerto de Gadir (Cádiz), de donde se fueron, extendiendo a partir de entonces entre los cabos de Gata y San Vicente, sin que su colonización comercial tuviese la menor influencia militar. Las colonias griegas se iniciaron hacia el año 660 (a. C.) con mayor o menor oposición de fenicios e indígenas. Los griegos debieron pensar en colonizar las Baleares, pero se les adelantaron los cartagineses, quienes al encontrar fuerte oposición de los naturales en Mallorca y Menorca, derivaron a Ibiza, cuya con-



quista les resultaría más fácil por estar medio desierta. Era un buen punto de apoyo para dominar el Mediterráneo occidental, completado por Sicilia, Cerdeña, Cádiz y las demás colonias fenicias que pasaron a sus manos. La fecha del 654 (a. C.), que hoy se da como exacta para la fundación púnica de Ibiza, puede tomarse a su vez como inicial de la conquista y colonización de España por los cartagineses.

Pronto lucharon los guerreros hispanos fuera de su patria encuadrados por mandos griegos y púnicos, como luego bajo los romanos. Millares de mercenarios, que los clásicos llamaron *iberos* o englobaban con los *celtas*, instruidos en ejércitos extranjeros, intervinieron durante varios siglos en campañas de Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y el Norte de Africa, trayendo a España influencias de la organización y arte militar que practicaban, así como de la vida y costumbres de civilizaciones más avanzadas.

La referencia más antigua parece ser un texto de Pausanias que permite fechar hacia el 550 (a. C.) la presencia de hispanos en Cerdeña (1). Acaso eran los baleares que ayudaron a los cartagineses en la conquista de la isla y, desertando después, fundaron pueblos en sus montañas.

También había *iberos* entre los mercenarios libios, ligures, helisices, sardos y corsos del ejército cartaginés, tribus guerreras de occidente que al mando de Amílcar emprendieron la primera guerra púnica en el año 480 (a. C.). La noticia procede de Herodoto, pero ni él ni Diodoro presentan a los hispanos en la acción, sino en el encuadramiento (2). Polieno refiere que cuando los sikeliotas entraron en el campamento púnico fueron aniquilados por los iberos que habían acudido en su socorro (3).

El dominio de *Tartesos* por los cartagineses, hacia el año 500, les dio, pues, la oportunidad de reclutar mercenarios hispanos, no entre los tartesios, que eran de poco espíritu guerrero, sino entre las tribus ibéricas, equiparadas a las más combativas de occidente. Herodoto alude por entonces (4) a las correrías que serían luego frecuentes entre los celtíberos, habitantes de la meseta pobre.

---

(1) PAUSANIAS: *Itinerario de Grecia*. 10. 8. 6.

(2) HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*. 7. 165, y DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca Histórica*. 11. 1.

(3) POLIENNO: *Stratagemata*. 1, 28.

(4) HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*. 7. 165.

Tucídides aporta un nuevo dato, poco verosímil, diciéndonos que en el año 414 pensó Alcibiades tomar a sueldo en Sicilia para la guerra del Peloponeso «muchos bárbaros, iberos y otros, tenidos allí por los más aguerridos» (5). Así lo hizo y los hispanos gozaron fama de combatientes muy esforzados por su actuación en la campaña.

Más tarde, Anibal, nieto de Amílcar, reunió gran número de iberos en el ejército que organizó entre los años 410 y 409. Sin precisar cifras, Diodoro anota que eran muy numerosos y que entre ellos había honderos, sin duda baleares. Añade que este ejército se trasladó a Sicilia, arribó a Leybaión y prosiguió a Selenus, en cuya conquista tomaron parte los hispanos, escalando sus derruidos muros (6). Por primera vez una ciudad griega caía en poder de estos hombres «de idioma incomprensible y bárbaras costumbres», según expresión de Diodoro.

#### *Valoración de los hispanos mercenarios de Cartago*

Luego, los hispanos actúan ya en casi todas las campañas exteriores de los cartagineses. Cuando Amílcar desembarcó en Sicilia, en el 311, llevaba en su ejército mil honderos baleares, que según Diodoro fueron resolutivos con su actuación a pedradas de honda al pasar a primera línea en el ataque a Eknomón (7).

Los mercenarios españoles constituían además el núcleo más fuerte de las guarniciones de Libia y aún de Cartago. Era una medida de precaución por la poca confianza que inspiraba a sus jefes el mantenerlos destinados en su propia patria, por lo cual las guarniciones cartaginesas en Hispania eran siempre extranjeras, principalmente libias y baleares, si bien, en cualquier caso, encuadraban pequeñas unidades del país, aprovechando la rivalidad y fraccionamiento de tribus indígenas. Los cartagineses reclutaban sus tropas hispanas por medio de levás. Al principio fueron totalmente voluntarias y se nutrían de las bandas formadas en el país, que por su precaria vida veían casi una liberación en el alistamiento. Se les pagaba una prima de enganche, un sueldo y una parte en el botín. Los reclutas eran conducidos a Cartago, donde recibían su armamen-

(5) TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*. 2) 8, 98.

(6) DIODORO: *Op. cit.*—1) 13, 54, 1.— 2) 13, 56, 5 y sig.—3) 13, 62, 1.

(7) DIODORO: *Op. cit.*—4) 13, 85, 1.—5) 13, 80, 2.—6) 13, 110, 4.—7) 14, 75, 8.

to y equipo y se adiestraban durante dos o tres años, tras los cuales salían a campaña.

En el ejército cartaginés, los mercenarios españoles se encuadraban principalmente en la caballería pesada, en la infantería ligera y en la más ligera de flecheros y honderos. Según Tito Livio, la caballería española, aleccionada por la nómada en los ejércitos de Aníbal, llegó a ser superior a la romana (8). Formaba a retaguardia y se lanzaban a la carga por los intervalos de la infantería, lo mismo que habían hecho antes los honderos para dispersarse en guerrilla por los flancos. Muchas veces, la caballería llevaba a la grupa infantes, que, en momento oportuno, se arrojaban del caballo y desplegaban al ataque con dardos y hondas. Si se veían acosados, desmontaban los jinetes y combatían junto a ellos a pie.

Cuando Aníbal pidió refuerzos para el socorro de Acragas, le envió Manmón el año 262, con 60 elefantes, 50.000 infantes y 6.000 jinetes, que según Estrabón eran iberos en su mayoría y muchos libios y celtas (9). Ibéricos eran también parte de los mercenarios cartagineses que en el 261 se sublevaron por falta de pagas y cuyo castigo fue enviarlos a la muerte disimuladamente, haciéndoles atacar una posición romana previamente alertada por el jefe púnico.

Al firmarse la paz (año 242), Amílcar Barca evacuó Sicilia y pasó a Africa con unos 20.000 hombres de los cuales cerca de la mitad eran mercenarios iberos y baleares al mando de *Gisgou*. Desmoralizados por las continuas derrotas y debiéndoseles buena parte de sus pagas atrasadas, aquellos hispanos hicieron causa común con la independencia de los libios y unidos a ellos se sublevaron contra Cartago. De cómo se desarrolló aquella *Guerra de los Mercenarios*, no se sabe sino que fue tan grande el exterminio con que se concluyó por ambas partes, que mereció llamarse «la inexpiable», pues en ella no hubo límites para el saqueo, el asesinato y la devastación (242 al 239).

Aquel mismo año, aprovechando la debilidad que causaba a los cartagineses la guerra de los mercenarios, se alzó también el sur de Hispania contra el dominio púnico, atacando sus factorías y creando todo género de dificultades. Con ello hicieron necesario que viniese a la Península un ejército al mando de Amílcar Barca, que embarcó en Gadir (Cádiz), único destacamento que no había caído

---

(8) TITO LIVIO: *Historia de Roma*.

(9) ESTRABÓN: *Geografía*.

en poder de los hispanos (237). Le acompañaban su hijo Aníbal y su yerno Asdrúbal.

En tal época hay guerreros hispanos en tres ejércitos distintos: los restos de los mercenarios del ejército de Africa, que tras la represión no llegarían a sumar 10.000 hombres; las tribus peninsulares luchando por su independencia, y los núcleos, cada vez mayores que iban engrosando las filas cartaginesas en Hispania.

El primer ejército hispano con alguna organización y jefe conocido es el que se enfrenta a Amílcar cuando trata de dominar la Península (237). Su lucha fue tenaz, aunque breve, y aquellos caudillos que llegaron a reunir 50.000 hombres, mostraron tener cierto sentido de la organización y una sencilla táctica inspirada en la griega. Es Diodoro (10) el único cronista, que nos da la noticia del encuentro entre hispanos y cartagineses.

#### *Guerrillas contra Amílcar. La estratagema de Orissón*

Luchó Amílcar contra los iberos y tartesios, mandados por Istolacio —general de los celtas— y su hermano. Los venció y dio muerte a todos, pereciendo dos hermanos más de los que Istolacio tenía y alistando en su ejército 3.000 prisioneros que capturó. Después Indortes reagrupó hasta 50.000 hombres, con los cuales se retiró a una colina donde los sitió Amílcar antes de que pudieran presentar batalla. Intentó escapar de noche cuando el cerco aún no se había cerrado, pero perdió gran parte de sus tropas y cayó prisionero de Amílcar quien lo mandó crucificar después de sacarle los ojos y hacerle sufrir tormento. Los demás cautivos, hasta 10.000, quedaron libres por política de atracción de Amílcar, que ganó muchas ciudades por la persuasión y otras las sometió por las armas.

Tales son las únicas noticias de aquel primer ejército, solo conocido por Diodoro. Los celtas de Istolacio no serían habitantes del Sur, sino mercenarios de la Meseta o iberos emigrados a ella hacia el año 300, es decir, celtíberos que los tartesios tomarían a sueldo por escasez de tropa. Lo confirma su reiterada aparición en las luchas con Roma y a ellos pertenecen las armas celtas encontradas en yacimientos meridionales como los de Villarico y Carmona.

La resistencia hispana continúa en Levante, donde los *mastienos*

---

(10) DIODORO: *Op. cit.*, 25, 10.

resisten el ataque cartaginés y Amílcar ha de someterlos tribu a tribu. Aunque consigue fundar en Akra Leuka (Alicante) una importante factoría que constituye su mejor baluarte, oriental, dominando desde su ciudadela mucha tierra y mar, no por eso deja de haber dura oposición hispana, registrada por los historiadores romanos al anotar como cruenta la batalla de Helice, si bien sus datos son muy breves, pues no se trata de resaltar virtudes del enemigo. Amílcar sometió la ciudad a un cerco en toda regla y fue ello lo que decidió a socorrerla a Orissón, caudillo de los *orissos* u *oretanos* y otras tribus del alto Guadiana, el cual, bajando hacia Hellín para auxiliar a los sitiados, hizo creer a Amílcar que acudía en favor suyo y cayó por sorpresa sobre los cartagineses, obligándoles a levantar el asedio.

Parece ser que los oretanos utilizaron como arma de sorpresa carros de leña a la que prendieron fuego al aproximarse al enemigo, que los observaba extrañado y en actitud pasiva. Los bueyes, enloquecidos por el fuego embistieron a las filas cartaginesas, sembrando el desconcierto en ellas, ya que los sitiadores, para librarse de los carros, descuidaron el cerco, y mientras los sitiados, haciendo una salida, atacaban de frente, Orissón y los suyos lo hacían por el flanco y retaguardia, lo que ocasionó el levantamiento del sitio, la huida y derrota púnicas y la muerte de Amílcar. El episodio fue tachado de inverosímil por Schulten, pero García Bellido no encuentra razón para ello y lo considera aceptable (11).

Durante los nueve años transcurridos desde el desembarco de Amílcar hasta su muerte (238-229), los hispanos habían combatido duramente, oponiendo una resistencia continuada.

Asdrúbal, hábil diplomático debió captar pronto la nobleza racial de los iberos, que se dejaban ganar mejor por el buen trato que por la fuerza. Por eso, se los debió granjear al casarse con la hija de un importante jefe suyo y le debió ser fácil recuperar las doce ciudades de los oretanos y aun fundar Cartagena sobre las ruinas de Mastia, la capital de los mastianos, en el reino de los tartesios, así como otra ciudad desconocida. Cartagena superaba a Alicante no sólo por mayor proximidad y mejor comunicación con Africa, sino por su excelente puerto, uno de los mejores del Mediterráneo.

---

(11) SCHULTEN, ADOLFO y BOSCH GIMPERA, PEDRO: *Fontes Hispaniae Antiquae*. Fascículo 3.º, pág. 14, y GARCÍA BELLIDO, ANTONIO: *España al comienzo de su Historia*.

*Arbucale: La Numancia betónica*

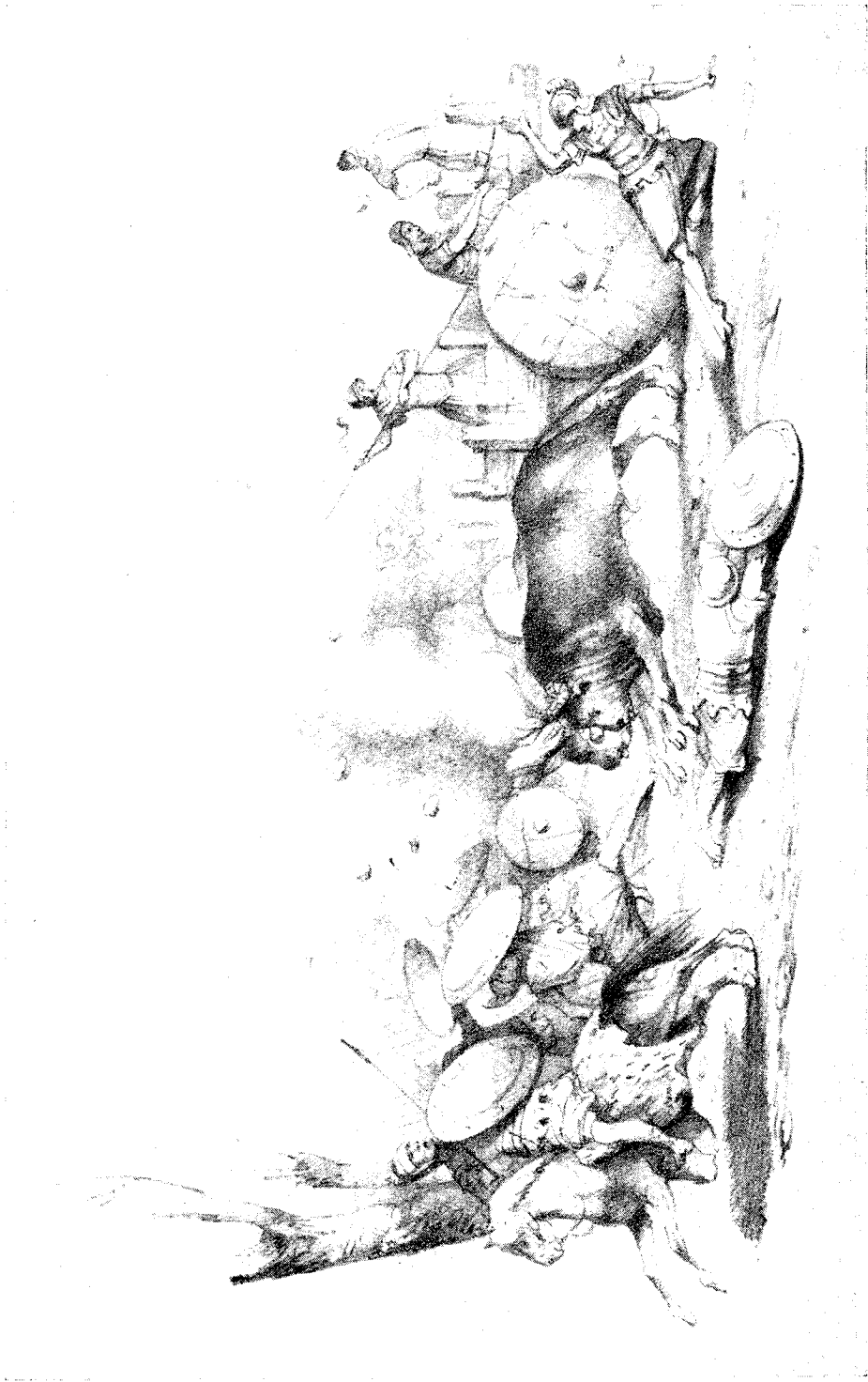
Aún resisten los hispanos el empuje de Aníbal (221) de genio más guerrero, y aunque el sur y sureste peninsulares están prácticamente dominados, entre los cursos altos del Tajo y el Guadiana, el asalto se estrella ante *Althea*, ciudad de los *olkates*, que al fin ha de rendirse con los demás pueblos comarcanos. La lucha se extiende entonces (220) al territorio comprendido entre el Tajo y el Duero. Allí es *Elmántica* (Salamanca), la ciudad que capitula después de corta lucha. Había prometido someterse y entregar las armas si se dejaba libres a sus defensores, y aparentó cumplirlo, pero los prisioneros llevaban armas escondidas y mientras los cartagineses se entregaban al saqueo cargaron sobre la guardia y después de lograr una ventaja inicial, huyeron. La misma suerte corrió *Arbukale*, otra gran ciudad de los *vaccos* o *vacacios*, posiblemente en las proximidades de Avila, cuya resistencia debió ser tan tenaz y prolongada como para que Campos Turmo la llame la *Numancia betónica* (12). Los *olkates*, fuera de su tierra no se resignaron a someterse: unidos a los vacceos de la zona de Elmántica y ayudados por los *carpetanos*, atacaron al ejército púnico cuando cruzaba el Tajo cargado de botín; pero pese a la audacia de su asalto, hubieron de dispersarse los atacantes y acabaron dominados por los pueblos de aquella zona.

*Sagunto: La Numancia levantina*

Aníbal decidió conquistar Sagunto, cuyas condiciones no estaban claras en el tratado del Ebro por su situación al sur del río. Era Sagunto una ciudad ibera de la zona de los *edetanos*, habitada por los *artestanos*. Se alzaba sobre un montículo que sólo se unía a los colindantes por el Oeste, formando una meseta de 800 metros de longitud y una anchura variable entre los 50 y los 150 metros y estaba entonces a unos 1.400 metros de la costa. Los saguntinos estaban en discordia con sus vecinos los *turboletas* en la región de los *turdetanos*, a los que Aníbal decidió prestar apoyo, mientras los saguntinos lo pedían a Roma en vano. Aníbal puso sitio a Sagunto y sus habitantes se defendieron furiosamente durante ocho meses, negándose siempre

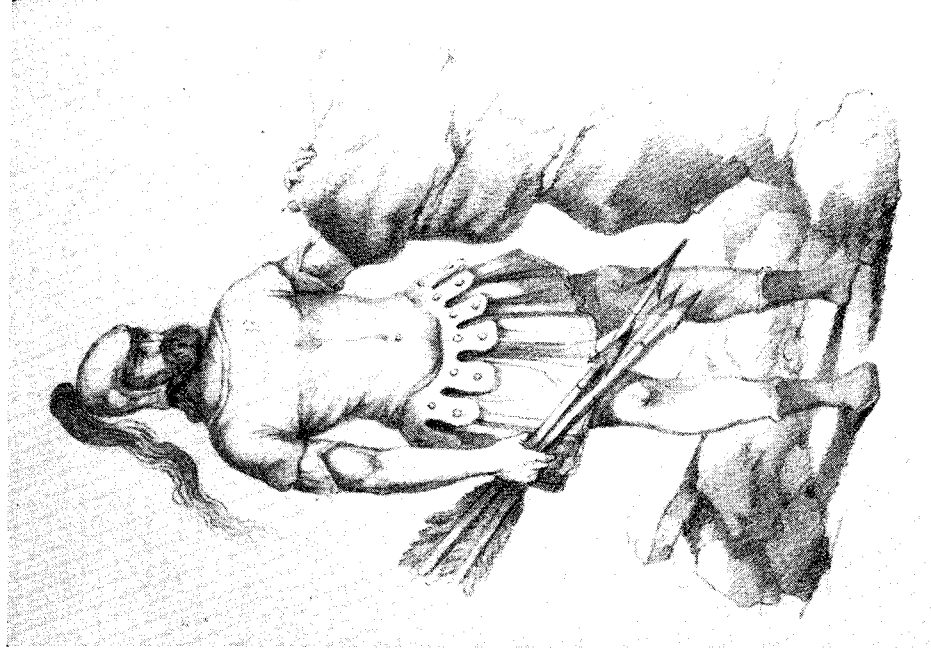
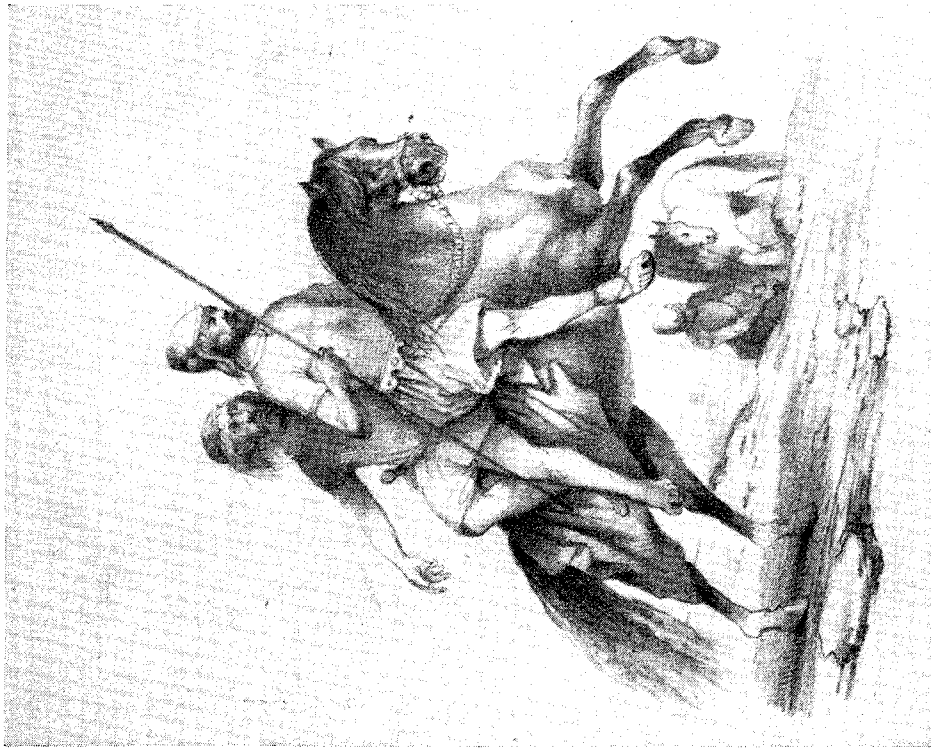
---

(12) CAMPOS TURMO, RAMIRO: *¿Dónde está Arbukale. La Numancia Betónica?* «Revista Ejército, núm. 109 febrero 1949.



Los guerrilleros de Orissón emplean los primitivos carros de guerra. Grabado del *Museo Militar*, de Van Halen. Madrid, 1849.





Jinetes cántabro y celtíbero, y soldado saguntino. Grabados del Museo Militar, de Van Halen.

a las propuestas de capitulación, realizando numerosas salidas contra los sitiadores, en una de las cuales resultó herido Aníbal. En el otoño del 219, el caudillo cartaginés asaltó la ciudad por el oeste, única parte accesible, venciendo así la última resistencia en la que los saguntinos sucumbieron heroicamente.

El sitio de Sagunto pudo absorber 56.000 soldados de Aníbal, y los defensores, aunque más numerosos, nunca llegarían a ser los 150.000 que algún clásico señala. Su arte militar se desconoce, pero no debió de ser torpe cuando lograron defenderse durante tanto tiempo frente a un ejército que era modelo de organización en la época.

En Sagunto, ya ocupada, Aníbal mantuvo encarcelados como rehenes a los hijos y familiares de los caudillos de la independencia ibérica, de quienes temía nuevas hostilidades.

La situación del ejército hispano en este período es sensiblemente igual a la de las épocas de Amílcar: bandas de guerrilleros que combaten al invasor, especialmente en las tribus del centro, norte y noroeste, mientras que por otra parte aumentan los mercenarios encuadrados por los cartagineses. Los más aguerridos, aunque también los que creaban más problemas, eran los del centro, vencidos pero no dominados.

### *Tribus y caudillos aliados de Roma*

*Indibil* es el primer caudillo del que hay constancia en la lucha de hispanos contra Roma. Su nombre es *Andobales* en Polibio, *Indibilis* en Livio, e *Indébilis* (débiles) en Diodoro, pero la forma ibérica sería *Andóbales* o *Indíbetes*. Para Polibio, sólo era un régulo del interior que se distinguió por su adhesión a los cartagineses. Livio precisando más, lo define como: «el jefe de los *ilergetes*, que desempeñó un papel muy importante en las primeras luchas de los romanos en España, unas veces a su favor y otras en contra». Hay que aclarar que los ilergetes eran el pueblo más poderoso de la izquierda del Ebro. Polibio menciona por primera vez a Indibil en 218 (a. C.) cuando al extender Cneo Escipión sus conquistas desde Ampurias, le hizo prisionero junto con el general Hannón, en la batalla de Cissa (Tarragona), capital de los cesetanos (13). Ya debía considerárse-

(13) POLIBIO: *Historia de los romanos*. 3, 76, 1.

le importante al destacar entre los prisioneros solamente al general cartaginés y al jefe ibérico.

Un año después, Livio presenta con Indíbil a su hermano *Mandonio*, de típico nombre ibero, cuya raíz mando = mulo, como en vasco, pudo referirse a su fuerza o a su ganadería. Mandonio debió ser jefe de un pueblo vecino al de los ilergetes, posiblemente el de los *ilergavones*, de la misma familia étnica y menos poblado. Ambos eran los más fieles amigos de los cartagineses.

Anota Livio una ocasión inicial de ambos hermanos. Cuando en 217 los romanos se retiraban a la costa, después de avanzar hasta la sierra de Cástulo (Sierra Morena), Mandonio e Indíbil levantaron a sus gentes y se lanzaron a devastar los pacíficos campos de los aliados, por lo cual Escipión envió contra ellos algunos tribunos militares que, con poco esfuerzo desbarataron aquellas bandas desordenadas, matando o apresando algunos y haciendo que otros abandonasen las armas (14).

#### *Indíbil en la batalla de Cástulo*

Hay un lapso sin noticias de ambos caudillos, hasta que en la primavera del año 211 aparecen en el relato de Livio las tropas del númida Massinisa y las del ilergete Indíbil, como auxiliares de las de Asdrúbal Giscón y Magón, generales púnicos, que van a dar la batalla definitiva a los Escipiones.

Tras los ataques de Massinisa, los romanos quedan reducidos a la defensiva bajo el asedio cartaginés, que se hará más estrecho con el refuerzo de Indíbil quien, según se anunciaba, venía con 7.500 sussetanos, naturales de algún pueblo vecino al suyo, parientes de los *cesetanos* de Tarragona, por lo que el analista les llama *populares* del caudillo, es decir, sus paisanos.

Pero Publio Escipión, jefe prudente y previsor, según Livio, forzado por la necesidad, resolvió temerariamente salir por la noche al encuentro de Indíbil y combatirle donde lo encontrase.

La historia de Indíbil se interrumpe nuevamente para centrarse en la derrota y muerte de Publio en la Batalla de *Cástulo* (Cazorla) y veintinueve días después la de Cneo, abrasado en una torre de *Illurci* (Lorca), donde se había refugiado con los supervivientes. Des-

---

(14) TITO LIVIO: *Historia de Roma*, 22, 21.

pués de este desastre de los Escipiones, los cartagineses premiaron la fidelidad de Indíbil devolviéndole el dominio sobre su territorio al norte del Ebro, del que los romanos le habían despojado por su amistad con el enemigo. Pero ese reconocimiento fue breve, pues aquel mismo año de 211, Asdrúbal Giscón llegó a tal abuso de poder que olvidando que Indíbil había preferido perder su reino antes que faltar a su lealtad, le exigió una crecida suma de plata, y como el caudillo ilergete anduviera remiso en entregarla, le calumnió, obligándole a entregar sus hijas en rehenes, pese a considerársele el más fiel aliado.

Llegó con ello el invierno del 209 y Escipión Emiliano, después de conquistar Cartagena, extendía sus conquistas, adoptando una política de atracción, que en su delicado trato a los prisioneros se mostraba como buen psicólogo y conocedor de los iberos. Entre los rehenes de Cartagena, que eran más de 300, estaba la mujer de Mandonio, hermana de Indíbil, la cual se echó a los pies de Escipión, llorando para suplicarle que tuviesen con las prisioneras más decoro del que habían tenido los cartagineses. En una página bella y emocionante (15), relata Polibio que Escipión, reparando en la hermosura de las hijas de Indíbil y de otros muchos jefes, comprendió lo que quería decir aquella anciana de porte majestuoso y venerable, y, compadecido, no pudo contener las lágrimas al ver que en una sola palabra le había expresado su triste situación. Mostrándola que había entendido su pensamiento, la cogió de la mano y procuró consolarla, como a las demás, prometiendo cuidar de ellas en adelante como si fuesen sus propias hijas o hermanas.

Los historiadores romanos acopian numerosos testimonios de gestos semejantes de Escipión, que con su magnanimidad se ganaba la adhesión de los hispanos, y nos cuenta (16) que había una joven cautiva de espléndida belleza, que atraía las miradas de todos y de quien se supo enamorado a Escipión, pero enterándose éste de que estaba prometida a *Alucio*, un joven príncipe, muy poderoso entre los celtiberos, dejó en libertad a éste y a la joven, ofreciéndoles como regalo de bodas los presentes que sus padres le habían enviado para el rescate.

(15) POLIBIO: *Op. cit.* 18. 3.

(16) VALERIO MÁXIMO: 4, 3, 1.—AULO GELIO: *NA.* 7, 8, 3.—POLIENO: *Stratag.* 8, 16, 6.—POLIBIO: *Historia de los romanos.* 10, 34.—DIÓN CASIO: *Historia de Roma.* Fr. 57, 42. «Boiss». 1, 243.

Alucio propagó las excelencias de Escipión y haciendo una leva entre los suyos se presentó a él, pocos días después, con mil cuatrocientos jinetes escogidos. Cuando esta movilización particular fue posible, hay que pensar que existían ya en España grandes clientelas, como en Galicia en los tiempos de César. Era la primera adhesión hispana de que nos dan noticias concretas. La seguiría *Edecón* el mismo año.

Edecón, a quien otros llaman *Edeco* y *Edescón*, era caudillo de los *edetanos* o *sedetanos*, origen de su nombre, que ocupaban la llanura oriental cerca de la cual estaba su ciudad *Edeta Liria* (hoy Liria) en torno a Valencia, y por el Maestrazgo penetraba en el bajo Aragón hasta llegar al valle del Ebro. También la mujer y los hijos de Edecón habían sido capturados entre los rehenes cartagineses de Cartagena y estaban en poder de Escipión. Edecón sagaz diplomático decidió asegurarse la libertad de su familia, acelerando la aproximación de los celtíberos a los romanos, que ya se preveía, y arrogándose su representación se presentó a Escipión en Tarragona, pues era ya el invierno, loándose de ser el primero de los potentados que se acercaban a él francamente, pues los demás aunque les tendían una mano, con la otra aún trataban con los cartagineses. Solicitaba ser un testimonio de la magnanimidad romana, recuperando su mujer y sus hijos y siendo admitido como amigo él, sus parientes y sus súbditos pues, al propagar este gesto, los demás caudillos seguirían su ejemplo y, agradecidos al recobrar a sus familiares, llevarían su alianza hasta constituir un apoyo seguro en las futuras expediciones. Escipión inclinado ya a entregar los cautivos y a la política que Edecón sugería, le devolvió su familia y convino con él una alianza. Al divulgarse la noticia, cuando volvió a su casa, los pueblos del norte del Ebro acordaron la amistad con los romanos. Los iberos sometidos por Escipión se comprometían al servicio militar por medio de un *foedus* y recibían por ello una *dona*, o retribución monetaria, dato que corroboraba la sumisión. Esta conducta de los iberos constituye una prueba de la influencia que sobre ellos ejercían una personalidad como era ahora la de Escipión el Africano y más tarde sería la de Sertorio.

Indíbil y Mandonio hacía tiempo que vivían amargados por las exigencias y el trato de Asdrúbal, quien desconfió de su probada fidelidad hasta el punto de tomarles rehenes para asegurarla, y por entonces andaban buscando ocasión de abandonar a los cartagineses, hasta que una vez sacaron sus tropas del campo y las pusieron a cubier-

to en un terreno de fortaleza natural. Su desertión fue seguida por otros muchos iberos, disgustados por motivos semejantes. Poco después Indíbil se presentó a Escipión. Nos cuenta Polibio en un discurso paralelo al de Edecón (17), que con toda sinceridad expuso al general romano los leales servicios que había prestado a los cartagineses y las injurias y afrentas con que ellos se lo habían pagado, sometía a su juicio las razones de su infidelidad y se ofrecía a tomar el partido de lo romanos con todas sus consecuencias y compromisos. Escipión aprobó sus palabras, asegurando conocer la soberbia de los cartagineses, tanto por su conducta con otros hispanos, como por la insolencia con sus mujeres e hijas, siendo rehenes, mientras que él, tomándolas por prisioneras y esclavas, las había guardado con el decoro que lo haría un padre. Indíbil asintió persuadido, y se despidió saludándole por rey, con profunda reverencia. Los demás celtíberos presentes imitaron su tratamiento, pero Escipión lo rehusó y pidiéndoles buen ánimo, les devolvió sus mujeres e hijas. Al día siguiente ajustó con ellos un tratado en el que los hispanos se comprometían a seguir a los jefes romanos y obedecer sus órdenes. Los jefes celtíberos, reuniendo sus tropas, acamparon junto a las de Escipión y marcharon después a combatir contra Asdrúbal.

La unión a los romanos de Alucio, Edecón, Indíbil y Mandonio, se desarrolló, pues, a lo largo del año 209 y la de los tres últimos durante la internada de Escipión en Tarragona. Poco después hacía ver éste a sus objetores que los romanos no sólo no deponían de su mando a quienes gobernaban, sino que habían aumentado mucho el poder de algunos reyes, como Indíbil y Colchas en Iberia, Masinisa en Libia y Pleurates en Iliria, que de ser jefes de poca importancia habían llegado a ser reconocidos por reyes.

#### *La batalla de Baécula*

La conquista de Cartagena hizo dueño a Escipión de toda la costa oriental española, con cuya base decidió conquistar la cuenca del Betis, empleando el invierno del 209 al 208 en reorganizar y armar su ejército. Andrúbal por su parte, había decidido jugar su suerte a una batalla, que de ser favorable le compensaría de la defección de los

---

(17) POLIBIO: *Op. cit.*, 10. 37.

iberos y en caso contrario, abandonaría España y llevaría sus tropas a Italia en refuerzo de Aníbal. Al conocer el movimiento de Escipión, se retiró a la frontera de la cuenca del Betis, estableciendo su campamento en *Baecula*, cerca de Bailén, que por estar en la confluencia del Guadalimar con el Guadalquivir, tenía fortaleza natural para esperar al enemigo. Pero fió demasiado en la protección del terreno y la rápida maniobra de Escipión le sorprendió antes de que sus tropas concluyesen el despliegue en línea de batalla sobre la colina.

Escipión empleó la táctica de Aníbal en Cannas: doble envolvimiento y un amago frontal, con lo que cayeron las escasas guardias de Asdrúbal y pronto, la colina misma, a la que seguían llegando tropas formadas de los cartagineses para entrar en línea, que caían capturadas o emprendían la desbandada (18). Asdrúbal no quiso exponerse a un desastre y emprendió la retirada al Pirineo, salvando la mayor parte de su ejército y Escipión no le persiguió, temiendo el ataque de otros generales, con lo cual incumplía su misión estratégica, que era destruir las fuerzas de Asdrúbal, o al menos impedir su marcha a Italia.

El excelente relato de Polibio, basado en el del cartaginés Sileno, demuestra claramente que la victoria de Escipión fue así incompleta, limitada al aspecto táctico y al teatro de operaciones español (19). Sin embargo, para hacer justicia al general romano, en este aspecto, será oportuno el juicio de Kahrsted, que dice:

«La comparación de *Baecula* e *Ilipa* con *Tesino*, *Trasimeno* y *Cannas* no es exagerada, porque en realidad las victorias de Escipión en España son magníficas y suficientemente coronadas por el éxito: logró tomar España a los cartagineses y con ello una fuente capital de dinero y mercenarios» (20).

Si no se consiguió retener a Asdrúbal en España y pudo correr en ayuda de Aníbal, que estaba en situación comprometida, su marcha fue una gran ventaja para los romanos en nuestra Península, pues debilitada la fuerza cartaginesa, a partir de entonces sus derrotas se suceden hasta el año 206, en que pierden su influencia sobre los hispanos.

Habían luchado importantes tropas hispanas en ambos bandos,

(18) SCHULTEN: *Fontes...* 3, pág. 125.

(19) POLIBIO: *Op. cit.* 10, 38, 7.

(20) KAHRSTED: 1912, 518.

aunque nada se nos dice de su actuación. Sólo anotan los analistas romanos lo que puede ser elogio del vencedor, diciéndonos que al día siguiente, Escipión se ocupó del problema que creaban los 10.000 infantes y 2.000 jinetes prisioneros y que los celtíberos que había entre ellos, se ofrecieron a servir en su ejército y le dieron tratamiento de rey, siguiendo el ejemplo de Indíbil y Edecón (21). Pero él, entonces reunió a los hispanos y les dijo cómo quería que todos le tuviesen por hombre de ánimo real, porque así era, pero que no deseaba ser rey y prohibía que nadie se lo llamase.

La suerte de España cambia de rumbo a partir de aquel año de 208, por los acontecimientos decisivos que se producen entre Roma y Cartago. Según Livio domina entonces Escipión toda la costa oriental de España hasta Cartagena, la cuenca superior del Betis y por su alianza con Indíbil, la del Ebro hasta Huesca. En cambio, la zona del Betis inferior será aún cartaginesa durante dos años más, aunque probablemente dominan los romanos algunas ciudades fenicias allí enclavadas. El centro de operaciones romano es Cartagena y el de los cartagineses la tierra de los *maessos*, en zona de Jaén. Parecía a los romanos que con la partida de Asdrúbal se aliviaría la guerra en España, pero un nuevo general púnico, Hannón, pasó el estrecho con sus tropas y unido a Magón, contrató mercenarios en la Celtiberia (la meseta), mientras Asdrúbal Giscón se había retirado a las cercanías de Cádiz para proteger Andalucía. Envía Escipión a Silano, con más de 10.000 infantes y 500 caballos, contra Hannón y Magón, para impedir que éste consiga mover recursos de la Celtiberia, pero la marcha es penosa y sólo encuentra al enemigo al cabo de diez días de caminar por asperezas y bosques, guiado por tráfugas celtíberos.

#### *Batalla de la Sierra de Cazorla*

Magón había reunido un ejército celtibero de 4.000 infantes con escudo y 200 jinetes. Eran casi toda su fuerza y los colocó en primera línea, dejando en la reserva el resto de sus tropas, armadas a la ligera. Apenas salieron del campamento en ese orden de batalla, cuando los romanos les acrillibaron con sus dardos. Los romanos se

---

(21) POLIBIO: 10, 40.—APIANO: *Las guerras ibéricas*. 24.—ZONARAS: *Historia de Roma*. 9, 8.—LIVIO: *Op. cit.* 27, 20.



agacharon para recibirlos y, alzándose en seguida, se entabló un cuerpo a cuerpo con la espada. La batalla debió de ser por la Sierra de Cazorla, y observa Livio en su relato que lo áspero del lugar frenaba la velocidad de los celtíberos, quienes acostumbraban a atacar corriendo, y no afectaba a los romanos, habituados a la lucha a pie firme: pero además, la abundancia de angosturas y maleza desordenaba las filas y obligaba a pelear uno a uno o dos a dos, como en combates singulares y el impedimento del terreno ofrecía a los celtíberos a la matanza, como atados.

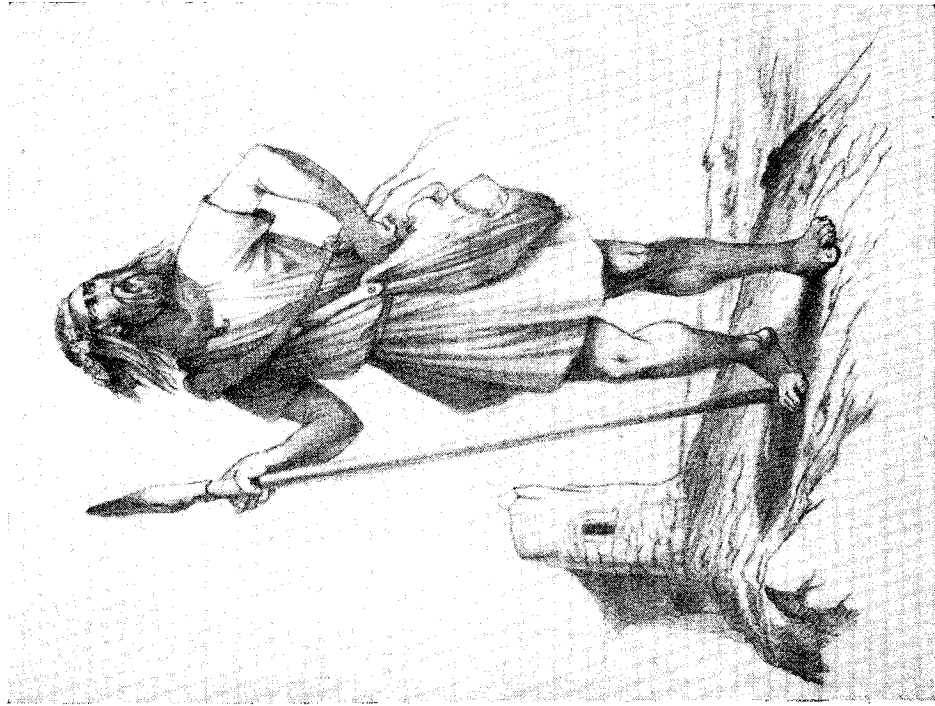
Así narra Livio (22) y no deja de resultar sospechosa esa facilidad de los romanos en alcanzar a los celtíberos montañeses y ágiles, pero sin mejor fuente en esto, hay que atenerse a él. Sigue describiendo que primero murieron casi todos los celtíberos de escudo, y luego, aterrados, se dejaron matar las tropas ligeras y los cartagineses que habían venido en su auxilio de otro campamento. Magón pudo escapar con unos 2.000 infantes y la caballería, mientras que Hannón fue capturado con los últimos que acudían, ya decidida la batalla. Casi toda la caballería y los infantes veteranos que llevaba Magón, llegaron a los diez días junto a Asdrúbal, que estaba en la provincia de Cádiz; pero los celtíberos, soldados bisoños, según Livio, se diseminaron por las selvas vecinas y de allí marchó cada uno a su casa.

### *Ilija, la última batalla*

Una nueva batalla se iba a dar en *Ilija* (Alcalá del Río) en 206, cuando Asdrúbal estableció su campamento en una montaña próxima a la ciudad, que tenía delante una llanura apropiada para el combate, en donde se acogieron unos 50.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes de su ejército, aunque Polibio y otros elevan a 70.000 los de a pie.

Escipión envió a Marco Junio Silano en busca de *Kolichas*, *Colchas* o *Culchas*, un jefe ibero dueño de 28 ciudades levantinas (acaso cerca de Cartagena), que había prometido reclutar durante el invierno 3.500 hombres de a pie y 500 de a caballo para los romanos, lo que demuestra que sus pequeñas ciudades no tendrían más de 12.000 habitantes entre todas, a un término medio de 400 cada una. Se le reunieron cerca de Baécula, cuando él, viniendo de Ta-

(22) LIVIO: *Op. cit.*, 28, 1.



Honderos ibérico y balear. Grabados del *Museo Militar*, de Van Halen.



Númidas y elefantes del ejército cartaginés. Grabado del *Museo Militar*, de Van Halen.

FPV H.

rragona, había recogido a su paso tropas aliadas de los pueblos del camino. Su ejército alcanzaba así unos 45.000 infantes y cerca de 3.000 jinetes y le preocupaba ver que las legiones por sí solas eran insuficientes para dar una batalla y, por otra parte, resultaba expuesto confiar a los iberos la misión decisiva, pues encontraba muy peligroso fiarse de ellos después de sus frecuentes deserciones en los ejércitos de su padre y su tío. La necesidad le obligó a tener que valer-se de los hispanos para aparentar un ejército más numeroso, pero fiando la batalla exclusivamente en las legiones. Concibió la maniobra de ejecutar la acción decisiva con un doble envolvimiento de los cartagineses, para lo que colocó a los romanos en las alas, dejando a los hispanos en el centro, con misión defensiva (23).

Por el contrario, Asdrúbal situó en el ala derecha, a su mando, frente a Marco Livio, a los veteranos hispanos, en los que principalmente confiaba, y a otros iberos en el ala izquierda, pues con ambos pensaba él también iniciar el ataque, dejando en el centro a los africanos.

Al llegar a este punto, Apiano se extiende en anécdotas copiadas de analistas ligeros; Frontino coincide con Polibio, que, como siempre, es más conciso y verista que ninguno, ya que Livio gusta de dar literatura y colorido a sus anales, sobre una base fundamental de Polibio (24).

Tomada tal decisión, Publio Cornelio hizo levantar las tiendas a todo su ejército, y cuando divisó las tropas de Asdrúbal, acampó sobre unas colinas inmediatas.

La iniciativa partió de los cartagineses. Creyó Magón que el momento era bueno para atacar a los romanos en su campamento y efectuó una maniobra convergente con la caballería a su mando y los nómadas al de Masinisa. Buscando sorprender a Escipión fue sorprendido por él, que tenía emboscados otros tantos jinetes, los cuales, atacándole de improviso, hicieron retroceder a unos y defenderse desesperadamente a otros. Cayeron muchos con valor y al final huyeron los demás al campamento, abrumados por la rapidez de los romanos en apearse de los caballos y entrar al cuerpo a cuerpo.

Tras este tanteo previo entre destacamentos de caballería, que terminó pronto con la retirada de los cartagineses, después, durante

(23) POLIBIO: *Op. cit.*, 11, 20 y LIVIO: 28, 12, 10.

(24) APIANO, *Iber.*, 25, 27; FRONTINO: 2, 3, 4; LIVIO: 28, 12, 14; POLIBIO: 10, 12.

varios días, desplegaron ambos bandos frente a frente, llegándose la puesta del sol sin que ninguno de los dos acometiese. Escipión dejaba el campo más tarde que los cartagineses y observó que Asdrúbal, invariablemente, formaba a los cartagineses y númeridas en el centro, y a los hispanos en las alas, flanqueados por los elefantes, con lo cual ideó desplegar en orden contrario al habitual, que era simétrico del cartaginés. El día que decidió combatir enfrentó Escipión un centro hispano con el cartago-númerida y unas alas romanas contra las ibéricas del enemigo. Con ello, su maniobra fue, como en Baécula, un desarrollo del esquema anibálico de Cannas, si bien con peculiaridades importantes.

Inició el combate la caballería romana, escaramuzando con tal rapidez y empuje que los cartagineses apenas tuvieron tiempo de tomar las armas, y Asdrúbal, sorprendido, hizo desplegar en ayunas a sus jinetes y tropas ligeras, para dar tiempo a que la infantería se situase al pie de la colina de Ilipa. Al cabo de un par de horas se mantenía indecisa la lucha de la caballería y los ligeros, porque cuando los fatigados se retiraban, entraban otros en su lugar, y parecía que ningún bando resolvería nada. Entonces, Escipión los recogió por entre los intervalos de los infantes y, pasándolos a retaguardia, los hizo evolucionar hasta situarse en las alas: los ligeros en formación cerrada, y los jinetes desbordando ampliamente sus costados. Luego avanzó las legiones en todo el frente, y cuando los legionarios estaban a unos quinientos pasos de los cartagineses, ordenó avanzar también a los hispanos, en cuyo momento inició la maniobra desde el ala derecha, cuyo mando tomó personalmente y ordenó a Silano y Marcio que desbordasen al enemigo por la izquierda, simultáneamente con él.

Pero la lentitud del avance de los iberos prolongaba demasiado el combate, sin que el adversario sufriese desgaste en su núcleo central, porque el centro de su despliegue quedaba abolsado. Coinciden en ello los analistas. Polibio dice que «los iberos quedaban alejados porque marchaban lentamente», cuando ya la segunda línea escipiónica se había unido a la primera; Livio es más gráfico, al decir: «En el centro formaban una concavidad los baleares y reclutas hispanos, porque sus formaciones avanzaban más lentamente y las alas ya habían venido a las manos»; Frontino alude a la maniobra de Escipión y describe: «Así, atacando en media luna la parte más débil del adversario con sus fuertes alas, le fue fácil derrotarle». Pero Polibio aclara luego un importante factor, al anotar: «Ya estaban rotas las alas cartaginesas y aún se quedaban en el centro, mano sobre mano, los africanos

de Asdrúbal —su mejor fuerza—, porque temían que al abandonar su puesto para socorrer a las alas se les echarían encima los iberos» (25).

Escipión debió recelar falta de acometividad en los hispanos, que no marchaban con la rapidez que les pedía, lo que, según dice Apiano (26), le forzó a apearse del caballo y lanzarse entre los dos ejércitos, empuñando un escudo y dando grandes voces diciendo: «¡Socorred, romanos, a vuestro Escipión en peligro!», con lo que consiguió que el centro atacase con tal ímpetu que arrollaron a los númeridas. Pero Escipión había contado con el ayuno del enemigo, de modo que fue alargando la lucha de las alas hasta la una de la tarde, y el combate del centro mucho más, esperando que los cartagineses estuviesen extenuados por el sol, la fatiga y el hambre. Contribuyó al desorden adversario la perturbación que produjo el ataque de la caballería, vélites y ligeros, que espantando a los elefantes, les hizo lanzarse de las alas al centro, atropellando por igual amigos y enemigos.

Los cartagineses se retiraron en desorden a las colinas y les salvó de la persecución una oportuna tormenta. Pensaron en defenderse entre las rocas, pero les disuadió de ello la rebelión de los aliados iniciada por *Attenes*, jefe de los turdetanos, que se pasó a Escipión con numerosas tropas de sus súbditos. Luego los jefes y defensores de dos ciudades fortificadas se pasaron también a los romanos, y Asdrúbal, para no exponerse a mayor desastre, levantó el campamento y se retiró en el silencio de la noche. Asdrúbal se dirigió hacia el océano, perseguido por los romanos, que en sus dispersas fuerzas hicieron una carnicería, hasta que se acogieron a Cádiz. Después, Asdrúbal Barca pasó los Pirineos con el ejército de celtiberos que había reunido.

La guerra ya no era para los romanos cuestión de esfuerzo, sino de tiempo, en la lucha simultánea contra cada ciudad. Por ello, Escipión marchó hacia la retaguardia, encomendando a su hermano Lucio Escipión el sitio de la ciudad de *Orongis* (Jaén), ciudadela de Asdrúbal para sus ataques contra los pueblos del interior y la ciudad más opulenta de toda la región. Lucio la conquistó con los 10.000 infantes y 1.000 caballos que su hermano le dejó y entró en triunfo, precediéndole en el desfile una inmensa turba de cautivos. Escipión ensalzó el mérito de su hermano, comparando la toma de Orongis con la suya de Cartagena, y viendo que se acercaba el invierno, sin

---

(25) POLIBIO: 10, 23, 24; LIVIO: 28, 12, 15; FRONTINO: 2, 3, 40

(26) APIANO: *Op. cit.*, 27.

tiempo para atacar Cádiz, ni perseguir las tropas de Asdrúbal, diseminadas por toda la provincia, mandó a Roma a su hermano, recogió sus tropas a invernar y el se retiró a Tarragona.

### CONCLUSIÓN

Livio celebra con un párrafo final el que Escipión expulsase de España a los cartagineses cuatro años después de recibir el mando de la provincia y el ejército de España y a los trece de haber comenzado la guerra (27). En realidad, la guerra de cartagineses en España había comenzado en el 218 y terminó en el 206, dirigida desde el 210 por Escipión.

Livio tiene interés en señalar la dificultad y duración de la guerra romana en España, diciéndonos que «el país era difícil por su dureza y por ser intransitable, pero eran más difíciles por su amor a la libertad y su incansable oposición». Añade que Roma sólo pudo conquistar Hispania después de doscientos años de tenaz resistencia, mientras que la Galia fue dominada en diez años. Insiste en ello:

Y así, habiendo sido la primera provincia del continente en recibir a los romanos, ha sido la última en estar completamente sometida, cosa que no ha sucedido hasta nuestros días bajo el mando y los auspicios de Julio César (28).

Terminada la lucha de los hispanos contra los cartagineses el 206 (a. C.) empezaban de nuevo a combatir por su libertad contra Roma, sin esperar ya nada de posibles alianzas, como antes las buscaron con uno de los dos bandos invasores.

---

(27) LIVIO: *Op. cit.*, 28, 16, 14.

(28) LIVIO: 28, 12, 10.

# LA SITUACION MILITAR EN ARAGON EN EL SIGLO XVII

por JOSE CAMON AZNAR

## II

### *Levas*

Es este capítulo particularmente trágico. En ningún episodio como en este de las levas se hace patente lo fatal que fue para España la existencia en el siglo XVII de unos fueros y autonomías regionales que mataron todo patriotismo y sacaban a flor un egoísmo que ni el peligro de la propia región acertaba a disimular. Por estos documentos se advierte que la enorme decadencia española de la segunda mitad de este siglo era debida, más que a la incapacidad de los gobernantes, a la desgana patriótica de las regiones que se insolidarizaban con los riesgos comunes, y que en ningún momento sentían el destino de España. Las llamadas de los gobernantes son desesperadas, humillantes a veces, como en el documento que publicamos de Carlos II, en que ya no se atreve a expresar ninguna ilusión de conquista. El ideal se redujo a mantenerse a la defensiva. Pero ni aun esta actitud vital era compartida por los súbditos de las distintas regiones, que encerrados en un feroz egoísmo comarcal, se desentendían del desmoronamiento de España. Un amargo pesimismo flota sobre este momento angustiendo toda emoción patriótica. A las apremiantes llamadas del rey, contesta el virrey con un desolado pesimismo sobre la ineficacia de todas las medidas. Y eso que el peligro no podía ser más real. Luchaban los franceses con éxito en Cataluña. Y todos están conscientes de que, caída Cataluña, el peligro para Aragón y para el resto de España es inmediato. Nada, sin embargo, logra hacer despertar el patriotismo. Los habitantes de este reino de Aragón se encastillan en que nadie los puede obligar a servir en el Ejército y, en caso de alistamiento, a salir de



las fronteras de ese reino. Con estas premisas, todo intento de leva tenía que fracasar. En vano algunos nobles, fiados en su prestigio personal, intentan levantar la gente en armas. Todo inútil. Creemos, a la vista de los documentos, que nunca ha pasado España por una tal crisis de patriotismo y un tan grande peligro de invasión de los que se salvó milagrosamente. (Documentos 47 y 48.) Los hombres con responsabilidad pública y amor a España se esforzaban en prevenir los desastres. Pero tropezaban con las libertades y privilegios regionales. (Docs. 49, 50 y 51.) Las órdenes reales tampoco se cumplían. (Docs. 52 y 53.) Y las súplicas angustiosas y aun mendicantes de Carlos II tampoco dieron más resultado. (Doc. 54.) Las razones con que el virrey explica el fracaso de esta petición no pueden ser más mezquinas. El egoísmo regional impide toda posibilidad de defensa de las tierras de España. (Doc. 55.)

La falta de hombres fue tan grande, que para llevar remeros a las galeras se pensó en detener y mandar a los moros que había en el Reino. (Docs. 56 y 57.)

La lectura de los documentos que se refieren concretamente a las levadas no puede ser más deprimente. Hubo vez en que se retiraron las banderas sin que se hubiera alistado ni un solo hombre. Otras veces fueron nueve o diez. Y aun parte de los que se alistaban eran desertores de otros tercios, que se engancharon para cobrar primas. (Docs. 58, 59, 60, 61 y 62.)

### *Indefensión*

La importancia estratégica de esta región aragonesa no es menester ponderarla. Los más legos en materias militares saben que Zaragoza y el cuadrilátero que forman los Pirineos y el Ebro por el Norte y el Sur, el Aragón y el Segre por Occidente y Oriente, es el objeto obligado preciso de toda invasión que venga de Europa. Entre por donde entre, por Hendaya o por Port-Bou, jamás estará seguro un invasor si no domina este territorio. A esta situación debe Zaragoza su nacimiento y su importancia.

El reinado de Carlos V y el de su hijo se caracterizan por las guerras con Francia. Guarnecer, pues, esta ciudad y fortalecer Jaca eran medidas de previsión elemental, y Felipe II lo hizo.

Al organizar la defensa del reino de Aragón se tuvo en cuenta no la situación estratégica, sino la fama de Aragón. El preámbulo de las instrucciones al virrey manifiesta con claridad que el objeto

de fortificar Zaragoza, Jaca y los pasos de los Pirineos se debe a las alteraciones que ha habido en Aragón. Los artículos 25, 28, 29 y 34, dan detalles muy curiosos respecto a la gente que debía integrar este ejército. En ellos se ve que los desmanes motivados por la calidad de los soldados debían ser muy frecuentes. La distribución de los hombres, teniendo en cuenta la geografía, no era acertada. La prudencia exigía distribuir esos hombres convenientemente, según lo accesible del paso que se confiaba a los destacamentos, y hacer depender éstos de una comandancia, la más próxima, no medida la distancia a palmos, sino en facilidad de acceso. Se decidió que hubiese cuatrocientos en Jaca, doscientos en Zaragoza, cincuenta en Canfranc, cien en Verdún, ochenta en Benasque, ciento treinta en Aínsa y cuarenta en el valle de Arán. Más en Jaca que en Zaragoza, doble en Verdún que en Canfranc, y en Benasque que en Castellón y en Aínsa, situada al pie de los puertos menos accesibles de toda la cordillera, y ciento treinta, que ya veremos luego para qué sirvieron. En cada una de las cinco torres se pusieron cien hombres. Contradicción mayor con la geografía, clave de la estrategia, es imposible hallarla.

Pero si se despreció el valor estratégico de los pasos y quizá se tuvo en cuenta la posibilidad de acuartelamiento, aún se cometió mayor yerro, si cabe, porque se hizo al jefe de Jaca el inmediato de todas esas guarniciones y esta fortaleza base de operaciones, es decir, depósito de víveres y municiones de todas ellas. Así lo dispone el artículo 17, sin tener en cuenta ni la distancia ni la posibilidad de cortarse las comunicaciones por causas naturales, ni que, en caso de guerra, la primera plaza amenazada por el enemigo había de ser Jaca.

Este documento, del cual dependió toda la organización militar aragonesa hasta los Borbones, se encuentra en el Archivo del Canal Imperial de Aragón. (Doc. 63.) Ya en 1638 los hombres de Aínsa pedían fuera retirada la guarnición por no ser necesaria y por bastarse ellos para defender los puertos. (Doc. 64.)

La indefensión en que se tenían los Pirineos era absoluta. Las tentativas francesas de penetración por esa parte fueron muy repetidas durante todo el siglo XVII. De aquí los numerosos documentos en que, de una manera descarnada y angustiosa, se pide remedio a tanta indefensión. Las palabras durante todo el siglo son casi idénticas. Las fortificaciones están desmanteladas, los soldados están hambrientos y no reciben sus pagas, faltan las armas más indispensables para la defensa. En el castillo de Benasque, muy amenazado en tiempo de Felipe III, los soldados hambrientos se descolgaban

por las murallas. En dos años habían recibido sólo dos pagas. (Doc. 65.) Perpignán, tan codiciado por los franceses, y que había sido históricamente objeto de los afanes de los reyes de Aragón, está en 1620 sin guarnición ni bastimentos. (Doc. 66.)

En 1627 continuaba esta indefensión (la artillería por el suelo..., no hay sesenta soldados efectivos.) (Doc. 67.) Y así debió continuar hasta 1678 en que esta plaza se rindió, a pesar de que acudió en su socorro Monterrey. Análoga era la situación de desamparo en otros puntos de España. En las Baleares, que años después habían de sufrir un amago de desembarco por parte de Francia, las fortalezas estaban también sin artillería. (Doc. 68.)

En 1638 intentaron los franceses algún golpe de mano contra algún puesto fronterizo de Navarra, y los temores de invasión fueron grandes. Se vuelve a poner de manifiesto la falta de hombres y de armas. (Documento 69.) Se hace constar que en la Aljafería, que desde Felipe II era depósito de municiones, no hay reservas de artillería, y que la pieza mayor pesa tres libras. Y todo ello sin posible arreglo por falta de dinero. (Doc. 70.) La falta de armas en este castillo, utilizado como depósito, continúa durante todo el siglo, a juzgar por estos informes de 1685 y 1693. (Docs. 71 y 72.) El gobernador de Aragón da cuenta al rey de los temores de una nueva invasión y de la dificultad de oponerse a ella, a pesar de todo el valor y entusiasmo, por la falta de medios. La guerra de 1638 se desvió por la parte de Navarra y sirvió para poner patente el abandono de las fronteras. (Doc. 73.) Entre los informes que con motivo de este intento se dieron para rectificar la miserable situación de las fortalezas aragonesas, destaca éste del conde de Aranda, singularmente crudo y expresivo. (Doc. 74.) En 1669, la ruina del castillo de Jaca continuaba. Se había artillado en tiempo de Felipe II y aún subsistían las piezas en el último tercio del siglo siguiente. La relación de Bracamonte muestra bien el estado de su defensa. Téngase en cuenta que la ciudadela de Jaca debía ser el núcleo de defensa de toda la frontera aragonesa, según las órdenes de Felipe II. Ella centralizaba las fuerzas que habían de distribuirse por los pueblos, y desde Jaca hasta Zaragoza no había entonces otro castillo capaz de hacer resistencia más que el de Monzón. Sin artilleros, con la pólvora inservible, sin cuerdas para el manejo de la artillería y sin parapetos ni obras de fábrica resistentes. En los demás sitios pasaba algo parecido. No disponen ni de víveres ni de pólvora. Comparando esta relación con la orden de Andrés de Frada, puede verse a qué ha

quedado reducida. (Doc. 75.) Los temores de invasión se sucedían continuamente, y siempre se suscita el mismo problema de desmantelamiento y abandono de las fortalezas. Así, en 1658 (Doc. 76), y en 1672 (Doc. 77.) Estos temores los hacían suponer a los invasores proyectos irrealizables, como el de una carretera que ligara a los pueblos de Hecho y Ansó, comunicación aun hoy día casi impracticable.

Un nuevo amago de invasión en 1689 —con solos cuatrocientos hombres— da pretexto al Consejo de Aragón para repetir las mismas quejas. (Docs. 78 y 79.) Para el reparo del castillo de Jaca se pensó en algún arbitrio que diera el dinero necesario. (Doc. 80.) La pérdida de Seo de Urgel produjo en Aragón una emoción terrible. Hay muchos documentos relatando este hecho y temiendo sus consecuencias, por lo que a la seguridad de este Reino se refiere. Ninguno nos ha parecido más elocuente que éste de Monzón. Monzón, cercano a Cataluña, y disponiendo de un castillo de fácil defensa, debía ser el centro de resistencia, caso de que el ejército francés quisiera invadir Aragón a través de Cataluña. Y aunque anuncia su decisión de defenderse, vuelven a sonar las palabras que se oyen cuando se habla de fortalezas. Faltan municiones; sin ellas será vano todo intento de resistencia.

No continuó el enemigo sus intentos, y Aragón vio alejarse un peligro que, dadas sus condiciones de defensa, no hubiese podido esquivar. (Doc. 81.) D. Antonio de Luzán, noble aragonés, propuso que este castillo de Monzón fuera la avanzada de Aragón para, desde allí, oponerse a los intentos de Francia. La conservación de Lérida, unida geográficamente a Aragón, era de vital importancia para este Reino. Perdida esta plaza, todo él quedaba expuesto a los intentos franceses. Como dice el documento, no había en todo el reino ni siquiera una plaza fuerte capaz de resistir. Es curioso uno de los motivos que da para que sea Monzón una fortaleza poderosa. No tan sólo para oponerse a Francia, sino para que sirviera de puesto avanzado respecto a Cataluña, cosa no desprovista de fundamento, teniendo en cuenta, según dice el documento, «la esquila condición de los catalanes de que hay tantas experiencias, antiguas y modernas». Este castillo de Monzón, cuya parte principal es de estilo románico, se halla excelentemente situado. El tercio de mil hombres encargado de defenderlo no se debió de formar, aunque se le dio consentimiento para levantarlo. (Doc. 82.)

Este intento de invasión, en 1691, produjo un gran trastorno en

Aragón. Como se veían indefensos, cualquier movimiento del enemigo hacía temer su ruina. Desde Zaragoza, tanto el Consejo, como el Consistorio, enviaban frecuentes cartas al rey pidiéndole protección. Lo que pide el Consejo en esta ocasión era muy justo. Puesto que este Reino está amenazado, es lógico que viniera a defenderlo el tercio que, pagado a su costa, luchaba en Cataluña. El hecho de que Zaragoza sea la llave de todo el reino de Aragón y de Castilla lo hacen notar estos jurados. Ahora ya no podía pedir más que soldados. La ruina de los castillos no se evitaba con la urgencia de los temores de invasión que sentían todos. En todos estos documentos hay alguna frase rotunda respecto a nuestra indefensión (Doc. 83.)

Las súplicas al rey para que atienda la defensa de Cataluña, Aragón y Valencia son incesantes y apremiantes. En estos reinos ocurrieron desórdenes contra los franceses. En Zaragoza se quemaron y saquearon sus casas, siendo el virrey impotente para evitarlo. En Valencia, a juzgar por lo que dice la Diputación de Aragón, ocurrió una cosa parecida. (Doc. 84.)

La rendición de Seo de Urgel puso en conmoción a todo el reino de Aragón. Aunque la defensa de esta plaza fue muy obstinada, llegando a defenderse en la catedral bravamente el ejército que la guarnecía, tuvo al fin que sucumbir ante el empuje del ejército francés. Y lo más doloroso era que nuestra indefensión hacía más osados a los enemigos, y los pueblos se veían acosados por partidas sueltas de malhechores. (Docs. 85 y 86.)

En Cataluña ocurrió otro intento de sublevación. Las tropelías de los soldados motivaron un motín en Castella en 1687, que fue tomando cuerpo. En 1688, esta insurrección continuó y aun se agravó. Entraron los insurrectos en Mataró y pasaron por delante de Barcelona gritando: «¡muera el mal gobierno y viva el rey!». Quiso intervenir el obispo de Barcelona, pero lo detuvieron los insurrectos. En 1689, los insurrectos quisieron imitar a los de 1642. El duque de Noailles se entendió con el Gobernador de Camprodón y le entregó la plaza. Esto repercutió en Aragón y motivó inquietudes en la frontera. (Doc. 87.)

Los jurados de Zaragoza dirigen también cartas al rey haciéndole ver la apurada situación del Principado y los riesgos que corría este Reino con la pérdida de Barcelona. (Doc. 88).

En 6 de noviembre del mismo año vuelven a dirigirse al rey los diputados. La petición es la misma. El enemigo está en disposición

de acercarse a este Reino, y no hay ni pieza ni municiones. En esta campaña no cabía pensar en las defensas naturales que podían proporcionar los Pirineos. Si bajaba por el Segre, la entrada en Aragón era cosa fácil. Y perdido Aragón, o simplemente Zaragoza, toda España quedaba seriamente amenazada. Estos avisos, a juzgar por las contestaciones que reciben, debían causar poco efecto en la Corte. (Doc. 89.) A estas excitaciones angustiosas, el Consejo de Aragón contestaba desde la Corte confiando la defensa no a un ejército organizado, sino a los naturales de la frontera. Procedimiento medieval frente a las tropas de Luis XV. (Doc. 90.) Continuaba la Diputación de Aragón haciendo ver al rey la indefensión trágica y el peligro en que se hallaba el Reino ante las amenazas de los franceses. Aragón está dispuesto a morir defendiéndose, pero no dispone de lo más elemental para su defensa. No se encuentra contestación a estas indicaciones tan angustiosas. (Documento 91.) En agosto de 1691, el peligro de invasión francesa en el Reino se consideraba inminente. En Zaragoza se acordó nombrar una Junta «de aquellos ciudadanos de mayor inteligencia y práctica en lo militar». (Doc. 92.) En el año siguiente de 1692, el Consistorio de Aragón suplica socorro para sesenta hombres que defendían el puente de Montañana y Benasque. (Doc. 93.) También es trágica la descripción de las defensas militares de Cataluña, con todas sus plazas fuertes lamentablemente desatendidas. (Doc. 94.)

En este mismo año de 1693 hay dos cartas del virrey, donde la descripción del estado de los soldados es espantosa. (Doc. 95.) No era sólo la falta de comida; era también de lo más indispensable para vestirse de lo que carecían. En la relación de lo sucedido el año 1696 en la disposición y compra del vestuario para el tercio, impreso en folio, se dice: «el tercio estaba desnudo, y doscientos hombres que se habían reclutado, en carnes, encerrados en un cuartel del Vique por la vergüenza que daba en dexarlos ver».

A veces, la Diputación de Aragón acudía al rey, en nombre de los diputados de Cataluña, haciéndole presente la indefensión del Principado. (Doc. 96.) Publicamos, como remate de este capítulo, una carta del virrey, vibrante y desenfadada, en la que expone la absoluta imposibilidad de defender el reino de Aragón con los soldados de que se dispone. (Doc. 97.)

## DOCUMENTOS (\*)

## DOCUMENTO 47

*Carta de Justicia al Consejo de Aragón.*

«Trabajosa negociación ha de ser para el Virrey la leba del Tesoro que se le ordena disponga en este Reyno por que Zaragoza y las demas Ciudades estan destruidas, que es de donde se podrá esperar algo, y las comunidades y villas además de tener ese mismo estado se hallan con un alojamiento que no lo pueden soportar con que se excusa se viene a los ojos, a que se añade que el servicio ha de ser voluntario y si para la guerra de Cataluña en que habia tantas principales razones para que los naturales de este Reyno fuesen los primeros no se podía conseguir que las Universidades ofreciesen gente efectiva sino algunas cantidades de dinero. o frutos. muy limitada poca esperanza podrá haber que fueran darla para Portugal ni que el dinero sea considerable. Y si con el que se recojiere se ponen vanderas, será deshacer las compañías que estan alojadas para gozar del socorro. Conque considero (con arto desconsuelo mio) el poco fruto que se ha de sacar: pero ello se intentará y yo asistiré al Virrey con mucho gusto en quanto se ofreciese.»

(Legajo 71.)

## DOCUMENTO 48

*Informe del Consejo de Aragón: 10 de Julio de 1692:*

«Responde el Virrey luego al punto escribio al Conde Guara y a los sindicos del Condado de Ribagorza para que le avissasen la gente efectiva que tenían para adelantar lo posible la defensa de aquellos parajes por si el Obispo de Creus intentasse hacer alguna invasión: pero que tiene muy poca esperanza de que aquellos naturales pasasen a Cataluña por no haverles tratado el año pasado de manera que quedassen gustosos. sobre haber gastado gran summa de dinero.»

(Legajo 67.)

## DOCUMENTO 49

*Carta del Arzobispo de Zaragoza al Rey:*

«Señor:

»A vista de inminente riesgo en que se halla el Principado de Cataluña. que es el único antemural de este Reyno y de los Castillos y que si se pierde se perderia todo: en cumplimiento de su obligacón he aplicado los mayores esfuerzos que caben en la posibilidad, alentado y persuadido a la Diputación de este Reyno y en la Ciudad de Zaragoza en que considerando que estamos en el mayor riesgo de una total ruina y que este Reyno no puede defenderse por estar abierto, si el enemigo llegasse a sus fronteras para acudir al tropiezo de los fueros de este Reyno, que disponer que no puedan por su cuenta lebandarse Milicias, ni emplear el caudal del Reyno en levas, sino solo para defender las fronteras, en caso de ser invadidas del enemigo, he podido conseguir que la Diputación del Reyno y la Ciudad sirva a V. Mg. con mil infantes, los seiscientos por fuente de la Dipu-

---

(\*) Si no hay indicación especial, todos los legajos se guardan en el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona.

tación y los que tomemos por cuenta de la Ciudad, vestidos y puestos en Cataluña e incorporados en el Tercio de setecientos hombres con que este Reyno sirve a V. Mag. en aquel Principado, sustentados por toda esta campaña, que ha sido un servicio sin exenpiar en existencias de no ser invadidas las fronteras del Reyno siendo tan cortísimos los medios con que se hallan; y para que con efecto se execute con la mayor brevedad, atendiendo a que no se puede aquí quintar, ni obligar por fuerza a nadie por ser contra las leyes y fueros y que estamos en tiempo de riesgo que ocupe mucha gente, ha dispuesto que aquí se ponga mañana dos vanderas y que salga luego el Gobernador de Aragón en las Ciudades de Teruel, Daroca y Caatayud y otros dos Ministros de esta Rl. Audiencia a los partidos de Tarazona, Huesca, Barbastro y Alcañiz con caudal suficiente para pagar y conducir levass que se hubiere: y al mismo tiempo hemos dado orden en Barcelona para que se compre y esten dispuestos mil vestidos enteros y con sus espadas en la forma que este Reyno ajusta el vestuario de su tercio. Y para mayor brevedad del socorro he mandado, que conforme se fueran haciendo las levass, se vaya remitiendo a Barcelona y allí se vistan, socorran e impone en dicho Tercio, que es cuanto cabe en lo imaginable para prebenir y adelantar al mismo tiempo este esfuerzo.

»Dios guarde la Real Catholica Persona de V. Mag., como la Cristiandad ha menester.

»Zaragoza junio a 20 de 1693. — Antonio, Arzobispo de Zaragoza.»

(Legajo 69.)

#### DOCUMENTO 50

*Carta del Marqués de Torres al Conde de Ariza.*

»Señor mio y muy amigo: Recibo tu carta de 11 del corriente y quedo con gran consuelo de que el Consejo aya reconocido la imposibilidad con que me allara de poder hacer la leva estando la gente alistada por los diputados. En Maella, tengo prevenida una compañía de ochenta o cien hombres que me seguirán a donde fuere y se me mandare y los otros lugares se han escusado no obstante las cartas de el primer Virrey, tan solamente Castelseras se ha tomado ocho dias de tiempo para responder y Caspe me a respondido que despachase su síndico al Señor Virrei para responder a su carta y supuesto que el Consejo tiene por conbeniente que este tercio se forme para lo que pueda ocurrir te suplico representes en el que pueda Vd. su mejor logro conbendría que además de las ordenes de S. M. y diputados se mande que salga un diputado que con ardor solicite el servicio y que en el que se explique adonde a de pasar la gente, si adonde conbenga o en parage limitado pues no haciendo esto puede peligrar mi estimación y si se me mandase pasar a Barcelona y no quisieran pasar de Lerida y de esta suerte no se me mandara que vaya a parecer que no devan seguir según lo ofrecido...»

«Maella Agosto a 18 de 1691.»

(Legajo 67.)

#### DOCUMENTO 51

*Del Virrey al Conde de Aragón en 16 de Febrero de 1692:*

«Medios que se proponen para la formación de alguna gente para el exercito de Cataluña y frontera de Aragon para la campaña viniendo del año 1692.

»Para engrosar el exercito de Cataluña y cubrir las fronteras de Aragon la qual desde Navarra y Venasque confina con Francia por demarcación antigua de los Pirineos y desde Venasque hasta cerca de Fraga confrontan el Condado de Rivasgorza con Cataluña tierra toda abierta que desde Urgel y Bellber predomine la Francia sin tener oposicion alguna entre Monzón, cuya fortificación es indefensa



y devii, prosigue pues la frente de Aragón desde Fraga asta Maella confinando con Cataluña y algo del estrecho de la plaza de Valencia donde está Vinaroz y Peñíscola, pudiese S. M. valerse de quatro especies de levas que para estos casos se considera, no obstante que en Aragon, País corto y Pobre le faltan frutos, dinero y gente; pero en casos de la presente precisión deve S. M. Alentar y asistir sus Reinos y vasallos y los Vasallos sacrificarse todos a su Rl. servicio, no admitiendo excusa a los pueblos de que no concurren con el pretesto de el de las Cortes en el Tercio de Aragon, ni el que cargados con censos que pagan a particulares no quede a los pueblos caudal con que servir; pues en ocasion como esta se deve atropellar por todo siendo mas apacible y despues de cobrar un año los interesados sus censos que no el que las hostilidades del exercito enemigo sea abrasado todo a la mitad del Reyno y por la congoja de los miembros mas expuestos en la frontera, la caveza y demas partes de este cuerpo aun que estan desviados del riesgo es justo que los socorran con espiritus y substancias para que no se mortifiquen los que tienen proxima amenaza. Tratado este principio se consideró que se pueden hacer por aora quatro especies de Levas dos para engrosar el exercito de Cataluña y otras dos para la defensa de las fronteras del Reyno de Aragon. Para el exercito de Cataluña leva regular como la que se hace oy en la corte. La segunda leva regular voluntaria, y temporal que este puede ser de voluntarios que sienten plaza para servir tan solamente los cinco o los seis meses de campaña cobrando sueldo aquel tiempo tan solamente y pasado ello teniendo facultad para bolverse a sus casas; esto se puede hacer valiendose de Naturales de graduación y que esten bien vistos en el Reyno o que tengan alguna mano en el. tomando a su cargo hacer las levas y costearla toda por aquella ciudad de costa quando S. M. le señalaré obserbandose la misma conformidad ia leva regular ordinaria como lo que oy se hace en la Corte. tratándolo con Natural de calidad y prendas, que forme el Tercio pues si gente no faltase será mucho mejor lo que se hiciere en Aragon que lo que se hace en la Corte porque no estará tan expuesto en hacer fuga los soldados como de lo que se hace en la Corte donde concurre el caos de ella tantos pícaros que tienen por oficio hacer grangerias de ser tomilleros y en Aragon por su cortedad es mas comprensible cada individuo y no estan tan diestros en la execución de estas fugas por haver sido pocas y cortas las levas que en todos estos años se han hecho. Estas dos especies pues de levas han de ser costeadas enteramente por S. M. y puede servir para reforzar el exercito de Cataluña.

»Para defensa del Reino de Aragon y sus fronteras se pueden hacer otras dos especies de levas, con la clara explicación de que no han de salir del Reino y si de el salieran será tan solamente para guarnecer a Lerida, Balaguer, Elío, Miravete, Tortosa, Vinaroz, Peñíscola y Castellon de la Plana y si ser pudiera que se alargasen a Tarragona para guarnecerlas o socorrerlas estas Plazas de Cataluña y Valencia en caso de necesidad y no necesitando de ella, estar prontas y dispuestas en la frontera al tiempo de la campaña en los parages que se juzgue por más conbeniente. Estas dos calidades de levas se pueden nombrar levas de servicio extraordinario por costearla todo el país y la segunda leva de servicio medio por costearla S. M. y el Vasallo. La leva de servicio extraordinario sera razon que se haga concurriendo todas las ciudades, Villas y lugares del Reyno donde porción de gente pagada por toda la campaña sin excusarse pueblo alguno siendo que empiezo el exemplo la Diputación y Zaragoza aunque en la Ciudad de Zaragoza por ser grande imposibilidad y empeños constituidos en el servicio de S. M. se le conceda facultad para apremiar a los mercaderes Franceses y Naturales y al comercio que aora se ha establecido aqui agan donativos y se arbitre con el o donde no concediendo la facultad y la gracia de que bata alguna porción de moneda, que el Reyno necesita o otros arbitrios que facilmente se pueden discurrir pues el principio infalible según el temple en que estan las ciudades y villas del Reyno, que si Zaragoza y la Diputación no empiezan señalandose en este servicio no seguiran las demas Ciudades y Villas. Hecho ya el servicio de la Diputación y Zaragoza se deverá mandar al Conde de Fueno y a Ministros de graduación que corren todo el Reyno con las ordenes de S. M. exopto de Zaragoza, exortandoles de la urgente necesidad cartas del Rey con las gracias de conceder a las ciudades y Villas mas populosas que puedan inutilizarse una la novilissima ciudad, otra la insigne Villa, otra la magnanima, la antigua, la siempre fiel, la sin par, la invicta, la constante.

A las comunidades de Calatayud, de Daroca, Teruel y Albarracín para los Procuradores que fueren títulos de Varones y a las Ciudades de Mariscales. Esto con buena labor de los Ministros que vayan a solicitar el servicio es sin duda que recoja algún fruto de gente pagada para toda la campaña con las condiciones expresadas, de estar en la frontera y pasar a las Piazas referidas de Lerida, etc. Y consolando los lugares con que se de su elección a los capitanes y cavos menores. Para los lugares mas exactos se puede valer de la leva del servicio medio de la conformidad por el Conde de Fuente tiene ajustado en el condado de Rivagorza, que sirvan los pueblos con la porción de gente que pudieren, nombrar los cavos los paguen por dos o tres semanas, y lo que se detengan hasta comeder el tiempo de la campaña S. M. les pagara el sueldo como esta convenido con el Condado de Rivagorza echas estas levadas para la frontera se procurará dividirlas en tercios o donde no, pues Rivagorza con cuerpo y tercio aparte de todo el servicio de lo restante del Reyno por la frontera formar un regimiento con títulos de la frontera y mas haviendo caso tan prudente y experto como el Conde de Fuente que puede gobernarlo y ser su coronel. Pero todo lo dicho importa muy poco aun que se consiga literalisimamente, si desde luego no empieza a ponerse mano en estas labores, pues el tiempo es cortísimo y en la esterilidad de medios y falta de gente se impossibilita mas y mas se desconfia.»

(Legajo 62.)

#### DOCUMENTO 52

##### *Orden real de leva:*

«Mis exercitos assi en Italia como en Flandes se hallan con suma falta de gente y para mantenerlos es preciso embiar gran golpe de ella. Los medios como levantarla con el menor daño que sea posible se han pensad con grande desseo de hallar camino que facilite la materia con la menor pesadumbre que pueda ser de mis subditos, supuesto es que mi Animo es que se procure que todo vaya voluntariamente. Entre los que se han ofrecido por mas proporcionados al intento es que en todos los lugares por cada cien vecinos que aya en ellos se levante un soldado pues no se podrian juntar con menos inconveniente ni más facil disposición por ser imposible que en el lugar de menor población dexede de haver algún odioso y mal entretenido.

»Abril 14 de 1687.»

(Legajo 70.)

#### DOCUMENTO 53

##### *Otra orden real de leva:*

En 1697, el Rey envió una nueva orden para que se levantara gente que acudiera en socorro de Barcelona.

«Por el consejo de Aragon se conviene a los Virreyes de Aragon y Valencia cubriendolas antes para los comunes y varones pudiendolos con todo encaramiento que sirvieron en el mayor número de gente que puedan para acudir al socorro de Barcelona en caso que franceses sitiaren aquella capital y manifestandoles mi justa confianza en que quedo de que mediante su grandeza haziendo el mayor esfuerzo con urgencia de que la primera importancia como es la presente.»

(Madrid 12 Junio 1697. Legajo 69.)

## DOCUMENTO 54

*Orden del Rey:*

«Ahora he visto vuestra carta de 25 del pasado en que me representan la singular fineza de esos naturales en servirme con donativos voluntarios mas de lo que permiten sus cortas fuerzas consumadas todas en los grandes servicios que hicieron al Rey nvs. (que este en gloria) y en los que despues aca han continuado; y estoy con mucha gratitud a su amor y celo y espero que se señalarán mas en la urgencia presente en que mis dominios estan expuestos a mayor peligro por el poder de el enemigo y la crueldad con que cuenta la guerra, de manera que se deve a su valor en la parte que le tocaré la quietud y seguridad de mi Monarquía. Siento que el mayor dolor que puedo encarecer los fracasos y angustias de mis Reynos, y en particular del Principado de Cataluña que los padece mas inmediatamente. Pero aunque se han hecho tantas y tan costosas privaciones, no ha querido Dios por sus designios y nuestra culpa que hayan sido de efecto y si bien ha crecido sumamente el empeño de mi Real hacienda con las naciones gastos que causan los malos siervos, estoy resuelto a consumirla toda sin reservar mi pata y joyas en tan devida defensa mas por alivio y consuelo de tan buenos y leales vasallos que por el honor de mantener la Corona pues no deseo mas Reynos, que los que Dios por su gracia y misericordia sea servido dejar en mi mano. Y así expondre tambien mi persona sacrificandome enteramente al bien de mis vasallos y espero de ellos que correspondiendo a mis demostraciones han de exceder en esta ocasión todo lo que la necesidad pide. El enemigo se ha declarado que quiere conquistar a Cataluña destinando para esto sus principales fuerzas de mar y tierra y si se perdiere el Principado (lo que Dios no permita) cargarían sobre ese Reyno todas las calamidades de la guerra con las evidencias y rigores que esta excentuado en todas partes y así es propia suya la defensa del Principado ocurriendo con la mayor prevención para no verse en tan miserable estado. Considero que el Reyno no puede servirse con mas medios pues me han dado todos los de su posibilidad pero puede hacerme mayor servicio disponiendo un buen número de gente en la cual se emplean los caudales que se han juntado, así unos como de la Diputación, Ciudad de Zaragoza, y demás Ciudades, comunidades, Villas, Lugares y personas particulares y lo pueden disponer con esta suavidad que de cada cinquenta fuegos salga un hombre, buscado y solicitado con buena gracia por las mismas Universidades persuadiendolo con la urgencia presente y la conveniencia propia y universal del Reyno pero sin ningún gasto suyo; por que desde la ora que qualquiera Universidad os avisase que tiene prevenida gente, aveis de costear su conducción, vestuario y sustento de toda la campaña, sin dependencia para sus pagas de el Capitan General de Cataluña y interpondreis mi fe y palabra Real de que concluida la campaña se les dará licencia para volverse a sus casas y si es necesario la concede desde ahora para entonces y dese orden en Cataluña para que asienten lo dicho licenciado en los libros de los oficios de RI, escrito. Esta gente como buscada por las Universidades será de mas provecho y credito de el Reyno para nuevo lustre suyo; y si por solo ganar gloria emprendieron sus naturales en lo pasado tantas y tan grandes conquistas dilatandose hasta el Imperio Griego con mas razon devo esperar en lo presente que por defensa de la corona y de sus propias casas, pasara a una provincia vecina a quebrantar las fuerzas de el enemigo mostrando lo que puede su valor a mi servicio. En todos mis Reynos se hace este esfuerzo, para formar nuevos ejercitos, como es necesario y no se puede llenar de gente extranquera por ser preciso en los ejercitos de Italia y Flandes sin poderse separar ninguna parte de ella supliendo la de otro como lo he deseado y procurado por mayor alivio de estos Reynos, encargo y mandos que representeis esto a las ciudades, Condales, Villas y Lugares y sin gran confianza de que hencieron en esta ocasión todas las dificultades de la imposibilidad por que aunque lo reconozco la necesidad en extremo y lo hace olvidar todo y así por mi parte se hará tambien quanto deseo a esta obligación y al particular amor que tengo a mis vasallos; y perpetuamente les quedará agradecido a este servicio por ser el mas singular que en tiempo alguno no puedan hacer y fio se logrará con vuestra dirección y la apli-

cación que pondreis en tan importante negocio por vuestras grandes obligaciones y la confianza que me aveis debido en encargaros el gobierno y defensa de un Reyno tan de mi estimación.

»Madrid a 8 Octubre 1693.»

(Legajo 70.)

DOCUMENTO 55

*Carta del Virrey al Rey.*

«En carta mia de 16 del corriente representé a V. M. el dictamen de estos ministros tocante al servicio de un soldado por cada cincuenta vecinos a que devo añadir otra dificultad que tengo descubierta, aun quando se limite la regulacion, reduciendose todo a servicio arvitrario; y es que las Universidades, no pueden segun las leyes de este Reyno obligar a sus vecinos. Con que cesan, todas las esperanzas de que pueda fructificar este medio respecto a que si los particulares repugnan no pueden ser agremiados y si consienten no he menester a las Universidades para que sienten plaza. Supuesto esto, y el estar aguardando las Reales resoluciones de V. M. se ha insinuado a algunos lugares, que prendan a los bagamundos y que se les proponga el ir a Cataluña, o se les destierre por ver si este torcedor puede facilitar la leva; pero yo fio muy poco de este medio.

»Supuestas tantas dificultades de hallar gente, se ha pensado en pedirla a todos los señores de Vasallos que por ley pueden apremiarlos y se discurre ser preciso se sirva V. M. mandar escribir a los Titulos cartas de la estancia de las inclusas Minutas, que se distinguen solamente de los que han servido con dinero, a los que todavia no han hecho este servicio. Y lo escribiré (segun estilo) a los demas señores, siendo cierto, que si todos concurren se podría sacar algo de provecho; y no fructificado este medio, casi desespero la conclusion de las levass, respecto a que el rigor del Inbierno, con tan crecidas Pagas, no se ha levantado mas de cuatrocientos hombres, asomandose ya la primavera, no habrá quien asiente Plaza. Si S. M. sin dilación, fuere servido de conformarse con este expediente suplico se me remita las cartas de V. M. sin dilación, aun a costa de un expreso considerandose, quanto aprieta la brevedad del tiempo. Guarde Dios lo C. R. P. de V. M. con la Cristiandad y sus criados somos menester.

»Zaragoza 8 de Febrero 1694.»

(Legajo 67.)

DOCUMENTO 56

*Orden del Rey al Tesorero General:*

«Siendo sumamente grande la falta que hay de remeros en las Galeras de España; y conviniendo discurrir por todos los medios posibles en suplirlos a fin de que con la mayor anticipación esten provistos para el servicio de la futura campaña. He resuelto se envíen luego órdenes muy precisas a los puertos de Andalucía y de los Reynos de Aragon, Valencia, Cerdeña y Mallorca y Principado de Cataluña para que registren y vendan los moros que se hallaban en ellos, siendo sanos y capaces del trabajo del Reyno que es lo mismo que se exceptuo para llenar el número de los mil que se cambiaron por los cien cautivos de Alambra sin que ahora se exceda del precio y cantidad que entonces se dio por cada uno: Tendriase entendido en el Consejo de Aragón, para exceptuar prontamente la parte que le toca como se lo encargo y mando.

»En Madrid a 29 de Octubre de 1691.

»Al Tesorero Gal. de la Corona de Aragon.»

(Legajo 66.)

## DOCUMENTO 57

*Carta del Virrey de Aragón.*

«Señor:

»Sirvase V. M. hordenarme de la providencia conveniente para que los Moros que se hallavan en este Reyno y fueron capaces de trabajar al vecino se compren por la falta que hay de ellos en las galeras: y estando enterado de que son muy pocos los que hay en el, y que en esta ciudad solo sirven a sus dueños uno o dos, y no declarandome V. M. si con estos se ha de hacer lo mismo que los libres, esperaré las Bondades de V. M. para dar yo las que convengan a su real servicio.»

(Zaragoza 13 de Noviembre de 1691. Legajo 66.)

## DOCUMENTO 58

*Carta del Virrey de 8 de mayo de 1696.*

«Se han puesto banderas en esta ciudad y otras partes del reino a fin de solicitar levas pero desde luego se ha experimentado el casi nada que fructifican respecto a que en tantos días no se han podido juntar diez hombres siendo así que he alargado la entrada a dos pesos escudos y a medio peso a quien condujere el soldado que asiente plaza. Considerando esto y la necesidad de vestir la gente me ha parecido no empeñarme al gasto de municiones que temo saliera inútiles y solamente he mandado componer unos cincuenta vestidos de los que sobraron de las levas de 1694 y aun así supongo han de sobrar.»

(Legajo 68.)

## DOCUMENTO 59

*Carta del Virrey de 15 de mayo de 1696:*

«En cuanto a este Reyno debo representar a V. M. como al cabo de muchísimos días no han asentado Plaza en esta Ciudad sino nueve hombres; y en los demas lugares del Reyno ocho; con que tengo por inútiles y dañosos los gastos de Cuerpos de Guardia, no habiendo ni remotas esperanzas de levantar gente para esta Campaña, sinó es fomentando fugas en el exercito de Cataluña reziviendo a desertores.»

(Legajo 68.)

## DOCUMENTO 60

*Carta del Virrey a D. José de Villanueva.*

«Señor mio: Suplico a V. S. se sirva poner en noticia de! Consejo como las nuevas levas no han fructificado sino unos treinta y cuatro hombres que he encaminado a Cataluña con el sentimiento de que ayan costado mas de lo que valen, ni ay esperanzas de aguantar el número sino es que asiente tal y qual con un gasto excesivo; resultando todo de haberse emprehendido esta leva tan tarde para dar lugar a la del Reyno que ha sido tan corto como dilatado el tiempo que ha consumido en ella.

(Zaragoza 29 de Mayo de 1696. Legajo 69.)

## DOCUMENTO 61

*De una Carta del Virrey al Consejo de Aragón de 10 agosto de 1697:*

«... aquí como tengo participado se reduce todo el donativo en dinero no pudiendosé conseguir el alistar un hombre que quiera salir de la Raya del Reyno.»

(Legajo 69.)

## DOCUMENTO 62

*Carta del Virrey de Aragón. 30 de Julio 1697.*

«... combendria mucho proveer medios para acelerar con los de aquí mantenia tan importante al servicio de V. M. y la seguridad de estas fronteras teniendo memoria también de que aquí no ay cavos que manden la gente para que en todo se sirviese V. M. mandar se diesse providencia y habiendo dado cuenta a V. M. de haver salido el Governador a las fronteras y de que van saliendo los Ministros y personas que he tenido por mas aproposito para solicitar el donativo y levantar la gente que fuere posible, devo añadir que el Governador desde Fraga (Donde se mantiene) me dice no ha podido conseguir servicio alguno de gente para salir fuera del Reyno y se reduce a lebantar para la frontera cincuenta soldados con los escudos de entrada y facultad de elegir Capitan concediendole V. M. los suplementos necesarios con esta condición le he prevenido que no admite el servicio y que procure se haga absolutamente y en el menor número posible de dias, aunque me parece se habrá de reducir a dinero como el de esta Diputación y Ciudad y que lo mesmo se excuente a las demas Universidades del Reyno donde se hallan ya diferentes Ministros por que experimentaren lo mesmo con la razon de no poderles obligar a servir de soldados segun fuero, especialmente fuera del Reyno y aun en el con voluntarios con las personas y con el dinero.»

(Legajo 69.)

## DOCUMENTO 63

*Instrucciones del Rey al Capitán General de Aragón:*

«El Rey nuestro Señor:

»Traslado de su instrucción firmada de su Real mano que ynbrió al Duque de Alburquerque, Virrey y Capitan General del Reyno de Aragón para las cosas tocantes a la guerra y otras cosas de los Castillos de dicho Reyno, dada en Aranjuez a 26 de abril de 1594.

»El Rey:

»Duque de Alburquerque primo mi lugarteniente y Capitán General del Reyno de Aragón. Para que tengays entendida mi voluntad y la que se debe saber en el gobierno de la gente de guerra que queda en el dicho Reyno ha parecido daros la instrucción siguiente:

»1. Primeramente debeis saber que considerando la alter.<sup>on</sup> que en la ciudad de Zaragoza causaron algunos sediciosos y el gran desacato que cometieron contra el Santo oficio de la inquisición los dias 24 de mayo y septiembre del año pasado 1591 y la entrada que los hereges Viarneses hicieron el año siguiente de noventa y dos en las montañas de Jaca a instancia de los dichos sediciosos y el peligro que aquella ciudad corriera de ser ocupada por ellos si no fuera por el Ejercito que en aquella sazón se halló en el Reyno y lo que convenia al servicio de Dios y mio

seguridad quietud y reposo de los naturales del escusar en lo venidero semejantes peligros e inconvenientes y ordenar que el Santo oficio sea obedecido y respetado mande que la dicha Casa Real de la Aljafería se reparase en la forma que habreys visto y que junto a la dicha ciudad de Jaca se hiciese un fuerte, otro en Berdun y en las montañas las Torres de Sta. Elena, Hecho y Anso, la Espelunca y los Baños y que demas de esto se reparasen los Castillos de Canfranc, Aynsa y Benasque.

»2. Para la guardia y seguridad de todas las dichas plazas y del Castillo de Castellon que cae en la Val de Aran He mandado que queden mil infantes repartidos en esta forma.

»3. En la Aljaferia doscientos infantes a cargo del Capitán Xstobal Basquez de Peralta.

»4. En el Castillo de Jaca cuatrocientos infantes a cargo de Hernando de Acosta.

»5. En el Castillo de Canfranc cincuenta infantes a cargo del Capitán Lazaro de la Madrid.

»6. En el Castillo de Berdun cien infantes a cargo del Capitan Esteban Ochoa.

»7. En el Castillo de Benasque ochenta infantes a cargo del Capitan Pedro de Ramada.

»8. En la ciudadela de Ainsa ciento treinta infantes a cargo del Capitan Juan de Escobar.

»9. En el Castillo de Castellon en la Val de Aran cuarenta infantes a cargo del Capitan Francisco Sanchez que son cumplidos los dichos mil infantes; demas de los cuales hay algunos oficiales y personas que tienen en si el dominio, que los que son y el que he mandado señalar a cada la dicha gente y a cada uno en particular, vereis por una relación que con esta se os imbiará firmada de Andres de Prada su secretario.

»10. Tendreis mucho cuidado en procurar que la dicha gente de guerra viva cristianamente y de no consentir que entre ellos aya penados publicos ni escandalosos y que se castiguen los que hubieren por los que de estas cosas se delivre nuestro Señor y que no haya juramentos sino que vivan cristianamente.

»11. De los dichos mil infantes se han de proveer a cada una de las dichas cinco Torres diez soldados que asistan a la guarda dellas y por ser los pasos de a importancia que son ha parecido conveniente que los Cabos dellas demas de ser soldados de mucha confianza no sean perpetuos y para estos se ha acordado que se nombren siempre de los que pretendieran ser proveidos en compañías de mas benemeritos y que estos sean proveidos a Capitanes en la primera elección y en lugar de aquellos vayan otros de la mesma calidad y asi se vaya continuando la provisión mediante lo cual estarán las dichas torres con el buen recaudo que conviene y con esta consideración he mandado proveer agora las que siguen:

»12. En la Torre de Santa Elena al Sargento Mayor Huan de.

»13. En la Torre de Anso Hernando Carabeo.

»14. En la Torre de Hecho al Sargento mayor Fernando de Madenilla.

»15. En la Torre de la Espelunca al Sargento mayor Alonso.

»16. En la Torre de los Baños al Sargento mayor Geronimo Cornoca.

»17. Las dichas cinco Torres y los cabos y gente dellas han de estar subordinadas a los Capitanes de los Castillos que mas cerca les cayeren y ellos han de tener cuidado de visitar cada uno las que conforme a esta orden les tocaren de cuando en cuando para ver como están y como proceden los cabos y soldados y si les falta algo y de lo que se ofreciere han de avisar los dichos Capitanes al que tuviese a cargo el Castillo de Jaca como a persona a quien han de estar subordinados y que ha de tener el gobierno de toda la gente de guerra y plazas de las montañas para que el os dé cuenta dello y vos proveyais lo que mas vieredes conveniros, me deis aviso dello para que yo lo mande proveer y los unos y los otros han de estar subordinados a vos como a mi Capitan que en el dicho Reyno y cumplir en todo y por todo las ordenes que les diere que les diereis vos.

»18. Todos los Capitanes y Cabos de las dichas plazas han de hacer pleito homenaje por ellos en vuestras manos según fuera de España y ninguno se ha de intituiar castellano ni alcaide ni vos se los habeis de llamar por escrito ni de palabra.

»19. Cuando acaeciére sacar la plaza del Capitan de la Aljaferia o de alguno de los dichos Castillos y torres me lo avisareis y si entre la gente que en ellos

si viere hubiere algunos oficiales benemeritos y de confianza me enviareis relación de ellos para que yo mande proveer lo que convenga.

»20. En todas las dichas plazas y en cada una de ellas se ha metido la provision de vituallas que vereis por otra relación que irá con esta firmada del dicho Secretario Andres de Prada y por que a la seguridad de las dichas plazas importa que se conserven os encargo y mando que tengais mucho cuidado de mandar que no se toque a ellas sino en caso de necesidad precisa y que a sus tiempos se renueven vendiendo unas y comprando otras cada cosa en su sazón y con el mayor beneficio de mi hacienda que sea posible; y para que esto se haga como conviene tendran cuidado los oficiales del sueldo el Senador de bastimentos y los Capitanes y Cabos todos juntos de visitar las dichas vituallas y avisaros del estado que hubieren y de la comodidad que se ofreciere para renovarias y como se podrá saber con mas aprovechamientos para que vos conforme a ello y a lo que os pareciese deis la orden que mas convenga y por que muchas veces acaece que por descuidarse en estas cosas las que las tienen a cargo se corrompen y pierden los bastimentos que hay en semejantes plazas y en las de este Reyno no puede suceder esto sin notable culpa de los oficiales del sueldo y del tenedor de bastimentos, Capitanes y Cabos les apercibireis y mandareis notificar que cualquier pérdida o menoscabo que en esto haya ha de ser a su cuenta y riesgo y se cobrará irremisiblemente de sus personas y bienes y para que ninguno de los susodichos se pueda escusar por ninguna vía, ordenareis que en los almacenes así de vituallas como de municiones de la Aljafería y de los castillos y torres haya tres llaves que la una tenga el tenedor de bastimentos, la otra los dichos oficiales y la otra el Capitan y Cabo de cada castillo y torre y todos han de concurrir en cualquier cosa que se hubiere de sacar de los dichos magacanes o meter en ellos.

»21. En los tiempos que conviniere renovar las dichas vituallas se ha de tener cuenta que no se saquen de golpe sino que se vayan sacando unas y metiendo otras de manera que quede siempre recaudo bastante para cualquier cosa que suceda.

»22. Y porque se ha visto por experiencia que de renovar las vituallas se sigue aprovechamiento por que las unas se venden caras y las otras se compran baratas, ordenareis que se tenga mucho cuidado con esto y que el dinero que de lo susodicho sobrare acabadas de renovar se tenga por cuenta aparte y se me envíe cada año relación de lo que fuere para que yo mande lo que dello se hubiere de haber advirtiendo que aunque este aprovechamiento sea menos se ha de llevar la mira a que las vituallas que se renovaren sean muy buenas por que de los fraudes que en esto se ha visto haber ha sucedido mucha pérdida de hacienda.

»23. En lo que toca al pan que se presupone se ha de dar a los soldados ha parecido que si se pudiese excusar y que ellos lo comprasen dandoles sus cinco escudos de a 10 reales de paga en dinero, sería lo mejor, vos vereis en que parte se podrá hacer esto y en cuales convendrá darselo para que la gente se conserve y la forma que en ello se podrá dar y me lo avisareis advirtiendo que el Mtro. de Campo General D. Francisco de Vovadilla ha propuesto que el medio mas a proposito para proveer todo el pan que para lo susodicho fuere menester que los Obispos mandasen que los Eclesiasticos diesen la decima parte de sus rentas para este efecto pagando como lo hicieron el año pasado a instancia de dicho D. Francisco de Vovadilla.

»24. Yo he mandado que se consigne la paga de toda dicha gente para desde principio de este año con lo cual y ser el sueldo que se le ha señalado tan suficiente se podrán muy bien sustentar y de la orden que se ha de tener en la distribución del dinero y bastimentos se han dado ordenes a los Oficiales del sueldo y al tenedor de bastimentos y a todos ellos que os den copia dellas. Tendreis la mano en que lo en ellas contenido se cumpla inviolablemente.

»25. Tendreis particular cuidado de que entre las dichas gentes se reciba ni asiente ningun natural de ese Reyno por que aunque de su fidelidad tengo entera satisfacción, ha parecido convenir así por que de ordinario permitiendose que haya soldados naturales son los mas Oficiales que con darles los Capitanes la mitad o tercia parte de la paga, se llevan los demas por que les contenten hacer sus oficios y en haciendo el natural una desorden con asentarse por soldado se libra de las justicias ordinarias y así los Castillos vienen a ser casas de ladrones y malhechores y los dichos naturales no asisten como conviene al servicio con achaque de acudir



a ver a sus padres y parientes y por esta causa se guarda en todos los Reynos de España esta misma orden.

»26. Ofreciéndose enviar algunos Capitanes a levantar gente en ese Reyno les mandareis que no reciban ningun soldado de los que en el sirven y tendreis la mano en que así lo cumplan y en castigar al que lo contrario hiciere.

»27. Conviene escusar que los soldados vayan de escolta por las desordenes que suelen hacer en los pueblos y caminos pero cuando la necesidad obligare a ello ordenareis que vaya con los que fueren algun Oficial de confianza que los lleve bien disciplinados al cual daréis itinerario de las jornadas que hubieren de hacer a la ida y vuelta y orden para que no pidan ni coman cosa alguna en los pueblos salvo lo que suele dar de ordinario que es posada, cama, lumbre, sal y aceite y si alguno lo contrario hiciere lo castigarais.

»28. A los dichos Capitanes y Cabos se ordena que no reciban ni recojan hombre alguno escandaloso ni de mala fama ni a ninguno que haya delinquido en el Reyno aun que sean castellanos tendreis la mano en que así se haga y que se castigue al que lo contrario hiciere.

»29. Los Capitanes y Cabos ni los soldados que estuvieren de guarda ni otros algunos no pedirán ni tomarán a los mercaderes y pasajeros cosa alguna ni tampoco impedirán a los oficiales del General que hagan sus oficios antes se los dejarán usar libremente y si alguno hiciere lo contrario lo castigarais con rigor.

»30. Tampoco pedirán los Capitanes y Cabos de los Castillos y Torres de las montañas trigo ni otra cosa ninguna a los pueblos sino que cuando se ofrezca alguna necesidad lo avise al que estuviere en Jaca para que os lo consulte y vos proveeris lo que convenga.

»31. Al Capitán Hernando de Acosta se ordena que todas las órdenes que diere a sus inferiores sobre cualquier cosa que sea sean por escrito los que sucedieren en aquel cargo.

»32. La conformidad y buena correspondencia entre la gente de guerra y los naturales es de la importancia que se debe considerar para la quietud y reposo de todos y así se encarga a los Capitanes y Cabos que por su parte lo procuren. Vos hareis lo mismo a los naturales y ordenareis lo que mas vierdes convenir para que esto se consiga como cosa tan conveniente a mi servicio y al bien de todos y si alguno hiciere lo contrario lo castigareis con la presteza y rigor que el caso pidiere por que entendiendo que no ha de haber remisión en el castigo del que lo mereciere cada uno procurará hacer lo que debe.

»33. De los delitos que cometiere la dicha gente de guerra y de las demas causas que le tocaren así civiles como militares habeis de conocer como mi Capitan que vos y las personas a quien tocare sin dar lugar a que la justicia de la tierra se entrometa en ellos ni que ninguno que esté sujeto a la Capitanía General use del fuero de la *manifestación* ni de otro ninguno del Reyno aunque sean casados en el y por el consiguiente las justicias del Reyno han de conocer de los delitos y causas de los naturales de el sin que ningun Ministro de Guerra tenga que ver con ellos y para que la competencia de jurisdicción no pueda ser causa de que los delinquentes se escapen y los delitos queden sin castigo quiero y mando que todos los ministros y oficios de justicia del Reyno puedan prender en fraganti los soldados que delinquieren con que después de presos los remitan y entreguen a su Juez competente y que en esto como en lo demas haya muy buena conformidad y correspondencia entre todos y esta orden hareis publicar que conviene para que venga a noticia de todos.

»34. Ordenareis por bando publico en todas partes que los soldados no entren en las huertas ni viñas de los lugares donde estuvieren ni lleven fruta ni corten leña ni ramas de los árboles dellas con apercibimiento que si lo hicieren pagarán la pena establecida segun la ordenanza o costumbre de cada parte, permitiendo que si las justicias o guardias de la tierra puestas para la custodia de las dichas viñas y huertas hallaren soldados en ellas los puedan prender con que los lleven y entreguen a su Capitan Juez competente para que hagan justicia conforme a las ordenanzas o costumbre que hubiere por que con esto se evitarán los inconvenientes con que de no hacerse así podrian resultar.

»35. Para la administración de justicia entre la gente de guerra de Jaca y la demás de las montañas no ha parecido que quede auditor ni ninguno otro oficial

castellano sino que Vos elijais para esto uno de los Letrados de aquella ciudad el que más a proposito os pareciese que sirva de asesor de Hernando de Acosta al qual se dará una plana de 4 escudos cada mes y a un alguazil y a un eschibano que el tal Letrado nombrare a cada tres escudos y para lo que toca a la gente de Aljafia os podreis servir de alguno de los ministros mios que residan en Zaragoza.

»36. En lo que toca a la provisión de leña y aceite para cuerpos de guardia hareis guardar la orden que dejó el Maestro de Campo General D. Francisco Vobadilla de que os envia copia con esta y que los treinta y seis reales y medio que aquello monta cada mes se paguen de las sobras y bajas que hubieren en los pagamentos de la gente.

»37. Es mi voluntad que ninguno de los dichos Capitanes y Cabos pueda dar licencia a ningun soldado ni otra persona para fuera del Reyno sin nuestra orden de que os da aviso para que lo tengais entendido y hagais que asi se cumpla.

»38. En Jaca quedó formado un hospital en la forma que vereis por la relación que con esta se os envia ordenareis que para la cura y reparo de los soldados enfermos que a el acudieren de las montañas se aplique el real de limosna de cada soldado que se acostumbra dar cada mes y demás de esto se aplicará a dicho hospital todo lo que se quedare a deber a los soldados que fueren sin limosna con lo cual se cree habrá bastante recaudo para el sustento del dicho hospital y el dinero que de esto procediere entrará en poder del pagador de la gente de guerra por cuenta aparte y de alli saldrá por mayor por libranzas del dicho Hernando de Acosta o del que sucediere en su lugar y dello tendrá cuenta y razón el contador del sueldo de la dicha gente de guerra y por menor lo distribuirá la persona que distribuyere el oficio de administrador del dicho hospital.

»39. Una de las cosas por que ha sido necesario cerrar los pasos de las montañas es por escusar el grande exceso que habia en pasar caballos a Francia y por ser esto de la importancia que es se ordena a los Capitanes de los Castillos y cabos de las torres que no solo den lugar a que sin expresa licencia y orden firmada de mi mano pase ningun caballo pero que estén muy vigilantes a estorbar que nadie la pueda pasar apercibiendoles que si lo hicieren serán castigados rigurosamente y aunque es de creer que yendo personas honradas y de confianza lo cumplirán asi todavia por que se puede presumir que los franceses y las personas que con ellos se han correspondido para esta manera de trato, intentarán corromper con dinero a los dichos Capitanes y Cabos o alguno dellos para que dexen pasar caballos o a lo menos lo disimulen conviene que les advirtais que miren lo que hacen porque de cualquier manera que se entienda que en esto hay exceso será muy rigurosamente castigado el Capitán o Cabo que lo permitiere o disimulare y no se le admitirá excusa de decir que no lo vió, supo o entendió pues es sin duda que haciendo lo que deben nadie podrá pasar que no llegue a su noticia y tanto más grave será en ellos el delito cuanto mayor sea la confianza que en ellos se hace y para entender como proceden será bien que pretendais personas muy celosas del servicio de Dios y mio de la misma tierra que con secreto y cuidado entiendan lo que pasa y os avisen dello y si aconteciere faltar alguno de los dichos Capitanes o Cabos a su obligación le castigareis y avisareis aca del castigo que hicieredes y de las culpas que tuvieren.

»40. Aunque es así que en algunas partes donde hay gente de guerra es acostumbrado tener carnicerías, tabernas y panaderías para su provisión ha parecido conveniente por justas causas y respetos que en ese Reyno no las haya sino que en Zaragoza y los demas lugares donde hubiere comodidad para ello se obliguen los tales lugares a tener tablas de pan y carne y tabernas de vino aparte para solamente los soldados a los mismos precios que se vendiere cada cosa a los naturales de la tierra por que cesando el concurso de los unos con los otros cesará la ocasion de encontrarse y los inconvenientes que de no estar lo que a esto toca separado podrian nacer y asi os encargo y mando deis en esta conformidad que convenga añadiendo que ningun Capitan, oficial ni soldado pueda traer de fuera a Zaragoza ni a otro ningun lugar donde esté prohibido ningun bastimento y quando el capitan o otra persona quisieren traer algún vino o otra cosa para su regalo pidan licencia a los jurados como lo hacen los mismos naturales.

»41. Y caso que por no poder algunos pueblos dar abasto de pan, vino y carne

a los soldados como lo hara Zaragoza, sea necesario que tengais panaderias, tabernas y carnicerías aparte, dareis orden que la tengan dentro de los castillos y no fuera dellos y que directe ni indirecte no sean de los Capitanes a cuyo cargo estuvieren ni consentan que se venda en ellos pan, vino ni carne a los vecinos de los dichos lugares y castigareis al que lo contrario hiciere, así como los oficiales de los tales lugares podrán castigar conforme a sus estatutos a sus naturales que compraren pan, vino y carne en las panaderias, tabernas y carnicerías de los soldados sin que los capitanes ni otra ninguna persona pretendan defenderlos y en los lugares donde la gente de guerra hubiere de tener carnicerías se ordena por el mi Consejo de Aragon que puedan pastar los ganados que tuvieren para su bastimiento en los montes donde pastan los de los vecinos de los tales lugares.

»42. Hareis hechar bando que todos los soldados que han quedado en ese Reyno excepto los que fueren casados en el o estuvieren alistados en presidios salgan del dentro del termino que os pareciere y sino lo hicieren los puedan prender y castigar los justicias ordinarios por vagabundos.

»43. En lo que toca a la artillería, armas, municiones y pertrechos de guerra que hay o hubiere en poder del ministerio de la artillería y municiones del dicho Reyno para que cualesquiera efectos de mi servicio que se ofrezcan y la libranza y paga del sueldo de los artilleros oficiales y otras personas del ministerio de la dicha artillería del dicho Reyno de Aragon que se pagaren del dinero consignado para la dicha gente de guerra y del que mandare proveer para ella y la gente de la artillería y en aderezos y reparos y en compras de cosas tocante a la dicha artillería y en el recibir y despedir a los artilleros y otros officios della y en el proceder en el condimento de los excesos y causas que hicieren y cometieren, es mi voluntad y mando que se tenga y guarde, tengais y guardéis la misma orden que tengo dada en estos mis Reynos de Castilla, Portugal, Navarra y Cataluña que es la contenida en una relacion firmada por D. Andres de Prada mi secretario que se os entregará con esta con que los artilleros que hay y hubiere en los castillos y torres donde hay guarnición o presidios de gente forastera habiendolos proveido primero el mi Capitan general de artillería o su tenedor por la dicha su orden estando en los dichos Castillos esten a orden de los Capitanes que los tuvieren a cargo y la guarden y cumplan pues estando las fuerzas a su cargo la han de tener en ellos y la persona que en ese Reyno sirviere el officio de teniente de un capitan general de la artillería o de estar a vuestra orden conforme a la dicha relación firmada del dicho Andres de Prada, mi secretario y en los excesos que el dicho teniente cometiere procederéis vos a su castigo el tiempo que en ese Reyno no se hallare el dicho mi capitán general de la artillería y así conforme a esto y a lo contenido en la dicha relación lo cumplireis por vuestra parte que al mi capitan general de artillería y a su teniente que hubiere de residir en ese Reyno se le ordenará lo mismo.

»44. Finalmente os encargo y mando que con particular cuenta y cuidado atendáis a todo lo contenido en esta mi instrucción como lo acostumbráis y yo lo confío teniendo siempre muy buena conformidad con los ministros y justicias de ese Reyno pues veis lo mucho que esto importa y conviene a mi servicio para que en las cosas del que se hubieren de proveer y ordenar se acuda tanto mejor y con mas conformidad y correspondencia con todos.

»45. Y para que lo contenido en esta mi instrucción se guarde y cumpla por todos como en ella se contiene y declara mando que se asiente el traslado della por los mis velador y contador de la dicha gente de guerra en los libros de sus officios.

»Dado en Aranjuez a 26 de abril de 1594 años. — Yo el Rey. — Andres de Prada.  
»Concertada con el original en Zaragoza a 16 de mayo de 1594.»

#### DOCUMENTO 64

*Propuesta de la villa de Ainsa a los valles de Broto, Solana,  
Rio, Puértola y Gistau: 21 de setiembre de 1638:*

»Considerando los grandes daños y trabajos que havemos padecido, cassados de la guerra presente y los atrevimientos que han hecho en toda esta montaña los

soldados que por ella han pasado y el daño grande que los soldados del presidio de Ainsa han hecho a su Magd. de haber sido causa se aian perdido muchos derechos reales impuestos en el transito de las mercaderias que por dichos puertos passaban de Francia a España y aquel día cerrado por los soldados agrabios que los soldados de dicho presidio han hecho a los pasajeros de que a resultado a las generalidades del Reyno grandes daños y el poco serbicio que el dicho pressidio es a su Magd. ni para la defensa de dichos puertos por la mucha distancia que del a ellos ay que por lo mas corto dista de dichos puertos mas de ocho leguas y a ellas consisten de por medio los lugares y villas avajo nombrados. Para remedio desto sería bien se le sirbiese a su Magd. con excusarle el cuidado de la custodia de dichos puertos y el gasto de mas de seis mil escudos que en cada un año se le ofrecen en la paga de los soldados de dicho presidio de la villa de Ainsa a mas de los repasos y fabricas del con las modificaciones siguientes. Primo que nos encarguemos de la defensa de dichos puertos en caso de inbasion de guerra, pues en esse sería nuestra obligación salir a ella para defender nuestras cassas y ciudades sin que su Magd. la tubiesse de tener soldados en dicho pressidio ni inbiarnoslos en tiempo alguno, sino que la inbassion fuese tan grande que nuestras fuerzas no bastassen a resistirlo en esse caso pidiendo socorro a su magd. lo hubiere de dar con gente pagada de su cuenta y passado dicha inbasion dicha gente la hubiesse de dïbertir a otras partes.»

(Legajo 70.)

DOCUMENTO 65

*Situación del Castillo de Benasque:*

«Excmo. Señor Duque de Monteleon: La gran necesidad me obliga a dar parte a V. S. de las necesidades deste castillo, así la primera es que no hai pan de munición muchos días ha y 30 cahices que por carta de V. E. (el Virrey) me prestaron se deben oï. Yo no puedo pagarlos si V. E. no manda librar dinero para ello; al fin Señor, oy estan estos soldados sin pan de munición, desnudos, en dos años que V. E. es capitan general se han dado dos pagas que nos les cabe a dinero por día, la necesidad les hace que se huyan y se arrojen por las murallas. V. E. se apiade destas necesidades y sea servido mandar a lo menos no falte el pan de munición para siquiera sustentar la vida, que en esto no se piden gollerias. La torre del homenaje es donde siempre han estado las municiones y ami me ha sido fuerza sacarlas de ella por lloverse como en la calle sin haber en todo el castillo parte donde ponerlas que no esten a mucho peligro de ser voladas así del enemigo como de una desgracia como de encenderse cualquier chimenea del castillo y volarnos todos.

»Benasque a Julio 1616. — Término de Villanueva.»

(Legajo 71.)

DOCUMENTO 66

*Situación de la plaza de Perpiñán:*

«El primer aviso que nos dio D. Alvaro Zuarer, lugarteniente de capitan general por V. E. en este presidio y fronteras del reino de que el frances tenia intento de invadir y apoderarse, si le fuera posible desta *fidelissima villa y condado de S. M.* nos ha tenido siempre con el debido cuidado y con la centinela y custodia que nuestra mucha fidelidad y de nuestros progenitores y lo mucho que debemos y deseamos acudir al servicio de V. R. M. y custodia desta fidelísima villa nos obliga... hay un caballero destas fronteras llamado Thames de Danuls y Daner por envio de Francisco de Danuls su hijo nos ha enbiado el memorial de inteligencias que van en esta el qual mandará V. R. M. ver y remediar las extremas necesidades

que este presidio y fronteras tienen de soldados y bastimentos conforme con otras lo havemos representado a V. R. M. y que el gobernador destes condados no nos impida el continuar en guardia como lo haze... y así mismo que sea de su R. servicio por su concurrencia del tiempo mandar despedir los soldados franceses deste presidio y fronteras desde Día. 1620.» El primer párrafo del Memorial es: «que el rey de Francia tiene hecha resolución de tomar a Rosellon y primeramente a Perpiñan con una invención nueva y un artificio no usado.»

La carta anterior no debió de surtir efecto, pues siete años mas tarde el abandono era todavía mayor. Y es de suponer que no se corregiria tampoco motivando la rendición de esta plaza al mariscal Navaille en 1678 apesar del exercito español que al mando de Monterrey acudió en su defensa.

(Legajo 71.)

#### DOCUMENTO 67

*Carta del Obispo de Solsona al Rey de 30 de Octubre 1627.*

«En 26 deste recibí por el extraordinario la de V. M. del 25 del mismo, en razón a haver entendido V. Maj. que azia la Val de Aran se yva acercando buen golpe de gente de Francia para que previniese a deste Principado y condado por si sucediese algun movimiento y luego en execución y cumplimiento de lo que V. Maj. mandaba despaché con este aviso a todas las partes y puestos que convino... pero en el estado presente tiene V. Maj. los presidios y fuerzas de la frontera sin ninguna defensa por estar muy faltos de bastimentos y municiones, la Artillería por el suelo y tan desamparados de gente y particularmente el castillo mayor de Perpiñan que no hay sesenta soldados efectivos y algunos dellos impedidos y de ningun servicio teniendo'e V. Maj. dotado de quinientas plazas sin los oficiales de la 1.<sup>a</sup> plana y assi no hay quien haga las postas en las Puertas y murallas, y a quien embiar al de Opol con estar en puesto por donde pueden los luteranos a su salvo hazer cualquier entrada y suerte que intentasen y se van cada día disminuyendo y dexan a sus mujeres y hijos por no tener que llebar a la boca ni con que vestirse haviendo mas de dos años que no se ha remitido dinero de Castilla para su socorro y sustento, ni de las demas gentes de guerra deste principado.»

(Legajo 71.)

#### DOCUMENTO 68

*Fortificación de la Ciudadela de Menorca:*

«En consulta de 23 de julio pasado de 1633 dio cuenta a V. M. de este consejo de lo que en carta de 22 de marzo escribió por el y el de la Guerra D. Antonio de Oquendo hallándose en Menorca, que en sustancia fué que en la fortificación de la ciudadela se iba caminando y que no tenía más que dos pezezuelas de bronce y cuatro pedreros y era del servicio de V. M. proveer de artillería para allí.»

(Legajo 70.)

#### DOCUMENTO 69

*Carta del Virrey al Consejo.*

«Balgome de la ocasión deste correo para decir a V. M. que el Prior de Nabbarra me ha dado aviso de los que habia tenido en Francia por diferentes partes y que puede dar mucho cuidado pues todos confirman en que el enemigo se arma

para aquellas fronteras y que Nabarra está sin artillería para las fortificaciones del Burguete y para Maya que también los ha de menester y el Reyno esta sin mosquetes ni arcabuces, que los que llevaran a Cibuni an quedado en S. Sebastian y combiene que S. Maj. mande se traygan los que se pudieren y municiones y dinero para socorro de los soldados y proseguir las fortificaciones.

«Zaragoza 14 de Marzo de 1638.»

(Legajo 71.)

#### DOCUMENTO 70

##### *Informe del Gobernador de Aragón al Rey:*

El gobernador de Aragón da cuenta al Rey de los peligros de una invasión y de lo difícil que sería imponerse a ella. No hay gente de armas y aunque el entusiasmo por defenderse lograra los llevar a la lucha, no disponiendo de medios, era segura la derrota. La guerra de 1638 se desvió de las fronteras de Aragón y tuvo lugar por la parte de Navarra. Pero los temores fueron muy grandes y sobre todo en las fronteras tuvieron como segura la invasión francesa.

«Siempre continúan los avisos de que trae poderoso ejército el enemigo sobre Nabarra y hoy le he tenido por Jaca y Sos que había entrado y por la val de Roncal. Pero según otros avisos tengo por más cierto que aun no ha acometido si bien en los confines de dicha val de Roncal se asegura está el Marques de las cinco villas deste Reyno y muy cercano a esta ciudad, la cual está en el estado que tengo representado por V. M. También aseguran que el príncipe Conté está con treinta mil hombres en las fronteras de Nabarra por parte de Ciburu.

»Esta ciudad trató de disponer lo que le pedi de parte de V. M. y el capítulo y consejo remitió a cinco consejeros con cinco jurados para todo lo que juzgasen ser conveniente en el caso presente. Con lo cual se procura hacer prevención de municiones y poner en orden las armas y procuró encaminar que se ejercite toda la gente de la ciudad de manera que las personas de todos, seculares y todas las calidades sepan exercitar las armas. Pero el dinero ofrecido por la ciudad se entiende ser para la gente que ella levante por su cuenta sin distribuirla en otra cosa.

»Hallándome sin forma para los gastos que se me van ofreciendo pedi al arzobispo me prestara... y me ayudara con seis mil escudos.

«Habiendo de forma aquí alguna caballería tendrá mucha dificultad por no haber caballos en este Reyno...

»Tampoco tenemos artillería para campaña porque la que hay en la Aljafería no es apropiado por ser muy menuda que la mayor es de tres libras de bala y aunque me dicen que en Jaca hay apropiado será dificultoso el conducirla por la aspereza del camino y de donde nos podíamos socorrer es de Cataluña y si fueren menester palas, zapas y demás herramientas de gastadores no hay ninguna en la Aljafería.

»Si se hubiese de hacer alguna fortificación son menester ingenieros y oficiales de artillería por que no hay sino siete o ocho en los presidios de donde no se pueden sacar por la falta que podrían hacer y estos dicen se hallarán en Cataluña o en Nabarra.

»Para todo esto es menester mucho dinero, acá no hay de donde sacar un real. La gente que se va levantando en estas levas es muy poca y la que hay sería conveniente llevarla a los presidios por estar faltos della y mas en esta sazón que si no hay dineros para socorrerlos vendrá a ser el daño maior que el que experimentamos con la que hoy tienen.

»Zaragoza 29 Junio 1638.

»Don Pedro Pablo Çapata Fernández de Heredia y Urrea.»

(Legajo 71.)

*Carta del Gobernador de Aragón al Protonotario:*

En otra de la misma fecha dirigida al protonotario dice hallarse «falta de dinero ni de donde sacarlo, pocas armas, la gente poco exercitada y sin officia es piáticos y los que han de gobernar la que da esta ciudad nombran los capitanes y demás oficiales a su modo sin querer admitir otros que se les proponen de los que estan levantando en esa leva en la cual vienen a hallarse desocupados por que no se asienta hombre plaza ni la hay vacante. Cierto que si la caballería llega a entrar en la tierra llana que ha de recorrer la campaña haciendo mucho daño y aca no tenemos artillería ni tampoco artilleros... provea de remedio y si este no es pronto y el enemigo executa su intento tendrá dificultoso reparo.

«Los de Jaca avisan como el frances ha entrado en Nabarra y tomado a Burguete, quemando el lugar y pasando a cuchillo a todos... según el rigor con que entra el frances no solo se contentará con tomar a Lumbierre que dicen es el lugar más a propósito que hay en Nabarra para tener la plaza de armas sino que también corre mucho peligro este reyno por Lumbierre; dista desta ciudad no más de diez leguas y en medio están dos lugares Ruesta y Tiermas. fuertes de sitio y puesto que si las toma el francés correrá peligro este reyno.»

## DOCUMENTO 71

*Artillería de la Aljafería:*

«Certifico yo, D. Juan Salabert teniente general de la artillería de Aragón que en el palacio de la Aljafería de esta ciudad en donde se hallan las armas y pertrechos de guerra, no hay pieza alguna de artillería por haberselas remitido en años anteriores de orden de S. M. los que había corrientes al castillo de Pamp'ona y los desfogados y rotos se baxaron al azut de Tortosa para la fábrica de Sevilla y por ser verda doy el presente en Zaragoza a 27 de Febrero de 1685.»

(Legajo 73.)

## DOCUMENTO 72

*Armería real de la Aljafería:*

«... que la armería real que esta en el palacio de la Aljafería la hallo en tan mala disposición que estaban los arcabuces y mosquetes en el suelo, la pieza húmeda y maltratada, las armas tomadas de la humedad, de que dio cuenta a D. Juan de la Carrera y con su parecer hizo componer otra pieza más capaz y de mejor terreno, labrar y poner estantes y que se limpiasen por dentro y por fuera los mosquetes y arcabuces y se aderezaran algunos que les faltaban tornillos y limpiaderas y quedasen todos puestos en los estantes en número de 4.630 mosquetes arcabuces y escopetas.

»30 de junio de 1693.»

(Legajo 66.)

## DOCUMENTO 73

*Carta del Gobernador de Aragón.*

«Anoche di razón a V. M. con correo a toda diligencia de los avisos que había tenido del Marques de los Velez y de lo que yo havia entendido por los correspondientes que tengo en la montaña que todos conforman en el grueso de exercito y en que los designios son invadir estos Reynos por diferentes partes y con estas nuevas he representado a la Ciudad y al Reyno la obligación que todos tenemos de acudir al Real servicio de V. M. y a la defensa de nuestras mismas cosas

y aunque prometa hacer lo que fuera posible espero la asistencia muy desigual a lo que convienen y pide la calidad de la materia y aunque sus fuerzas Señor, fueran mayores el poco exercito de armas que haga el Reyno y de personas praticas aun para formar un escuadrón quando mas para llegar a las manos del enemigo me hara estar con sumo quidado.

»27 de Junio de 1638.»

(Legajo 71.)

DOCUMENTO 74

*Informe del Conde de Aranda al Rey:*

«Relación de los ayuntamientos que el Conde de Aranda representa a S. M. para la conservación y custodia del castillo de Jaca que lo ha mandado entregar:

»Primeramente con ocasión de ser sacada del castillo de Jaca la guarnición y soldados que tenían para socorros de Fuenterrabia ha quedado esta plaza tan desamparada que necesita precisamente remedio para que se conserve en ella la reputación que las armas de S. M. deven tener. Porque aunque la ciudad de Jaca ha ofrecido servir a S. M. por tres meses con una compañía de cinquenta a sesenta hombres que cada noche estén de guardia en el dicho Castillo no llega el número de los efectivos a cuarenta entrando en este muchos que por ser muchachos y viejos no son de servicio. Y otros gascones avecindados en la Ciudad, la qual resultan en vez del servicio, muchos daños y inconvenientes dignos de consideración.

»Que aunque an quedado de los que havia en este Castillo algunos soldados biejos e impedidos y en atención de que adiestrassen a los bisoños que de nuevo entrasen para la guarnición del es tan grande la enemistad, odio y mala conformidad que hay entre los de la ciudad y ellos en lugar de conseguir destreza en el manejo de las armas se ocasionan muchos disgustos y pesadumbres inquietándose unos con otros siguiendo cada uno la tenue y mala voluntad que tiene con que a cesado de todo punto desde que la ciudad entro de guardia. la disciplina y el manejo de las armas no permitiendo que ninguno de los soldados viejos haga ni diga cosa alguna tocante a esta materia y a la defensa y conservación desta plaza, aunque conocen los de la Ciudad que tienen razon y que combiene. Y esto ha llegado a tal extremo que de ninguna manera dan lugar a que los soldados viejos suban a la muralla, ni anden por las partes públicas del Castillo assi que la poca atención que tienen como por que no los cojan durmiendo y desapercibidos a los que hacen ronda y centinela, ni que sobre ello les digan nada reprehendiendo estos y otros muchos descuydos como por visóna tienen.

»Con el deseo que tenia el Gobernador de Aragon de bolberse a Zaragoza desde este castillo con tan mala disposición y poco orden pareciendole que solo la tenía con lo que hace la Ciudad que me es fuerza representarlo a S. Maj. para que lo tenga entendido y mande probeher remedio no fiandole a la guarnición que hoy tiene por que los soldados no están a otra orden mas que a la de su arbitrio haciendolo (de los pocos que entran de guardia) los capitanes y demas oficiales a los que les parecen sin havisar al Castillo diciendo que para guardarle no han menester mas que las ordenes de la Ciudad qual es muy contra el servicio de S. Maj. y autoridad de esta plaza y digno de que se repare antes que se introduzcan y causen mayores inconvenientes.

»Mas, en la ocasión presente pues retirándose el enemigo de Fuenterrabia puede ser quiera hacer imbasión por aqui: que imbadiendo esto y estando los presidios deste Reyno como yo e hallado este, no tengo por dificultosa la entrada, ni por imposible la ruina del.

»Pues aunque este Castillo está muy mal parado sin bastimentos y otras cosas que debe tener para lo que se ofreciere no hago relación dello pormenor a S. Maj. entendiendo la tiene ya de lo que en esta pasa. solo digo que es notable falta el estar los baluartes y cortinas sin cordon ni parapeto, los fosos ciegos, las garitas



caídas y todo sin entrada encubierta incombenientes que se deven mirar con particular atención. En el tiempo que yo ubiese de estar en este Castillo necesito de tener personas practicas y experimentadas en las cosas de la guerra para que con su parecer y consejo consiga yo el acierto que deseo tener en lo que S. Maj. me ha mandado y cumpla con lo que fuere mas de su Rl. Servicio.

»Fecho en el Castillo de Jaca a 5 de Setiembre de 1638.»

(Legajo 68.)

#### DOCUMENTO 75

##### *Información sobre el castillo de Jaca y fortalezas fronterizas:*

»Relación de la gente, de armas, víveres y municiones y artillería con que se halla el castillo de Jaca y del estado de sus fortificaciones y de los demas puestos desta frontera de Aragon.

»En el castillo de Jaca hay tres compañías que se levantaron en Madrid el año pasado, ciento noventa y cinco hombres; más hay en dicho castillo noventa hombres que todos hacen doscientos ochenta y cinco sin primeras planas. Hay un cabo de artilleros y un soldado que son inhábiles: a esta gente se les da todos los días con sus primeras planas 308 raciones de pan de a dos libras cada una sacandose de cada cahiz de trigo 160 raciones de pan.

»Hay en este castillo con poca diferencia 180 cahices de trigo y de ellos van comiendo los soldados del, y 40 más que se socorren al castillo de Canfranch y 70 al castillo de Verdun por manera que todos los días se gastan 418 raciones de pan: otro género de víveres no hay en este castillo ni en los demas puestos de esta frontera.

»La artillería se montó dos años hará y quedó sin esplanadas; se compone de 30 piezas de todos generos y en ellas hay nueve piezas gruesas muy buenas, no tiene esta artillería artilleros que la manejen; la dotación del castillo es de veinte artilleros con dos cabos por que como se ha dicho un cabo que hay no lo entiende.

»Entre mosquetes arcabuces y picas habrá con poca diferencia 600 armas que muchas dellas necesitan su aderezo. Pólvora habra con poca diferencia 150 quintales y la tercera parte que necesita de refuerzo por ser vieja a este avenante hay plomo en balas y tortugas y cuerda aunque la mayor parte está podrida.

»Hay instrumentos de gastadores aunque todos desmangados y ello de los muchos años que llevan almacenados del poco servicio.

»Para el manejo de la artillería faltan cuerdas de mano; en estos almacenes no hay otro género de municiones dei, siendo que se necesita de tanto como se deja considerar.

El castillo de Jaca tiene solas las murallas, sin parapetos ni garitas, ni bóvedas en las casamatas ni comunicación de una a otra; está por abrir el foso.

»En los castillos que han reemplazado este año, ciento setenta y cinco hombres, que se levantan en este reino y estan repartidos cincuenta en el castillo de Benasque, cuarenta en el Canfranch, setenta en el de Verdun y quince que quedaron en este que estan incluidos en los noventa de la compañía del mismo; en todos estos castillos y torres faltan camas; en el castillo de Ainsa está solo el que gobierna y parte desta gente se ha levantado en el reino; se tenía dispuesto de embiar a aquel castillo en teniendo cubierto para poder os albergar; como se ha dicho, en ningun puesto destes hay víveres ningunos; tambien las armas que tienen no son de servicio y la pólvora arto mala.

»El castillo de Benasque está de aqui 2 leguas a la parte de Catauña; por la parte de Francia es la entrada de la Ribargorza, es puesto que se puede defender.

»El castillo de Ainsa está de aqui 11 leguas, está dentro deste reino, siete leguas de Francia y si se fortifica es el mejor de todos, se habrá de gastar mucho en ello.

»El castillo de Canfranch es una mala casa, so'lo tiene una torre, se reparó el año pasado, de poca capacidad, está deste castillo, tres leguas y dos de Francia.

«El castillo de Verdun está a quatro leguas de aquí a la parte de Nabarra; es una casa fuerte y por aquel parage no hay pasos ni comunicación con Francia; en los pasos usables que hay estan la torre de Hecho, que está de aquí siete leguas y la torre de Ansó ocho leguas. Por esta parte hacia Benasque está la torre de la Espeunca que está tres leguas de aquí y la torre de Santa Elena que está cinco leguas. En estos pasos no habiendo nieve en los montes hay otros muchos en esta frontera.

Fecha en Castillo de Jaca a 15 de Julio de 1669. — Don Carlos de Oriola Bracamonte.»

(Legajo 73.)

Dio esta Relación el General que la firma de orden de D. Juan de Austria y la envió a Madrid con esta carta para el primer ministro que era entonces el P. Nithard. No puede decirse de manera más descarnada la falta de dinero. No ya para acudir al socorro de las fortalezas pero ni siquiera para los gastos menudos de la administración.

«Señor: habiendo enviado a pedir al Gobernador de Jaca relación del estado de aquel castillo y de los demas puestos de aquella frontera me ha enviado la inclusa en que con más particularidad habla de Jaca por donde verá V. M. que aquel importante puesto está falto de cuanto se necesita para una moderada defensa por fuerza ni por hombres y las imperfecciones en total imperfección. Aquí no hay ni un solo real para acudir a este gran inconveniente ni aun al despacho de un correo; doy cuenta de ello a V. M. por cumplir con mi obligación. V. M. resolverá lo que fuere mayor servicio del rey nuestro señor y suyo.

Dios guarde la católica real persona de V. M. muchos años como deseo y es menester.

»Zaragoza 29 de Julio de 1669. — D. Juan.»

(Legajo 73.)

#### DOCUMENTO 76

*De una carta del Virrey de Aragón para el Vicecanciller.  
Zaragoza, 12 de marzo de 1658:*

«Los días pasados tuve aviso del castillo de Benasque de una que daban los de Bañeras sus vecinos de que en aquel parage está acuartelado un tercio del enemigo y representando en la desprevenición en que hallaba en caso de que el enemigo intentara alguna novedad. Sobre esto el domingo pasado a las nueve de la mañana llegó un correo que me despachó diciendome le daban la noticia de que se previnieran los castillos de Leon y Benasque porque el que avisaba habia visto orden en que mandaba el enemigo hacer diez mil raciones de pan, mucha cantidad de medias y zapatos que habian llegado 30 cargas de municiones y que subian unos regimientos sin saber la cantidad de la gente ni el intento que llevaban y viendo el riesgo que podia tener aquel castillo si el enemigo intentara alguna sorpresa hallandose tan sin asistencia no tuve otro remedio sino despachar un correo a un capitán que habia despachado de la leva a Lérida ordenándole que mudara la marcha y se encaminara a Benasque hasta que le dicra nueva resolución y escribi a un caballero de Benasque que me prestara cinquenta cahices de trigo.»

(Legajo 70.)

#### DOCUMENTO 77

*Informe del Consejo de Aragón al Rey:*

«Con orden del 26 de presente se sirvió V. M. remitir un papel que persona celosa ha dado, diciendo que los franceses intentan abrir un camino carretero por

el confin del valle de Aspe hasta la raya de España por las partes de los puertos de Hecho y Ansó tan ancho y lleno que puedan ir por el tres carros a la par a cuyo efecto había ya abierto algunas peñas con hornillos de pólvora que aunque publican que es con el fin de portear madera a un río que pasa por aquellos confines a Bayona para fabricar bajeles se puede recelar ser para tener entrada en el reino de Aragón por la parte de Ansó y invadir desde allí a Jaca que solo dista cinco leguas y podrán con facilidad si juntan las milicias que hay en Bearn y en Bigorra podran llegar en ocho dias más de veinte mil infantes y tres mil caballos.

»El consejo en esta ocasión no puede dejar de repetir a V. M. el mal estado en que se hallan las fronteras de Aragón el principado de Cataluña y sus plazas, etc.

»26 de Febrero de 1672.»

(Legajo 71.)

#### DOCUMENTO 78

##### *Informe del Consejo de Aragón*

»El virrey de aquel reino da cuenta de las noticias que habia tenido del castellano de Jaca de haber entrado cuatrocientos caballos por el valle del Roncal de Navarra y llegado al lugar de Frago que es el último de Aragón por aquella parte y dista seis leguas de Jaca representando la gran desprevenición en que se hallan las fronteras de dinero harina y municiones y no poder socorrerles de allí, por no haber forma en las rentas reales ni tener medios el reino...

»Y habiendo considerado el consejo, el estado en que se halla el enemigo, lo frogoso de aquellas montañas y quan difícil empresa era la de querer entrar por y llegar a Jaca con tan poca gente después de pasar por pasos tan estrechos quando los naturales han sido bastantes en otras ocasiones a impedirlo, no entró en gran cuidado el consejo si bien no deja de reconocer que siendo la ciudad y castillo de Jaca y los demás de aquella frontera, los únicos baluartes de aquel reino y por consiguiente de estos, es herir en el corazón de la monarquía cualquier quebranto que por allí se padezca. Lo que se le dió mayor y dará siempre es ver quan mal asistidos estan aquellos presidios que los soldados estan desnudos muertos de hambre y la artillería desmontada, todo por que los asentistas olvidan su asistencia y el cumplimiento de su obligación, como lo ha representado el consejo varias veces siendo cierto que si la guarnición que esta destinada para Jaca, Canfranc y demás presidios tuviera puntualmente sus pagas pan de munición y la artillería montada no ocasionaran tanto susto, estos amagos, pues se bastaban ellos para su defensa ayudados por los naturales cuya fineza y amor han dado tantas muestras.

»28 de Mayo de 1689.»

(Legajo 70.)

#### DOCUMENTO 79

##### *Del Consejo de Aragón al Rey:*

«Por la carta adjunta que pone este consistorio en las R. Manos de S. M. en que nos participa la ciudad de Barcelona la invasión que hacen los enemigos en aquella provincia con evidente riesgo de las demas del servicio de S. M...

»No debemos omitir de poner en la soberana y alta consideración de S. M. lo desnudos que están los soldados de los presidios desto, sino y asimismo la falta de todas las demas provisiones que se requieren para resistir las armas del enemigo.

»Mayo 1689.»

(Legajo 69.)

## DOCUMENTO 80

*Fragmento de una carta del Virrey al Presidente del Consejo de Aragón:*

«... Considerando quanto conviene para resguardo y defensa del castillo de Jaca y demás de la frontera deste reino con Francia el acudir al reparo de sus fortificaciones a resuelto S. M., se me de facultad para que use de algún beneficio que pueda producir algún caudal para aplicarle a materia tan importante y lo que puedo decir a V. M. es que estoy desengañado que no hay que beneficiar por no haber quien pretendan títulos caballeratos o habitos como tampoco mas villas o lugares que intenten separarse o hacerse ciudades con que... se acabaran de arruinar del todo el castillo de Jaca y demás torres.

»17 Enero 1690.»

(Legajo 69.)

## DOCUMENTO 81

*La villa de Monzón al Consejo de Aragón:*

«Por noticias seguras por la ciudad de Balaguer y del Obispo de Urgel que se halla en la villa de Peralta de la Sal de este Reyno a tres oras de distancia desta de Monzon sabemos que el lunes a 13 del corriente ganó el francés la ciudad de Urgel y el dia del Corpus la catedral en donde se habia fortificado el Gobernador de aquella plaza, con su gente saco buenos pactos y quedan todos prisioneros; no se puede alcanzar los designios del enemigo, pero todo el pays de Cataluña y fronteras de Aragón se hallan muy afligidos y con grandísimo desconsuelo por la mucha tibieza y poca resistencia de parte de España. Dia y noche no cesa de transitar por acá muchísima gente retirandose de la furia del francés y es de considerar el terremoto tan grande que ha causado este lance. Esta villa está siempre con rendida observancia puntual al executar quanto sea del servicio de S. Majestad y defensa de la patria, si bien como faltan municiones necesarias de pólvora, balas y cuerdas no podrá ser este servicio tan perfecto según que nuestra fidelidad desea. Y por esto segunda vez suplicamos a V. M. sea servido favorecer con la partida de municiones que gustare, pues sin ellas se han de frustrar las mas seguras demostraciones de lealtad; esperamos de la mucha providencia de V. M. quedará esta villa con el consuelo que pretende y se precisa en los lances de empeños tan forzosos:

Quedamos al servicio de V. E. como siempre...

»Monzón y Junio de 1671.»

(Legajo 69.)

## DOCUMENTO 82

*Carta de Antonio de Luzan al Virrey.*

«Excmo. Señor:

«No puedo dejar de repetir a V. S. lo que en mis antecedentes tengo insinuado llevado de mi celo al mayor servicio del Rey nuestro Señor (Dios le guarde) y a la conservación deste Reyno deseando preservarlo del riesgo en que actualmente se alla de ser invadido de las Armas de Francia siempre que estas quisieren proseguir sus conquistas por esta parte, pues aunque los últimos avisos del Asseo de Urgel son de haver salido de allí el exercito encaminandose hacia las montañas de Cambredon o como otros discurren a sitiar a Castell Solet, no han dejado aquella plaza tan abandonada que no ayan quedado en ella dos mil infantes y doscientos

cavillos que es todo lo que basta para mantener en su obediencia todas aquellas montañas y aun pasar a hacer algunas incursiones en la Ribagorza y fronteras deste Reyno y si aumentado el exercito enemigo quisiere baxar a Lerida no puede tener embarazo alguno y estando esta plaza con tan poca guarnición como sabemos, fiada a la defensa de los naturales se puede temer no sin mucho fundamento, que le costaria poco su expugnación, quedando assi expuestos todos estos Reynos al arbitrio del enemigo pues no ay plaza que pueda detenerlo y assi por este recelo como por el que a todos los buenos vasallos de su Magd. nos debe causar la esquivia condición de los catalanes de que hay tantas experiencias antiguas y modernas, parece convenientísimo el que en estas fronteras de Aragón aya una fortaleza bien guarnecida que pueda refrenar qualquier movimiento de Cataluña y dar lugar a prevenir mayor defensa mientras se detiene el enemigo en su conquista como sucedió el año de 1642 que el sitio de Monzon duró diez y siete meses al exercito frances despues de haver ganado Lerida dando con este tiempo lugar a las disposiciones que el Sr. Rey D. Felipe 4.<sup>o</sup> que está en gloria hizo, viniendo personalmente a estas fronteras a cuya vista se recobró luego Lerida y despues el resto de Cataluña que a no haverse detenido en Monzon hubieran cogido las armas francesas victoriosas todo el resto de Aragon sin defensa y hubiera sido el daño mayor y mas difícil su remedio.

»El castillo de Monzon por su natural situación es fortísimo y aunque aora está muy desecho se puede mas facilmente que otras plazas reedificar, y fortificando una ermita de Sta. Quiteria que tiene cerca casi en igual altura al castillo y por una entrada encubierta se puede comunicar con el, seria enteramente fuerte bien armada de artillería y supuesto el gasto de la fortificación y todo genero de armas y municiones; el guarnecerlo con un tercio de mil hombres de muy buena calidad seria facil y de poco gasto a su Magd. en esta forma.

»Hase de formar este tercio de los paisanos del mesmo territorio de la Rivera del Cinca hasta Benabarre teniendo en los lugares mas granados los oficiales comenientes a cuya orden estarán prontos los soldados para qualquier ocasión; y eligiendo para esto las Personas de mas suposición, calidad y aceptación común de todo aquel territorio, se allaran de todo el valor y lucimiento necesario y de experiencia en el manejo de las armas, assi para Alfereses como Capitanes y con solo diez sargentos para las diez compañías de que se a de formar el tercio, dos ayudantes y un sargento mayor que S. M. embie de uno de sus exercitos, la leba de toda la demas gente y oficiales correrá por mi cuenta y a mis expensas, y estando ya formado y levantado el tercio su Magd. se dignara de socorrerlo con el Pan de munición y las pagas regulares que se diesen al exercito de Cataluña entrando esta gente a la guerra como si fuera de el.

»El modo de asistir este tercio en el castillo a de ser por semana, entrando cada semana una compañía de guarda haciendo todos los dias tarde y mañana los exercicios de las armas a vista de los cabos que residiran en el Castillo para que todos se adiestren. Y en caso de recelo de imbasión han de estar todos los mil hombres a su defensa con todos los oficiales del tercio que por vivir en lugares del mismo territorio podrán aora juntarse a las ordenes del Gobernador. Y quando por estas fronteras no aya recelo alguno estando este tercio tan numeroso y bien disciplinado como en poco tiempo lo ha de estar allamamiento del Capitán General de Cataluña podrá ir a qualquier ocasión de sitio, socorro de plaza o batalla y incorporandose con aquel exercito. Y por ser el territorio de Monzon abundante de trigo se podrá hazer el pan de munición con mas combeniencia que en otros Presidios, y si su Magd. se digna de dar libramiento de su valor a los efectos que tiene en Aragon de Cruzado o quarta decima yo me constituiré a dar toda la provision mientras venga a razon de 40 Rs. el caiz ofreciendome a asistir con el cuydado y aplicación que debe un rendido y fiel vasallo de su Magd. tanto en la fabrica de la fortificación como en todo quanto conduzca al mas brebe y mejor logro de ella a mas de contribuir con las expensas necesarias que serán muy considerables para la leba de los mil hombres; asgurando a V. M. que unicamente me muebe a esta rendida representación el deseo del mayor servicio de S. Magd. y bien deste Reyno. Y si S. Magd. se dignare de darse por servido de mi celo y atención y quisiere honrarme con el puesto de Maestre de Campo deste tercio y gobernador del castillo será hacerme muy singular merced como espero de S. Rl. Clemencia

y de la representación de V. E. que no dudo excederá mis cortos meritos, solo suplico de V. E. se sirva de poner a los Rs. pies de S. Magd. mi atención, rendimiento y celo a su mayor servicio quedando yo siempre como debe a la obediente disposición de V. E. con muy rendida voluntad.

»Dios guarde a V. E. en su mayor grandeza los ms. as. que deseo.

»Barbastro 3 de julio de 1691. — Antonio de Luzan.

»Excmo. Sr. Principe Cariati Virrey y Capitan General del Rno. de Aragon.»

(Legajo 69.)

#### DOCUMENTO 83

*Carta al Rey, de los Jurados de Zaragoza:*

»Ha pasado a deliberar el significar a V. M. el dolor que le ocasionan los referidos avisos, siendo en todos los ciudadanos de esta ciudad igual el efecto de la tristeza como lo requiere su causa y solo la detiene el no hacer crecidas demostraciones de su fidelidad la falta de medios en que se reconoce, por los continuados servicios que tiene hechos a los Serenísimos Señores Reyes Progenitores de V. M. de que pueden dar fiel testimonio las repetidas expresiones hechas a V. M. y Reales Ministros sobre este asunto.

Considrando los pocos medios que tiene para su defensa ha resuelto el suplicar a V. M. (como lo hacemos) el que pues esta ciudad es el antemural así de todo el Reyno, como de Castilla, venga en bien V. M. de embiar orden de que pare algún dinero del que pasa a Catauña para acudir a la defensa de las fronteras, dando tambien el orden necesario para que el tercio con que está sirviendo este Reyno a V. M. en Catauña venga a los puestos refridos con algun trozo de Cavalleria y juntamente se aplique todo el demas numero de milicia assi de Infanteria como de Cavalleria que se pudiere para la defensa de las mismas, por lo destituido que se hallan estos parages sin tener forma de salir a hacer oposición a las invasiones del enemigo y defenderse de las hostilidades que executa.

Zaragoza, Jun'io 18 de 1691.

(Legajo 67.)

*Carta de los Diputados del Reino de Aragón al Rey:*

La Diputación de Aragón se dirige también al rey haciéndole ver la necesidad de acudir con prontos socorros a la defensa del Reino. No dispone ya del dinero suficiente para municionar a los soldados y reconstruir las fortalezas derruidas.

«... Y por esto recurrimos a la Real piedad y clemencia de V. Magd. suplicándole mande socorrer con los medios que pareciere a V. M. para el repaso de las fortalezas, que las inclemencias del tiempo tienen derruidas, y aunque hasta ahora este Consistorio las ha socorrido con armas y municiones y algun dinero, no falta este para el todo de que necesita a ponerse en defensa, como juzgamos lo representa el Virrey a V. M.

»Zaragoza y Junio 26 de 1691.»

(Legajo 67.)

#### DOCUMENTO 84

*Carta de los Diputados de Aragón al Rey:*

»La Diputación del Principado de Catauña ha participado a este Consistorio que ya el año pasado representó con rendimiento y veneración a V. M. quanto

convendría hacer el maior esfuerzo respecto a poner buen exercito en el para su defensa y resistir las invasiones y hostilidades de las armas y milicias de Francia y los perjuicios que se habian de seguir de no mantener las fortalezas derruidas y demolidas; y que este año sin embargo de tan eficaz suplica ha experimentado aquel Principado los daños, meñoscabos y ruinas irreparables que es notorio por no haber en oposición del exercito y armada de Francia ni en tierra ni en mar disposición bastante para su defensa. Y como ya estos daños estan trascendiendo a este reino y reconocemos dentro de la guerra en tiempo que Cataluña da cuenta de que hace nueva representación y suplica a V. M. para el mismo fin; y así mismo el reino de Valencia pues por las noticias que acabamos de recibir en carta de aquella Diputación su fecha de 25 del corriente del sumo desconsuelo en que se hallan teniendo la ciudad de Alicante a su vista la armada naval francesa que continuamente la bombardea y así mismo en la ciudad de Valencia la popular conmoción contra los franceses que la habitan sin que sirva de reparo bastante el celo del Virrey y capitan ha sido preciso recurrir a poner en público el Santísimo de algunas iglesias para que el catolico respeto enfrenase tan descompasado desorden que paso con lastima universal a erir en un brazo al jurado en cap de los caballeros Nos consideramos muy principamente interesados por todos estos motivos en acompañar a las Diputaciones de Cataluña y Valencia en sus suplicas por lo que importan al servicio de V. M. y al necesario consuelo de tan fieles y leales vasallos y poniendonos a los reales pies de V. M. suplicamos a V. M. sea servido ordenar y mandar se disponga y de la providencia mas pronta que conviene sobre estas suplicas y representaciones del principado de Cataluña y Diputación de Valencia para que aplicandose desde luego los medios mas proporcionados cesen y se eviten para en adelante los lamentables sucesos que se están reproduciendo y los que se padecen y otros que amenazan a estos reinos si la piedad y poderosa mano de V. M. no se aplica enteramente al reparo de su general dolor y desconsuelo. Y esperamos la continuación de la real protección de V. M. en tan urgente necesidad y premura.

»Dios guarde la catolica real persona de V. M. como la cristiandad ha merecer.

»Zaragoza Julio 31 de 1691.

»D. Jacinto Xulbe, prior de Santa Cristina; Canónigo Benito Jaime de Agreda, D. Joseph Salvador y Asin, D. Pedro Juan Çapater, D. Manuel Joseph de Sesse, D. Tomas Clavero, D. Juan Cristobal de Noguerras y Francisco Antonio Cavero; Diputados del reino de Aragon; Francisco Ibañez de Aoiz, secretario.»

(Legajo 66.)

#### DOCUMENTO 85

*Carta del Consejo de Benabarre al Virrey:*

«Esta tarde dentro de una hora ha llegado a esta villa dos avisos de la villa de Trem del Principado de Cataluña. La una es que la plaza del Aseo de Urgel que tenia sitiada el francés está ya perdida. La otra que una partida de Gitanos y Migueletes franceses hasta el número de trescientos andan robando y llevandose los ganados de muchos lugares de la frontera de Cataluña que algunos de ellos confinan con este Condado y distan a poco mas de dos leguas desta villa y que piden asistencia a los lugares de la frontera deste Condado de gente y municiones para perseguir y oponerse a las correrías y robos que hazen y ejecutan dichos Migueletes que tienen puesta en confusión todo este partido y fronteras.

»Benabarre Junio 13 de 1691.»

(Legajo 67.)

## DOCUMENTO 86

*Carta del Virrey al Rey:*

Habla de la pérdida de la Seo de Urgel... «asegurándome con mayor certidumbre de su pérdida lo participo a V. M. con el dolor y sentimiento que debo; bien que me haze suma extrañeza ver que no me lo participe el Duque de Medina Sidonia, pues ni este, ni otro aningun abisso no me a dado en muchos dias.»

Zaragoza 18 de Junio de 1691.»

## DOCUMENTO 87

*De los jurados de Lérida a los de Fraga:*

El Virrey envia al Consejo la siguiente carta de los Jurados de Lérida que han dirigido a los de Fraga:

«Por haber tenido esta ciudad noticia cierta como mucha gente de esta provincia de Cataluña se halla con las armas a las manos contra los de Barcelona con motivo de que muera el mal gobierno. Ha parecido participar a V. M. esta noticia para que en caso se ofreciese a esta Ciudad de algún socorro de gente con armas y municiones nos asista.

»Por lo que suplicamos a V. M. si adquiere algunas noticias nos las participen puesta ciudad con igual correspondencia las participará a V. M.

»Lérida, Octubre 21 de 1689.»

(Legajo 70.)

## DOCUMENTO 88

*Súplica de la ciudad de Zaragoza al rey:*

«Señor:

»Sigue a nuestra obligación el celo y reciproca correspondencia que siempre ha tenido esta ciudad con la de Barcelona para volverse nuevamente a poner esta ciudad a los reales pies de V. M. acompañandole en la reverente suplica que hacen a V. M. los diputados de aquel Principado por el memorial que han puesto en las reales manos de V. M. cuyos motivos tiene por cierto han de hallar en la real comprehensión de V. M. toda aceptación pues dirigiendose al unico fin que es el de mirar por el mayor servicio de V. M. pueden esperar con segura confianza a vista del paternal amor con que V. M. los mira que han de inclinar el real animo de V. M. a dar aquella acertada disposición que pide necesidad tan urgente para precaución de los acelerados movimientos que se experimentan en las armas enemigas. Y por que ha de resultar tanta parte a esta ciudad por ser el antemural así de este reino como de los de Castilla tiene por seguro ha de merecer de V. M. el logre de su interposición por reconocer no podrá tener más superior causa para expresar a V. M. que mirarse en la que padece aquel principado mayormente quando lo considera con tantos contratiempos, cuyos lastimosos efectos llegan al corazón de esta ciudad y solo puede sentir no poder executar en mayor servicio de V. M. aquellas crecidas demostraciones que dicta su fidelidad. Si bien aunque nada tiene por ser todo de V. M. se ofrece de nuevo a V. M. esta ciudad siendo su animo el de medirse con la real voluntad de V. M. a que atenderá siempre como a primero empleo de su obligación.



»Dios nuestro señor guarde la católica y real persona de V. M. como la cristiandad ha menester.

»Zaragoza y Julio a 31 de 1691.

»Manuel de Ribas, Lamberto Antonio Vidania, Pedro Pablo Cebrián, Gaspar Barrera, Martín Grau, Jurados de la ciudad de Zaragoza; Francisco Antonio Español, secretario

A las dos cartas se puso este decreto:

»En Madrid a 7 de Agosto de 1691. Ya se ha respondido a la ciudad y reino en otras cartas el particular cuidado en que S. M. está de que se atienda a lo que conduxere a la defensa de aquel principado con todo lo demás que contienen las cartas que se les han remitido y así no hay que responder ahora a estas que se han recibido ahora de la ciudad de Zaragoza y Diputados.»

(Legajo 66.)

Según demuestran cartas al rey aduladoras en alto grado de los mismos jurados antes mencionados Zaragoza estaba en armas en espera de un sitio el 12 Junio y 14 Agosto del mismo año.

#### DOCUMENTO 89

*Carta de los Diputados del Reino de Aragón.*

«Señor:

»Con la fortificación que ha executado en Bellver el ejército enemigo dexa grande parte del principado de Cataluña expuesto a las hostilidades aun en el rigor del invierno tiempo en que siempre se ha considerado libre de ellas y puede fácilmente hacer entrada en Aragón... Y siendo tanto el daño que ha padecido y tiene sobre sí Cataluña y el que está amenazando a este reino ya que por obedecer el Real Orden de V. M. de 13 de Julio dexamos de hacer representación a V. M. del desconsuelo y dolor universal que estas guerras han introducido en estos reinos no podemos excusar por lo que se interesa al R. servicio de V. M. y por el consuelo de tan leales vasallos el suplicar a V. M. con rendida veneración sea servido V. M. mandar se dispongan las prontas asistencias que está pidiendo tanta necesidad para que cesen los daños y ruinas que se han experimentado y permanecen y no señoreen enteramente estos reinos las armas de Francia pues si no se aplica con tiempo la providencia del poder, amparo y protección de V. M. no se considera forma ni puede haver fuerzas para resistir enemigo que con tanto tiempo se ha puesto en parage de hacer con libertad continua guerra en estos reynos.

»Zaragoza Noviembre 6 de 1691.»

(Legajo 67.)

En 1697 la Diputación de Aragón vuelve a hacerse eco de los temores de Barcelona y se dirige al Rey en demanda de auxilio.

«... Repite la ciudad de Barcelona en carta de 4 del corriente las expresiones de su peligro y desconsuelo por hallarse ya a dos leguas de distancia el ejército enemigo y sus batidores a vista de la misma ciudad... Si llegan a conquistarla no solamente quedaría expuesto el principado de Cataluña sino también este Reyno donde no hay plaza ni fortaleza que pueda impedir a la Francia el proceso de sus designios.

»Zaragoza, Junio 7 de 1697. — Los Diputados.»

(Legajo 73.)

## DOCUMENTO 90

*Informe del Consejo de Aragón:*

Al anuncio de una invasión por Benasque, dice el Consejo de Aragón:

«Y habiendose visto en el Consejo pasa a poner a la Rl. noticia de V. M. que en Aragón no hay milicias de calidad que puedan obrar por la pobreza de aquellos naturales y falta de armas en una invasión. Y lo que se puede hacer es escribir al Virrey confie armas y municiones con toda brevedad a los naturales de la frontera con obligación de restituirlas o pagarlas, estando con toda vigilancia para la defensa de ellas como se fia de su celo y pide una materia desta gravedad.

»26 de mayo de 1691.»

(Legajo 67.)

*Respuesta del Virrey al Consejo de Aragón:*

Como contestación a este informe del Consejo, el Virrey hace notar que no hay armas ni hombres, y que los castillos estan derruidos. Véase un trozo de la carta del Virrey al Consejo:

«... puede acudir a la frontera y donde fuere menester de sesenta a ochenta ombres (pues aunque son más los alistados no todos son áviles) de las Comunidades y demas dellos desta Ciudad, pero apenas podrá armarse cuarenta porque a los mas faltan armas y municiones; y en los lugares mas inmediatos al enemigo en la frontera no llegan los armados a quinientos con las armas que desde aqui hemos ymbiado yo y los diputados y las municiones de balas polvora y cuerda todos las necesitan y no bastan las que tenemos. El Consistorio de los Diputados no tiene intento de ymbiar mas armas habiendole quedado pocas; la Ciudad tiene muchas pero las dara solo a los vecinos de ella.

En la Aljaferia quedan algunas y los diputados me an echo ynstancia de ymbiarlas todas fuera de aqui.

»Los Castillos y torres ynmediatas al enemigo estan derruidas; los Diputados y los lugares me an echo ynstancia para que ymbie algun socorro pues los mismos paisanos ayudaran y asistiran a las obras. Estas deben hacerse en los Castillos de Benasque, en Ara, de Benabarre y en la Puente de Montañana.

»26 de Junio de 1691.»

(Legajo 67.)

## DOCUMENTO 91

«... De todo procuramos hacer distinta relación a V. M. suplicándole acompañasse nuestro deseo a la defensa y resguardo deste Reyno tan amenazado de franceses, no teniendo otro muro que los pechos de los aragoneses y estos están y estamos para perder en servicio de V. M. hasta la ultima gota de sangre de nuestras benas. Haviendo recibido expressos este Consistorio de los mas lugares confinantes con Francia y Cataluña por las partes del puente de Montañana, Venabarre, Grau, Estadilla, Venasque, Jaca y otros a quienes havemos socorrido con armas y municiones siendo en lo que insta el reparo de algunos Castillos y puestos abanzados al enemigo y en donde puede qualquiera alentado hacer resistencia.

»22 de Julio de 1691.»

(Legajo 68.)

## DOCUMENTO 92

«... juzgándose sería lo más conveniente según las necesidades ocurrentes la formación de tercios provinciales para que estando estos disciplinados y con las armas necesarias en las ocasiones de urgencia se consiguiese el único fin de estar prontos para en caso de invasión saliendo a la defensa de esta ciudad y reino. Y habiendo pasado esta ciudad en cumplimiento de su obligación a juntar capítulo y consejo para proponer en él lo acordado por la referida Junta ha deliberado el poner en la real noticia de V. M. tiene alistados de sus vecinos y moradores hasta tres mil hombres para la formación de tres Tercios provinciales de infantería.

»14 de Agosto de 1691.»

## DOCUMENTO 93

*Carta del Consistorio de Aragón a S. M.:*

«En el Puente de Montañana y en Venasque hay sessenta soldados que asistieron la Campaña pasada en las fronteras pagados por el Reyno; y como no son del Tercio y no hay medio para que les continúe su pagamento y son tan necesarios en aquellos puestos, suplicamos a V. M. con rendida veneración sea servido de mandarlos socorrer pues sin asistencia parece preciso licenciarlos y esto sería de grave inconveniente quando la postura en que el enemigo se halla no solamente nos necesita a solicitar con esta gente la defensa de las fronteras, sino también a suplicar que V. M. se digne ordenar que benga a ellas el Tercio que sirve en Cataluña como está prevenido por Fuero y le confiamos del Paternal amor de V. M.

»Zaragoza, Febrero 26 de 1692.»

## DOCUMENTO 94

*Relación del estado en que se halla el Principado de Cataluña y Ciudad de Barcelona por ocasión de la guerra.*

*Setiembre de 1698:*

«... La fuerza y disposición con que se halla para su defensa y resistencia dicha ciudad y Principado son tan inferiores y tan cortas así en Plazas como en exercito y Armada que de Plazas solo se hallan en esta frontera los Castillos de Ciud. Berga y Castellfullit y las Plazas de Palamós, Gerona y Barcelona pero de tal calidad que el Castillo de Ciud. se esta fortificando y solo comienza a estar en defensa, el de Berga es de muy poca suposición e incapaz de poder hacer resistencia a un exercito, el de Castellfullit tiene alguna forma pero toda defensa consiste en una torre moderna solamente capaz de guarnición de ochenta hombres. La Plaza de Palamos es muy irregular y mal fortificada y segun la forma que se hace oi la guerra con mediano exercito y asistencia de armamento no puede mantenerse dos días, Gerona es plaza de mui dilatada circumbalacion y necesita de mucho trabajo y tiempo para perfeccionar sus fortificaciones; y para su guarnicion y defensa casi de un exercito entero. Y ninguna de estas plazas se halla con suficiente artillería, armas, municiones ni pertrechos los que serian menester para su defensa sin reserva para el sustento de su guarnición. La ciudad de Barcelona queda aun con mayor desprevenición por que de fortificaciones exteriores apenas se ve rastro quando las entradas encubiertas y medias lunas que algun tiempo resguardaban sus murallas estan arrasadas y se aran y siembran como los campos. Los baluartes de tierra y faxina que cubrian las puertas de San Beltran, de San Pablo, del Sayens, de Junqueras y de San Daniel estan caidos y derribados por que no se ha cuydado de su conservación. Y los fossos casi perdidos por estar tan llenos que

# LOS MINISTROS DE CARLOS IV FRENTE A LA REVOLUCION FRANCESA

por MIGUEL ALONSO BAQUER  
Capitán de Infantería, diplomado de Estado Mayor  
Doctor en Historia

A lo largo del reinado de Carlos III, España creyó haber consolidado sus instituciones, sus fuerzas armadas y su política internacional de acuerdo con una doctrina que a todos pareció moderna y coherente. Pero bastará la muerte del rey para que el panorama se complique y el futuro se torne amenazador.

La muerte del rey, vista desde el Ejército y la Marina, no introduce alteración alguna de sus responsabilidades de defensa de la integridad del territorio metropolitano y colonial.

La Revolución francesa destrozará el equilibrio estratégico de los Pactos de familia. El problema militar peninsular se agigantará hasta hacer decaer los ánimos de hombres tan enérgicos como el conde de Aranda. ¿Quién defenderá las Indias de los ataques de la Marina inglesa? ¿Quién será capaz de lograr la transformación de la frontera portuguesa —neutralizada desde hace más de un siglo por la alianza de Portugal con Inglaterra y de España con Francia— en zona de tensión militar? ¿Quién convertirá el Pirineo en rampa de lanzamiento contra la Francia revolucionaria? Carlos IV contestó: Godoy. Muy pocos protestaron.

El Ejército, más aún que la Marina, fue víctima de estas anchas responsabilidades. Se verá forzado a penetrar pueblo por pueblo en busca de soldados, sin saber a ciencia cierta a cuál de las potencias vecinas deberá considerar amiga o enemiga. De esta particular situación arranca la presencia del Ejército español en nuestra historia contemporánea. Porque Ejército y pueblo serán al momento conscientes de la necesidad de identificarse para salir del desconcierto.

Lo grave no será, sin embargo, la coyuntura, sino aquella inicial decisión de Carlos IV, tolerada por la sociedad española.

Porque España, imprudentemente, decidió entregar las riendas del poder y el mando del Ejército a un joven guardia de Corps sin formación militar, precisamente con el encargo de resolver las dificultades por la vía del más disparatado intervencionismo. Y tuvo que ser el propio Godoy quien primero captara la equivocación de todos.

¿Podrían Aranda, el viejo militar, o Floridablanca, el veterano diplomático, oponerse al rey y a su pueblo? En su honor hay que decir que lo intentaron hasta incurrir en la ira regia; pero en su contra hay que añadir que los antecedentes de uno y otro, del militar y del abogado, les hacían prácticamente inoperantes en la conciencia creyente y monárquica del pueblo español de 1792.

La decisión estaba tomada mucho antes de que apareciera Godoy. La España de Carlos IV recogía lo que había sembrado la España de Carlos III. Con Godoy y sin Godoy, Ejército y pueblo hubieran ido a la guerra contra la Revolución por encima de las resistencias de la élite intelectual enciclopedista y de la aristocracia.

Repetimos que de esta situación arranca la presencia del Ejército en la vida política española contemporánea.

#### 1. FLORIDABLANCA.—UNA POLÍTICA DE DEFENSA

El reinado de Carlos IV se extiende entre la muerte de Carlos III (1788) y el motín de Aranjuez (marzo de 1808). En estos veinte años, tres Ministros, Floridablanca, Aranda y Godoy, intentan, sucesivamente, restaurar la confianza del pueblo en sus gobernantes, según tres líneas políticas de imposible conciliación. Floridablanca lucha por defender a España de la ideología revolucionaria francesa con medidas aislacionistas. Aranda desconfía de la eficacia de nuestras fuerzas armadas y lo espera todo de la negociación. Godoy, mucho más joven que sus dos rivales, cree en el vigor de nuestras armas y se lanza a intervenir en todas las cuestiones internacionales.

La subida al trono de Carlos IV coincide casi totalmente con el estallido de la Revolución Francesa. El testamento político de Carlos III, seguramente redactado por Floridablanca con la finalidad de garantizar su permanencia al frente del Gobierno, quedó explícito en la Instrucción Reservada para la creación de la Junta de Estado

(1787). En ella no hay una sola premonición sobre el terrible cambio que va a operarse en Francia. En lo internacional y en lo militar, la Instrucción Reservada significaba una reiteración de la política pacifista de Carvajal (1).

En lo interior, Floridablanca optaba decididamente por disminuir la influencia de los Consejos en las decisiones del monarca. La Junta de Estado era un equipo ministerial eminentemente ejecutivo que tendía a no someterse al largo trámite de dictámenes del Consejo de Castilla, del Consejo de Hacienda, del Consejo de Guerra y Marina, del Consejo de Indias, etc.

El Conde de Aranda descubrió en el programa de gobierno de Floridablanca una amenaza de ruina para la aristocracia que él representaba, y una merma de la autonomía de las instituciones militares. Pero el Conde de Aranda había perdido el apoyo de Carlos III. Era hombre de decisiones rápidas, más amigo de derribar obstáculos que de socavarlos pacientemente. Aranda contaba con que la muerte de Carlos III iría inmediatamente seguida de su llamamiento para sustituir a Floridablanca. Hubo de esperar más de dos años y sólo dispuso de nueve meses.

Carlos III había considerado a Floridablanca y a Aranda como las dos piezas de un turno de partidos, el de los Juristas y el de los Generales.

Carlos III era el responsable, por su apego a los Pactos de Familia, de la ruptura de la política de equilibrio entre Francia e Inglaterra, que con suma habilidad practicaron Carvajal y Ensenada, los ministros de Fernando VI. Floridablanca quería volver al equilibrio. Aranda quería sacar el máximo provecho de la alianza con Francia.

«Ensenada era partidario de una «paz armada»; Carvajal, de una «paz astuta», basada en la diplomacia, pero tendentes ambas a un mismo fin —la conservación de las Indias— por un mismo procedimiento, el equilibrio» (Comellas, pág. 323 de la obra citada).

«La anglofilia de Carvajal era simple cuestión de procedimiento. No estaba de acuerdo con la tesis de Ensenada de que la amistad entre Francia, potencia terrestre, y España, potencia naval, se complementaban adecuadamente. ¿De qué podría servirnos el Ejército en una guerra por el dominio de los mares? Equiparar nuestra Escuadra

---

(1) *Historia de España moderna y contemporánea*. Comellas. Rialp. Madrid, 1967.

a la británica era empresa difícil y costosa, aparte de que no había Flota en el mundo capaz de guardar toda la inmensa fachada de nuestras Indias. Lo mejor, para Carvajal, era procurar la amistad de los ingleses, una amistad de conveniencia, desde luego, pero leal» (Comellas).

Ensenada creía que no había ninguna forma mejor de proteger las Indias que una gran Flota y un buen Ejército. «Al frente de los ministerios de Guerra y Marina, creaba nuevos regimientos y cuidaba la perfecta instrucción de las tropas... Mayor preocupación tuvo aún por el programa naval».

Murió Carvajal. Ensenada acentuó su tendencia profrancesa. Carlos III no saldría ya de una política militar hostil a Inglaterra en todos los mares. Gibraltar era la espina.

Vicéns Vives, Comellas, Corona Baratech, Federico Suárez, Seco Serrano, Miguel Artola y cuantos historiadores de hoy se han ocupado de la crisis política del Antiguo Régimen, están de acuerdo en afirmar que cualquier gobernante, entre los que podía elegir Carlos IV, hubiera caído arrastrado por las consecuencias del cambio político revolucionario francés. Carlos IV acertó en prescindir pronto de Floridablanca y de Aranda.

Los dos estaban reconocidos, sobre todo por la parte que tuvieron en la expulsión de los jesuitas, como destacados enciclopedistas.

Aranda, en vida de Carlos III, clamaba por el intervencionalismo. Floridablanca pasó, ante el hecho revolucionario, desde su tesis de neutralidad armada, pero pacifista, a una política de defensa integral, mientras el antiguo intervencionista se transformaba en defensor a ultranza de la neutralidad. Tanto Carlos IV como el pueblo español tenían motivos para prescindir de ambos.

Para Carlos IV, que ve a su primo Luis XVI al borde de la guillotina, no son históricamente viables ni la «paz astuta» de Carvajal, ni la «paz armada» de Ensenada. La Revolución Francesa se presenta con una hostilidad mayúscula contra los sentimientos monárquicos y religiosos de los españoles. Carlos IV —como los demás monarcas europeos y como la mayor parte de sus pueblos— sólo ve una solución: la guerra. Necesitaba tropezar con un hombre dispuesto a dirigirla. Ese hombre era Godoy, que unía a su atrevida vocación guerrera el programa reformista de Jovellanos.

La anglofilia de Jovellanos favorecía indirectamente la subida de Godoy al poder, porque anulaba al enciclopedista Aranda.

Para el entendimiento cabal de lo que estos cambios de estra...

tegia van a suponer en la historia institucional del Ejército de Tierra de España es necesario penetrar en los motivos profundos de la enemistad de Aranda y Floridablanca.

Una primera ocasión para la disputa se dio frente al proyecto de 1783 de conquistar Gibraltar. Aranda desprecia el valor militar del Peñón y deriva hacia la Armada el deber de restituirlo a la soberanía de Carlos III.

«Cuando tengamos buenas Escuadras, podremos ser dueños del Estrecho; éste es el único medio que hay de apoderarse de Gibraltar.» Floridablanca pretendía la repetición del ataque por tierra (2).

Aranda estaba muy orgulloso de su éxito como recopilador de las Ordenanzas Militares y de su propósito de refundir en uno sólo los Cuerpos de Artillería y de Ingenieros. No tenía la menor fe ni en la Infantería ni en la Caballería española. Conforme entraba en la ancianidad crecía su desconfianza.

Floridablanca había defendido desde 1770 la necesidad de aumentar la Infantería. No se trataba de un verdadero afecto al tradicional espíritu militar de los españoles, sino de una norma de economía. En este año de 1770, Floridablanca y Campomanes eran fiscales del Consejo de Castilla, cuya presidencia ostentaba Aranda. Los tres fueron convocados por Carlos III a un Junta mixta de generales y políticos, que tenía por misión la de aportar un conocimiento exacto del estado en que se hallaba el Ejército. A Aranda no le gustó que también en los negocios militares tuvieran voz y voto los «golillas», como despectivamente llamaba a los magistrados y a los economistas (3).

La política militar de Floridablanca tenía una sola base —el reclutamiento—; Corona Baratech no nos dice si este principio era compartido por los militares ilustrados (4). Por lo que sabemos de las biografías de Ricardos, de Mazarredo, de Alcalá Galiano, de Urrutia, del Conde de la Unión, del Marqués de la Romana, y de Blake, había en ellos una honda preocupación por la instrucción técnica del combatiente y de los mandos. Un historiador contemporáneo a los hechos, que se mostraba de acuerdo con la doctrina básica de Floridablanca, Muriel, no señala ningún factor de progreso técnico militar en las intenciones del Primer Ministro.

(2) *Historia de Carlos IV*. Muriel. Biblioteca de Autores Españoles.

(3) *Obras originales del Conde de Floridablanca y escritos referentes a su persona*. Colección hecha e ilustrada por D. Antonio Ferrer del Río. Madrid, 1847.

(4) *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*. Corona Baratech. B. P. A. Madrid, 1957.



«Para completar el Ejército era necesario echar mano a otros vasallos que no fueran soldados, para lo cual era necesidad indispensable saber la población de las ciudades, el número de personal apto para el servicio, el modo de hacer la quinta sin vejaciones, los recursos que había para cubrir los gastos... Para salir de este mal paso fueron completados los regimientos de línea con las milicias provinciales, concediendo una rebaja en los años de servicio y algunas otras exenciones a los que salían de los Cuerpos provinciales» (Muriel, obra citada).

No hay sombra de modernización en la política militar de Floridablanca. Trata, simplemente, de proteger sus reformas interiores, mal acogidas, con la acción de unas fuerzas militares obedientes al Gobierno. Le preocupan los desórdenes de las ciudades de ultramar y de las provincias separadas de la Corte. No hay política militar propiamente dicha frente al enemigo exterior, sino orden público.

En la Instrucción Reservada para la creación de la Junta de Estado no tiene prevista Floridablanca la defensa militar de las fronteras de la metrópoli, a pesar de que afirma: «El mejorar mis tropas, su disciplina y calidad, el mantenerlas y aumentarlas, cuando sea necesario, con economía y proporción a las fuerzas del Estado y el sostener, adelantar y perfeccionar los ramos de fortificación y artillería y sus Cuerpos facultativos, son los objetos principales internos del Departamento de Guerra». No piensa tener sobre la metrópoli nada que se parezca a un Ejército profesional. «Fortaleciendo, pues, la disciplina de las milicias y aumentándolas..., puede quedar libre la mayor parte del Ejército y su Infantería para las expediciones ultramarinas». «Las milicias, cuerpos fijos de América, son útiles contra las invasiones enemigas, pero no lo son tanto para mantener el buen orden interno...; importa tener siempre tropa veterana en los puntos principales de América, pasándola con la frecuencia posible de unos territorios a otros».

Floridablanca, desde esta perspectiva de 1787, no se sentirá en 1792 capaz de decretar la intervención sobre el territorio francés de nuestras tropas para liberar a Luis XVI, como deseaba Carlos IV. La oportunidad de volver al poder le llegará en 1808 con la presidencia de la Junta Central, constituida para coordinar la resistencia contra los ejércitos de Napoleón. Pero, entonces, Floridablanca, al borde del sepulcro, obedece a Jovellanos y a los sentimientos populares mucho más que a su formación ideológica.

En la política militar de Floridablanca hay una visible prevención

contra la Armada y contra sus sistemas de ascensos. Floridablanca encuentra que la ordenación de los regimientos es más correcta que la de los buques de guerra y se propone considerar a éstos, para todos los efectos, como cualquier otro Cuerpo militar. También hay prevención contra la Caballería. Como buen pacifista, propugna por el empleo de las tropas en trabajos públicos y por el aumento de los Cuerpos extranjeros, «pues excusa que nos valgamos de muchos vasallos empleados en la agricultura y oficios». Como buen ilustrado se preocupa por el arreglo del número de Generales, «pues podría producir algún ahorro aplicable al aumento de infantería veterana» y por el adelanto en la táctica de todos los Cuerpos, «más que en otros, en los facultativos».

La política militar de Floridablanca se inscribe en el marco de una política internacional pacifista y desconfiada: «que la Francia no nos arrastre en sus guerras», «no conviene a España la ruina total de la Inglaterra», «podría ajustarse que nos cedieran a Gibraltar por dinero», «la amistad con Portugal no se ha de convertir en alianza; como aliado sería muy gravoso; conviene hacer matrimonios recíprocos», «deberíamos pensar en adquirir la costa de Africa», «la Compañía de Filipinas ha de ser compañía de comercio y no de dominaciones y conquistas».

Todos estos postulados no estaban sincronizados ni con la situación estratégica internacional consiguiente a la Revolución francesa, ni con las verdaderas intenciones expansionistas de las grandes potencias europeas de finales del siglo XVIII. Cuando Floridablanca comprendió que su meditado programa político no tenía la más mínima posibilidad de éxito, saltó de la neutralidad pacifista a la defensiva a ultranza. Ordenó el desplazamiento de las tropas a las proximidades de la frontera y movió los buques de guerra con evidente indecisión. En sus nuevos propósitos no encontró el menor apoyo de los mandos militares y marinos, a los que había tantas veces contrariado.

La caída de Floridablanca era inevitable. Fue procesado y recluido en la ciudadela de Pamplona. No lo derribó Godoy, sino Aranda, «el caudillo de la juventud nobiliaria», en este punto apoyado por el clero, y del que cabía esperar una solución militar al conflicto. Pero el anciano general era ya otro hombre después de su larga permanencia en la Embajada de España en París. No quería la guerra, sino la negociación con los revolucionarios; Carlos IV no se lo perdonaría. El Ejército sufriría análogo desengaño. No sería el último.

## 2. ARANDA.—LA POSIBILIDAD DE LA NEUTRALIDAD ARMADA

Entre el conde de Aranda, Ministro de Carlos III, y el conde de Aranda que gobierna los nueve meses que transcurren desde la prisión de Floridablanca hasta el ascenso a Primer Ministro de Godoy, hay una esencial diferencia. Aranda, junto a Carlos III, representó la autoridad y el intervencionismo. A él se debe el mayor impulso para la refundición de las Ordenanzas Militares tan impregnadas de tradición militar española como de esencias importadas de la Prusia de Federico.

Pero Aranda junto a Carlos IV, va a representar la neutralidad y la moderación.

El profesor Carlos Seco Serrano, al editar la *Historia de Carlos IV*, de Andrés Muriel, ha señalado el cambio de actitud del militar ordenancista en un estudio preliminar expresivo y penetrante.

«No cabe duda que va mucha distancia del criterio ilustrado de Floridablanca —tan tradicionalista en el fondo, que le veremos ponerse en guardia frente al proceso revolucionario francés desde la primera hora— al de Aranda, monárquico, sin duda, pero simpatizante más o menos velado con los hombres de la Asamblea Constituyente, defendiendo su antagonismo respecto a Floridablanca en sus planes apaciguadores pacifistas filofranceses».

Muriel cree, sin fundamento, que «para debilitar el influjo de Floridablanca, los militares se valieron del favorito Godoy. Era este joven, militar sólo de nombre, pues servía en el Cuerpo de Guardias de Corps, falange pacífica y de pura ostentación por entonces». Muriel, clérigo deísta, afrancesado, ingenuamente masón, estaba tan incapacitado para captar la verdadera causa de la crisis de Floridablanca, como después la de Aranda, su admirado protector.

«En el servicio de una misma idea —la salvación de la Monarquía francesa—, Carlos IV utilizará ahora el criterio conciliador del jefe del partido aragonés» (Seco). Para Carlos IV, una vez destronado Luis XVI, no tiene sentido la política de defensa de Floridablanca. Con ella no ve la menor posibilidad de salvar a su primo. Al elegir al conde de Aranda, Carlos IV confía en dos nuevas posibilidades. El ánimo pacífico del rey, piensa, inicialmente, en la negociación con los revolucionarios. Pero, si ésta falla, Carlos IV declarará la guerra a los franceses. Carlos IV confía en que el temperamento

de Aranda le hará pasar, en el momento preciso, si necesario fuera, de la primera a la segunda posibilidad.

Pero Aranda no se brindó ni a presionar a Francia ni a guerrear con ella. Su política militar tomará un nuevo camino —la neutralidad armada—, en cuyo intento habría de quedarse sólo. Ni el rey, ni los generales, ni el pueblo español, estaban dispuestos a contemplar impasibles la muerte de Luis XVI y la consolidación de la ideología revolucionaria en el país vecino.

El rey se equivocó con Aranda. No supo valorar en todo su peso lo que en la conciencia del general español había supuesto su larga permanencia como embajador en París. Aranda se había dado cuenta de la energía desatada por la Revolución, lo que equivale a decir que había dejado de creer en la mecánica gubernativa del Antiguo Régimen.

El 22 de abril de 1781, Aranda, reinando Carlos III, recibió en París una carta del futuro Carlos IV en la que éste le pedía consejo para reformar la Monarquía española, ya que consideraba inmediata su subida al Trono. Aranda contestó con un Plan de Gobierno, del que era pieza maestra el Consejo de Estado, enfrenador, tanto del poder real como del poder ministerial. Aranda, que espera suceder a Floridablanca y que conoce la debilidad del príncipe Carlos, habla de la necesidad de un «ministro confidente», que signifique lo mismo que los antiguos cancilleres de la Corona de Castilla y que los modernos cancilleres del gobierno absoluto de la Federación de Prusia y del gobierno autocrático de los césares moscovitas. Sólo de esta forma podrá el rey de España conservar su autoridad sobre el conjunto de los ministros. Si no se toma esta precaución, el primero de los ministros acabará siendo un dictador.

No eran éstas las ideas de Aranda en febrero de 1792, cuando por fin sucede a Floridablanca. «Desde que me restituí de la Embajada de Francia —dirá el conde— (Representación a los reyes desde el destierro en 1794, ya caído en desgracia, para justificar su gobierno), es bien notoria mi vida retirada hasta la separación del conde de Floridablanca. Suplíqueles dos cosas: que no fuere el despacho en propiedad, sino como servicio interino, a fin de no privarme de la carrera militar, si se ofreciese algún ruido de armas; la otra, el restablecimiento del Consejo de Estado, para mayor acierto en los asuntos graves de la Monarquía, acordándome Vuestras Magestades ambos ruegos». Aranda quiere aliviar su responsabilidad en las instituciones. No se considera imprescindible como político. No quiere ser canciller.

Aranda amenaza con replegarse a su carrera militar al menor asomo de ruido de armas, porque se resiste a la política de hostilidad que Carlos IV quiere y porque tampoco está dispuesto a hacer la guerra a la Revolución.

Sobre este punto, Godoy se expresa en sus Memorias con evidente lucidez (5):

«Encendido ya el fuego, concentrado en la Francia y amenazando a todos lados, ¿qué contará la Historia acerca de la España en tal conflicto? Contará que el ministro español, conde de Floridablanca, que aún tenía las riendas del Gobierno, se quedó estupefacto, como el químico mal diestro a quien se vuelan sus hornillos y sus mixtos: que el terror y la torpeza se apoderaron de su espíritu, que ni su diplomacia topó con algún medio de cohibir en tiempo hábil las llamas del incendio, ni acertó a negociar, ni se atrevió a mover las armas y promover en tal peligro un armamento conveniente: que el peligro aumentaba por días y por instantes y la inercia y el pasmo reinaba en los consejos del atribulado ministro sin querer la paz ni osar la guerra».

Lo dice Godoy de Floridablanca, calificándole de atribulado ministro. Cuando lo dijo igualmente de Aranda, Godoy omitirá la comprensión que tuvo para el magistrado. La vocación guerrera del futuro Príncipe de la Paz hará doblemente injustificables las reservas del militar Aranda para entrar en guerra.

«A un ministro perfecto y tímido hasta el exceso le sucedió un anciano, por el otro extremo, que de nada se alarmaba. Uno y otro le causaron espanto al rey; el primero por indeciso, el segundo por confiado».

El intervencionista Godoy acusa los daños irreparables de la política militar de sus antecesores. «Nuestras fuerzas de tierra, a mediados de 1792, iban poco más allá de treinta y seis mil hombres de todas Armas, en servicio activo; la Caballería, casi toda desmontada; mal provistos los arsenales; nuestras fábricas militares en la mayor penuria, y el servicio militar, casi a todo en falta, salvo la Marina, a la cual el temor de la Inglaterra obligaba a consagrar los esfuerzos que el estado del Erario hacía posible. En medio siglo no se ofrecieron a la España sino operaciones parciales de milicia... La guerra

---

(5) *Memorias del Príncipe de la Paz*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1965.



Detalle del retrato ecuestre de Carlos IV, pintado por Goya en 1799. Museo del Prado, Madrid.



Grabado del Conde de Floridablanca, que se halla en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid.

en grande no tuvo escuela en tanto tiempo... Se había hecho caminar a la frontera algunos regimientos, muchos de ellos en cuadro: se figuró un cordón en los puntos más expuestos que ofrecían los Pirineos y se añadió algunas fuerzas a las plazas fronterizas. Todo el gran cuidado de los dos últimos ministros que me precedieron fue ocultar a la nación el estado de la Francia».

Godoy expresaba así, dolorido, los resultados de la política militar de Floridablanca. Realmente Aranda no tuvo tiempo para materializar la suya. El 7 de septiembre de 1792, muy poco antes de su cese, informa Aranda a Carlos IV sobre el modo «teóricamente válido» de combatir a los franceses. Habla de la necesidad de una acometida activa y rápida —con fuerzas respetables—, sobre todo por dispensarse los gastos considerables que trae consigo la guerra cuando es larga. Apunta dos entradas en Francia, por el Rosellón y por Guipúzcoa. Insiste en la conveniencia de dar a los preparativos aspecto de simple ejercicio de tropa «para que se disimule de algún modo el verdadero fin». Debe tratarse sin opresión a los franceses que hay en España. No se deben publicar los nombres de los oficiales generales ni del Estado Mayor del Ejército, hasta el tiempo preciso para reunirlos.

Seco Serrano ha puesto al descubierto la finalidad demoratoria de este programa. Aranda trabajaba con el mayor ahinco en ajustar un tratado de neutralidad entre las dos naciones. Desde febrero venía afirmando: «Las ventajas de la neutralidad son evidentes para España. La Francia y la Inglaterra se enflaquecerían con la guerra.»

«La neutralidad armada no sólo es conveniente con respecto a la contienda de España, sino que nos conviene también para nuestros Estados de América.» «Nosotros tenemos que atender indispensablemente a la conservación de nuestra propia casa.»

Aranda critica el movimiento descarado de tropas hacia el Pirineo que había ordenado Floridablanca. «Sin haber acercado tropas a la frontera, ¿quién nos hubiera impedido completar los regimientos, adiestrarlos, preparar municiones y estar prontos para cuando llegase la ocasión de un rompimiento?»

Pero esto último tampoco refleja el verdadero estado de ánimo de Aranda; hay dos frases definitivas en su última y desesperada resistencia a que se continuase la guerra con Francia cuando Godoy, ya primer ministro, preparaba la imposible ofensiva de 1794. (Desde su cese, Aranda presidía el Consejo de Castilla). Por ellas, inmediata-



mente después de la lectura del memorial de Aranda dirigido a la Junta de Generales que ha convocado Godoy, será desterrado a la Alhambra de Granada y exonerado de todos sus cargos.

«¿Y sería por ventura prudente meternos a pelear contra los ardientes promotores de la libertad?»

«Es grande la diferencia entre los que pelean por una opinión que les tiene preocupados, y los que van a la guerra por sólo cumplir con la obligación de su oficio».

En definitiva, frente a los sentimientos de la mayoría de los españoles, Aranda se juega todo ante Carlos IV por afirmar que la guerra con Francia es injusta, impolítica, ruinosa, superior a nuestras fuerzas, y un grave riesgo para la Monarquía.

La política militar de Aranda —la neutralidad armada— no fue posible en 1794. No la deseaban ni el rey ni los españoles. Esta misma política volvería a ser intentada por Godoy cuando todos la deseaban; pero entonces tampoco sería posible. La iniciativa había pasado al Emperador de los franceses. Además, Godoy, temperamentamente, no podía sostenerse sobre el neutralismo. Lo identificaba con la pasividad.

El más genuino representante español de los militares de la Ilustración moriría en sus tierras de Epila (7 de enero de 1798), cuando España había recuperado la paz con Francia, pero no la neutralidad. Francia y España estaban en guerra contra Inglaterra.

### 3. GODOY.—LA PRIORIDAD DEL INTERVENCIONISMO

Sobre Godoy se han escrito ríos de tinta que vierten, unas veces en charcas inmundas, en las que no faltan improperios de orden personal y de orden político, y otras en desmedidos elogios, en los que se reivindica su capacidad de trabajo, su lealtad a los reyes, su habilidad diplomática y su fecundo apoyo al progreso de las ciencias y de las artes.

La crítica más reciente viene considerando a Godoy, en el marco de los gravísimos problemas con que hubo de enfrentarse, como un gobernante decidido y laborioso que cae arrastrado por la inevitable crisis del antiguo régimen. Esta crítica no omite las alusiones a su fácil subida al poder, a la manera con que lo ostentó y a su mal reprimida pasión de mandar: «esa pasión que incapacita al dictador

para distinguir entre su propio destino y el destino de la patria que rige a su albedrío» (Seco Serrano) (6).

Corona Baratech ha formulado una interesante observación que explica, en gran parte, la política militar de Godoy:

«El Gobierno del favorito, con sus afanes reformistas y con sus ambiciones, llega a presentar los atisbos de un prematuro «bonapartismo», prematuro, sin duda, y de vía estrecha, también, que está esperando todavía un estudio detenido» (7).

Inconsciente al principio, y más declarado después, hay en Godoy un deseo de emulación de los grandes capitanes de la historia, que tiene sucesivamente por modelos a Federico de Prusia y a Napoleón. El instrumento que Godoy maneja es el ejército de Carlos IV, al que reformará cuantas veces sea preciso para obtener de él las victorias militares a que se siente llamado. Sólo al final de su privanza sueña Godoy en hazañas navales, cuando nombrado almirante se esfuerza en deshacer las consecuencias de la batalla de Trafalgar.

La biografía política de Manuel Godoy debería titularse «La vocación guerrera del Príncipe de la Paz». El mayor error sería titularla de vocación militar. Ni por su formación, ni por su personal toma de conciencia del problema de la guerra a nivel de 1800, Godoy pasó de ser un voluntarioso guerrero a la antigua usanza, aunque se imaginara a sí mismo como conductor de operaciones y preparador de campañas de muy moderna contextura.

En Godoy hay una extraordinaria confianza en sí mismo, que en dos ocasiones se extiende al país entero. La primera, en 1792, cuando sustituye a Aranda como primer ministro (guerra contra la Revolución Francesa). La segunda, en 1801, cuando nombrado Generalísimo manda directamente las fuerzas militares contra Portugal. En ambas experiencias, Godoy queda advertido de que todavía no puede confiar en su ejército tanto como sus ambiciones reclaman. Pero, lejos de desilusionarse, Godoy elige el camino de la organización y de la instrucción. No obstante, también en esta postura, mucho más razonable que la de su instintivo belicismo, la prisa le traicionará. Godoy piensa, como guerrero, que no hay mejor preparación de la guerra que la guerra misma. La paz y la neutralidad le resultan, en este punto, paros forzosos que disuelven las virtudes de los soldados.

---

(6) *Godoy, el hombre y el político*. Carlos Seco Serrano.

(7) *Revolución y reacción en la España de Carlos IV*. Corona Baratech.

Godoy inicia constantemente guerras y hace verdaderos alardes de equilibrio por pararlas, cada vez que observa que no van a salirle todo lo bien que quiere. Cada tratado de paz es sólo una retirada estratégica para tramitar nuevas ofensivas. La vocación guerrera de Godoy resultó incontrolable para Carlos IV, a pesar de que cuando sólo contaba treinta años le colocó en su frente el poco animoso título de Príncipe de la Paz.

Godoy había iniciado su primer ministerio en plena euforia nacional contra la Revolución. Cuida todos los detalles para que Ricardos llegue victorioso a los últimos objetivos de la campaña del Rosellón. Cuando el signo de la guerra cambia, muerto Ricardos, Godoy movilizará a toda su diplomacia para que cesen unas hostilidades en las que ningún éxito espectacular es posible.

La paz de Basilea y el tratado de San Ildefonso, invierten las alianzas y suponen para España una nueva guerra contra Inglaterra. Godoy deja en manos de la Marina la conducción de unas operaciones en las que nada tiene que decir. En esta coyuntura, Carlos IV prescindirá de él. Le ve insistir demasiado en un rearme, al que se resisten los ministros ilustrados, por él mismo encumbrados (Saavedra y Jovellanos).

En 1800 Carlos IV rectificará respecto a Godoy. Viene por el horizonte una nueva guerra continental. No le nombrará secretario de Estado ni de Guerra, sino Generalísimo. Godoy va a recoger en la guerra de las naranjas, contra Portugal, los frutos de su corta meditación belicista con una victoria rápida y una paz oportunísima. A partir de entonces, Godoy, debió replegarse de nuevo a la reflexión y a su puesta al día como conductor de operaciones. Pero la pasión de mandar y los titubeos de Carlos IV, le elevaron de nuevo. Surge entonces el Godoy de las guerras chicas y de las maniobras diplomáticas de altos vuelos, que culminarían en 1803 con las notas dirigidas a Rusia, Prusia y Portugal para la organización de un bloque internacional neutro entre Inglaterra y Francia. Esta política de tercera fuerza, única que podía haber marginado a España de la hoguera napoleónica, no fue comprendida por las otras naciones, también esclavas de la prioridad del intervencionismo.

El propio Godoy no era hombre de neutralidades, sino hombre de actividades, que esperaba salir de todos los embrollos merced a acciones de guerra. La prioridad del intervencionismo sobre la neutralidad, desborda los tímidos intentos del pacífico rey por circunscribir a su favorito a tareas prebélicas. Godoy y las circunstancias juegan

siempre a que Carlos IV tenga que contar con él. Trafalgar (1805) y la proclama de 1806, convocando a todos los españoles a una verdadera cruzada de liberación, le llevan acorralado a Fontaineblau, infantilmente ilusionado con el principado de los Algarves. El doble título de Generalísimo-Almirante encubre el vacío de una personalidad solitaria que sucesivamente va perdiendo todos sus apoyos. Al final, en 1808, Carlos IV y Napoleón le rescatan de las iras populares, atizadas por la aristocracia ante la indiferencia de unos militares, que han perdido absolutamente la confianza que un día tuvieron en su decisión y en su tenacidad.

La crisis de la vocación guerrera de Godoy queda configurada en sus Memorias, escritas en París muchos años después. (Godoy murió octogenario. El Gobierno moderado de Pacheco le devolvió su título de Capitán general.) Las Memorias, justificativas como todas, son sinceras y expresan bien el drama del favorito. «Mis ideas se limitaban a prosperar en la milicia».

Godoy, nada más relevar al conde de Aranda, está orgulloso de que no hubiera necesidad de hacer sorteos para reclutar combatientes para la guerra contra la Convención. Se felicita de haber elegido bien a los grandes generales de mar y tierra. «Elegidos los jefes, no la Corte, en unión con el Gobierno y erigida una Junta bajo mi presidencia con el nombre de Consejo Militar Supremo, propusieron los planes».

En febrero de 1794, Godoy vuelve a convocar a los generales. Es entonces cuando Aranda, presidente del Consejo de Castilla, presentó el dictamen pacifista que tanto escandalizó a Carlos IV, y que Godoy aprovecha para desplazar totalmente al anciano general del caudillaje moral sobre los ejércitos.

Godoy, sin embargo, recogerá lo fundamental del dictamen del experimentado Aranda. Realmente hace lo que Aranda propuso, es decir, negociar la paz con diligencia.

A partir de la paz de Basilea, Godoy se muestra incansable reformador de las instituciones educativas del país y gran animador del proceso formativo de las unidades del ejército de tierra. Las presiones francesas contra Godoy hacen mella en el rey, que puede prescindir de él porque no ve en el horizonte presagios de guerra. Es la primera caída de Godoy, suave y transitoria. Gobiernan Saavedra y Jovellanos en la misma dirección que había imprimido Godoy, pero con clara intencionalidad pacifista. Esta primera caída tiene sin embargo un tremendo significado en la conciencia de Godoy.

La vocación guerrera de Godoy, es decir, su ansia por justificar con resonantes victorias los ascensos militares que obtuvo por otras vías, había captado en la guerra con Francia la crisis de formación castrense del ejército español de finales del siglo XVIII. Con prisa, y sin pausa, se había ocupado de resolver por su base la crisis de la Caballería (recuérdese la predilección de Floridablanca por la infantería veterana y el apego del conde de Aranda a las escuelas de matemáticas de artillería o ingenieros, y obsérvese el nuevo espíritu ofensivo que introduce Godoy). «El proyecto de una escuela fundamental y normal de Veterinaria abrióse, siendo yo ministro, el 18 de octubre de 1793..., una parte para individuos del ejército y otra para paisanos de todas las provincias».

La vertebración del ejército por Godoy no desdeña otros caminos minoritarios. «Mía fue la fundación del ilustre Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos del Estado. La erección y ordenanzas de este cuerpo militar-científico son de 19 de agosto de 1796». Sus esfuerzos en pro de los estudios de ciencias militares y materias de guerra fueron notables. Se divulgaron las mejores obras de Montecucoli, de Vauban y de Granmaison (*Tratado del servicio de las tropas ligeras y guerrillas*). Esta obra fue reimpressa en 1794 para uso de los mandos de los ejércitos del Pirineo. Se prolonga la atención a Federico II (Colección de sus guerras y planes, mandada traducir del alemán). Se estimulan obras de autor español, preferentemente enfocadas a la moral militar de la juventud (ética del honor).

Godoy estaba especialmente satisfecho con el tratado de artillería volante que le dedicó don Clemente Peñalosa. «La brillante campaña que hicieron nuestras tropas aquel año a orillas del Fluviá, se debió en mucha parte a la artillería de a caballo».

Todo su primer ministerio se ocupó realmente en un rearme intensivo. No se dieron bajas a las fuerzas armadas; no cesaron los reemplazos; se conservaron los regimientos nuevos aun después de la paz, y se crearon otros. «Yo intenté reunir a las fuerzas y formar un campo de instrucción, prontas siempre a acudir donde las circunstancias les llamasen. Estas reuniones militares que debían mantener la disciplina, la moral y el entusiasmo del ejército, hicieron creer al rey mis enemigos que eran peligrosas». Godoy sería detenido por el rey en esta línea belicista.

El punto crítico del espectacular frenazo lo constituye la discusión de Godoy con el ministro de Hacienda, en presencia del rey. «Para disminuir los apuros de la Hacienda, indicó Saavedra la espe-

cie de licenciar una parte de las tropas. Yo me opuse... Sean nuestros sacrificios los que fueren, necesitamos contar con un ejército bien completo, bien aguerrido y bien dispuesto a todo trance; mantener nuestras tropas en constantes fatigas militares y formar campos de instrucción con las que están ociosas. Yo seguía, pero el rey me interrumpió diciendo: «No, los campos de instrucción no convienen de ningún modo». Después, el mismo día, pedí al rey con instancias vivas mi retiro» (8).

Desde aquel día, nuestro presunto Bonaparte no es, ni siquiera, un presunto Carnot. Su reaparición como Generalísimo será pura apariencia de poder, porque no será, digan lo que digan sus numerosos enemigos, dueño de los resortes del mando.

#### 4. LA DESCOMPOSICIÓN DE LA ESTRUCTURA MILITAR DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Tres políticas de guerra, gravemente antagónicas entre sí, desfilaron ante la mirada atónita del pacífico Carlos IV, sin que durante el tránsito del primero al segundo período de influencia godoyista (recluido Floridablanca, desterrado y muerto Aranda, prisionero Jovellanos y apartado Godoy) se serenaran los ánimos y se diera pie a los nuevos ministros Saavedra, Urquijo y Caballero, para que alumbraran una política militar coherente.

La crisis es especialmente grave en torno a la Marina. Los relevos de mando contribuyeron a producir un desconcierto desconocido desde los tiempos del marqués de la Ensenada. La desgracia de Fernández de Córdoba en el cabo San Vicente, la resistencia de Mazarredo a Napoleón y la transigencia de Gravina ante Villeneuve, dieron al traste con el prestigio de nuestros marinos. Después de Trafalgar, Godoy unirá a sus muchos cargos el de Almirante.

Desde la muerte de Carlos III ni Floridablanca, ni Aranda, ni Godoy, habían considerado necesario insistir en la modernización de la Armada; los tres ministros se habían dormido sobre laureles preteritos. Godoy juzga suficiente el estado de la Armada, tanto para presionar sobre Francia, en alianza imposible con Inglaterra, como para disputar a Inglaterra el dominio de los mares, en alianza inevitable con Francia.

---

(8) *Memorias del Príncipe de la Paz*, pág. 240, tomo I.

En las guerras contra Inglaterra y en la campaña de Portugal, Godoy lo fía todo a la moral de los combatientes y a su propia capacidad para dirigir las hostilidades. Como siempre, descubre en los primeros encuentros que las cosas no van bien, para concluir que un breve período de instrucción militar será suficiente para enderezarlas. Sus cambios de argumentación supusieron para los mandos terrestres y navales una invitación a la pasividad. Bastaba esperar unos meses para que las consignas del favorito pasaran de la arenga a la pacificación; de la confianza en comportamientos heroicos a la recomendación del estudio; del canto a la amistad con Francia, a las más terribles acusaciones contra el país vecino.

Ni el Ejército ni la Marina acertaron a atemperarse a la dinámica sucesión de actitudes del Generalísimo-Almirante. Hacia 1805 han crecido desmesuradamente en el seno de las fuerzas las resistencias pasivas a las órdenes de un hombre que no ocupa ni la Secretaría de Guerra ni la de Estado, pero que las dirige.

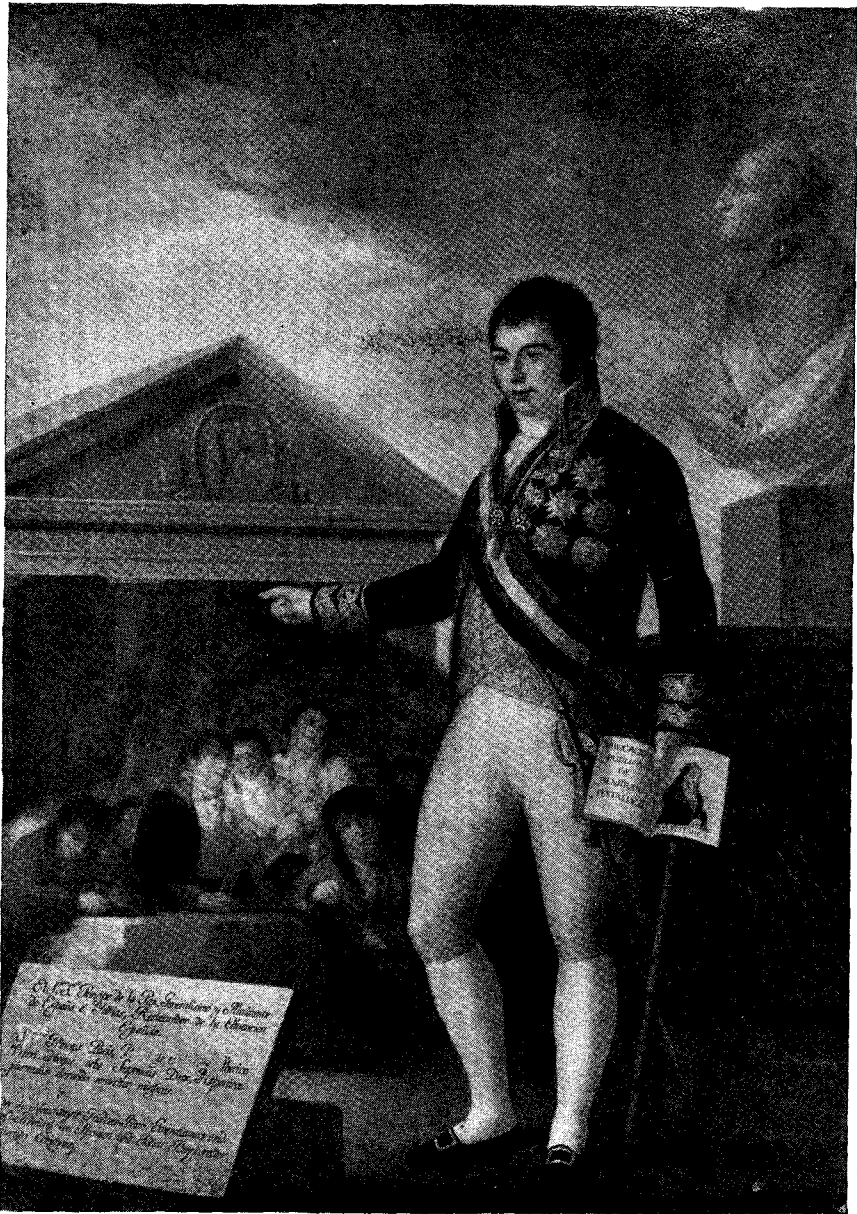
Este divorcio había de ser fatal en marzo de 1808 —Motín de Aranjuez— tanto para el favorito como para las fuerzas armadas. En virtud del Tratado de Fontainebleau, nuestras guarniciones fueron obligadas a compartir con los franceses las plazas fuertes del Pirineo. Las intrigas palaciegas del príncipe heredero, pletóricas de conexiones suicidas con ingleses y franceses, apuntan cada día más al destronamiento de Carlos IV. Las fuerzas armadas españolas se verían implicadas en un espantoso conflicto de lealtades en la misma jornada en que pierden al rey y a su Generalísimo-Almirante, mientras el pueblo duda entre recibir entusiásticamente a los franceses o sublevarse contra toda autoridad.

La situación más dramática se dará en Cádiz, la ciudad que no ha olvidado la herida de Trafalgar ni ha sacado del puerto a los buques franceses porque en el horizonte hace guardia permanente la escuadra inglesa. En Cádiz reside el Capitán general de Andalucía, general Solano, marqués del Socorro, quizá el militar más brillante de la nueva generación, reiteradas veces propulsor cerca de Godoy de una política de independencia frente a Bonaparte. Como casi todos los capitanes generales, a partir del 2 de mayo de 1808, Solano siente que el pueblo le presiona y que no le consiente gestos conciliadores de ningún signo. De la capital no llega ni una sola consigna. Nadie manda en Madrid digno de la confianza de los mandos militares españoles. Solano terminará horriblemente asesinado por las turbas. Su sucesor, Tomás Morla, se decidirá por el acatamiento de José I, a



Grabado del Conde de Aranda, que se encuentra en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid.





Retrato de don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, en el apogeo de su privanza, de autor anónimo y propiedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.

partir de la entrada de Napoleón a Madrid, tras haber simbolizado la protesta.

Corona Baratech ha aportado al conocimiento histórico documentos demostrativos de cómo numerosos jefes y oficiales que en plena crisis de 1808 habían manifestado deseos de un cambio de dinastía, benevolentes con la familia Bonaparte, terminan formando parte de las Juntas Provinciales que desbordaron la tradicional autoridad de los capitanes generales. Las paradojas de cualquier situación revolucionaria se cebaron con especial ferocidad en la estructura militar del Antiguo Régimen.

Y es que a partir del 19 de marzo de 1808 la nación española se había quedado sin Estado. Todos los españoles, los afrancesados de espíritu, los anglófilos, los aristócratas, los burgueses, los campesinos y los clérigos llegan, antes que a una solución positiva, como luego fue la guerra de la Independencia, a una actitud negativa y poco razonable en sí misma. Todos creen que España se salvará si se evita la vuelta de Godoy y de los godoyistas, es decir, de sus generales.

Todos los errores, todas las imprudencias, todas las traiciones luchan por volcarse sobre las culpas de Godoy, porque se sabe que el primer pensamiento de Napoleón fue restaurar en el trono a Carlos IV y en el poder a Godoy. El gesto rebelde de Fernando VII al establecerse en Madrid y el gesto sumiso de encaminarse a Bayona, casi inmediatamente después, terminaron de exasperar a los españoles. La solución tenían que conquistarla a mano armada.

¿Qué quedaba del admirable dinamismo con que Godoy había resuelto la campaña de Portugal de 1801, sin dar tiempo a que los soldados franceses atravesaran el Pirineo y sin permitir que el general Saint-Cyr, embajador extraordinario, tomara el mando del Ejército conjunto como deseaba Napoleón? Aquella guerra y la paz consiguiente fueron la obra maestra de Godoy, que inmediatamente aprovechó para interesar a Carlos IV en la política militar que Saavedra, Jovellanos, Urquijo y Caballero, habían desconsiderado durante su retiro (1798-1800).

De la visita de Carlos IV al Ejército en Badajoz arranca la creación, con una permanencia más allá de las hostilidades, de equipos de estudio formados por militares selectos. Estos equipos o Juntas son el primer antecedente serio de un Estado Mayor de operaciones, que en torno a la faja azul del Generalísimo acampó junto a él durante la guerra de las naranjas.

La política del Generalísimo, siempre discutida por el resto de los gobernantes de Carlos IV, exigía una mayor centralización del poder militar. No se daba Godoy por satisfecho con haber aumentado las pagas. Fomentó, especialmente, la reglamentación táctica de todas las Unidades. Se preocupó de los programas de enseñanza militar y de la justicia en los exámenes de los cadetes y de caballeros pajes. Esta política desembocó naturalmente en su nombramiento como Generalísimo-Almirante, que ningún otro militar deseó para sí hasta marzo de 1808, cuando Fernando VII ofreció algo similar al duque del Infantado.

En cuanto sospechó Godoy que sus previsiones habían logrado poner a punto a los Ejércitos españoles, volvió a despertársele la vocación guerrera. Su espíritu intervencionista buscó un objetivo pero, a su juicio, poco comprometedor. «La guerra con Marruecos nos ofrecía un pretexto para aumentar nuestros Ejércitos sin que Napoleón recelase de nosotros. El empleo de nuestras fuerzas, lejos de alarmar a los ingleses, les debía mostrar patentemente que España estaba lejos de ocuparse de Francia en contra de ellos». Pero no contaba con el pacífico Carlos IV. «Cuando llegué a ésto noté en Su Majestad una señal como de horror». Todas las gestiones de Francisco Badía Lebrich (Alí Bey el Abbassi) cerca de Marruecos se derrumbaron con este gesto del monarca (9).

En la guerra contra Inglaterra, que condujo a Trafalgar, Godoy había pecado de la misma ingenuidad que en las campañas del Rosellón. Se erigió en director de la política naval; bien asesorado de consejeros de la Armada, ofreció el máximo de medios disponibles y estimuló eufóricamente el entusiasmo de la marinería. Lo que no hizo fue tomar conciencia de las dificultades. Por eso, después de la batalla hubo de comportarse generosamente con cuantos se hallaron en el combate; abrió suscripciones a favor de los huérfanos y fomentó el que Cuerpos enteros del Ejército de tierra aportaran donativos de sus pagas en beneficio de las víctimas.

En Godoy rebrota siempre el guerrero primitivo. Nunca acaba por nacer el militar moderno. Encaja Godoy bien los golpes sin darse por vencido. «Era forzoso, en tales circunstancias, crear recursos nuevos a la Marina Real y plantear en todas partes... un sistema bien concertado de guerra defensiva, que poniendo del todo a salvo nuestras Indias, ayudase también a sostener cumplidamente nuestras expedi-

---

(9) *Memorias del Príncipe de la Paz*, tomo II, pág. 29 y siguientes.

ciones comerciales». Esta frase no pasa de ser un paréntesis forzado. El Generalísimo-Almirante sigue soñando en brillantes hazañas. Cada vez se separa más de la realidad.

Cuando rememore la crisis de 1806, escribirá en sus Memorias: «Lo que me dio más inquietud acerca de ésto fue el observar que Bonaparte, sabiendo bien que nos hallábamos con fuerzas militares muy sobradas para cualquier empresa, no nos pidiese entonces que fuesen empleadas en obligar a Portugal a renunciar a la Inglaterra y a entrar en su sistema» (10).

Lo notable es que ese mismo año, cuando había dado a los españoles la impresión de que aspiraba a ser tanto un general victorioso como el señor soberano de los Algarbes, dentro del sistema político bonapartista, hace alardes de querer una guerra nacional contra el emperador en su proclama del 6 de octubre. «Venid a mí, pues, mis amados compatriotas, venid a alistaros en las banderas del más benéfico de los reyes: yo os recibiré con la más viva gratitud y yo os prometo a todos recompensas, si el Dios de nuestros padres nos concede con la victoria una paz feliz y duradera, solamente objeto de mis votos» (11).

Desde entonces Godoy, que tuvo que soportar la protesta de Napoleón, vivió atrapado por su propia red. Su manía intervencionista iría descomponiendo a un ritmo creciente esa misma estructura militar que tanto había fomentado.

De la crisis de 1808 no sería Godoy el único responsable. Pero es justo decir que sus ambigüedades dejaron totalmente desconcertados a los mandos militares. Lo que pudo ser el primer plan de modernización de las fuerzas armadas españolas, terminó en una incontenible crisis militar. Lo que verdaderamente lograron con sus antagonismos los ministros de Carlos IV frente a la Revolución francesa fue, entre otras cosas no menos graves, la descomposición militar del Antiguo Régimen.

---

(10) *Memorias del Príncipe de la Paz*, tomo II, pág. 101.

(11) *Memorias del Príncipe de la Paz*, apéndice IV, tomo II.

# SAN MARTIN EN LA BATALLA DE BAILEN

por TOMAS A. SANCHEZ DE BUSTAMANTE

General Director de la Escuela Superior de Guerra de la Argentina

Evocamos aquí la circunstancia en torno a la acción militar de Bailén, en 1808, y la parte que tuvo San Martín en ella, seguros, como siempre, de que en la comprensión del destino sanmartiniano está la clave para interpretar la guerra ideológica que envolvió al imperio español en su colosal alumbramiento de naciones hispánicas.

Por imperativo geopolítico, esta tierra del Campeador tiene lugares que a través de su historia han resultado claves en los procesos de la vida española. Así, por ejemplo, los pasos que dan acceso a la meseta castellana; así Despeñaperros, en el sur de ella. En su inmediación, el 16 de julio —festividad de Nuestra Señora del Carmen—, en el año del Señor 1212, se libra una batalla decisiva para la reconquista española: La de Las Navas de Tolosa.

En sus proximidades, también en la segunda mitad del siglo XIX, habría de librarse la acción del puente de Alcolea, que entre los avatares de la lucha ideológica e intestina que cubre a España a la sazón, sellará transitoriamente la suerte de la dinastía borbónica. Muy cerca del paso mismo, casi sobre el Guadalquivir, se halla un pueblo que cubre el acceso a la Sierra y del que parte un camino que lleva por Córdoba a Sevilla o Cádiz, y otro que por Jaén se dirige a Granada, a Almería o a Málaga. El pueblo es nudo vital para el control de las comunicaciones de toda la baja Andalucía. Su nombre es Bailén.

Ese será el escenario de la hazaña. El drama es la guerra de la Independencia de España. El acto, la lucha del ejército de Andalucía contra fuerzas invasoras del general Dupont. El héroe, un oficial del Regimiento de Caballería Borbón, el joven capitán don José San Martín y Matorras. Según registran sus Hojas de Servicios es de calidad noble, hijo de capitán. Por serlo, conforme las ordenanzas del reino, inició su carrera de armas, como cadete del Murcia, el Regimiento de uniforme celeste y blanco. Su pasado se halla muy ligado a recuer-

dos andaluces. Allí vivió alegre desde su niñez en el barrio de Pozos Dulces en Málaga, donde morirá y será sepultado su padre. Allí conoció del tradicional culto malagueño por Nuestra Señora del Carmen, que será más tarde Generala y Patrona del Ejército de los Andes. En Andalucía vivirá la experiencia del populacho enardecido asesinando al general Solano y hará también contacto con las logias revolucionarias que trabajan por la causa de la emancipación americana. Desde puertos andaluces habrá de partir hacia Melilla o hacia Orán, donde tendrá su bautismo de fuego y también luego hacia Londres y Buenos Aires en pos de su destino americano.

Su tránsito militar le ha llevado, pues, al Africa, a Portugal y al Rosellón. Ha compartido la sal, el vinagre y el asiento a la lumbre de los campesinos, con Daoiz, el héroe de Monteleón o con Espoz, el célebre guerrillero. Ha servido a órdenes de su capitán vivo don Antonio Cornide o del victorioso general Ricardos en los escenarios de Perpignán y de Bolou contra la Francia revolucionaria. Ha combatido en una treintena de acciones de guerra; de él cantará el poeta que:

Luchó en Africa y Europa,  
noble adalid del derecho,  
y le vieron, firme el pecho,  
erguida la heroica sien,  
las bayonetas de Albuera,  
las granadas de Melilla,  
los sablazos de Arjonilla,  
las descargas de Bailén.

Su país es Buenos Aires en América, dice el registro de su hoja. Curiosa elocuencia ésta que expresa por sí sola el sentido de una gigantesca nacionalidad que, a la sazón, superaba las distancias del mar océano para cubrir todo el imperio inmenso con una misma identidad en la estirpe, en el origen y en el destino. Años más tarde también el propio general San Martín asentará de su hija Merceditas: Nacionalidad española.

Las águilas francesas recorrían el viejo mundo conquistando trofeos y laureles de victoria: Marengo, Jena, Hollabrunn, Austerlitz... Nada podía oponerse a estas nuevas falanges ni al genio militar de Napoleón.

### *Cómo empezó la guerra*

Corría el año del Señor de 1808. La nueva presa es ahora España. Los ejércitos franceses a favor de la alianza que siguió a la Paz

Basilea y el Tratado de San Ildefonso ya están en la Península. La boca del Tajo —ese cañón apuntando a Inglaterra desde el día en que allí se organizara la Armada Invencible—, ya está en poder del Emperador. En Madrid está su procónsul, el duque de Berg, el famoso Murat. Sus fuerzas controlan prácticamente todo el territorio español. Las circunstancias están finalmente creadas para la jugada de jaque mate. Sólo que... salió el sol el 2 de mayo y con él despertó de su letargo la nación toda.

La guerra nacional estalló cual volcán en erupción, entre navajas y trabucos de chisperos, inspirando al poeta los versos inmortales. Años más tarde dirá San Martín que los españoles de Europa no pudieron defender lo suyo, agregando:

Así fue que decidimos marchar cada uno al lugar de nuestro nacimiento, y es que la en la tradición más auténtica española el origen del poder viene de Dios, pero se expresa a través del pueblo; de sus jefes.

El pueblo, el clero, la nobleza, jornaleros, artesanos, soldados, generales, magnates, labradores, comerciantes, industriales, hombres y mujeres; jóvenes y viejos; todos, todos estrechamente unidos por el más ardiente patriotismo e impulsados por la férrea decisión de luchar o morir en defensa de la libertad y de la independencia, se levantaron con ardor y empuje irresistible para lanzarse contra los invasores y usurpadores.

Menéndez Pelayo se preguntaba: ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumba y prenda de victoria para el que sobrevive?

Precisamente en lo irregular consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo, guerra infeliz cuando se combatió en tropas regulares, o se quiso centralizar y dirigir el movimiento; y dichosa y heroica cuando, siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo, lidió tras las tapias de su pueblo o en los vados del conocido río, en las guájaras de la vecina cordillera, o en el paterno terruño, ungido y fecundizado en otras edades con la sangre de los domeñadores de moros y de los confirmantes de las cartas municipales, cuyo espíritu pareció renacer en las primeras juntas.

El alzamiento se extendió, pues, por toda España. A Madrid siguieron Asturias y Valencia, luego Zaragoza, y Badajoz, y Cartagena,

y Sevilla, y Mallorca, y León, y Granada, y Córdoba, y La Coruña. Al finalizar mayo toda España se halla en armas contra el invasor francés. La represión en Madrid fue draconiana. Se fusiló sin proceso alguno en la Moncloa, en el Retiro y en la montaña del Príncipe Pío.

Las escenas de la épica jornada quedarían plasmadas en el lienzo, con toda su grandeza, por el pincel insuperable de Goya.

Por doquier se constituyeron Juntas de Gobierno, integradas por los ciudadanos de mayor reputación y prestigio del lugar. Casi todas ellas tomaron el nombre altisonante de Junta Superior de España y de las Indias y asumieron, si bien en gestión casi anárquica, toda suerte de negociaciones, en especial con sus hasta ese momento adversarios: los ingleses. La necesidad de unificar la conducción del esfuerzo militar llevó a constituir primero, la Junta General Suprema y Gubernativa de España y de las Indias que a su vez daría luego sitio al Consejo de Regencia a nombre de Fernando VII. Y así comienza también a organizarse las fuerzas militares, sobre lo ya existente, o como «partidas», esto es las fuerzas independientes que habrían de ganar allí y entonces eterna fama: Las Guerrillas.

El Ejército español, única fuerza orgánica que sobrevivía a la crisis de los estamentos político y social, se hallaba a la sazón totalmente debilitados, fuere por desaprensión gubernamental, intriga bonapartista, contingentes destinados a Sudamérica o por el préstamo de la importante división del marqués de La Romana que Carlos IV hace a Napoleón para su campaña a Dinamarca. Como contrapartida, en cambio, los ejércitos franceses penetraron en España y ocuparon con núcleos importantes todas las zonas y puntos claves para controlar su territorio y al mismo tiempo hallarse en aptitud militar de reprimir cualquier rebeldía, relevando para ello inclusive a las fuerzas españolas que se hallan en Portugal. El pretexto seguía siendo el mismo, la captura de los puertos que garantizase el bloqueo continental contra Inglaterra. A la llegada de Murat a Madrid todo cuanto resta del ejército español en aptitud de una eventual oposición inmediata son 5.000 hombres.

Murat destaca a Saint-Cyr a Cataluña; a Moncey sobre Valencia; a Lefebvre a Zaragoza y a Dupont a Andalucía, Reille se ubica en la Mancha; Duhesme sobre Portugal y Bessières debe garantizar el acceso del nuevo rey a Madrid, para lo cual baten a los generales españoles Blake y Cuesta en Medina del Río Seco el 13 de julio. El 16 el General Savary reemplaza a Murat y el 20 el rey José Bonaparte I se instala en el palacio de Oriente. Su hermano el Emperador le ha escrito: «La



BATALLON DE INFANTERIA LIGERA

VOLUNTARIOS DE CANPO MAYOR.

El Capitan Segundo Don José de S. Martín y Matorras, su edad 27 años, su País Nueva España en America, su calidad Noble, hijo de Capitan su salud Buena, sus servicios, y circunstancias los que se expresan.

Tiempo en que empezó á servir los empleos. || Tiempo que ha que sirve, y quanto en cada empleo.

| ENPLEOS.           | Dias. | Meses.   | Años. | ENPLEOS.              | Años. | Meses. | Dias. |
|--------------------|-------|----------|-------|-----------------------|-------|--------|-------|
| Capite.            | 21    | Julio    | 1789  | De Capite.            | 3     | 10     | 28    |
| Segundo Subtermeio | 19    | Junio    | 1793  | De Segundo Subtermeio | 1     | 1      | 8     |
| Primer Subtermeio  | 28    | Julio    | 1794  | De Primer Subtermeio  | 2     | 2      | 10    |
| Segundo Termeio    | 8     | Mayo     | 1795  | De Segundo Termeio    | 7     | 7      | 12    |
| Segundo Ayudante   | 26    | Diciemb. | 1802  | De Segundo Ayudante   | 1     | 10     | 6     |
| Capitan Segundo    | 2     | Octubre  | 806   | De Capitan Segundo    | 2     | 1      | 29    |

Total hasta fin de Diciembre de 1806.

17 | 5 | 10

La más antigua Hoja de Servicios del capitán segundo don José de San Martín y Matorras, cerrada en diciembre de 1806. Se conserva en el Archivo General Militar de Segovia.

## REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO.

En el Regimiento de Infantería de Marina Tercero como mayor y como capitán, y lo Notante en el

## CANPAÑAS, Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO.

Ha hecho un Desplazamiento de 42 Días en Melilla: Se halló desde 23 de Junio de 94. Subiendo al Fuerte que hicieron los moros en los 33 Días de su guerra contra la Plaza de Granada, haciendo el Servicio con la Compañía de Granaderos. En el Exército de Aragón ocho meses de donde pasó al Real de León, y concurrió a la toma de Gran Barrera y Cruz del Hierro; Ataque de las Alpujarras de Almoloch y de Mazaral y Batallas de Bullaboga, en el de Doniul, y en sus Alpujarras, y chaco a los enemigos por segunda vez; Miro una salida a la Hermita de San Lucas, estubo en el Ataque que dieron los enemigos en Corbédore el día 3. de Mayo de 96. en el que se casó. Batallas el 16. Subiendo en la Argemia hasta la Dominica un año y veinte y tres días propio mes; Estubo en la Fragata de la Real Armada la Dominica un año y veinte y tres días y con ella se halló en el combate que sostuvo el día 15. de Julio de 98. contra el Navío de Guerra Ingles, el León. En la Campaña contra Portugal desde el 22. de Mayo de 1808. hasta la Paz, y en el Consepjo que se dio la Plaza de Ceuta en 1808.

Don Manuel Menacho

Nación por medio del Consejo de Castilla me ha pedido un Rey. Vos sois a quien destino en esta corona». Mientras tanto, su suerte se juega al sur de sierra Morena.

Dueño de la capital, cuenta Murat después del alzamiento con fuertes efectivos para concretar la conquista y ocupación. El Primer Cuerpo de la Gironde con Junot tiene 25.000 hombres y 2.000 caballos, el Segundo Cuerpo de la Gironde, con Dupont, 25.000 hombres y 4.000 caballos. El Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales, con Duhesme, 13.000 hombres y 2.000 caballos. La guardia imperial, con Dorsenne, 6.000 hombres y 3.000 caballos. Desde el 1 de junio pasaron los Pirineos 4.500 hombres y 5.000 caballos, lo que llevó las fuerzas francesas a más 160.000 hombres y 20.000 caballos.

Los ejércitos franceses ya no eran aquellas primeras legiones revolucionarias de Valmy o de Jemmapes, batiéndose por la causa de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, contra los poderes de las monarquías de origen divino. Las águilas francesas de Bonaparte cubren ahora el mapa de Europa modificado a su antojo, al servicio de una idea personalista y de la política imperialista de Napoleón. Libertad, Igualdad y Fraternidad, han quedado atrás con el recuerdo del 18 Brumario, y a despecho de que los soldados de Napoleón, traen en su mochila, junto con el bastón de Mariscal, un mensaje de renovación institucional y de transformación política revolucionaria, ello lo es por imperativo de las fuerzas históricas desencadenadas y por acción de los hombres escogidos por el destino para cabalgarlas. El hombre de pensamiento liberal ha dejado de ser necesariamente afrancesado. El revolucionario es ahora apoyado por los poderes ingleses que luchan contra Napoleón, para sobrevivir, pero en definitiva procurando quebrantar también el imperio español, sirviendo así a sus propios objetivos nacionales, políticos y económicos.

Tal es, en síntesis, la situación estratégica general y militar de aquella circunstancia y la relación de potencia de las fuerzas en presencia. Entre ellas está el Batallón de Infantería Ligera Voluntarios de Campo Mayor; allí don José San Martín, actor importante en el drama en desarrollo hacia el clímax de Bailén.

### *Los preliminares de la batalla de Bailén*

Las fuerzas invasoras del César francés durante los meses que siguen a las gloriosas jornadas del 2 de mayo operan rápida y energicamente sobre el territorio español para materializar su control y pa-

cificación. Así, de las fuerzas de Bessières se destacan efectivos, los que con Verdier se apoderan de Logroño; y con Lasalle, que ocupa Torquemada, derrota al General Cuesta en Cabezón, se captura Valladolid, Merle va a Santander; Lefevre a su vez tras vencer a las fuerzas españolas de Tudela, Mallén, Gallur y Alagón, inicia el primero de los sitios de la heroica Zaragoza de Palafox y de Agustina de Aragón.

El Cuerpo de Moncey opera sobre Valencia. Por su parte, del Cuerpo de observación de los Pirineos orientales se destacan fuerzas al mando de Schwartz hacia Zaragoza, las que son derrotadas en el Bruch por las partidas, obligando a que otros efectivos al mando de Chabran que marchaban hacia Valencia retrocedieran a reunirse con las fuerzas de Schwart. Sufren recios ataques de las Guerrillas en Vendrell y Arbós, pero logran operar finalmente la reunión de las fuerzas, aunque sólo para sufrir todas ellas una nueva derrota en el Bruch. La necesidad de asegurar las comunicaciones con Francia en esa zona, entre el Rosellón y Cataluña, obliga a Duhesme a poner sitio a la heroica Gerona, donde habría de immortalizarse el nombre de Mariano Alvarez de Castro a través de los tres sitios sucesivos.

A la vez, con los efectivos que integraban el Segundo Cuerpo de Observación de la Gironde formóse un ejército que se dirigió a Andalucía para someter la región y apoyar a la escuadra francesa del Almirante Rosilly, anclada frente a Cádiz y bloqueada por los ingleses desde Trafalgar. Este ejército será uno de los dos actores principales en Bailén. Su comandante es el General Pierre Antoine Dupont de L'Étang. A los cuarenta y tres años es quizá el más prestigioso General de División del Ejército francés. Su historial es brillante y registra los nombres de Albex, Halle y Friedland. Allí le hicieron conde por su mérito militar. Ahora marcha una vez más al encuentro del destino. Debe dominar el Estrecho, neutralizar Gibraltar y capturar posiciones en el norte de Africa, quebrantando así el poder británico en esa área estratégica. Allí le espera, pues, el bastón de Mariscal.

Las fuerzas de Dupont cruzan el paso de Despeñaperros a fines de mayo y descienden al valle del Guadalquivir. El 2 de junio están en Bailén y el día 7 después de rechazar en el puente de Alcolea efectivos bisoños e irregulares ocupa Córdoba. La ciudad fue sometida al pillaje, al robo, la violación, el incendio y el crimen. La orgía de la soldadesca desenfrenada se enseñoreó durante largos y trágicos días en la ciudad de los Califas.

Afirma Thiers en su «Historia del Consulado y del Imperio» que las tropas francesas descendieron a las bodegas donde se guardaban

los mejores vinos de Europa, destruyeron los toneles a golpe de fusil y algunos soldados llegaron a ahogarse en el vino. La cantidad de aguardiente bebida en nueve días fue de 1.100 arrobas.

Frente a Dupont se halla el Ejército de Andalucía. El teniente general Javier Castaños, Jefe de las Fuerzas que sitiaban por tierra a Gibraltar, había logrado una capitulación inicial con los ingleses, obteniendo de ellos armas y la libertad de acción en consecuencia de aquélla para desprender sus fuerzas para hacer frente al invasor francés. Con distintos núcleos constituidos en las diversas ciudades de la Baja Andalucía se había logrado organizar un ejército de 25.000 soldados, 2.000 jinetes y 50 piezas de artillería.

Ya en seguida de la acción de Alcolea, Dupont ha escrito a Madrid modificando su óptica entusiasta de los primeros días: «Mis dudas se han aclarado esta mañana al ver al enemigo atrincherado dotado de artillería y maniobrando». Ya conoce Dupont la organización e instrucción de las tropas puestas bajo las órdenes del antiguo Comandante del campo de Gibraltar. Mientras tanto, Jaén al sur de Bailén, es también saqueada por el Destacamento del Capitán Baste y luego por la Brigada Cassagne, la que, sin embargo, es rechazada después por fuerzas regulares que concurren desde Granada. Esta es la circunstancia en la que Dupont advirtiendo la concurrencia de efectivos que pueden dejarlo encerrado en el valle del Guadalquivir, al cortar-le sus comunicaciones con la meseta castellana, por el paso de Despeñaperros y en tanto sufre a diario la acción de las partidas sobre su retaguardia, correos, etc., percibe ahora claramente una resistencia enconada e irreversible en todos y cada uno de los pueblos o habitantes, por lo que decide retroceder en dirección de los pasos al tiempo que reclama ayuda a Madrid. Allí y entonces, comienza la circunstancia que gira en torno de la batalla misma.

Su escenario consistirá en un triángulo uno de cuyos vértices es el pueblecito de Bailén; otro la villa de Andújar al oeste del mismo y también el valle del Guadalquivir, y el tercero al sur de Mengíbar.

Al alcanzar Andújar, Dupont escribe nuevamente a Madrid:

No hay momento que perder. Es preciso que emprenda inmediatamente la retirada de una posición en la que me es imposible sostenerme. Mis hombres tienen que estar de continuo con el arma al brazo, y no pueden, como antes, segar el trigo y cocer el pan.

¡Por Dios, enviadme refuerzos con toda urgencia! Requiere imperiosamente la existencia de un firme y compacto Cuerpo

de combatientes, bastante fuerte para sostenerme y sostener a otros.

Enviadme medicinas y vendajes para mis heridos, sin la menor tardanza. Desde hace meses el enemigo me intercepta todos los convoyes de víveres y municiones.

Cediendo a las repetidas instancias de Dupont, el General Savary, brazo derecho de José Bonaparte en Madrid, ordena a Vedel que con su División acuda en socorro de aquél por Despeñaperros; y, éste, aunque acosadísimo en su marcha, por las fuerzas irregulares españolas, consigue pasar por el desfiladero y dirigirse a Bailén con 14.000 hombres. Anticipándose al permiso de Bonaparte, Savary envía también a otro General, a Gobert, en socorro de Dupont.

Por primera vez en su asombrosa existencia, el César francés ha perdido la clarividencia de percepción que le ha llevado tantas veces a la victoria. Aquí habrán de atraparle los efectos del trágico error de despreciar al pueblo español. Se puede sí derrotar a un ejército, pero jamás a todo un pueblo en armas. Así comencemos también por decir que los fracasos de sus generales en la guerra peninsular, se deberán fundamentalmente al propio Napoleón que desde Bayona pretende dirigir las operaciones, provocando que se dispersen sus fuerzas por Cataluña, Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. Indicando a Murat que retuviera las fuerzas de Vedel y Frer en Madrid, se las resta a Dupont, a quien coloca en la situación crítica a la que hemos aludido, en definitiva, quitará así coherencia a las operaciones militares en su conjunto, siendo finalmente débil en todas partes. El, Napoleón, el que afirmó: ¡Que todo se reduce a ser el más fuerte en el lugar decisivo!

### *Las fuerzas en presencia*

Al comenzar julio los efectivos franceses en Andalucía superan los 27.000 hombres y 5.700 caballos con unos 50 cañones. Las fuerzas de Gobert se instalan en la bifurcación de caminos que hay en Bailén hacia Córdoba y Granada, en tanto que Vedel se reúne con la masa de los efectivos de Dupont en Andújar. Al sur de la línea ocupada por las fuerzas francesas corre el Guadalquivir, que haría de foso de protección. Sin embargo, un más prudente plan defensivo aconsejaba reunir todas las fuerzas sobre Bailén para garantizar el control del acceso al paso de Despeñaperros. También éste será un error que habrá de incidir decisivamente en el resultado de la acción. No en



balde el propio Napoleón habrá de escribir a Marmont: tres cosas me dieron siempre la victoria: reunión de la masa, actividad y firme decisión de morir con gloria.

Mientras tanto, las fuerzas españolas consolidan su preparación, a favor de una intensa instrucción militar, una movilización general de sus hombres y medios, y de la ayuda de los ingleses en forma de armas y equipos, toda vez que la ayuda directa con tropas británicas que desembarcarían en Cádiz es rechazada, recordándose quizá aquel desembarco durante la guerra de Sucesión a principios del siglo XVIII, en el que los británicos, aliados a la sazón del pretendiente Habsburgo bajan a tierra española en Gibraltar, sin que hasta el día de hoy se hayan ido de regreso.

La base del Ejército de Andalucía estaba, pues, en las tropas del Campo de San Roque y en las que trajo desde Granada Teodoro Reding. Agregáronse luego algunos regimientos provinciales y los paisanos que en forma espontánea o no, se engancharon en las ciudades de Andalucía. La convocatoria comprendía a todos los mozos de dieciséis a cuarenta y cinco años, solteros, casados y viudos sin hijos. Sólo se excluían a los cojos, mancos y ciegos, a los que tenían a su mujer encinta y a los sacerdotes.

Los únicos rechazados sin tener esos reparos eran los negros, mulatos, carniceros, verdugos y pregoneros. Así Sevilla creó cinco Batallones de Infantería y dos Regimientos de Caballería; Cádiz mandó un Batallón de Infantería; y Jerez, y Carmona, y Osuna, y Cabra, y Utrera, y todos los pueblos, enviaron Cuerpos o efectivos en número proporcionado a su población y recursos.

La Junta de Sevilla indultó a todos los contrabandistas y a los penados por delitos que no fueran homicidio alevoso o lesa majestad humana o divina; con lo cual se obtuvo tropa que al decir de Galdós si no era la mejor del mundo por sus costumbres, en cambio, no temía combatir, y constituyó respetables escuadrones, con la particularidad de que por venir armados hasta los dientes y ser todos unos caballeros de buen temple que sabían donde echaban la boca del trabuco, se los reputó como auxiliares muy eficaces del ejército.

Cuerpos reglamentados españoles con suizos y valones; Regimientos de línea, Regimientos provinciales que ignoraban la guerra pero dispuestos a aprenderla; honrados paisanos, grandes cazadores; y por último, contrabandistas, granujas, vagabundos de la sierra, chulillos de Córdoba, holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego que inflamaba al

país; perdidos y merodeadores que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo; y un constante flujo de desertores de las fuerzas que el Gobierno de Madrid había incorporado a fuerzas francesas.

Era el pueblo todo. La Nación en armas, de pie, con la tizona en la diestra y en la zurda la navaja o el trabuco.

El día 12 de julio, finalmente, se reúnen las fuerzas españolas en Porcuna y quedan éstas organizadas en cuatro Divisiones y dos Cuerpos volantes. Eran sus comandantes respectivos los mariscales de Campo don Teodoro de Reding, don Antonio Malet, el marqués de Coupigné y don Félix Jones; y el teniente general don Manuel de La Peña. El teniente coronel Juan de la Cruz Mourgeón es el jefe del Primer Cuerpo volante y el coronel Valdecañas del Segundo. En total: 30.000 hombres, 2.700 caballos y 28 cañones.

Era el Jefe del Estado Mayor el general don Francisco Javier de Abadía. Otros generales fueron Escalante, Venegas, Saavedra, don Narciso de Pedro, el marqués de Jeló y Grimarest.

Formaban parte de las Divisiones de Reding y Coupigné los batallones de Cuenca, Ciudad Real, Trujillo y Bujalance, zapadores, guardias valones, suizos, artillería y los regimientos de Caballería Borbón, Farnesio y España. En el Borbón habrá de combatir el Libertador en la batalla.

Integraban el Cuerpo de reserva a su vez los batallones de Valencia y Campo Mayor, tiradores de Africa, granaderos de la Guardia Real, provinciales de Zaragoza, Burgos y Cantabria; caballería del Príncipe, Pavía y Sagunto, un escuadrón de Carmona, carabineros del reino, 150 suizos, zapadores y una pieza de Artillería.

Gran parte de la caballería voluntaria española iba armada de garrochas por falta de lanzas, esto es, de varas largas utilizadas en las dehesas y en las plazas de lidia para picar toros.

### *La hazaña del capitán San Martín*

Desde el 17 de junio, San Martín se halla incorporado a las fuerzas del teniente coronel Juan de la Cruz Mourgeón, las cuales, operan en la zona de Villa del Río, Arjona y Arjonilla al S. de Andújar. El 23 de junio tiene lugar la acción de Arjonilla, en la que la vanguardia de la columna del Mourgeón al mando de San Martín, avanzaba por el camino del Arrecife cuando repentinamente entra en contacto con una descubierta de dragones franceses.



San Martín al frente de 21 jinetes, Húsares de Borbón y de Olivenza y con el apoyo de un pelotón de soldados del batallón de Campo Mayor, al mando del subteniente Cayetano Miranda, se lanza decidida y velozmente por entre los olivares, en procura de impedir el repliegue que los jinetes franceses pretenden realizar.

Al alcanzar los franceses la Casa de Postas, forman en batalla en la certeza de disuadir así a su perseguidor, pero lejos de ello, éste se lanza sable en mano a la carga, batiendo completamente a los jinetes enemigos. La «Gaceta Ministerial» de Sevilla del 25 de junio, describe la hazaña de San Martín, diciendo lo siguiente: «Este valeroso oficial puso a su vez la pequeña tropa en batalla y atacó con inusitada intrepidez, logrando desbaratar completamente a los franceses que dejaron en el campo 17 dragones muertos y cuatro prisioneros».

»Luego de detalles y comentarios, hace un elogio distinguido de la tropa, particularmente del sargento de Húsares de Olivenza, Pedro de Martos; del sargento de Caballería de Borbón, Antonio Ramos; del soldado de Borbón, Ignacio Alonso, y finalmente —honor a su recuerdo— del cazador de Húsares de Olivenza, Juan de Dios, de quien dice: «con inminente riesgo le salvó la vida al Capitán San Martín».

El general Girón, testigo de los hechos mismos, relata la acción en la cuesta del Madero, junto a la Aldea del Río en las cercanías de Andújar y nos dice que el capitán don José San Martín, célebre peruano, destacado con orden de mantener el ánimo del enemigo en inquietud perpetua, cayó sobre un Destacamento de Caballería enemiga, le hizo algunos prisioneros y le dejó en el campo de combate varios dragones muertos. Es obvio, que esta acción se produjo después de la de Arjonilla, toda vez que el Libertador es ya capitán agregado al Borbón.

El 6 de julio, el mariscal Marqués de Coupigné le dirige a San Martín esta comunicación: «El Excelentísimo General en Jefe, etc., ha concedido un escudo de distinción a todos los Sargentos, Cabos y Soldados de la Partida que batió al enemigo el 23 del pasado, lo que participa a Ud. para su inteligencia y debido cumplimiento y justicia de los interesados».

Ese mismo 6 de julio el Presidente de la Junta de Sevilla firma un despacho que dice:

Por cuanto atendiendo a los servicios y méritos de Vos, Don José de San Martín, Capitán del Regimiento de Voluntarios de Infantería Ligera de Campo Mayor y del distinguido mérito que habéis contraído en la acción de Arjonilla he veni-

do en nombraros Capitán Agregado a el Regimiento de Caballería de Borbón con el sueldo de vivo.

En este Regimiento núm. 5 de Caballería de Línea Borbón estará San Martín en la batalla de Bailén.

Conforme las normas de la época la Caballería de línea la constituían las Unidades que entraban en acción formando masas compactas y en los momentos decisivos, y contra tropas ya perturbadas por el efecto del fuego o sorprendidas en movimiento. Las características de tales tropas eran:

— Ganado de fuerza y alzada, aun en perjuicio de la agilidad y de la velocidad.

— Armamento más apto para el choque que para la acción del fuego.

— Formaciones compactas más orientadas hacia el empuje que a la destreza y agilidad.

Así también en las viejas «Ordenanzas reales para el ejercicio y maniobras de la caballería», en uso por San Martín en el Ejército español de la independencia, podía leerse, escrito con altivo criterio y confianza cierta en la propia eficacia, que «la experiencia hizo conocer la necesidad de adoptar una táctica análoga a la que usan las demás naciones de Europa, con el objeto de conseguir en la guerra todas las ventajas de que es susceptible la superioridad de nuestra caballería».

Su jefe es el Vizconde de la Zolina; su lema: «Da fama a la fuerza».

El Regimiento 5 de Caballería de Línea Borbón habrá de tomar más tarde el número 4 de Lanceros Alcántara y reaparecerá con su antiguo nombre de Borbón al restaurarse la monarquía en 1874, primero como Regimiento de Lanceros y luego como unidad de Coraceros. Hoy es el Regimiento de Caballería Cazadores de España núm. 11 con guarnición en Burgos.

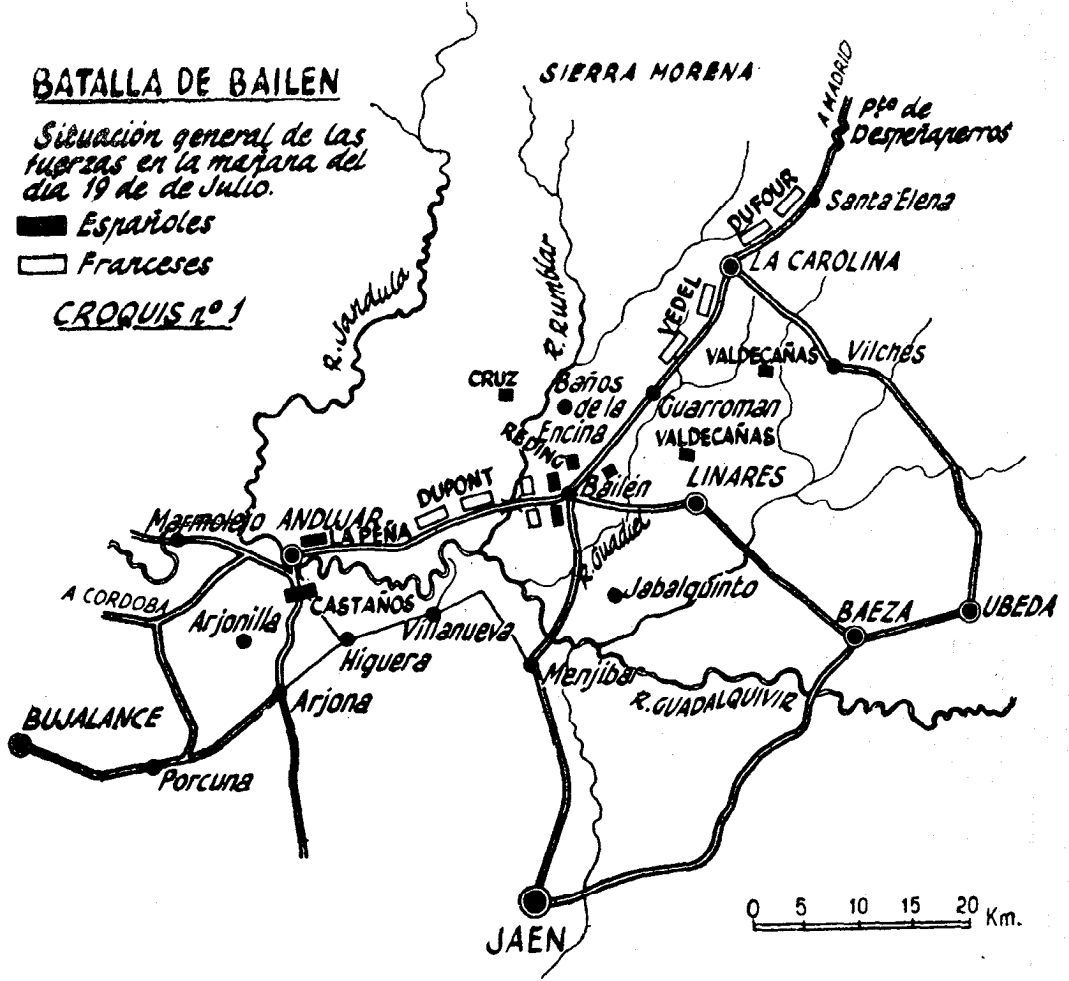
La magnífica obra del general Espindola, sobre la base del libro de Clonard y de datos suministrados por el Servicio Histórico Español, afirma que el Borbón vestía casaca blanca y llevaba divisa encarnada y blanca. Personalmente creo, en cambio, que el uniforme del Regimiento Borbón, en la Guerra de la Independencia Española fue el uniforme que también llevó más tarde el Regimiento Alcántara y que puede observarse hoy en el grupo escultórico existen en la Academia de Caballería de Valladolid, el cual es absolutamente similar

# BATALLA DE BAILEN

Situación general de las fuerzas en la mañana del día 19 de de Julio.

- Españoles
- Franceses

CROQUIS n.º 1





D<sup>a</sup> Lorenzo Fernandez Sargento Mayor del expe-  
sado Cuerpo del q. es Coronel n<sup>o</sup> Juan Cargaxo

Certifico que la ofa de servicio que ante-  
cede me ha sido informado por el Sr. Sargento Mayor q. ha teni-  
do en este cuerpo, y no se han llamado los demas q.  
no habia traído a su anterior Cuerpo, y no ha

Informe del Inspector. Notas del Coronel.

|              |   |
|--------------|---|
| Valor - - -  | } Nosc ha pre-<br>sencado eriel<br>Regimienos.<br>Cargaxo |
| Aplicacion   |   |
| Capacidad    |   |
| Conducta     |   |
| Estado - - - |   |

estado en el Regimiento de de q. fue promovido a el, y para que conte  
day la presente en Zapato a 17 de Mayo de 1808. En mil ochocientos  
Diez  
Lorenzo Fernandez

nde consta su empleo de capitán y grado de teniente coronel en 1808. Se conserva General Militar de Segovia.





El anciano general don Francisco Javier Castaños, vencedor de Bailén. Su enemigo, el distinguido general Pierre Dupont, le rindió una espada vencedora en cien batallas. El no había vencido más que aquélla. Ese era su mayor mérito.

*(Grabado de la época)*

al de nuestro Regimiento de Granaderos a Caballo. Es atinado pensar, pues, que San Martín haya uniformado a su Regimiento de Granaderos a Caballo en forma parecida a la del único Regimiento de Caballería en el que sirvió. Asimismo, llama la atención que la historia del general Mitre atribuya al Regimiento Sagunto, en el cual San Martín, designado para hacerlo, nunca llegó a servir, el lema: «como el sol disipa las nubes», lema éste que corresponde, en realidad, precisamente al Regimiento Alcántara.

#### *Los movimientos previos.*

El día 11 de julio, el general en jefe español ha llamado a consejo a sus comandantes y traza su plan de operaciones. A tal fin se ha considerado que Andújar es el vértice oeste del triángulo, con Bailén al este y Mengíbar al sur, como se dijo, y está dominado desde el sur del Guadalquivir por unas alturas llamadas los Visos que era preciso capturar y ocupar. El río podía ser vadeado por distintos sitios conocidos con precisión. Los franceses se extienden a lo largo de cuarenta kilómetros hasta Guarromán, unos quince kilómetros más al norte de Bailén, hacia la sierra Morena; e inclusive mantiene efectivos a lo largo de otros cuarenta kilómetros el paso de Despeñaperros.

Así se concibe una maniobra estratégico-operacional, consistente en una acción desde los Visos sobre Andújar, para aferrar al enemigo e inmovilizarlo en esa zona. Una acción ofensiva por Mengíbar hacia Bailén, para desde allí concurrir también hacia Andújar; en esta acción estaría el núcleo más importante de las fuerzas españolas. Finalmente dos acciones envolventes, la una por el oeste de Andújar y luego hacia el norte y nordeste; y la otra casi simétrica de la primera, por el sur, por Mengíbar y Linares, al este de Bailén y hacia el norte concurrendo así ambas acciones a interrumpir la línea de comunicación francesa hacia el paso de Despeñaperros.

Es obvio que si los franceses hubieran reunido sus fuerzas en la zona de Bailén, manteniendo ocupado con destacamentos Andújar, Mengíbar y Linares, en un abanico de unos veinte kilómetros de radio, destacando a la vez caballería sobre Ubeda y Jaén, en la dirección general que cubre los accesos desde Málaga y Granada, la relación de potencia se habría modificado sensiblemente. Pero alguien dijo que el arte de la estrategia consiste en cometer menos errores que el adversario.

Así dispuesta la acción, entre los días 13 y 15 de julio se des-

pliegan las fuerzas españolas sobre la margen sur del Guadalquivir, y se toma contacto con los franceses, el 16 de julio, día de Nuestra Señora del Carmen y aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, circunstancia ésta comentada con temor reverencial entre las fuerzas francesas.

Comienzan los combates preliminares en la zona de Mengíbar, con las fuerzas que manda el General Gobert, las que son rechazadas por las fuerzas de la Primera División del Mariscal Reding hacia el norte. El General Gobert muere en la acción.

Mientras el comandante francés pretendía defender un frente indefendible y sufría las penurias de la escasez, de la hostilidad del ambiente y de las dificultades de maniobra que implicaban los centenares de carruajes cargados de botín, todo lo cual lo asemejaban a un torpe elefante ciego; del lado español se tenía conocimiento oportuno y preciso, de todos y cada uno de los movimientos del Ejército francés a favor de la información de los pobladores y espías y de la captura de los correos que se despachaban a Madrid.

Por su parte, las fuerzas de la Segunda División del Marqués de Coupigné, donde forma el Regimiento de Borbón, franquea el Guadalquivir y corta la carretera de Andújar a Bailén, donde los franceses dejan 200 muertos. Allí ha estado, pues, el Libertador. Al día siguiente, el 16, Coupigné envía parte de sus efectivos a Reding, los que atacan un convoy causando numerosas bajas, haciendo prisioneros y capturando correspondencia de Dupont, de tono tan angustioso, que Coupigné afirma ante Castaños, ese mismo día 16, que si se ofreciese a Dupont condiciones honrosas, se rendiría con todas sus fuerzas.

El día 18 las fuerzas de Reding y Coupigné se encuentran ya en Bailén.

Dupont ha evacuado Andújar y se desplaza hacia Bailén y es seguido por las fuerzas del general La Peña. Por su parte, Vedel después de la acción de Mengíbar en la que muere Gobert, ha recibido orden de Dupont de desandar lo recorrido hasta Andújar, regresando así a Bailén, y continuar en dirección al paso de Despeñaperros para asegurar el control de sus accesos, hecho lo cual, deberá regresar otra vez a reunirse nuevamente con Dupont. El día 18 Vedel cumple con la primera parte de su orden de asegurar las comunicaciones, al costo de recorrer 128 kilómetros en tres días y tres noches, en una zona extremadamente calurosa, que no en balde, a Ecija, al sur de Córdoba se la conoce como «la sartén de Andalucía». Aún le faltarán 90 kilómetros más para regresar a reunirse con Dupont. Pero lo



más grave es que estas marchas y contramarchas le ha significado estar ausente en la acción de Mengíbar donde muere Gobert, como le significará el 19 estar también ausente en Bailén.

Curiosa analogía con la ausencia de Grouchy en el campo de batalla de Waterloo, cuando apegado a la fría letra de su misión de perseguir a Blücher derrotado por Napoleón en Ligny, mientras el Emperador atacaba Wellington, pierde el contacto con los prusianos, que se dirigían ahora hacia el tronar del cañón, y permanece en una búsqueda en el vacío, mientras los aliados reunían sus fuerzas en la Belle Alliance, sellando definitivamente la suerte de la *Grande Armée*.

Al amanecer del día 19 el despliegue de las fuerzas en presencia, era en síntesis el siguiente: la masa de las fuerzas francesas de Dupont está sobre la carretera de Andújar a Bailén. Las tropas de la División Barbon cubren una extensión de más de dos leguas. A la cabeza se encuentra la Brigada de Infantería de Chabert, a continuación los bagajes con el botín. Los Regimientos de Suiza, la Brigada Pannetier, los Batallones de la Guardia de París, la Caballería, los Marinos de la Guardia Imperial y la Artillería. Todo ello más 7.000 hombres destacado sobre su derecha sumaban más de 18.000 hombres. Las Divisiones Vedel y Dufour por su parte tenían otros 10.000 hombres más. La División Vedel está a una jornada de marcha de Bailén, estos es, de veinte a treinta kilómetros de distancia.

Castaños con las Divisiones de Jones y La Peña al este de Andújar siguiendo a Dupont. Al oeste de Bailén, cerrando el camino a los franceses, las Divisiones de Reding y Coupigné. El Destacamento de Cruz Mourgeón, desplazándose por el norte en su movimiento envolvente.

Otros efectivos, sobre Linares, Vilches, Javalquinto, etc., aunque reducidos, hostilizaban a las fuerzas francesas de Vedel trabando así su libertad de acción.

### *La batalla de Bailén*

Va a comenzar la batalla decisiva. Son las 4,30 de la mañana. «Jamás precedió noche más triste a un día tan desventurado», escribirá Thiers.

La orden de Dupont a Vedel de regresar con fuerzas cae en manos españolas. La acción se librará en un espacio de dos a tres kilómetros de frente, por otros tantos de profundidad, en un terreno suavemente ondulado.

Los lugares donde desplegaron las fuerzas francesas tenían la ventaja de ser ligeramente dominantes hacia el este, o sea en la dirección que desplegaron los españoles.

También tenían la ventaja de contar con buenas cubiertas contra las vistas en razón de los numerosos olivos y encinas. En cambio, el sector español era predominante en tierra de labrantíos y por ende sin cubiertas. En general el terreno permitía las evoluciones de todas las armas.

El teniente general Reding ha asumido el mando de las Fuerzas españolas emplazadas al oeste de Bailén. A su frente, el general Dupont ha desplegado 12.000 hombres sobre las alturas de Zumacarchico a Maza Valona, a caballo del camino y hasta al altura del Cerrajón.

La acción comienza al abrir el fuego la artillería española que lo concentra sobre los lugares mencionados y sobre el paso de la Cruz Blanca en el camino. Su tiro potente y preciso apoya la firmeza de las líneas españolas, que Thiers calificará en su historia como «muro impenetrable de bronce».

La División de Reding, al norte del camino; la División de Coupigné al sur. Nada las abate. Los coraceros y dragones franceses de los generales Dupré y Privé son rechazados por los cuadros de la Infantería española una y otra vez. El general Dupré cae en la acción.

A sus ataques suceden los contraataques españoles. Allí está el Borbón. Su misión básica era, con el resto de la caballería, la seguridad de los flancos de las fuerzas principales y la protección de la carretera y de los accesos a Bailén.

A la derecha del Borbón se hallaba el Regimiento Farnesio y a su izquierda el de España. En sus proximidades, un batallón de Ceuta, el Batallón de Irlanda y el Batallón de Voluntarios de Granada.

Ante la aproximación del Destacamento de Cruz de Mourgeón que realizaba el envolvimiento por el norte, Reding, sin modificar su dispositivo de una División al norte del camino y otra al sur, soldados con la después célebre Batería de 12 Libras sobre la carretera, ordena una acción general contra ambas alas francesas.

Vedel está a trece kilómetros de Bailén. Escucha el rugido del cañón, pero no concurre. El historiador Grasset comenta «que el sol de Andalucía parecía haber licuado el cerebro de los generales que durante tantos años venían haciendo la guerra con brillantez».

Los mercenarios suizos al servicio de los franceses, que manda un general también de apellido Reding, acaban por fraternizar con los suizos que sirven en el Ejército español y se pasan de bando.

¡Funestas riquezas! Dicen algunos historiadores que si los franceses no hubieran llevado botín tan valioso, habrían podido retirarse por la sierra evitando el camino por Bailén hacia Despeñaperros, pero el afán de no abandonar sus 500 carros llenos de riqueza, los empujó a rendirse, con la esperanza de salvar el convoy. No parece practicable una retirada de efectivos de esa magnitud en otra dirección que la del camino real, que se hallaba interceptado por fuerzas españolas sobre ambas direcciones; pero lo cierto es que el propio Napoleón afirmó en Tolosa algún tiempo después al General Savary:

Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que había robado.

Recién a las cinco de la tarde, cuando todo ha concluido, aparece al fin Vedel. A pesar del armisticio ataca las alturas que Reding había hecho ocupar en su propia retaguardia, esto es, las alturas de San Cristóbal y el Ahorcado. De la primera es rechazado. Castaños, amenaza con degollar a todos sus prisioneros si Vedel no interrumpe su acción y no es incluido en la capitulación. Todo ello fue aceptado por Dupont. La batalla costó 2.200 muertos a los franceses y 400 heridos; y a los españoles 250 muertos y 700 heridos.

¡Queda aún por develar a la historia, la incógnita razón por la que el nombre de Bailén se lee en el Arco de Triunfo en París!

La capitulación de todas las fuerzas del Cuerpo de Ejército Dupont comprendió 22 generales, 632 oficiales y 18.242 soldados, cifras que aumentaron con la rendición de varios destacamentos que se hallaban al norte de la Sierra Morena y que quedaron comprendidos por la capitulación. Allí rindieron sus armas los generales Dupont, Marescot, Fresia, Rouyer, Barbout. Vedel, Legendre, Lagrange, Casagne, Dufourt, Privé, etc., etc.

El día 22 las Divisiones Barbout y Fresia depusieron sus armas. Las de Vedel y Dufourt se acordó que serían transportadas a Francia con ellas. La negativa del almirante inglés Lord Collingwood a hacerlo y la aparición entre los prisioneros de productos del saqueo de lugares sagrados provocaron incidentes y complicaciones en el cumplimiento estricto de la letra de la capitulación. No obstante, los generales y Planas Mayores desembarcaron en Francia poco tiempo después. La capitulación les autorizaba a llevar a cada general un coche y un carro consigo. Los jefes y oficiales sólo un coche cada uno; todo ello exento de ser revisado. Las tropas, en cambio, fueron alo-

gadas en los pontones de Cádiz y luego internadas en la isla Cabrera en Baleares, donde permanecieron hasta la terminación de la guerra.

El botín tomado por el Ejército de Andalucía, estuvo constituido además de equipos, vestuarios, etc., por 36.000 fusiles, 120 piezas de artillería, 2.000 caballos, 200 carros de municiones, 6 millones de pesos fuertes, todo el oro y la plata robado en el saqueo de Córdoba, 40 piezas de artillería de bronce, 340 pistolas, 73 carabinas, 174 tercerolas, 1.600 sables, 28 espadas, etc., además: munición para artillería y para infantería, pólvora, herramientas de maestranza y materias primas para la misma, piezas de repuesto, etc.

Y finalmente: tres águilas imperiales, cuatro banderas y un estandarte.

El General Fernández de Córdoba describe la rendición diciendo:

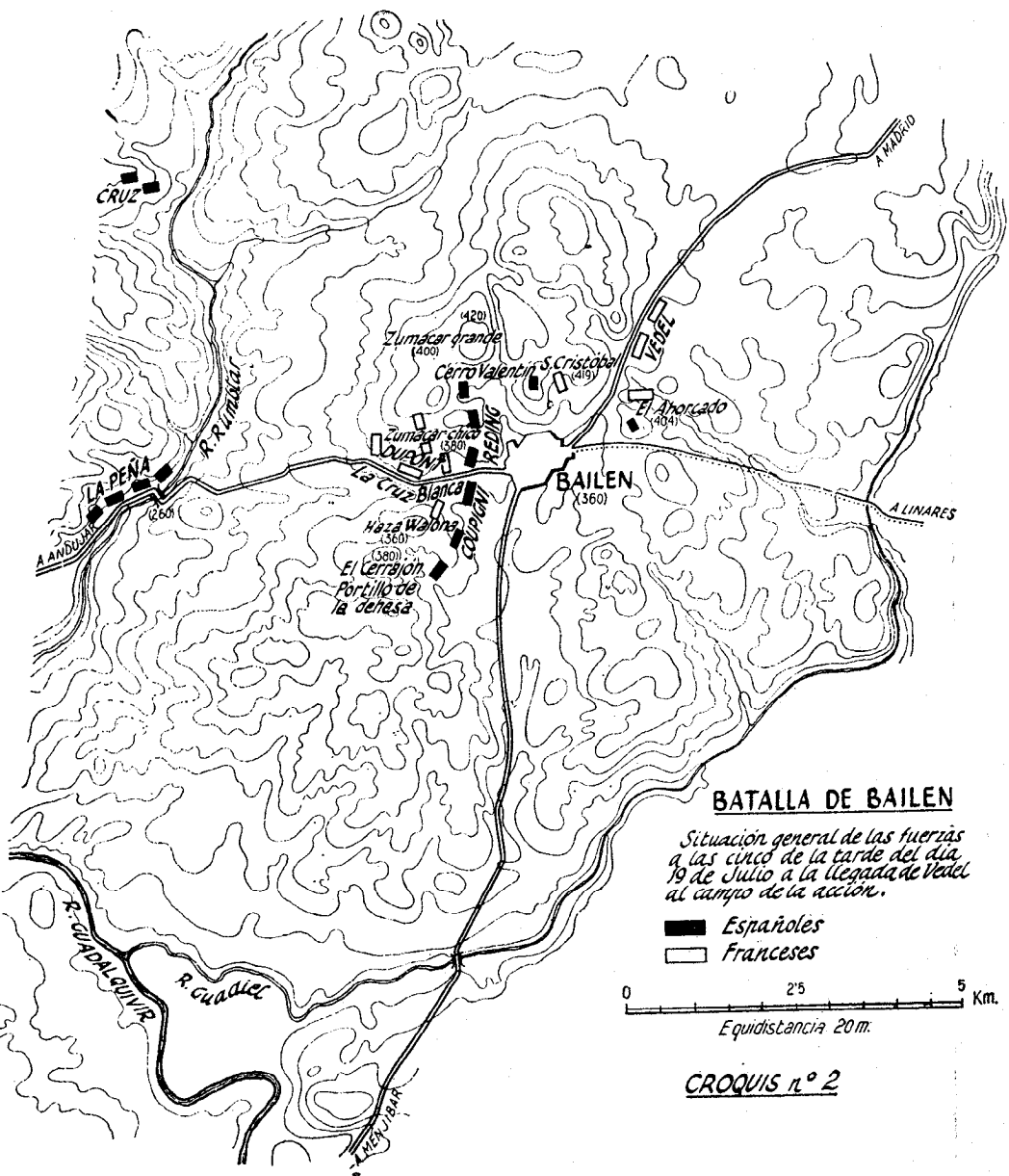
Desfilaban los vencidos por delante de Castaños, vertiendo lágrimas de vergüenza y despecho, mientras que los vencedores, con generoso silencio, respetaban la desgracia de sus contrarios. Dupont a quien Napoleón apellidaba el Rayo del Norte, por las victorias que sus armas habían alcanzado en toda Europa, al desfilarse delante de Castaños, con visible emoción y turbada voz dijo:

«General os entrego esta espada con que he vencido en cien batallas.» «Pues, General —le contestó Castaños, devolviéndole el arma gloriosa—, mi primera victoria es ésta.»

Frase que bastaba para hacer conocer a los franceses la grandeza de la guerra que iban a sostener contra la independencia española

En el Bailén de los famosos Episodios Nacionales un hipotético testigo presencial nos cuenta del triste desfile de los 8.000 soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. A pesar de que la primera y segunda divisiones habían sido las vencedoras de los franceses, la honra de presenciar la rendición fue otorgada a la tercera y a la de reserva, por una de esas injusticias tan comunes en nuestra tierra.

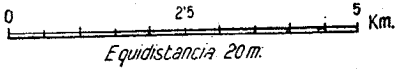
Los mirábamos —dice— y nos parecía imposible que aquellos fueran los vencedores de Europa. Después de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les parecía, desbaratando imperios y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza a todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como



**BATALLA DE BAILEN**

*Situación general de las fuerzas a las cinco de la tarde del día 19 de Julio a la llegada de Vedel al campo de la acción.*

- Españoles
- Franceses



CROQUIS n° 2

**INFORME DEL INSPECTOR.**

*Este oficial sirve bien.*

**NOTAS DEL COMANDANTE.**

*Valor. Acreditado  
 Aplicacion. Mucha  
 Capacidad. Ydem.  
 Conducta. Ydem.  
 Estado. Soltero*

*San Martín*

**REALES LICENCIAS Y PRORROGAS QUE HA USADO ESTE OFICIAL.**

*Destinos en que se hallaba  
 el Batallon quando se fueron  
 concedidas.*

*Meses por que  
 se fueron con-  
 cedidas.*

*Fechas de las Reales licencias.*

*Parages en  
 que las usa-  
 ron.*

*Dias. Meses. Años.*

En la Hoja de Servicios de San Martín figuran sus notas de concepto en 1806: Valor acreditado, mucha capacidad, aplicación y conducta. El informe del Inspector dice: «Este oficial sirve bien». Con el habitual laconismo militar, dice mucho.

aquella derrota, que fue, sin disputa, el primer traspies del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

Al día siguiente se verificó la rendición de la división Vedel, aunque conservando sus bagajes; aunque decía la capitulación que «para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje» había de dejar en depósito sus armas.

Grande fue la sorpresa de los españoles, «al observar la superioridad de la artillería, caballería e infantería de los enemigos; estaban pasando por delante y aún se dudaba de su realidad».

«Y fue tal el terror que infundió el nombre de Bailén, que los destacamentos franceses de Manzanares, Santa Cruz de Mudela y Madrides, pertenecientes al ejército de observación de la Gironde, empujados por el miedo, entraron en Andalucía, considerándose también incluidos en la capitulación, alcanzando así el total de efectivos rendidos 22.475 hombres».

En la documentación que constituyen los partes de la victoria puede leerse:

El marqués de Coupigni recomienda también al jefe de guardias valones, con particularidad a D. Nazario Réding, coronel del Regimiento de su apellido, etc., y a

Don Josef de San Martín, capitán agregado a Borbón.

Yo me glorio de haber sido jefe de tan dignas tropas que han sostenido el honor y reputación de la Nación Española y las ha obligado a tomar las armas en defensa de su Religión, de su Soberano y de la Patria, y que en dos solas acciones han logrado destruir los enemigos y llenar el objeto del Sabio Gobierno que los empleó y dispensó su confianza.

Bailén 22 de julio de 1808.

Firmado: *Reding*.

### *El eco de Bailén*

El Emperador, en viaje por la Vendée, recibió el 2 de agosto en Fontenay, la noticia. Cuentan las crónicas que estalló en un acceso de cólera, llenando de oprobio el nombre de Dupont «Desgraciado», decía. «¡Qué desastre después de las jornadas de Albeck, de Halle y de Friedland! ¡Lo que es la guerra!, un solo día basta para deslucir

la carrera de un hombre». Dupont fue sometido a Consejo de Guerra el que le hizo objeto de duras sanciones, por lo que quedó totalmente anulado. La Restauración Borbónica que siguió a la caída del Imperio le repuso en su empleo y le hizo Ministro de Guerra y Par del Reino.

Cuenta Gustave Cantón en su historia de Napoleón, que meses después de Bailén, al ver en una revista en Valladolid al General Legendre, Jefe del Estado Mayor de Dupont en la batalla, le llenó de improperios ante sus soldados, diciéndole: «¿Cómo tenéis la osadía de aparecer ante mí? No era la artillería lo que queríais salvar, sino los carros cargados con el producto de vuestras rapiñas. Más que al oro impuro debíais haber atendido al honor. No habéis sido más que ladrones y traidores. Es el colmo de la infamia que los jefes pasasen por el yugo de suscribir el robo de vasos sagrados. Y vuestra mano, ¿cómo no se ha secado antes de comunicar a Vedel la orden de capitular? Si ajenos a sórdidos intereses, hubierais combatido en vez de capitular, ¡cuán distintos hubiesen sido los acontecimientos y, acaso, qué diferente el destino del mundo!».

Ante la noticia de la victoria de Castaños en la capital cundió el pánico. El 30 de julio escribe Savary al Jefe del Estado Mayor del Emperador, General Berthier: «V. A. juzgará fácilmente a que estado moral nos ha conducido suceso como el del 19 de julio. Es preciso tener una gran fortaleza de ánimo para no perder la cabeza en un «Sálvese quien pueda» como éste».

El Rey José Bonaparte salió en la tarde del 30, a los diez días exactos de su entrada en Madrid. El Ejército francés de guarnición en la capital inició su marcha el 1 de agosto y no se detuvo tampoco como los demás, hasta la orilla norte del Ebro. Censurando la precipitación de esta retirada, el Emperador dijo de ella que el «Ejército parecía ir mandado no por generales, sino por inspectores de postas».

«En su efecto moral —escribe Napier—, la batalla de Bailén es uno de los acontecimientos... que causan grandes cambios en los destinos de las naciones.»

La victoria de Bailén no sólo había liberado a Andalucía, sino que había contribuido también al fracaso de Moncey en Valencia y obligado al levantamiento del primer sitio de Zaragoza.

El propio Emperador habrá de concurrir a la península para aplastar la insurrección en el norte, en el este y en el oeste. La fuerza ex-



pedicionaria inglesa, que habrá de influir decisivamente sobre los acontecimientos, no había desembarcado aún, pero se puede afirmar que sin Bailén, Arturo Wellesley no hubiera llegado nunca a ser el duque de Wellington, el vencedor de Waterloo.

Napoleón habrá de llevar a la Península ocho Cuerpos de Ejército de la Grande Armée en total, debilitando así su posición de tal forma ante austriacos, rusos y prusianos, que tornarían ineficaces los efectos de la paz de Tilsit y el Tratado de Erfurt, originando de esa manera nuevas coaliciones, y en el tiempo las derrotas que conducirían a la caída del Imperio; la marea había cambiado. El camino que llevaba a Leipzig y Waterloo estaba así trazado.

En el epílogo del drama de su vida Napoleón exclamará en Santa Elena: «Esa desgraciada guerra de España me ha perdido; los españoles en masa, se condujeron como un hombre de honor».

La gran causa del hombre y de los pueblos sobre la tierra es la causa de la libertad, para el mejor servicio del bien. San Martín la sirve en el Ejército español en la Península. Así, brillantemente en la jornada de Bailén, contribuyendo con su esfuerzo a la derrota de un agresor usurpador del trono que fuera el de los reyes católicos, del César Carlos y del Rey Prudente. Aquel gran espíritu que animara al Ejército de Andalucía y a los defensores de Monte León, de Zaragoza y de Gerona, anidaba también en las lejanas provincias del mar océano, desde el Río Grande hasta El Plata.

Años después, San Martín dirá de esos momentos que la libertad perdida en Europa había de defenderla en América.

La circunstancia de la encrucijada de su epopeya americana se aproxima para el Libertador, en la que «al abandonar fortunas y esperanzas, sólo sentirá no tener más para sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de la Patria».

Cuando lo ganado en Bailén y mucho más aún, se haya perdido en Burgos, en Tudela, en Espinos y en Ocaña; cuando el Consejo de Regencia gobierne a nombre de Fernando VII, solo sobre una pequeñísima parcela de territorio peninsular sitiada por las fuerzas invasoras; cuando tampoco el Rey usurpador pueda ejercer sus poderes allende los mares dominados desde Trafalgar por el poder naval inglés: entonces habrá sonado la hora del destino.

Y así el sendero iniciado con la carga de la Cuesta de Arjonilla era en Bailén rumbo cierto del derrotero que por San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, jalonaría su vuelo de cóndor andino hasta el lejano

Rimac y la Ciudad de los Reyes con los nombres de nuevas naciones independientes.

De allí que «si la grandeza militar se juzga, por lo que de ella al porvenir le toca, quepa bien Austerlitz dentro la boca, de un cañón de Bailén, de Maipo o Lima».

#### BIBLIOGRAFÍA GENERAL CONSULTADA

- El Arte Militar*. General Aranda. Editorial Pegaso. Madrid, 1957.
- Antecedentes y Consecuencias de la Batalla de Bailén*. General de Brigada Patricio Prieto y Lovera. Estado Mayor Central. Ejército Español. Servicio Histórico Militar, 1947.
- Bailén*. Benito Pérez Galdós. Editorial Aguilar, 1958.
- Las Batallas del siglo XIX*. C. Mendoza.
- San Martín en el Ejército Español en la Península*. General de Brigada Adolfo S. Espindola. Editorial Kraft. Buenos Aires, 1962.
- Formación militar del General San Martín en España*. Capitán doctor Juan Manuel Zapatero. «Revista de la Escuela Superior de Guerra». Buenos Aires. Argentina, 1961.
- España bajo los Borbones*. Pío Zabala y Lera. Editorial Labor. Buenos Aires, 1945.
- El Santo de la Espada*. Ricardo Rojas. Editorial Anaconda Buenos Aires.
- Historia de España*. Marcelino Menéndez y Pelayo. Editorial Cultura Española. Madrid, 1941.
- Reglamento de la Caballería*. Imprenta Real. Madrid, 1825.
- Historia de San Martín*. General Bartolomé Mitre. Editorial Kraft. Buenos Aires, 1940.
- Historia del Libertador D. José de San Martín*. Círculo Militar. Buenos Aires, 1944.
- Milicia y Regla Militar*. Jorge Vigón. Editorial Epesa. Madrid.
- Conferencias sobre Geografía y Geopolítica Española*. General Otalaurruchi y Tobía. Escuela Superior del Ejército. Madrid, 1959.
- Memorial de Santa Elena*. General Las Casas. Escuela Superior de Guerra. Buenos Aires.
- Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Estado Mayor Central del Ejército Español. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1960.
- Síntesis histórica de la Caballería Española*. General Joaquín de Sotomontes. Editorial Escelicer. Madrid, 1968.
- España bélica*. Teniente General Carlos Martínez de Campos. Editorial Aguilar. Madrid, 1969.

# CIUDAD RODRIGO EN PODER DE LOS INGLESES (\*)

(Enero de 1812)

por el Dr. JEAN SARRAMON

Traducción española del Coronel de E. M. JUAN PRIEGO LOPEZ

## 1. LOS INGLESES ASEDIAN CIUDAD RODRIGO

(Croquis núm. 1 y 2)

Ciudad Rodrigo está situada sobre una eminencia de forma oval que domina la orilla derecha del Agueda. Sus fortificaciones —que aún se conservan en nuestros días— no estaban de ningún modo en relación con su importancia estratégica. Consistían en una muralla medieval de unos diez metros de altura, de mampostería inconsistente, desprovista de flancos, con parapetos estrechos y algunas torres. Para reforzar esta muralla, se había construido alrededor de ella, salvo en su frente meridional —protegido por los rocosos escarpes que dominan el río—, un recinto exterior más moderno, sirviendo de falsa-braga, trazado en forma de redientes, precedido de un foso con revestimientos, pero sin camino cubierto. Esta línea de defensa secundaria había sido edificada sobre las pendientes de la eminencia en que se asienta la ciudad, de suerte que sólo cubría una parte del recinto principal; lo empinado del glacis motivaba que la falsa-braga estuviera también muy mal protegida, y las primeras baterías del sitiador se encontraban así en condiciones de batir las escarpas.

Las inmediaciones de la plaza estaban rodeadas de arrabales, edificios, huertos y obstáculos de todo orden que favorecían los aproches. Al Nordeste, en particular, donde desembocaba el camino de Salamanca, se elevaba el arrabal de San Francisco, que los españoles, con ocasión de sus preparativos de defensa en 1810, habían protegido con atrincheramientos de campaña bastante rudimentarios completados por empalizadas. Si los contornos del montículo donde se asienta la fortaleza son en general llanos y pedregosos, al norte del mismo

---

(\*) Fragmento de la obra todavía inédita del mismo autor: *La Guerre de l'Indépendance de la Péninsule Iberique contre Napoléon Ier*, de la que se conserva un ejemplar fotocopiado en nuestro Servicio Histórico Militar, a disposición de quien desee consultarla.

existen dos alturas denominadas Teso de San Francisco (la más elevada y lejana) y Teso del Calvario (la más baja y próxima). Los franceses, para abreviar, las denominaban, respectivamente, Teso Grande y Teso Chico, y así las designaremos en nuestro relato. La más elevada dominaba en trece metros el parapeto de la muralla, y la más pequeña superaba todavía en seis metros la falsa-braga.

Esta era, pues, la parte débil de la plaza, ya que tan sólo 200 y 600 metros separan, respectivamente, el Teso Chico y el Teso Grande del ángulo saliente formado por el frente norte del recinto, a la altura de la Torre del Rey. El suelo de uno y otro montículo era mucho menos duro que el de sus alrededores, y se prestaba mejor, por tanto, a los trabajos de zapa. Como el ataque francés durante el sitio de 1810 se había desarrollado a partir de aquel sector, los rastros de las obras y particularmente de las trincheras, no se habían desvanecido todavía por completo, y era fácil cavar en los mismos lugares, a despecho de las operaciones de relleno efectuadas desde entonces.

Conscientes del peligro que podría derivarse para los defensores de la existencia de esta posición dominante a tan corta distancia de las fortificaciones, los oficiales de ingenieros franceses habían construido sobre el Teso Grande la luneta Reynaud, que llevaba el nombre del gobernador de la plaza, raptado el 15 de octubre de 1811 por don Julián Sánchez. Esta obra, con parapetos de tierra, era triangular; establecida sobre el borde de la cima suavemente redondeada del tesos, su frente se encontraba bien desfilado y el asaltante no podía descubrir más que su vértice anterior, mientras que sus defensores tenían las vistas despejadas hasta unos trescientos metros en torno; un foso empalizado cubría sus dos caras laterales, y su gola estaba cerrada por un muro con almenas, bordeado de caballos de frisa, y en el cual se abría una puerta. El reducto se hallaba armado con dos cañones de campaña y un obús, pudiendo recibir una guarnición de cincuenta hombres. Para proteger esta luneta, dos piezas de grueso calibre habían sido instaladas sobre la terraza del convento fortificado de San Francisco, que se elevaba a unos cuatrocientos metros al Este; mientras que el convento de Santa Cruz, situado entre los tesos y el Agueda, al noroeste de la ciudad, había sido provisto de aspilleras y convertido en puesto de infantería destinado a cubrir los accesos por el lado opuesto (1). El frente norte de la plaza estaba armado, a su vez, con cuarenta y ocho piezas de artillería, entre las cuales figuraban buen número de obuses y morteros, a fin de batir todos los itinerarios que partían del Teso Grande.

Al Este, entre el arrabal de San Francisco y el Agueda, el convento de Santo Domingo había sido puesto igualmente en estado de defensa, completando el sistema de obras exteriores destinadas a

(1) En sus *Memorias* (T. IV, pág. 83), el Duque de Ragusa declara haber mandado «habilitar como puesto avanzado» el convento de San Francisco; lo que, en unión de su carta del 16 de septiembre, prueba que estaba bien al corriente de todo lo relacionado con Ciudad Rodrigo.

retardar el ataque al recinto de la plaza propiamente dicho. Bien entendido que la brecha abierta en 1810 por la artillería del Mariscal Ney, al nivel del ángulo saliente de la catedral, había sido objeto de una restauración minuciosa, teniendo en cuenta los medios de que disponían los ocupantes. Si para este trabajo se habían procurado fácilmente piedras de talla, no habían conseguido en cambio unir las con buena argamasa, por falta de cal, «que era muy rara en el país». El tinte más claro de la parte reconstruida permitía localizarla fácilmente desde lejos y convertirla así en un blanco ideal (2).

La defensa de una fortaleza tan vulnerable y cuya conservación resultaba esencial para los ejércitos imperiales se hallaba confiada al General Barrié, que no había ocultado su repugnancia cuando Dorsenne le había designado gobernador de Ciudad Rodrigo, en espera de que el Emperador escogiese otro. El jefe del ejército del Norte no se hacía ninguna ilusión sobre la calidad del hombre a quien había cargado con tan pesada responsabilidad; pero en primer lugar, no tenía ningún otro a mano, y, además, desde que Thiébault le había instalado en su puesto, no fue posible reemplazarlo. ¿No era ésta, pues, una razón de más para que la fortaleza del Agueda se convirtiera en la principal preocupación de Dorsenne y de Marmont?

Ya tendremos ocasión de examinar ulteriormente cuál debía ser la conducta de Barrié durante el sitio de la plaza. Por el momento, conviene precisar los medios de que disponía, y, ante todo, en qué consistía la guarnición. Desde fines de septiembre, un destacamento del ejército del Norte, procedente de la antigua División Séras, ocupaba Ciudad Rodrigo. Se componía de los 2.º y 3.º batallones del 34º ligero y de un batallón del 113º de línea. Las compañías de preferencia del 62.º habían formado parte de dicha guarnición durante algún tiempo; habiendo sido al parecer retiradas de ella a principios de noviembre de 1811. En todo caso, no se encontraban ya en la plaza en enero de 1812.

Se trataba, en realidad, de unidades mediocres. En virtud de un decreto de 9 de marzo de 1811, el 34.º ligero había sido formado en mayo siguiente a base de los 2.º, 4.º, 5.º y 7.º batallones auxiliares, unidades provisionales que entraron en España a principios de 1810, constituidas a su vez por destacamentos pertenecientes a más de veinte cuerpos distintos. Dicho regimiento se había portado bien, en particular, durante las operaciones del Bierzo, en agosto del año anterior; pero sus cuadros de mando eran de baja calidad, como solía suceder siempre en todas las unidades de marcha. Por otra parte, su jefe, el Coronel Berthet, había sido herido mortalmente en aquella ocasión, y desde entonces en el seno del cuerpo de oficiales reinaba el desconcierto. El jefe de batallón Fourtine ejercía el mando interinamente, y se encontraba en la plaza con los dos batallones. En

---

(2) ARTECHE (T. XI, pág. 359).—BELMAS (T. IV, págs. 263 y 272).—BURGOYNE (T. I, pág. 155).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—JONES (pág. 106).—OMAN (T. V, pág. 164).

cuanto al 113.º de línea, compuesto de toscanos y parmesanos, no estaba hecho para el género de guerra que se desarrollaba al sur de los Pirineos; baste recordar que había sufrido ya varios reveses deshonrosos y que en él la desertión se había hecho endémica. Este mal no podía menos de agravarse con ocasión del sitio. El destacamento de tal unidad presente en Ciudad Rodrigo tenía a su cabeza el jefe de batallón Téras.

La guarnición se hallaba completada por un contingente de artillería de dos compañías, bajo las órdenes del Comandante Husson, mientras que el Capitán Cathals dirigía los servicios de ingenieros, con sólo veinticinco zapadores. En 1.º de enero de 1812, el General Barrié disponía, en total, de 67 oficiales y 1.760 individuos de tropa. Conviene aún deducir de este efectivo por lo menos doscientos enfermos inútiles para el servicio; quedándole, por tanto, al gobernador unos 1.600 combatientes (3), aproximadamente la tercera parte de los que hubiera necesitado para asegurar la defensa de la fortaleza y de sus obras exteriores (4).

El material de artillería era, por el contrario, sobreabundante, puesto que el parque de sitio del ejército francés de Portugal no había sido retirado aún de Ciudad Rodrigo; encontrándose allí, de consiguiente, 250 bocas de fuego de grueso calibre, y reservas considerables de pólvora, de proyectiles de todas clases y de cartuchos de infantería. Los defensores disponían así de municiones en número casi inagotable y no tenían por qué escatimarlas; si bien aquel copioso parque estaba destinado a caer en poder de los ingleses, y Marmont no conseguiría reconstituirlo. En cambio, los almacenes de víveres no alcanzaban para un mes de consumo, y la carne faltaba casi por completo.

En definitiva, hay que reconocer, pues, que los medios de que disponía el gobernador eran insuficientes desde el punto de vista de los efectivos; lo que no podía contribuir a elevar su moral y la de sus soldados.

\* \* \*

Cuando el 1.º de enero de 1812, Wellington dio las órdenes para los movimientos preparatorios del cerco de Ciudad Rodrigo, sus unidades ocupaban las posiciones siguientes: la 1.ª y 5.ª Divisiones, en Guarda y Celorico; la 6.ª, en Mangualde; la 7.ª, en Penamacor; la 4.ª, en Aldea del Obispo, La Alameda, Villar de Ciervo y los alrededores de Almeida, donde se encontraba también la brigada portuguesa Pack; la 3.ª, en Aldeia da Ponte y Navafrías, y, finalmente, la División ligera, en Pastores, Zamarra y Martiago.

(3) Parte de Barrié, estado de situación en 1.º de enero de 1812 (AHG. Cº 88). NAPIER (T. VIII, pág. 96).

(4) BELMAS (T. IV, pág. 263).—BRIALMONT (T. I, pág. 444).—Con ocasión del sitio de 1810, la guarnición española, mandada por D. Andrés Pérez de Herrasti, ascendía a 5.498 hombres. (Vid. TORENO: *Historia del levantamiento...*, Librería europea de Baudry, París, 1838, T. 2, pág. 148.)

Conforme a las órdenes recibidas del 2 al 3 de enero, las cuatro divisiones destinadas a participar en las operaciones de sitio, se pusieron en movimiento, y del 4 al 5 ocuparon las posiciones provisionales que les habían sido asignadas. La división Graham (1.<sup>a</sup>), franqueando el Coa, llegó hasta Espeja y Gallegos; la 4.ª, se aproximó al Aguada por el Norte, frente a Saelices el Chico, aldea de la orilla derecha, donde se instaló una vanguardia. La división Picton (3.<sup>a</sup>) y la del General Craufurd (ligera) efectuaron una curiosa «contradanza»; mientras que ésta repasaba de la orilla derecha a la izquierda del río y se establecía sobre la línea de alturas jalonada por Pastores, La Encina y el Bodón, aquella atravesaba el vado de Robleda para dirigirse a Martiago y Zamarra. Los portugueses de Pack quedaron, por su parte, divididos: el 4.º de Caçadores fue agregado a la 1.<sup>a</sup> División, y el resto de la brigada fue puesto a disposición de Craufurd (5).

Así, la infantería se hallaba en posición para efectuar, el día 6, el cerco conforme a lo previsto por el general en jefe británico. Pero el transporte del material de ingenieros desde Almeida hasta el Aguada experimentó algún retardo. Desde el primer día del año había caído sobre esta parte de la Península, lo mismo que en el resto de la meseta central, una espesa nevada. El temporal persistió hasta el día 3; pero a partir de entonces cambió la dirección del viento, la nieve se fundió y, de consiguiente, los caminos se transformaron en lodazales que hacían muy lento el avance de las carretas y recuas de mulas pesadamente cargadas, necesitándose, por tanto, dos jornadas para recorrer los 16 kilómetros que separan Almeida de Gallegos. Wellington tuvo así ocasión de irritarse contra la inercia de los carreteros y acemileros indígenas; pero la intemperie y el estado de los caminos justificaban en parte ese retraso. De todos modos, nada se podía hacer para remediarlo, y la prosecución de las operaciones hubo de ser aplazada hasta el día 8 (6).

Algunos historiadores afirman que el puente de caballetes preparado por el Mayor Sturgeon no fue tendido hasta los primeros días de enero aguas abajo de Ciudad Rodrigo y a la altura de Marialba; pero Thiébault daba cuenta de la construcción de esta obra en una carta del 1.º de enero, y Barrié se refería ya a ella en diciembre del año anterior. Por su parte, el Capitán Burgoyne, ingeniero de la 3.<sup>a</sup> División británica —agregado durante el sitio al Teniente Coronel Fletcher, comandante de ingenieros del ejército, y, por tanto, bien al corriente de la cuestión— escribía el 30 de diciembre que el puente acababa de ser instalado sobre el Aguada (7).

(5) FORTESCUE (T. VIII, pág. 349).—OMAN (T. V, pág. 163).—SOUTHEY (T. V, pág. 414).—VERNER (T. II, pág. 328).—*Despachos de Wellington* (T. V, pág. 450; Instrucciones del 1.º de enero).

(6) BURGOYNE (T. I, pág. 153).—*Despachos de Wellington* (a Wellesley, del 3 enero; a Graham, del 6; al Conde de Liverpool, del 7).

(7) BURGOYNE (T. I, pág. 152).—RAGUSA (T. IV, pág. 278; carta de Thiébault a Dorsenne, en 1.º de enero).—BELMAS (T. IV, pág. 291; parte de Barrié, del 8 de agosto de 1812).

El 5 de enero fue despachada desde el cuartel general de Freneda [Freineda] una orden de marcha para las tropas que todavía no se habían movido de sus acantonamientos. En el curso de las jornadas siguientes, la 5.<sup>a</sup> y la 6.<sup>a</sup> Divisiones franqueaban el Coa para tomar posición en segunda línea, en los poblados de la frontera y alrededor de Almeida; la brigada de infantería portuguesa Bradford se establecía en Barba de Puerco; mientras que la 7.<sup>a</sup> División se trasladaba, primero, de Penamacor a Fuenteguinaldo, y, después, a El Payo. La caballería, integrada por las brigadas V. Alten, Anson y Slade, se aproximaba y acampaba entre Ituero y Fuenteguinaldo. Este nuevo dispositivo quedó ultimado entre el 9 y el 13. Algunos días más tarde, el 17, los 3.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup> regimientos de dragones pesados, constituyendo la brigada Le Marchant, desembarcada en Lisboa durante el otoño anterior, se incorporaban al ejército y se instalaban en Aldeia da Ponte (8).

Aunque todos los informes recibidos le hubieran confirmado el alejamiento del ejército francés de Portugal en dirección de Toledo, Wellington estaba persuadido de que el Duque de Ragusa no cometería la falta de adentrarse a fondo en la Mancha, en cuanto tuviese conocimiento del peligro que corría Ciudad Rodrigo, y que se apresuraría entonces a volver sobre sus pasos. Suponiendo que para atender a lo más urgente y hacer una diversión tan pronta como posible, el Mariscal podría descender por el valle del Tajo, franquear el Alagón y caer sobre la línea de comunicaciones de los aliados por Vila Velha, el Lord prescribió el 9 de enero al General Hill que se trasladara sin pérdida de tiempo de Mérida a la frontera de Portugal, escalonando después sus tropas desde Portalegre a Nisa y Castelo Branco. En este último punto debían acantonarse, por lo menos, dos brigadas de infantería. Desplegado de tal forma el cuerpo de Hill podía ser convocado a la línea del Agueda para reforzar al grueso del ejército, en caso de necesidad.

Esta orden, del 9 de enero, llegó a Mérida el 12, y, seguidamente, se retiró Hill en dirección de la frontera portuguesa, marchando con la cabeza de su columna. El 17 llegaba a Portalegre, y el 20, a Nisa, donde se enteró del éxito alcanzado por su jefe el día anterior (9).

\* \* \*

El 6 de enero cambió de nuevo el tiempo, y un frío vivo y seco persistió durante todo el sitio. Constituía una circunstancia favorable para los trabajos de los sitiadores, pues el suelo sólo estaba superficialmente endurecido por las heladas, y a partir de algunos centímetros la tierra permanecía blanda y fácil de cavar. Este día, Wellington, acompañado de su Estado Mayor, efectuaba un reconocimien-

(8) BRAGGE (*Peninsular Portrait*, Londres, 1903, pág. 28).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—LONDONDERRY (T. II, pág. 362).—WHEELER (pág. 73).

(9) NAPIER (T. VIII, pág. 85).—*Despachos de Wellington* (a Hill y a Lord Liverpool, del 9 de enero).



to de la fortaleza a muy corta distancia de ella, sin ser inquietado por la guarnición. Pero dejó sus cuatro divisiones destinadas al sitio, al abrigo de las aldeas donde estaban acantonadas desde el 5.

Mientras tanto, el parque de ingenieros se concentraba en Gallegos, de donde, al amanecer del 8, partió un primer convoy destinado a los alrededores de Ciudad Rodrigo, desfilando sobre el puente de Marialba. Esta misma mañana también, la División ligera levantaba sus campos de Pastores, La Encina y El Bodón, descendiendo por la orilla del Agueda y atravesando este río hacia el mediodía por el vado de Cantarinas, cerca del convento de La Caridad. La travesía se efectuó en buenas condiciones, pues el agua sólo llegaba hasta las rodillas de los hombres.

Craufurd ocupó con sus tropas las posiciones previstas, en la siguiente forma: el 3.º de Caçadores sobre la carretera de Salamanca, fuera del alcance de los fuegos de la plaza; otro batallón delante de Pedrotoro, sobre el camino de Tamames, y el resto de la División ligera sobre las alturas al norte de Ciudad Rodrigo, en la dirección de Saelices. A partir de esta posición debían comenzar los trabajos de sitio. Detrás de ella, a unos 1.800 metros de la plaza y al abrigo de las vistas de esta última, se fueron aparcando, a la caída de la tarde y a medida que desembocaban del puente, los doscientos sesenta y nueve carruajes que transportaban los útiles de zapador, los cestones, fajinas, sacos terreros y otras provisiones. La fracción de la brigada Pack agregada a la División ligera, se apostó en el convento de La Caridad, de donde no debía moverse hasta la terminación del sitio.

Por su parte, la 3.ª División (Picton) adelantó algunos batallones desde Martiago a Serradilla del Arroyo, a la extrema derecha del dispositivo británico; mientras, los españoles de D. Carlos de España y de D. Julián Sánchez se escalonaban a lo largo del Yeltes para cubrir las operaciones de sus aliados.

Por la tarde del 8, los defensores de Ciudad Rodrigo vieron aparecer el enemigo del lado de La Caridad y contornear los alrededores de la plaza por el Este y el Norte. Muchos de ellos, al principio, creyeron que se trataba de un simple reconocimiento, pues no esperaban que los ingleses se decidieran a inaugurar la campaña en aquella estación y con un tiempo tan riguroso. Entre el suboficial que mandaba los diez infantes y cinco artilleros de guardia en la luneta Reynaud y los oficiales de la División ligera, se entabló un diálogo que acabó por convencer a los franceses de que la plaza estaba cercada y que el ataque de la misma no tardaría en comenzar. Únicamente después de que los británicos se mostraron en las inmediaciones de la obra que defendía la dominante posición del Teso Grande, se ocupó el gobernador de reforzar su guarnición ridículamente débil, enviando a ella cincuenta infantes, algunos artilleros y municiones (10).

---

(10) BELMAS (T. IV, pág. 292; parte de Barrié).—BRETT-JAMES (pág. 242).—BURGOYNE (T. I, pág. 154).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—NAPIER (T. VIII, pág. 81).—OMAN (T. V, pág. 164).—VERNER (T. II, pág. 330).

El plan de Wellington, concebido después del reconocimiento del 6, consistía en abordar la plaza por el Norte, pues, de este lado —como ya se ha dicho— el suelo se prestaba mejor a los trabajos de zapa, y, sobre todo, la altitud de los Tesos era tal que permitía batir inmediatamente la muralla sin verse obligado a adelantar con la trinchera hasta la cresta del glacis para establecer en ella las baterías de brecha. Siguiendo el ejemplo de Ney en 1810 y aprovechando el trazado de los aproches del ejército imperial, el general inglés quería establecer previamente en la más elevada de ambas alturas su primera paralela, así como las baterías destinadas a apagar los fuegos del cuerpo de plaza y los del convento de San Francisco; en seguida y bajo la protección de esas baterías se alcanzaría a la zapa el Teso Chico, donde se instalarían las baterías de brecha dirigidas contra el recinto y la falsa-braga del saliente norte, mientras que otra batería abriría una segunda brecha lateral con el fin de tomar de revés los atrincheramientos que los sitiados no dejarían de abrir a retaguardia de la brecha principal.

Como el tiempo era muy riguroso, faltaba material de campamento, se carecía de madera y de cobertizos en torno de la fortaleza y resultaba difícil el transporte regular de víveres para grandes efectivos sobre la orilla derecha, el Lord había decidido que una sola división aseguraría por turno los trabajos de sitio: la Ligerá, 1.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>, se encargarían de ello, por el orden que se indica. Cada día, a las once de la mañana, una de ellas, provista de víveres para la jornada, acudiría desde sus acantonamientos vadeando el río por La Caridad, aguas arriba, o por Los Carboneros, aguas abajo, y relevaría a la precedente. El paso a través de las aguas heladas del Agueda constituía una prueba muy penosa para los hombres que se dirigían a las trincheras y cuyas vestiduras húmedas se convertirían en seguida en un bloque de hielo que tenían que soportar durante las veinticuatro horas que permanecían en primera línea. Únicamente la 3.<sup>a</sup> División, cuyos acantonamientos se encontraban en la orilla derecha, hacia el Sur, se hallaba exenta de tales sufrimientos (11).

Para la realización de su proyecto, el general en jefe aliado debía asegurarse lo más pronto posible la ocupación del Teso Grande. En 1810, el Mariscal Ney no había encontrado ninguna dificultad para ello; pero basándose en las lecciones de su propia experiencia, los franceses habían construido sobre aquel punto la luneta Reynaud, de que ya hemos hablado. Los sitiadores necesitaban, por tanto, apoderarse ante todo de esta obra. Estimando que un ataque regular le haría perder por lo menos cinco días, Wellington se decidió a intentar acto seguido un golpe de mano. Para evitar los fuegos convergen-

---

(11) BELMAS (T. IV, pág. 265).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 352).—JONES (página 109).—LONDONDERRY (T. II, pág. 356).—NAPIER (T. VIII, pág. 80).—OMAN (T. V, pág. 166).—Despachos de Wellington (T. V, pág. 450; Instrucciones a los generales comandantes de las divisiones empleadas en el sitio de Ciudad Rodrigo, del 1.º de enero de 1812).

tes de la parte norte del recinto y del convento de San Francisco, resultaba preferible un ataque nocturno, pues los franceses no se decidirían a abrir fuego por temor de alcanzar a sus camaradas del Teso Grande.

La División ligera, cuyo grueso había permanecido inmóvil durante toda la tarde al norte de la posición, quedó encargada de efectuar el asalto, cuya dirección fue confiada al Teniente Coronel Colborne, del 52.º regimiento, para lo cual disponía de ocho compañías: dos del 43.º, cuatro del 52.º y dos del 95.º, así como de un pequeño destacamento del 1.º de Caçadores. Los portugueses de este batallón estaban destinados exclusivamente aquella noche a los trabajos de excavación; pero a solicitud de su coronel, el General Craufurd les autorizó a proporcionar para el asalto un oficial y doce hombres. El 3.º de Caçadores estaba destacado por su parte, en la carretera de Salamanca, y, de este modo, no intervino para nada en la acción.

No habiendo previsto que las escalas podrían utilizarse tan pronto, los ingenieros no las habían traído todavía de Gallegos, y hubo que fabricarlas a toda prisa utilizando las barandillas de las carretas españolas.

El 8 de enero, a las nueve de la noche, los asaltantes, en número de 600, se pusieron en marcha en plena oscuridad. Cuatro compañías (dos del 52.º y dos del 95.º) se dirigieron lateralmente sobre la cresta del glacis, con el fin de abrir fuego sobre los defensores de la luneta Reynaud, a lo largo de los parapetos de ambas caras del ángulo saliente; otras tres (dos del 43º y una del 52.º), a las órdenes del mismo Colborne y precedidas por un destacamento provisto de fajinas, escalas, palancas y hachas, dirigido a su vez por el Teniente Thompson del Cuerpo de Ingenieros, estaban encargados del asalto de frente, y, finalmente, el Mayor Gibbs, con una compañía del 52º, debía rodear la obra y tomarla por la gola.

La maniobra se efectuó con toda precisión. Los defensores no se enteraron de nada, hasta el momento en que Colborne, llegado silenciosamente a cincuenta metros de la luneta, ordenaba a sus hombres que forzaran el paso. Entonces fue dada la alerta, pero ya era demasiado tarde, y los artilleros no tuvieron tiempo de disparar más que una sola vez. Ya los dos destacamentos ingleses habían alcanzado el borde del foso y abrían un fuego graneado de fusilería sobre las troneras, que los franceses abandonaban para ponerse al abrigo de los parapetos, contentándose con lanzar granadas de mano a diestro y siniestro... El Teniente Thompson había saltado al foso, y aperciéndose de que entre la contraescarpa y la empalizada sólo existía un intervalo de menos de un metro, para superar el obstáculo se limitó a rellenarlo con fajinas, estableciendo así una especie de puente sobre el que los hombres de Colborne pasaron sin dificultad, para escalar la escarpa. Como ésta no estaba revestida, los ingleses pudieron trepar por ella fácilmente, y coronando el atrincheramiento, no tardaron en penetrar en el recinto.

Al mismo tiempo, los hombres del Mayor Gibbs desembocaban por detrás de la obra, encontrando el paso libre, ya porque los defensores hubieran abierto la puerta para escaparse hacia la plaza, o porque alguna granada disparada desde esta última la hubiese destrozado. Viéndose así rodeados, los franceses se rindieron. La acción había durado apenas diez minutos, debido a la sorpresa de la guarnición y a la mala organización de la defensa. Dos capitanes (uno del 34.º ligero y otro de artillería), junto con cuarenta y ocho individuos de tropa, quedaron prisioneros. Seis de los defensores resultaron muertos y sólo cuatro consiguieron escapar y refugiarse en la ciudad. Los asaltantes, por su parte, tuvieron seis muertos y diecinueve heridos, entre ellos tres oficiales, la mayoría de los cuales fueron alcanzados por proyectiles arrojados en el foso.

Sin perder tiempo, Colborne lanzó su tropa hacia delante y tomó posiciones a lo largo del arroyo, al pie del glacis de la plaza, en el valle entre el Teso Chico y la eminencia que corona Ciudad Rodrigo. Allí estaba al abrigo de la mayor parte de los fuegos imperiales y aseguraba la protección de los trabajadores que vendrían a instalarse en el Teso Grande para comenzar los trabajos de sitio.

Tales trabajadores se hallaban dirigidos por los Capitanes de Ingenieros Burgoyne ( a la correspondencia del cual nos referimos a menudo) y Ross, que debían relevarse cada día. Trescientos hombres se pusieron al trabajo para establecer un abrigo sobre la altura a la derecha del reducto que acababa de ser tomado por asalto, y sobre el reborde oeste de la cima. Removiendo la tierra blanda de las trincheras francesas del sitio de 1810, abrieron una primera paralela sobre una longitud de 150 metros. Trabajaban con tal entusiasmo que al salir el sol habían alcanzado una profundidad de cerca de un metro, con una anchura un poco superior. Otros 700 trabajadores habían excavado una zanja de comunicación de 300 metros, partiendo de la extremidad occidental de la paralela, atravesando la cima del Teso Grande y conduciendo por la contrapendiente hasta el parque de ingenieros, situado a retaguardia.

Esta tarea fue llevada a cabo en las mejores condiciones, debido al inconcebible error del comandante de la fortaleza, que se figuraba que los asaltantes tratarían de instalarse en la luneta que acababan de tomar. En cuanto se hizo el silencio sobre el Teso Grande, demostrando que la resistencia había cesado, los franceses abrieron un fuego violento con toda la artillería del recinto y del convento de San Francisco, pero sus tiros se concentraron durante toda la noche sobre la luneta Reynaud, siendo así que Craufurd había procurado no dejar allí ninguna gente.

Al amanecer, los oficiales apostados en el campanario de la catedral se dieron cuenta de la apertura de la paralela y los artilleros de la guarnición tomaron esta última por blanco, pero ya había pasado la ocasión oportuna, porque los 400 trabajadores aliados que perfeccionaban la obra se encontraban prácticamente a cubierto. Las pérdi-

das de la División ligera a las once de la mañana del 9 ascendían a una treintena de hombres, total evidentemente débil en relación con los progresos conseguidos, puesto que los asentamientos de las tres primeras baterías estaban ya esbozados. Como en este día, la paralela se convirtió en el único blanco, los ingleses pudieron dedicarse a la luneta para establecerse en ella y derribar una parte de los parapetos y empalizadas, con el fin de retirar primero las bocas de fuego francesas, y abrir seguidamente una comunicación fácil con el campo británico.

Persuadido de que el sitio había decididamente comenzado, el General Barrié exhortó a los habitantes deseosos de abandonar la plaza a que salieran sin demora, pues a partir de entonces toda comunicación con el exterior quedaría prohibida. Por su parte, Wellington calculaba que las baterías estarían en condiciones de albergar las piezas el 11 por la noche, o el 12 por la mañana; apremió, pues, al Mayor Dickson a que activara el transporte de la artillería de sitio, cuyo primer convoy, arrastrado por bueyes, llegaba a la orilla derecha del Águeda, el mismo día 9 de enero, a mediodía (12).

\* \* \*

A las once de la mañana del 9, llegaba la 1.<sup>a</sup> División inglesa que había atravesado el río por el vado de La Caridad y venía a hacerse cargo del servicio en lugar de la División ligera. Esta regresó, por su parte, a sus acantonamientos de la orilla izquierda, donde iba a disponer de tres días de descanso para recuperarse de sus fatigas, antes de volver a las trincheras. Como así continuaría sucediendo durante el curso del sitio, cada una de las jornadas que iremos reseñando sucesivamente se contarán desde las once de la mañana de un día, hasta la misma hora del siguiente.

Por la tarde, los trabajadores angloportugueses se afanaban en abrir y ensanchar la comunicación con la paralela, mientras ésta quedaba prácticamente inocuada, a causa de los proyectiles franceses que continuaban lloviendo sobre el Teso Grande. Wellington estableció puntos de vigilancia en todo el contorno de la plaza, con objeto de aislar por completo a los sitiados, y así los dos emisarios enviados aquella noche por el Gobernador para anunciar al General Thiébault que el sitio había comenzado y que la luneta Reynaud estaba en poder del enemigo, fueron detenidos.

Al amparo de la oscuridad, doscientos hombres reanudaron la excavación de la trinchera, cubiertos por una guardia de 500 bayonetas. No solamente prolongaron la paralela hacia el Este, sino que ini-

---

(12) BELMAS (T. IV, págs. 266 y 294).—BURGOYNE (T. I, pág. 155).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 352).—JONES (pág. 112).—LONDONDERRY (T. II, pág. 357).—NAPIER (T. VIII, pág. 82).—OMAN (T. V, pág. 167).—VERNER (T. II, pág. 331).—WELLER (pág. 194).—Despachos de Wellington (T. V, pág. 462; a Dickson, en 9 de enero).—Colborne a Craufurd, del 9.—Craufurd a Wellington, del 11.

ciaron las contrabaterías 1, 2 y 3, destinadas a apagar los fuegos del recinto de la plaza. Dada la violencia de estos últimos y el calibre de las bocas de fuego instaladas sobre la muralla y la falsa-braga, el parapeto de las baterías debía tener cerca de seis metros de espesor en la cima; la tierra indispensable para ello era extraída de un foso que se excavaba sobre el frente de las obras en construcción por trabajadores protegidos por una barrera de cestones, y también desde el interior, donde se ahondaba aproximadamente hasta un metro la explanada que había de recibir las plataformas. Estas baterías se hallaban trazadas a unos treinta metros delante de la paralela y, por lo tanto, a menos de 600 metros del recinto de la plaza; unas zanjas profundas las enlazaban con la trinchera.

Once piezas debían guarnecer cada una de estas obras, y a la izquierda de la primera, se elevaba un parapeto que había de proteger dos bocas de fuego encargadas de batir el convento de San Francisco. Precisamente un proyectil disparado desde allí mataba aquella noche al Capitán Ross. En el curso de la mañana siguiente, el Teniente Coronel Fletcher, al efectuar una inspección, se dio cuenta de que los fuegos de las cinco piezas de la derecha de la batería número 1 quedaban interceptados por la luneta Reynaud, y así se dispuso su traslado a la izquierda de la batería número 2.

Por su parte, la guarnición no dejaba de disparar sobre los puntos donde se atareaban los británicos, que lograban descubrir mediante fuegos de artificio que iluminaban el terreno. Al mismo tiempo, de los conventos de San Francisco y de Santa Cruz salían pequeños destacamentos a reconocer a los sitiadores. Finalmente, desde que alboreaba el día, una treintena de fusiles de parapeto repartidos sobre el frente amenazado disparaban sobre todos los que se descubrían en los trabajos del Teso Grande, mientras que los morteros lanzaban bombas sobre los emplazamientos de las baterías, donde se había acumulado gran cantidad de sacos terreros (13).

El 10, a la hora habitual, la 4.<sup>a</sup> División relevaba a la 1.<sup>a</sup>. La noche siguiente permitió a los aliados proseguir los trabajos que habían iniciado para el acondicionamiento de las baterías y sus comunicaciones. En las dos extremidades de la primera paralela se formaron corchetes, con el fin de oponerse a la salida de los puestos imperiales desde los dos conventos que flanqueaban la posición. Tiradores escogidos se instalaron en pozos, en los alrededores de San Francisco, para hostilizar a los artilleros, pero a la mañana siguiente fueron descubiertos y tuvieron que retirarse en busca de protección. Los fuegos de la plaza se concentraban sobre las baterías ahora bien visibles y causaban grandes daños, tanto en las obras como en el

---

(13) BELMAS (T. IV, págs. 267 y 294).—BURGOYNE (T. I, págs. 156 y 161).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 353).—JONES (pág. 114).—NAPIER (T. VIII, pág. 83).—OMAN (T. V, pág. 169). Los diversos autores no están de acuerdo sobre el número de bocas de fuego que debían guarnecer las tres primeras baterías británicas. Nos atenemos, pues, a las cifras señaladas por BURGOYNE y JONES, que fueron ambos testigos activos del sitio.

personal, obligando a Wellington a interrumpir el trabajo durante el día. Para advertir a Thiébauld del progreso del sitio, el General Barrié hizo partir en la noche del 10 un nuevo emisario, el cual, según ciertos historiadores, habría llegado a su destino, a costa de un gran rodeo, y desde su llegada, en la jornada del 13, el Gobernador de Salamanca habría dado cuenta a Marmont del peligro que corría Ciudad Rodrigo.

El 11 le correspondió a la División Picton el turno de asegurar el servicio de trinchera. El trabajo a desarrollar durante la noche siguiente era considerable: colocación de plataformas en las baterías; cubrir los almacenes para ponerlos al abrigo de los proyectiles; restauración de los parapetos deteriorados... Al mismo tiempo, desde la extrema derecha de la paralela, los zapadores ingleses —180 infantes de la 3.<sup>a</sup> División sometidos a un entrenamiento especializado desde el verano anterior— construían una zapa volante con cestones rellenos de tierra, formando un ramal en zigzag dirigido hacia la ciudad. Pero el frío, que se hacía cada vez más vivo, molestaba a los trabajadores, de suerte que fue necesario relevar por dos veces en la noche a los hombres ocupados en las trincheras y en las obras. Una de las dos bocas de fuego establecidas por los franceses en la terraza del convento de San Francisco fue desmontada, siendo sustituida por un obús instalado en la huerta inmediata, con objeto de enfilar la batería número 1.

Craufurd y su División ligera entraron de servicio por segunda vez en el frente, al terminar la mañana del día 12. Los bloques de hielo arrastrados por las aguas del río hicieron la travesía del mismo todavía más penosa para la infantería. Los trabajos de sitio prosiguieron activamente, dándose la última mano a las baterías, donde, era necesario reparar las brechas ocasionadas por la artillería de la plaza, que no escatimaba ni la pólvora ni los proyectiles. De acuerdo con la opinión del Teniente Coronel Fletcher, comandante de ingenieros, y con objeto de ganar tiempo, Wellington decidió utilizar para abrir brecha en el recinto de la plaza las baterías existentes, inicialmente concebidas para apagar los fuegos de la defensa. Pero siempre precavido y metódico, no desistió de proyectar una segunda paralela y otra batería de brecha sobre el Teso Chico, las cuales no pensaba utilizar más que en el caso de que los ejércitos imperiales le estrecharan de cerca. En cuanto a la contraescarpa, no se malgastaría el tiempo en abatirla (14).

El General en jefe inglés no había dudado un momento de que, a la primera noticia del peligro que corría la guarnición de Ciudad Rodrigo, Marmont se apresuraría a volver sobre sus pasos. El 9 de enero se sabía en el cuartel general de Gallegos que el jefe del ejército francés de Portugal no había penetrado todavía en la Mancha a fines

---

(14) BELMAS (T. IV, págs. 268 y 295).—BURGOYNE (T. I, pág. 161).—JONES (página 115).—NAPIER (T. VIII, pág. 84).—OMAN (T. V, pág. 170).—VERNER (T. II, pág. 335).

de diciembre. El 13 se supo que las dos Divisiones imperiales que marchaban sobre Cuenca y San Clemente habían regresado a Toledo a principios de enero y que continuaban hacia Valladolid, a donde el Duque de Ragusa había llegado el 5. Una gran parte de estos informes resultaban inexactos, puesto que aquellas dos unidades seguían marchando sobre Alicante, y el Duque se encontraba el 4 todavía en Talavera; pero el reflujó parcial del citado ejército francés hacia Castilla la Vieja era bien cierto. Un ejemplar de la Orden de Berthier del 13 de diciembre estaba, desde luego, en poder de Wellington, puesto que sabía que los 6.º y 7.º gobiernos militares dependían ahora de Marmont.

En todo caso, las conclusiones que el general inglés deducía de tales nuevas eran justas, ya que suponía que el cerco y ataque de Ciudad Rodrigo serían conocidos en Salamanca el día 13, y que los franceses reunirían en seguida una fuerza suficiente para liberar aquella fortaleza, si bien no estarían en condiciones de operar con eficacia hasta fin de mes. La plaza debía ser tomada, pues, antes de esta fecha, y, en consecuencia, había que tomar las medidas necesarias para conseguirlo (15).

\* \* \*

Efectivamente, a partir del 13 de enero, las operaciones efectuadas hasta entonces con vigor y diligencia, se aceleraron aún más, y los progresos del sitio se hicieron más espectaculares con el ataque de los puestos exteriores.

La ocupación por los imperiales del *Convento de Santa Cruz*, al noroeste de la fortaleza y al oeste del Teso Chico, estorbaba considerablemente los trabajos de los sitiadores; el fuego de fusilería procedente de aquel edificio venía a enfiar los últimos zigzags de la comunicación, así como la segunda paralela. Wellington dio, pues, la orden de asaltarlo al General Graham, cuya División (la 1.ª) había entrado en servicio en las trincheras, el día 13, al terminar la mañana.

Voluntarios alemanes de los 1.º, 2.º y 5.º de línea de la *King's German Legion* —unidades integrantes de la brigada Lowe— y una compañía del 5.º batallón del 60.º, unos trescientos hombres en total, bajo el mando del Capitán La Roche de Starkerfels, desembocaron de la primera paralela a las ocho de la noche, y progresaron hacia el convento sin que los defensores se apercibieran. El ruido de las palancas derribando las empalizadas en torno del edificio alertó al fin a los franceses, que abrieron fuego desde las murallas del cuerpo de plaza. En cambio, los cincuenta infantes que ocupaban el puesto, se dejaron sorprender y no hicieron más que una resistencia irrisoria, hasta el punto de haberse llegado a decir que se encontraban dormidos alrededor del fuego, cuando aparecieron los asaltantes. En todo

---

(15) Despachos de Wellington (T. V, págs. 463 y 468; a Lord Liverpool, 9 y 15 de enero).



caso, se escaparon por las ventanas abandonando sus armas y mochilas, y corrieron a refugiarse en los fosos de la ciudadela, sin experimentar pérdidas de importancia. No tuvieron los aliados la misma suerte, puesto que las historias inglesas registran unos cuarenta hombres fuera de combate.

Después de la toma del convento de Santa Cruz, los 800 trabajadores de servicio en la trinchera pusieron manos a la obra; continuaron primero, a la zapa volante, los aproches en dirección al espacio previsto para el establecimiento de la segunda paralela (aproches que se habían iniciado ya la antevíspera en la derecha de la primera), y dos prolongados zigzags permitían alcanzar la parte occidental del Teso Chico, donde comenzaba a extenderse hacia la izquierda el trazado de la nueva paralela. Alojamiento destinados a guarecer una guardia de las trincheras fueron edificados en la extrema derecha de las mismas.

Desde lo alto de los parapetos del cuerpo de plaza, los sitiados lanzaban artificios de iluminación, descubriendo de este modo los grupos de trabajadores aliados sobre los que disparaban continuamente, sin conseguir, no obstante, resultados que estuvieran en proporción con su derroche de municiones. Sin embargo, antes de que fuera de día, el general jefe británico, estimando que la tarea no estaba aún suficientemente avanzada para que sus hombres se encontraran al abrigo, los hacía retirarse a la primera paralela, en espera de que los trabajos pudieran reanudarse por la noche.

Pero el acontecimiento más notable de esta noche del 13 al 14 fue el armamento de las tres primeras baterías. El convoy de bocas de fuego procedente de Gallegos había llegado el día 13 atravesando el puente de Marialba. Se trataba de veinticinco piezas de 24 y dos de 16, cuya instalación se terminó en el curso de la jornada siguiente. Lord Wellington no dejaba de tener, desde luego, preocupaciones a este respecto, porque los medios de transporte de que disponía se revelaban insuficientes, ya que sólo un tercio de los carreteros del país habían respondido a la llamada, y, en consecuencia, buena parte de la provisión de proyectiles de a 24 se encontraba todavía en Vila da Ponte. Por el contrario, en lo referente a las tropas que no se hallaban directamente afectadas al sitio, el movimiento de avance se había realizado como estaba previsto, y el 13, la totalidad del ejército anglo-lusitano había quedado concentrado entre el Coa y el Águeda (16).

La mañana del 14 llegaba a su fin; la 4.<sup>a</sup> División, mandada por el Mayor General Colville —en ausencia del Teniente General Cole, partido hacía poco con el fin de restablecer su salud en Inglaterra—, atravesaba el río por el vado de Los Carboneros, y su cabeza de columna empezaba a desfilar por la orilla derecha, cuando se produjo

---

(16) BEAMISH (T. II, pág. 32).—BELMAS (T. IV, págs. 269 y 296).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 84).—JONES (pág. 117).—LONDONDERRY (T. II, pág. 363).—NAPIER (T. VIII, pág. 84).—OMAN (T. V, pág. 172).—VERNER (T. II, pág. 336).—*Despachos de Wellington* (T. V, pág. 472; a Lord Liverpool, del 20 de enero).

un acontecimiento sorprendente, dada la prudencia del general en jefe inglés y las precauciones de que se rodeaba habitualmente.

Los trabajos de los sitiadores en el Teso Chico, a menos de 200 metros del recinto de la plaza inquietaban al Gobernador de Ciudad Rodrigo. A pesar de la escasez de su guarnición, necesitaba a toda costa hacer algo para retardar sus progresos. Ahora bien, los vigías instalados en el campanario de la catedral observaban perfectamente lo que ocurría sobre las vertientes meridionales de los Tesos y también sobre los llanos que los circundaban. Habían notado así que, a cada relevo de la guardia de las trincheras, los que debían ser reemplazados abandonaban su puesto en cuanto veían aparecer a lo lejos los destacamentos encargados de sustituirles. De este modo, los trabajos de sitio quedaban abandonados cada día hacia las once de la mañana. Aprovechándose de esta culpable negligencia, el General Barrié dispuso el 14, a dicha hora, la salida de 500 hombres.

Desembocando del costado noroeste de la falsa-braga, los soldados imperiales se encaminaron directamente al Convento de Santa y se apoderaron de él sin ninguna resistencia; se dirigieron en seguida sobre el esbozo de la segunda paralela y sobre la comunicación de esta última con la primera, donde el enemigo había trabajado durante la noche precedente. Mientras que algunos derribaban los cestones y cegaban las trincheras, otros trepaban por el Teso Grande con la idea de desbaratar la primera paralela y penetrar también en las baterías para clavar las bocas de fuego.

Sin embargo, los trabajadores ingleses pertenecientes a los regimientos 24.º y 42.º se agruparon en torno del oficial de ingenieros, y, emboscados detrás de los parapetos refrenaron con sus fuegos el ímpetu de los atacantes. Por su parte, el Teniente General Graham acudió con las tropas de su división que tenía más a mano, y en cabeza de las mismas, los alemanes de la K. G. L. (*King's German Legion*). En vista de ello, los franceses no insistieron más y retrocedieron hacia la ciudad. Sus pérdidas fueron moderadas. Uno de sus destacamentos se estableció de nuevo en el Convento de Santa Cruz y no lo evacuó hasta la noche siguiente, después de oscurecido.

De hecho, este golpe de mano no perturbó en modo alguno las operaciones de Wellington, puesto que la terminación de las baterías recibió un nuevo impulso; hacia las cuatro de la tarde, las veintisiete piezas abrían el fuego servidas por 430 artilleros, dos tercios de los cuales eran portugueses. Los dos cañones de 16 dispuestos a la izquierda de la batería número 1 tenían por objeto el Convento de San Francisco, mientras que las otras veinticinco bocas de fuego disparaban sobre el saliente norte del recinto de la plaza. En contra de todos los principios, el general en jefe aliado dedicaba la totalidad de su artillería para abrir brecha, descuidando apagar los fuegos de la defensa. Por lo demás, no había mandado traer de Almeida ningún mortero y tan solo dos obuses fueron destinados a impedir la reparación de las brechas por la guarnición.

El lugar preciso de la brecha efectuada por Ney en 1810 en la Torre del Rey fue elegido como blanco, y los artilleros angloportugueses se esforzaron en abatir simultáneamente la muralla y la falsa-brega situada a sus pies, con objeto de abrir dos brechas superpuestas en los dos pisos del recinto. Su tiro se reveló muy eficaz, a pesar de que la distancia excedía de 500 metros, y cuando hubo cesado el fuego, a la caída de la noche, se pudo comprobar que el revestimiento había volado en pedazos y que la mampostería se agrietaba. La artillería de la defensa no se mostró inactiva y las cincuenta bocas de fuego de grueso calibre dispuesta sobre la parte norte de las fortificaciones cubrían de balas rasas y de bombas la posición enemiga, sin ser contrabatida de ningún modo por los sitiadores, que no la prestaban la menor atención.

Los franceses que ocupaban el *Convento de San Francisco* importaban, sin embargo, a los ingleses. No solamente el obús asentado en la huerta enfilaba las baterías y ocasionaba en ellas destrozos y pérdidas humanas, sino que desde el propio edificio se dominaba con la vista la retaguardia de la segunda paralela que se estaba abriendo sobre el Teso Chico. Al finalizar la tarde del 14, los proyectiles lanzados por las dos piezas del 16 de la batería número 1, arruinaban una gran parte del convento, sin que, no obstante, sus defensores lo abandonaran. Aprovechándose de la oscuridad, el Teniente Coronel Harcourt, a la cabeza de 300 hombres del 40.º regimiento británico—unidad perteneciente a la 4.ª División— se encaminó en aquella dirección marchando en dos columnas, una de las cuales escaló el muro exterior de la obra y la otra se infiltró en el arrabal para atacarla de revés. Amenazada por todas partes, la guarnición evacuó el convento, abandonando clavadas sus dos bocas de fuego y algunos heridos. El Gobernador mandó entrar en el cuerpo de plaza a los 150 soldados, que defendían hasta entonces los dos conventos de San Francisco y de Santo Domingo, así como las trincheras del arrabal. No resulta extraño que Barrié estimase preferible concentrar sus escasas fuerzas, en lugar de comprometer una parte de ellas.

Los ingleses del 4.º, se instalaron en el convento y el arrabal, donde iban a permanecer hasta el final del sitio; en el curso de la noche establecieron una comunicación entre dicho punto y la batería número 1, mientras que por el Oeste un destacamento reocupaba el convento de Santa Cruz. Los trabajadores se afanaban de nuevo en la comunicación entre las dos paralelas y en la segunda de estas últimas colocaban de nuevo los cestones derribados, despejaban las trincheras desbaratadas, y, después, prolongaban en más de 200 metros la segunda paralela siguiendo la cresta del Teso Chico. Desde sus parapetos, los franceses lanzaban artificios de iluminación para localizar los grupos de zapadores enemigos, mientras que su artillería cubría de proyectiles la totalidad de las posiciones aliadas, ocasionando severas pérdidas entre los soldados de Wellington.

Cuando alboreaba el día siguiente, los artilleros angloportugueses

se pusieron de nuevo en acción, y la brecha «progresó de manera asombrosa». Durante toda la jornada del 15, los escombros se amontonaron en la base de la muralla, de tal manera que al finalizar la tarde se elevaban a una altura de más de quince pies. Los sitiadores se llenaron de alegría, porque sentían la esperanza de un desenlace próximo. En consecuencia, el general en jefe británico ordenó el establecimiento de una batería número 4, para siete piezas de 24, a la izquierda de la luneta Reynaud y por debajo del convento de San Francisco. Esta obra estaba destinada a la apertura de una segunda brecha en una torre del recinto, entre la Catedral y la Puerta del Conde, llamada todavía de Salamanca. La elección era sensata, porque en aquel sitio la muralla se encontraba en mal estado de conservación y podía ser vista hasta su base por encima de la falsa-braga. Además, la mencionada torre resultaba el único lugar donde la guarnición hubiera podido establecer la artillería destinada a flanquear la brecha principal (17).

\* \* \*

En el curso de la mañana siguiente, la guarnición se esforzó en atender a los peligros que la amenazaban. Equipos de trabajadores dirigidos por el comandante de ingenieros despejaban el pie de la brecha y dispersaban los escombros sobre el suelo de la falsa-braga. La cara posterior de la muralla formaba una contraescarpa de cerca de seis metros de altura, lo que constituía un obstáculo suficiente. De cada lado de la brecha se practicaron cortaduras, con objeto de impedir a los asaltantes que se extendieran por las murallas, después de haber salvado los derrumbamientos. Los destacamentos que ocupaban la falsa-braga y patrullas volantes recorrían los fosos sin cesar.

En el campo de los sitiadores, donde la División Picton estaba de guardia, los zapadores prolongaban la segunda paralela, mientras que 700 peones reforzaban con sacos terreros el parapeto de la primera sección de aquella trinchera y los zigzags que enlazaban con la retaguardia; arreglaban la batería número 4 y sus comunicaciones, y, finalmente, reparaban los aproches del Teso Grande.

Al amanecer, las baterías inglesas reanudaban sus fuegos contra el saliente norte, mientras que sus tiradores escogidos instalados en el Teso Grande tomaban por blanco a los defensores que se asomaban a las troneras. Pero no tardó en extenderse una espesa niebla que obligó a los aliados a suspender sus fuegos de artillería y fusilería. Se aprovecharon de ella, no obstante, para prolongar la segunda paralela.

---

(17) ARTECHE (T. XI, pág. 364).—BEAMISH (T. II, pág. 33).—BELMAS (T. IV, págs. 270 y 296).—BURGOYNE (T. I, pág. 162).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 356).—JONES (pág. 118).—LONDONDERRY (T. II, pág. 364).—NAPIER (T. VIII, pág. 87).—OMAN (T. V, pág. 173).—SOUTHEY (T. V, pág. 418).—VERNER (T. II, pág. 336).—*Despachos de Wellington* (T. V, págs. 468 y 493; a Lord Liverpool, del 15, y al Duque de Richmond, del 29 de enero).

Al finalizar la tarde del 16, Wellington intimó al gobernador de Ciudad Rodrigo a rendirse. Barrié rechazó la intimación, respondiendo con mucha dignidad que sus hombres y él preferían enterrarse entre las ruínas a entregar la plaza cuya defensa les estaba confiada (18). A partir de las once de la mañana, a División Craufurd se había hecho cargo del servicio, por tercera vez desde el comienzo del sitio.

Durante la noche del 16 al 17, los ingleses completaron la paralela del Teso Chico e iniciaron a la izquierda de esta posición el asentamiento para la batería número 5. Destinada a recibir seis piezas de 24, estaba prevista en principio para abrir brecha. En la otra extremidad de la segunda paralela, los zapadores adelantaron con la zapa volante, abriendo un aproche en dirección de la plaza.

Los defensores no pudieron permitirse ya ni un momento de descanso, pues la hora del asalto se acercaba. La totalidad de sus efectivos pasó toda la noche sobre las armas; el fuego no cesaba contra las trincheras y baterías enemigas, y equipos de trabajadores fortificaban la brecha y despejaban la base de la misma.

Habiéndose disipado la niebla el 17 por la mañana, los sitiadores reanudaban su bombardeo, encarnizándose contra el saliente de la Torre del Rey cuya ruina crecía a ojos vista. Por su parte, los artilleros franceses actuaban cada vez con mayor eficacia, a despecho de la puntería de los carabineros enemigos apostados en pozos de tirador. En el aproche iniciado pocas horas antes, todos los cestones fueron derribados, y los zapadores que seguían trabajando experimentaron pérdidas severas; las baterías de brecha fueron alcanzadas en varias ocasiones; dos cureñas y una pieza de 24 quedaron inutilizadas, y el General Borthwick, comandante de la artillería británica, resultó herido.

El duelo entre las dos artillerías prosiguió hasta la noche, y con la oscuridad se inició para la guarnición una nueva vigilancia. Su tarea se hacía cada vez más penosa, pues los escombros se amontonaban y los ingleses concentraban sobre la brecha, no solamente la fusilería de los hombres que ocupaban la segunda paralela y de los tiradores selectos apostados a vanguardia de la misma, sino también los proyectiles de algunas piezas asentadas tras un parapeto de cestones apoyado en el convento de Santa Cruz. Esta batería improvisada no tardó en ser desbaratada y reducida al silencio por los disparos de los sitiados, que consiguieron destruir también la sección transversal de trinchera que los zapadores británicos intentaban adelantar hasta la plaza para sostener a sus tropas en el momento del asalto.

Los soldados de la División Graham continuaron sus trabajos en el curso de la noche del 17 al 18; en la batería número 5 se construyó un parapeto suficiente para abrigar al personal durante la jornada,

---

(18) THIERS (T. II, pág. 665), considera que esta respuesta «era meritoria, pues en el estado a que se hallaba reducido, las reglas de la defensa de plazas, interpretadas honorablemente, le hubieran permitido negociar».

y la artillería armaba la batería número 4, recién terminada. Sus siete piezas de 24 abrieron el fuego a las nueve de la mañana siguiente para batir la base de la vieja torre elegida por Wellington. La muralla se desquició rápidamente y antes de oscurecer se desplomaba «como un alud». Otra brecha quedó abierta por debajo, en la pequeña media luna de la falsa-braga. ¡Aquello constituía para la defensa el golpe de gracia!

Mientras tanto, la brecha principal se había hecho practicable en el centro, donde un plano inclinado formado por los escombros permitía alcanzar el terraplén. La situación del General Barrié se hacía desesperada y la totalidad de sus hombres en estado de tomar las armas pasaba sobre la muralla y la falsa-braga la tercera noche consecutiva sin dormir. No podía pensarse en despejar el pie de las brechas, dada la masa enorme de piedras y otros restos de la muralla que facilitaba su acceso. Los ingenieros se esforzaron, por el contrario, en practicar cortaduras para la defensa de la nueva brecha, aunque todo les inducía a prever que no tendrían tiempo de acabar tales obras.

Por su parte, los ingleses daban por terminados sus trabajos preparatorios, pues la falta de experiencia de sus zapadores y el bombardeo a que se hallaban sometidos impedían toda nueva progresión de los aproches por la derecha. No les quedaba más que esperar que sus artilleros hubieran mejorado la accesibilidad de las brechas. El único acontecimiento notable de la noche del 18 al 19 fue la entrada en acción de la batería número 5, guarnecida por un obús y un cañón de a 6, encargados especialmente de batir la gran brecha para ahuyentar de allí a los trabajadores franceses (19).

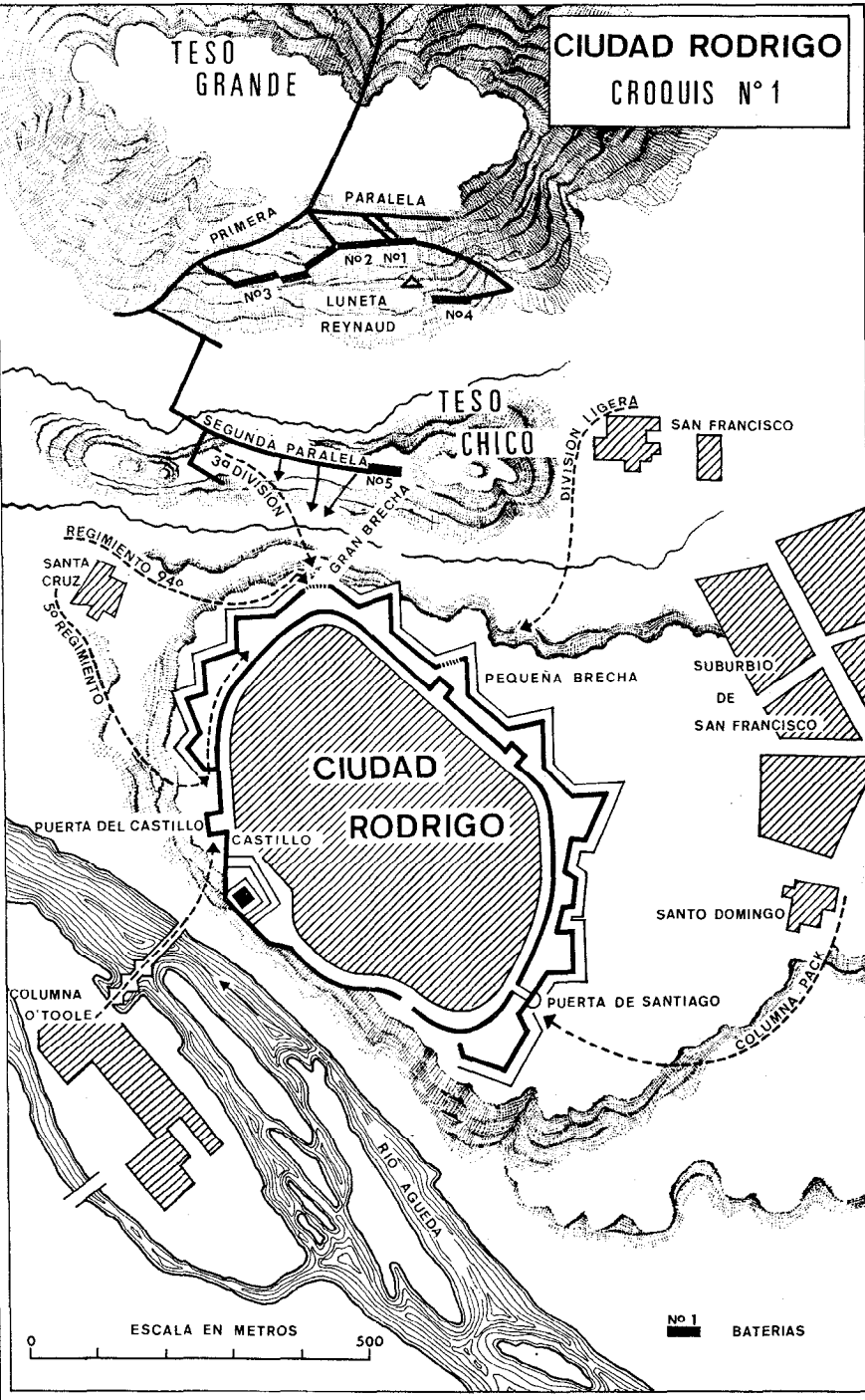
Y cuando se iniciaba el alba glacial del 19 de enero de 1812, tanto en el campo de los sitiadores como en el de los sitiados se generalizaba la opinión de que el sitio tocaba a su fin y que el desenlace del drama no ofrecía la menor duda.

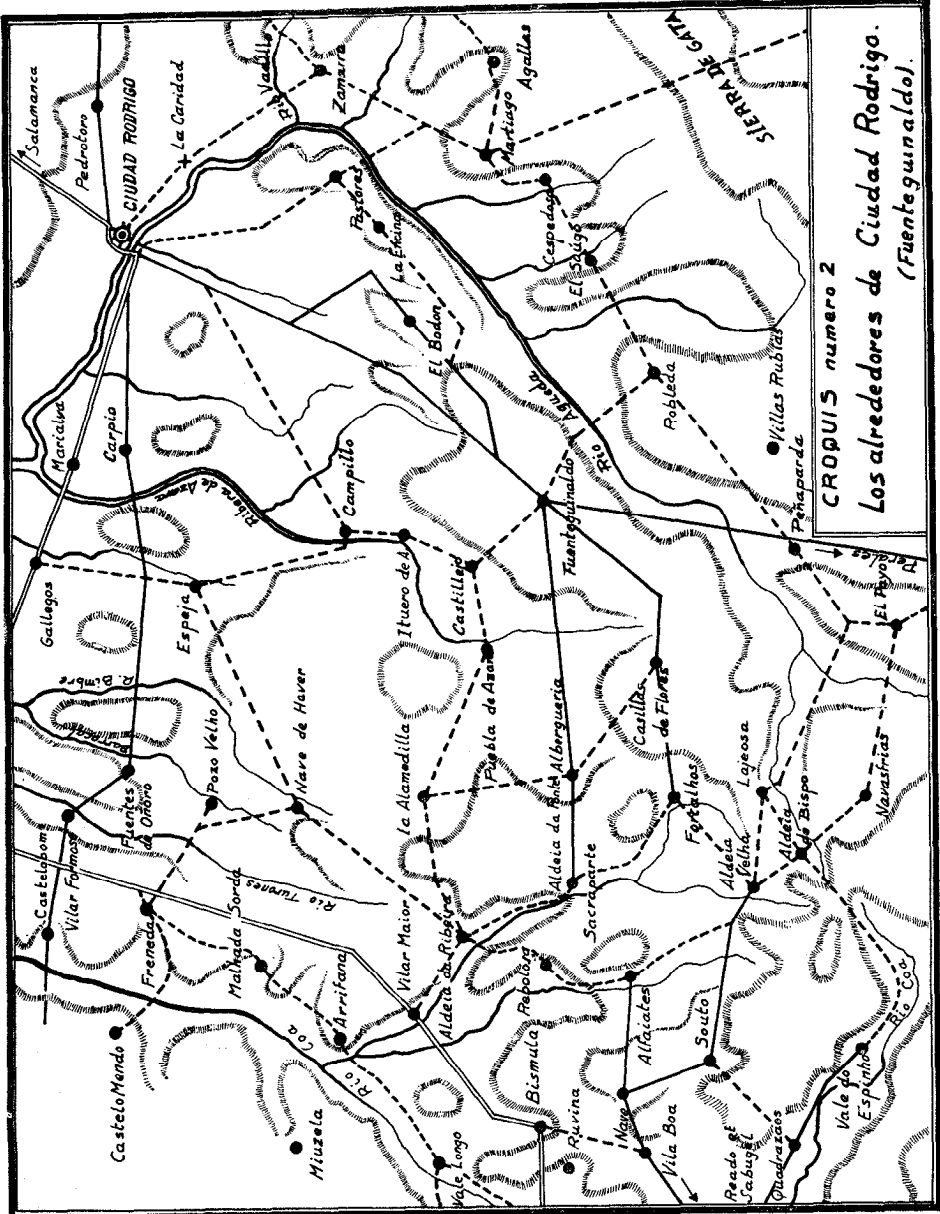
## 2. EL ASALTO DEL 19 DE ENERO. (Croquis núm. 1).

El 18, al caer la tarde, el Mayor de Ingenieros Sturgeon, agregado al Estado Mayor General, había hecho un reconocimiento detallado de la fortaleza, del estado de sus defensas y del de las dos brechas, de las posibilidades de aproximación y de los puntos susceptibles de abrigar los cuerpos de tropas encargados de sostener o flanquear a las columnas de ataque. Al día siguiente, cuando amanecía, Lord Wellington comprobó por sí mismo, cuidadosamente, la exactitud del informe que había recibido, y, sin perder tiempo, decidió que el asalto se efectuaría aquella misma tarde, «aunque la trinchera

(19) BELMAS (T. IV, págs. 272 y 297).—BURGOYNE (T. I, pág. 163).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 357).—JONES (pág. 120).—NAPIER (T. VIII, pág. 87).—VERNER (T. II, pág. 337).

# CIUDAD RODRIGO CROQUIS N° 1





CROPUS numero 2

Los alrededores de Ciudad Rodrigo.  
(Fuenteaguinaldo).



no se hubiera extendido hasta la cresta del glacis y la contraescarpa del foso estuviese aún intacta».

Antes de dar la orden detallada precisando las condiciones en que la plaza sería asaltada, tomó algunas disposiciones preliminares. La primera se refería a las tropas que iban a tomar parte en la operación. La 3.<sup>a</sup> División, mandada por el Mayor General Picton, formaría necesariamente parte de ellas, puesto que a partir de las once de la mañana del 19 le correspondía relevar a la 4.<sup>a</sup> en el servicio de trincheras. Pero, como una sola división se revelaba insuficiente, los hombres del Mayor General Craufurd, que no hubieran debido normalmente entrar en línea hasta el día 20, fueron también convocados.

La segunda medida se relacionaba con la artillería. Después de haberse encarnizado sobre las brechas para completar la destrucción, algunas piezas cambiaron de objetivo para reducir al silencio a las bocas de fuego imperiales de la muralla norte, un pequeño número de las cuales fueron desmontadas, pero sin disminuir sensiblemente la eficacia de la artillería de la defensa.

Por la tarde, los soldados angloportugueses tomaron posición en la proximidad de sus objetivos inmediatos: la División ligera se concentró a retaguardia del Convento de San Francisco; la primera brigada de Picton, a las órdenes del Mayor General Mackinnon, guardaba las trincheras del Teso Grande, mientras que la segunda, escocesa, se mantenía a cubierto del Convento de Santa Cruz. Esta unidad tenía a su cabeza al Teniente Coronel James Campbell, del 94.<sup>o</sup> regimiento, que sustituía provisionalmente al Mayor General Colville, jefe interino de la 4.<sup>a</sup> División. La brigada portuguesa Power —agregada también a la División Picton— quedó de reserva sobre la vertiente opuesta del Teso Grande. Y, por último, hacia el Sur, los portugueses de Pack permanecían en la Caridad, dispuestos a intervenir (20).

A los generales y jefes que mandaban las tropas les fue entregada entonces la orden del día que el General en jefe del ejército había redactado en la misma trinchera y en la que precisaba para cada uno de ellos las «reglas para el asalto de Ciudad Rodrigo», cuya esencia es como sigue:

El ataque general se desencadenaría a las siete de la tarde, pero diez minutos antes se iniciarían varios ataques secundarios. El primero sería ejecutado por el Teniente Coronel O'Toole, con su batallón, el 2.<sup>o</sup> de Caçadores portugueses, reforzado con la compañía ligera del 2.<sup>o</sup> batallón del 83.<sup>o</sup> regimiento. Partiendo de la orilla izquierda, este destacamento atravesaría el puente del Águeda y asaltaría la obra avanzada situada por bajo del castillo, a fin de aniquilar las dos piezas de la artillería imperial, cuyo fuego batía la entrada del foso, objetivo de la segunda columna.

---

(20) BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 358).—JONES (página 122).—LONDONDERRY (T. II, pág. 368).—OMAN (T. V, pág. 177).—Carta de Wellington al Conde de Liverpool, del 20 de enero de 1812 (GURWOOD, pág. 589).

Esta, compuesta por el 2.º batallón del 5.º regimiento y mandada por el Mayor Ridge, saldría por la derecha del Convento de Santa Cruz y marcharía sobre el punto de unión de la muralla y la contra-escarpa del foso, al norte de la puerta de Almeida; penetraría por allí; escalaría la falsa-braga, y la recorrería a su izquierda, desalojando de ella a los puestos franceses. El 77.º regimiento sostendría al 5.º, mientras que el 94.º desembocaría por la izquierda del citado convento para descender al foso al oeste de la gran brecha y se dirigiría entonces hacia ésta. El último batallón de la brigada escocesa, 2.º del 83.º, sería destacado hacia el centro, en la segunda paralela, a fin de disparar sobre los parapetos durante el ataque.

Sobre la brecha principal, la de la Torre del Rey se lanzaría la Brigada Mackinnon, procedente de la primera paralela y de sus comunicaciones con la segunda. En cabeza de esta columna marcharían los zapadores ingleses llevando sacos rellenos de brezo, destinados a facilitar el descenso a los fosos. A la izquierda de este ataque, tres compañías del 95.º, salidas del norte de San Francisco, penetrarían en el foso y se dirigirían lateralmente sobre la gran brecha para secundar a las tropas de Mackinnon.

Del ataque de la pequeña brecha se encargaría la Brigada Vandeleur de la División Craufurd. Esta columna, abandonando por la izquierda el abrigo del Convento de San Francisco, marcharía directamente hacia el foso; escalaría la brecha de la media luna de la falsa-braga y después la del cuerpo de plaza, destacando sobre su derecha cinco compañías para flanquear el ataque principal, y una vez sobre lo alto de la muralla, limpiaría de enemigos el camino cubierto, por ambos lados.

En el momento en que las dos columnas de asalto fueran lanzadas sobre el glacis, las reservas encargadas de sostenerlas tomarían posición: la brigada portuguesa de la 3.ª División sobre el Teso Grande, y la Brigada Barnard, de la División ligera, detrás de San Francisco. Por su parte, el Brigadier General Pack efectuaría con sus portugueses un falso ataque sobre las avanzadas de la puerta de Santiago y sobre las obras exteriores frente a La Caridad.

Los hombres provistos de hachas, sacos, y escalas, bien para descender al foso o para escalar los muros, no llevarían armas. Los destinados al ataque no deberían hacer fuego, pero cada columna destacaría tiradores para contestar a la fusilería de los defensores durante la operación (21).

Esta orden, tan precisa como circunstanciada, iba a ser puesta en ejecución con una puntualidad sorprendente...

\* \* \*

Antes de referir las diversas peripecias del asalto, es necesario

---

(21) Orden del día de Wellington, 19 de enero de 1812 (BELMAS, II. IV, pág. 287), y *Despachos de Wellington* (T. V, pág. 470).

recordar el estado en que se encontraba la guarnición francesa, en el momento en que se disponía a soportar la última prueba.

Desde el punto de vista material, nada les faltaba a los defensores para hacer una fuerte resistencia, ya se tratara de armas, de artillería o de municiones, pero desde el punto de vista humano no ocurría lo mismo. Desde hacía más de tres meses, oficiales y soldados tenían la impresión de encontrarse abandonados, y el descorazonamiento cundía entre los más bravos y enérgicos. La escasez de efectivos se hacía sentir cada vez más desde el comienzo del sitio, a consecuencia de las pérdidas sufridas en la defensa de los puestos exteriores y sobre las fortificaciones del cuerpo de plaza y también a causa de las desercciones que se producían entre los italianos del 113.º. Sin llegar a tomar en consideración la cifra de 800 hombres sobre las armas en 19 de enero, adelantada por Thiébault en su parte del 22 de dicho mes (22), se puede admitir que de los 1.600 combatientes de que disponía Barrié al empezar el sitio, 300, por lo menos habían sido baja durante el curso del mismo.

Defender una plaza fuerte de dos kilómetros de contorno, ocupando dos recintos superpuestos, con dos brechas abiertas, constituía una tarea abrumadora para una fuerza tan exigua. Desde hacía cuatro días el Gobernador no podía conceder el menor reposo a sus soldados, que tenían que servir las numerosas piezas que guarnecían la muralla, sostener el fuego de fusilería contra las posiciones avanzadas de los sitiadores, despejar los escombros en la medida de lo posible, construir atrincheramientos destinados a cerrar las salidas de la brecha principal, etc... El agotamiento de los defensores, a causa de la fatiga y el insomnio se sumaba, como un nuevo factor negativo, a la escasez de su número y a su descorazonamiento.

Los trabajos realizados en la brecha del saliente norte eran de gran importancia, pues se había dispuesto de varios días para efectuarlos. Es cierto que la parte abierta de la muralla tenía por aquel sitio más de treinta metros de anchura y que se podía llegar hasta ella muy fácilmente desde el exterior por un talud en pendiente suave formado por la acumulación superpuesta de los restos del muro, por arriba, y de la falsa-braga, por abajo. Pero el asaltante, una vez llegado al terraplén, no estaba en condiciones de explotar su primer éxito, porque tropezaría entonces con el impedimento representado por la parte posterior de la muralla, que formaba una especie de contraescarpa de más de cinco metros de altura, al pie de la cual se habían amontonado obstáculos susceptibles de hacer dudar a los más osados: estacas aguzadas hundidas en tierra, caballos de frisa, revoltillos de maderos y de carretas volcadas, etc... Y más allá de este abismo, las casas aspilleradas constituían verdaderos reductos, desde los cuales, los tiradores franceses podían fusilar a mansalva a los vencedores inmovilizados en lo alto de la brecha. Sobre los dos flancos de la misma, cortaduras de tres metros de ancho, por otros tantos

---

(22) AHG, Cº 366.

de profundidad, habían sido practicadas transversalmente, y detrás de cada una se elevaban parapetos guarnecidos por piezas de a 24, cargadas a metralla y apuntadas sobre la cima del talud.

Por el contrario, en la pequeña brecha no se había podido hacer nada por falta de tiempo, ya que el muro del recinto no se había derrumbado hasta el 18 por la noche, o sea, veinticuatro horas antes del asalto. Las cortaduras laterales apenas estaban esbozadas, y únicamente la estrechez de la abertura hacía su acceso difícil. Para añadir algunos embarazos a la progresión del asaltante, se había atravesado en el paso una pieza de artillería con su cureña y algunas carretas volcadas; pero se trataba obstáculos bien mezquinos.

En la tarde del 19, los vigías habían señalado grandes movimientos de tropas en el campo inglés, y el Gobernador se dio perfecta cuenta de que el momento del asalto se acercaba. De consiguiente, dirigió a sus hombres una enérgica y cálida alocución, apelando a su patriotismo y exhortándoles al cumplimiento del deber.

A continuación mandó tomar a sus tropas las posiciones previstas para el combate. Tres compañías fueron encargadas de la defensa de la gran brecha, para lo cual fueron provistas de granadas y bombas de mano que debían lanzar sobre los asaltantes, mientras que saquitos de pólvora, unidos por «salchichones» fueron dispuestos en la parte inferior del derrumbamiento. Una antigua poterna situada exactamente en el lugar en que la muralla había sido derruida quedó transformada en hornillo de mina, que se haría estallar cuando la brecha hubiera sido tomada y sus defensores se replegaran al interior de la ciudad. Una compañía de «voltigeurs» [soldados ligeros] defendía la pequeña brecha. Destacamentos muy reducidos se hallaban desplegados en la falsa-braga para retardar el asalto, mientras que los artilleros y algunos auxiliares, distribuidos sobre el contorno del cuerpo de plaza, tenían la misión de efectuar un fuego sostenido contra las posiciones de partida del enemigo y de oponerse a toda tentativa de escalamiento. A este efecto disponían de granadas y de bombas, así como de vigas que se habían colocado sobre el parapeto para lanzarlas sobre los que intentaran trepar por medio de escalas.

El propio Gobernador, con una reserva de sesenta hombres —fuerza irrisoria que denotaba bien la escasez de sus medios—, tomó posición entre las dos brechas, a fin de dirigirse sobre el punto más amenazado (23).

\* \* \*

Aunque el sol se hubiera puesto ya hacía un rato, se distinguían los seres y las cosas, gracias al claro de luna que iluminaba esta noche glacial. Eran las siete menos diez cuando el Teniente Coronel

(23) ARTEFFE (T. XI, pág. 367).—BELMAS (T. IV, págs. 275 y 300).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 361).—JONES (pág. 133).—OMAN (T. V, pág. 176).—VERNER (T. II, pág. 345).

O'Toole, a la cabeza del 2.º de Caçadores, unidad portuguesa agregada a la División Picton, y de la compañía ligera del 83.º británico, atravesaba en silencio el puente de piedra sobre el Águeda, que los franceses no habían cortado por hallarse completamente dominado por los fuegos del cuerpo de plaza, remontando seguidamente el declive de la obra avanzada situada por debajo del castillo. Como no había en aquel sitio ningún foso, los hombres de O'Toole alcanzaron sin dificultad el pie de la muralla, apoyaban en ella sus escalas, subían al parapeto y se hacían dueños de la posición. La importancia de ésta residía en las dos bocas de fuego en ella asentadas, cerca de la puerta de Almeida (llamada también de la Colada), con objeto de batir la entrada del foso.

La operación terminó muy pronto; pues no parece que los defensores tuvieran allí ningún destacamento considerable. A partir de entonces no es fácil determinar lo que hizo seguidamente la columna O'Toole; pues los autores ingleses se callan o se contradicen sobre este punto. Según algunos, habría contorneado la falsa-braga para unirse con las tropas que asaltaban la brecha principal; según otros, habría descubierto una poterna que le permitió entrar en la ciudad por el lado del castillo (24).

Poco más o menos a la misma hora surgía por la derecha del convento de Santa Cruz el 2.º batallón del 5.º regimiento británico, dirigido por el Mayor Ridge, el cual avanzó sin llamar la atención de los franceses, muy ocupados en disparar sobre las trincheras y comunicaciones de los Tesos. Dicho batallón se aproximó, de este modo, a su primer objetivo: el punto de unión de la contraescarpa y la escarpa; y la puerta que por allí daba al foso fue abierta a hachazos. Los pocos defensores que estaban sobre la muralla por encima de aquel lugar se dieron cuenta entonces de la proximidad de los atacantes, sobre los cuales hicieron llover granadas de mano, artificios incendiarios y maderos. Pero ello no impidió que los soldados del 5.º regimiento se extendieran por el foso, y escalaran después la falsa-braga. Las dos piezas de artillería asentadas debajo del castillo para flanquear esta parte del recinto exterior y del foso no pudieron intervenir, porque habían sido reducidas al silencio por el ataque de O'Toole.

En menos de cinco minutos, la posición quedaba así en poder del Mayor Ridge, cuya columna comprendía, no solamente el 5.º, sino también una gran parte del 77.º, que había seguido el movimiento a causa de un error. Girando a su izquierda, la mencionada columna limpió de enemigos el terraplén de la falsa-braga, matando algunos artilleros sobre sus piezas, y llegó de esta suerte al pie del piso superior de la gran brecha, en el momento en que, por debajo de ella, el 94.º alcanzaba el piso inferior de la misma, abierto en la escarpa de la falsa-braga.

(24) BELMAS (T. IV, pág. 277).—BURCOYNE (T. I, pág. 157).—LONDONDERRY (T. II, pág. 373).—NAPIER (T. VIII, pág. 89).—OMAN (T. V, pág. 183).

El último regimiento citado, bajo el mando del Teniente Coronel Campbell, había partido de la izquierda del convento de Santa Cruz, habiendo alcanzado tan fácilmente como la primera columna de la misma brigada el foso, a mitad de distancia entre la puerta de Almeida y la Torre del Rey. Los escoceses descendieron allí con sus escalas o saltando; volvieron seguidamente sobre su izquierda y lo limpiaron de enemigos, derribando las empalizadas que la defensa había establecido. Su recorrido fue casi simétrico al del 5.º regimiento, que avanzaba por el piso superior, es decir, por la falsa-braga. Como únicamente las compañías ligeras quedaban atrás para ocupar las posiciones conquistadas y contestar al fuego de fusilería de los defensores que se mostraban sobre la muralla, una gran parte del regimiento de Campbell se reunió pronto en la base de la brecha del saliente norte, y grande fue la sorpresa de dicho jefe al no encontrar allí a la columna de ataque de Mackinnon, tras la cual debía marchar.

Antes de ocuparnos de lo que sucedía en otros frentes, nos referiremos a lo acaecido simultáneamente en el interior de la plaza. El Gobernador y su pequeña reserva se encontraban entre las dos brechas, lugares evidentemente más expuestos a las empresas de los sitiadores. Ahora bien, algunos minutos antes de las siete, cuando nadie se había movido todavía de los Tesos, disparos de fusil y explosiones de granadas se hacían oír en la retaguardia, del lado de la puerta de Almeida. Temiendo un intento de escalada por cualquier punto mal guarnecido por los defensores, Barrié corrió con sus hombres en aquella dirección, y vio a los escoceses del 5.º escalar la falsa-braga y seguir después en dirección del saliente norte. Sintióse incapaz de oponerse al éxito de estos ataques occidentales, el Gobernador de Ciudad Rodrigo se contentó con arrojar sobre los asaltantes todos los proyectiles que se hallaban preparados sobre la muralla, y regresó a la gran brecha en el momento en que la lucha se encendía también por allí (25).

\* \* \*

Sobre el frente norte, Wellington había confiado a la Brigada Mackinnon (1.º batallón del 45.º, 70.º regimiento y 1.º batallón del 88.º) la misión más importante, puesto que se trataba de apoderarse de la gran brecha abierta al flanco del saliente de la Torre del Rey. Esta tropa desembocó desde la primera paralela y desde la comunicación entre ésta y la segunda. En cabeza, marchaban los 150 zapadores ingleses, llevando cada uno de ellos dos sacos rellenos de brezo. Protegidos por el fuego que el 83.º, apostado en la segunda paralela, sostenía contra los parapetos de la fortaleza y, en particular, contra la falsa-braga, aquellos hombres alcanzarían el borde del foso

---

(25) BELMAS (T. IV, págs. 277 y 300).—BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 360).—LONDONDERRY (T. II, pág. 360).—OMAN (T. V, pág. 179).

y echarían en él sus sacos. Con ello, la altura de la contraescarpa se encontraría reducida de 4 metros a 2,50. Los infantes que les seguían podrían así saltar sin peligro al foso. Pero la escalada de los parapetos de sus propias trincheras, la distancia que tuvieron que recorrer y la subida del glacis, donde se vieron expuestos a los fuegos de la defensa, les hicieron perder tiempo, y, de este modo, la cabeza de la columna Mackinnon se presentó al pie de la brecha con un retraso de una decena de minutos sobre el horario previsto, lo que explica que las tropas de Campbell se hubieran encontrado al principio solas en el lugar de la cita.

Siguiendo las instrucciones recibidas, dicho coronel debía esperar el paso de la columna de asalto para marchar detrás de ella. En consecuencia, detuvo a su tropa un instante; pero viendo que nadie llegaba y no pudiendo continuar inmóvil con los suyos, bajo el fuego de los franceses, se decidió a trepar por la suave pendiente que formaban los escombros hasta la cima de la brecha. No fue, así, la fuerza prevista la que subió al ataque, y esto explica que las pérdidas de la segunda brigada de Picton fueran dobles de las de la primera.

El compás de espera marcado por los escoceses de Campbell les había sido, por lo demás, beneficioso, porque los defensores de la gran brecha, mandados por el Comandante Husson, habían puesto fuego a las bombas y a los explosivos destinados a barrer el plano inclinado que los asaltantes debían normalmente ascender de un solo impulso. Todos aquellos preparativos se desperdiciaron, estallando antes de tiempo, debido a que los británicos habían interrumpido momentáneamente su progresión. Y cuando, precedidos por el 5.º regimiento, se lanzaron verdaderamente al ataque, una buena parte de los medios de defensa de los franceses se habían malgastado inútilmente.

Fue ya en lo alto de la muralla donde los atacantes comenzaron a experimentar dificultades. Allí, en efecto, se vieron detenidos por la contraescarpa, demasiado alta para ser saltada, y por las cortaduras laterales. Las dos piezas de a 24, cargadas de metralla, cruzaban sus fuegos sobre la parte superior de la brecha, mientras que, desde los parapetos y las casas vecinas, la fusilería diezmaba a los que marchaban en vanguardia. Los soldados de Campbell no pudieron, pues, mantenerse allí y retrocedieron en desorden hasta la falsa-braga y el foso.

Mientras tanto, la Brigada Macninnon se había dispuesto para el ataque, y apenas refluó la primera oleada, el Mayor Manners, del 74.º, arrastró en pos de sí las compañías ligeras de los regimientos 45.º, 74.º y 88.º, así como algunos destacamentos escoceses. La subida se hizo esta vez más penosa, a causa de los cadáveres que se amontonaban sobre el plano inclinado y sobre la brecha, donde se encontraron de nuevo los mismos obstáculos. Este segundo ataque fracasó, por tanto, al igual que el primero.

El Mayor General y Campbell realizaron, sin embargo, una nueva

tentativa, con la intención de asaltar directamente los parapetos situados detrás de las cortaduras transversales. La brecha fue de nuevo coronada y la defensa no tardó en desmoronarse. Según algunos autores, los escoceses habrían descubierto las planchas de que los franceses se habían servido anteriormente para franquear las cortaduras y que habían descuidado retirar. De este modo, los atacantes habrían podido abordar a los defensores del parapeto situado al lado diestro de la brecha y triunfar de su resistencia, mientras que Mackinnon había tenido menos suerte por la izquierda.

Pero parece más verosímil que los hombres de Barrié y de Husson hubieran abandonado bruscamente la gran brecha, bien al saber que la pequeña había sido forzada y que el enemigo estaba ya en la ciudad a sus espaldas, o porque vieran aparecer la cabeza del 43.º regimiento inglés que avanzaba por el terraplén sobre su flanco derecho. En todo caso, el pánico cundió entre los soldados franceses, que se declararon en fuga. Sin embargo, al retirarse, los oficiales dieron fuego a la mina situada en la poterna por debajo de la brecha. La formidable explosión causó entre los ingleses más de 150 víctimas, entre ellas, el General Mackinnon, que resultó muerto en el acto (26).

\* \* \*

La División ligera del Mayor General Craufurd estaba encargada del ataque por el flanco izquierdo, dirigido contra la segunda brecha abierta en el cuerpo de plaza, en el costado de la vieja torre situada a mitad de distancia entre la Torre del Rey y la Puerta del Conde. Esta tropa se había reunido detrás del convento de San Francisco, a la caída de la noche, y había tomado sus disposiciones de combate, de tal modo que a las siete en punto abandonaba la protección de los edificios. Entre las diversas columnas de asalto era ésta la que tenía que recorrer una distancia más larga en terreno descubierto, que resultaba superior a los trescientos metros.

Salidas de la derecha del convento, cuatro compañías de *riflemen* [carabineros] del 1.º batallón del 95.º regimiento, a las órdenes del Mayor Cameron, se dirigieron hacia el intervalo comprendido entre las dos brechas; se alinearon a lo largo de la cresta del glacis y abrieron fuego sobre los parapetos de la falsa-braga y de la muralla para distraer la atención de los defensores e impedirles concentrar su fusilería sobre las columnas de asalto.

Algunos minutos después le correspondió el turno a la brigada del Mayor General Vandeleur de lanzarse desde la izquierda del convento y de dirigirse rectamente hacia la pequeña brecha. Se hallaba precedida por 160 portugueses del 3.º de Caçadores, cargados de sacos rellenos de brezo y de paja, así como de escalas; material que

---

(26) AUGOYAT: *Précis des campagnes et des sièges d'Espagne et de Portugal de 1807 à 1814* (Paris, 1839, pág. 307).—BELMAS (T. IV, págs. 279 y 301).—BRIALMONT (T. I, pág. 447).—BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, págs. 361 y 366).—JONES (pág. 128).—NAPIER (T. VIII, pág. 91).—OMAN (T. V, pág. 180).



debía facilitar el descenso hasta el foso. A la cabeza de la columna propiamente dicha marchaba el destacamento de exploradores, compuesto de veinticinco voluntarios mandados por el Teniente Gurwood, del 52.º; seguía, después, la partida encargada del asalto, 300 voluntarios de los tres batallones de Vandeleur, a las órdenes del Mayor G. Napier, del 52.º; y, finalmente, el resto de la brigada (1.º y 2.º batallones del 52.º y algunas compañías del 3.º del 95.º), cuya misión consistía en explotar el éxito. En cuanto a la 2.ª brigada de la División ligera, la del Teniente Coronel Barnard (1.º del 43, 2.º del 95.º y 1.º de Caçadores), constituía una reserva que debía reunirse con Vandeleur sobre la brecha.

La marcha se efectuó en silencio, con el fin de retardar en lo posible el momento en que la defensa abriera el fuego en esta dirección. Por una causa difícil de determinar, los portugueses, que debían haber llegado los primeros al borde del foso, fueron rebasados por los hombres del Teniente Gurwood, a los cuales no les faltaba más que saltar la contraescarpa, que sólo tenía en este sitio una altura de tres metros, antes de precipitarse hacia la brecha de la falsa-braga.

Alertados con ello, los franceses abrieron sobre el foso y la cresta del glacis un fuego violento de fusilería y de metralla, que produjo estragos en las filas inglesas. Estas no tardaron, por otra parte, en dislocarse; pues los exploradores de Gurwood se habían perdido en la oscuridad, desviándose demasiado a la derecha. Confundieron un rebellín con el baluarte, y tuvieron que retroceder para encontrar la brecha. Aunque todo ello se rectificó muy pronto, los asaltantes se amontonaron en el fondo del foso con alguna confusión. El General Craufurd, inquieto por el giro que tomaban los acontecimientos, acudió en persona a la cresta del glacis, con el fin de animar a sus hombres y de ordenar la marcha de las unidades de sostén. En aquel momento, le alcanzó una bala, que le atravesó el brazo, le rompió dos costillas y acabó por alojarse en la columna vertebral. Pocos minutos después, resultaron igualmente heridos el Mayor General Vandeleur, el Teniente Coronel Colborne, jefe del 52.º, y el Mayor G. Napier; de los cuales, sólo el primero pudo continuar en su puesto de combate.

Mientras tanto, Gurwood había acabado por descubrir la entrada de la brecha, que escaló seguidamente la columna de asalto. Su empuje quedó frenado por la estrechez de la parte superior del derrumbamiento, casi totalmente obstruido por una pieza de artillería y algunas carretas. Pero los ingleses superaron el obstáculo y pusieron pie sobre el terraplén de la muralla. Por falta de tiempo, ninguna obra de defensa había podido ser construida a la altura de esta brecha, y, de este modo, los *voltigeurs* que la custodiaban, la abandonaron al instante, siendo así que hasta entonces se habían mantenido firmes, fusilando eficazmente al enemigo.

Una vez dueños de la pequeña brecha, los asaltantes se reordenaron sobre la muralla y se dividieron en dos columnas, que tomaron

opuestas direcciones. El 52.º marchó hacia la izquierda y alcanzó sin dificultades la puerta de Salamanca, con el fin de abrirla y permitir que las tropas que permanecían en el exterior penetraran en la plaza; pero dicha puerta se encontraba tapiada. Hacia la derecha, fuerzas del 43.º y del 95.º, tras vencer la resistencia de algunos elementos de la guarnición, desembocaron sobre la retaguardia de los defensores de la cortadura a la izquierda de la gran brecha. La aparición de los soldados de Barnard precipitó el repliegue de los franceses, ya desmoralizados por el anuncio de que el enemigo había penetrado en la ciudad. Apenas había transcurrido media hora desde el comienzo del ataque (27).

\* \* \*

Quedaba todavía la quinta columna aliada, integrada por los 1.º y 16.º regimientos de línea portugueses, bajo el mando del Brigadier General Pack. Dicha columna tenía por misión efectuar una demostración sobre las obras exteriores al este de la plaza y sobre la puerta de Santiago. Procedente de La Caridad y bordeando la orilla del Águeda, esta tropa se aproximó a los puestos imperiales sin que su presencia fuera descubierta. Entonces, el Mayor Lynch se lanzó francamente al ataque, a la cabeza de un pequeño destacamento, contra el rediente situado delante de la puerta, y escalando la falsa-braga, hizo prisioneros a los defensores, por lo demás muy poco numerosos, algunos de los cuales consiguieron, no obstante, escapar trepando por las cadenas del puente levadizo.

Este falso ataque coronado por el éxito habría influido, así, de un modo señalado en la caída de la plaza; pero la referencia no puede considerarse absolutamente cierta. En su informe sobre el sitio de Ciudad Rodrigo, el Gobernador Barrié dice que, después de haber acudido con su reserva hasta la puerta de Almeida, con ocasión del ataque del 5.º regimiento británico, había regresado a la gran brecha, advirtiendo que el fuego decrecía en este punto (sin duda, durante la pausa efectuada por la brigada escocesa en la falsa-braga), y al enterarse de que el enemigo escalaba la muralla por el Sur, se había dirigido en esta dirección y comprobado con satisfacción que allí no ocurría nada grave, por lo que volvió de nuevo hacia las brechas, a donde llegó en el momento en que se desmoronaba la resistencia. De acuerdo con este informe del Gobernador, el ataque de Pack no le impidió acudir con su reserva a enfrentarse con las tropas de Mackinnon y Craufurd. Según Londonderry y Fortescue, los hombres de Lynch, después de poner el pie en la falsa-braga, habrían con-

---

(27) BELMAS (T. IV, págs. 278 y 301).—BURGOYNE (T. I, pág. 159).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 362).—GURWOOD (pág. 590; carta de Wellington a Lord Liverpool, del 20 de enero).—JONES (pág. 128).—LONDONDERRY (T. II, pág. 393).—NAPIER (T. VIII, pág. 90).—OMAN (T. V, pág. 182).—VERNER (T. II, pág. 342).

seguido escalar la muralla y entrar en la ciudad, aumentando el apuro de los defensores, tomados así francamente de revés (28).

Aunque se produjeron combates parciales, librados de casa en casa o en las calles, entre la cabeza de las columnas inglesas que desembocaban de ambas brechas y las tropas imperiales que habían abandonado la muralla, no parece que haya existido una oposición muy seria por parte de estas últimas. Después de haberse reunido en torno de la catedral, los soldados de Picton y Craufurd se extendieron por la ciudad en pos de los franceses, que refluían en desorden hacia la explanada situada delante del castillo, en la que se encontraba aparcado el tren de sitio del ejército francés de Portugal. Una vez llegados a tal punto y acorralados contra el recinto, la mayor parte de los defensores rindió sus armas; sólo algunas decenas de hombres penetraron en el castillo y se encerraron en él, con el Gobernador y su Estado Mayor.

Reforzados por los soldados de O'Toole y de Pack, que entraron en la ciudad por sus propios medios, los ingleses dirigieron una intimación al General Barrié, que se rindió a su vez, sin que se pueda precisar quién recibió su espada, si el Teniente Gurwood, del 52.º, o el Teniente Mackie, del 88.º (29).

El segundo sitio de Ciudad Rodrigo había terminado. Antes de referirnos a sus consecuencias, conviene hacer un balance del mismo. Por lo que se refiere a los aliados, se advierte que la suma de sus pérdidas varía mucho según los autores. Siguiendo a Oman, nos atenemos a las cifras que figuran en los partes oficiales del *Record Office*, es decir, a un total de 1.121 hombres fuera de combate para el conjunto del sitio, desde el 8 al 19 de enero; de ellos, 568 corresponden al asalto del 19. En este número figuran nueve oficiales muertos, entre ellos el General Mackinnon, y cincuenta y uno heridos, incluyendo a los Generales Craufurd y Vandeleur. El bravo jefe de la División ligera falleció el 24 de enero, de resultas de las graves heridas recibidas al pie de la pequeña brecha. Ello constituyó una sensible pérdida para Wellington (30).

«Ignoro cuáles habrán sido nuestras pérdidas», diría el General Barrié en su informe. Si se admiten como válidas, de una parte, la cifra de 1.600 combatientes sobre las armas en 8 de enero, y de otra, la de 1.300 prisioneros capturados por los ingleses, pueden calcularse en 300 los hombres fuera de combate. Pero este cálculo parece demasiado moderado, aun reconociendo con algunos testigos británicos que las pérdidas de los sitiadores fueron dobles de las de los sitiados, con ocasión del asalto. Las cifras verdaderas debe oscilar entre 300

(28) BELMAS (T. IV, pág. 301).—BRIALMONT (T. I, pág. 448).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—CURWOOD (pág. 592).—LONDONDERRY (T. II, pág. 374).—OMAN (T. V, pág. 183).

(29) BELMAS (T. IV, pág. 279).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—NAPIER (T. VIII, pág. 93).—OMAN (T. V, págs. 183 y 589).

(30) OMAN (T. V, pág. 587).—VERNER (T. II, pág. 351).

y 500. Gracias a Martinien, se dispone de una base de estimación por lo que respecta a los oficiales, puesto que de los sesenta y siete que existían al comienzo de la operación, siete resultaron muertos y veintitres heridos (31). De esta proporción de bajas, que sobrepasa el 40 por 100, se puede concluir que los mandos de la guarnición habían cumplido enteramente con su deber.

\* \* \*

Mientras que las cabezas de las columnas británicas daban caza a los franceses que se retiraban de las brechas y de la muralla para buscar refugio por el lado del castillo antes de efectuar su rendición, varios millares de hombres se extendieron por la ciudad en busca de todo lo que pudiera caer en sus manos. Iban a producirse, de este modo, durante toda la noche del 19 al 20 de enero, «escenas horribles de saqueo y confusión».

El almacén de aguardiente de la guarnición, situado en la Plaza Mayor, fue pronto descubierto por los soldados sobreexcitados por el asalto y el triunfo. El centinela alemán, que la vanguardia había dejado allí al pasar, fue muerto a bayonetazos por sus propios camaradas, y la multitud se arrojó sobre las barricadas. En algunos instantes, la embriaguez se hizo general; varios hombres rodaron por el suelo borrachos perdidos y quedaron abrasados por el incendio que devastó en poco tiempo las casas circundantes. Este incendio fue provocado voluntaria o involuntariamente, a causa de las hogueras que encendieron los soldados para calentarse en aquella noche glacial.

El alcohol acabó por disolver todos los vínculos de la disciplina, y el desenfreno de la soldadesca llegó al colmo... Ingleses y portugueses, dueños de la calle, proferían alaridos y disparaban sus armas al aire; en la plaza del mercado estallaban reyertas entre ellos, con muertos de una y otra parte. Guiados por algunos habitantes, deseosos de aprovecharse del desorden, centenares de soldados se dedicaron desde entonces al pillaje; las casas fueron sistemáticamente forzadas, registradas y saqueadas. Todos los objetos de valor fueron robados, incluidos los vestidos y zapatos de las damas. Algunos ciudadanos que intentaron defender sus bienes resultaron asesinados, y todas las personas pertenecientes al sexo femenino fueron violadas, sin distinción de edad. Las capillas e iglesias quedaron desvalijadas, y los saqueadores se alumbraron con los candelabros y cirios encontrados en ellas, para su siniestra tarea.

Algunos oficiales se esforzaron en reprimir estos actos de ban-

---

(31) BELMAS (T. IV, pág. 302).—FORTESCUE (T. VII, pág. 366).—OMAN (T. V, pág. 185). De los informes suministrados por Martinien, se deduce que un oficial de Estado Mayor; dos oficiales de ingenieros, entre ellos el Capitán Cathals, que resultó muerto; seis oficiales de artillería; ocho oficiales del 113.º, y trece del 34.º ligero, entre ellos el jefe de batallón Fourtine (que sucumbió más tarde a sus heridas), quedaron fuera de combate.

didaje, en particular, el General Picton y los Coroneles Barnard, Cameron y Mac Lead; pero no fueron obedecidos y hasta se vieron amenazados y atropellados en ocasiones. No obstante, bajo el imperio de la fatiga, los soldados hartos de vino y aguardiente y saciados de lujuria se dejaron vencer por el sueño. Poco a poco, los mandos restablecieron el orden y reunieron sus hombres por regimientos sobre las murallas. Por fin se pudieron constituir equipos para recoger los heridos, que habían pasado la noche sobre el glacis o en las brechas, para ponerlos al abrigo de las casas. Se continuó trabajando en la extinción de los incendios, que, a pesar de todo, duraron unos seis días, amenazando extenderse a la totalidad de la urbe.

En la mañana del 20, las unidades más o menos reconstituidas salieron de Ciudad Rodrigo. La mayoría de los soldados iban cargados de botín y vestidos con despojos sustraídos a los franceses y a los paisanos. A tal punto que Wellington, apenas pudo reconocer a su División ligera, que tanto se había distinguido en el asalto, pero también en el saqueo de la desgraciada ciudad. El General Leith, a la cabeza de la 5.<sup>a</sup> División, vino entonces a ocupar la fortaleza, mientras que los prisioneros franceses se alejaban marchando en dos columnas. Habían sido mejor tratados por los vencedores que la población civil; pero la explosión de un polvorín, provocado por desertores ingleses que no deseaban volver a caer en manos de sus compatriotas ocasionó la muerte de un cierto número de aquellos prisioneros, así como la de algunos hombres de su escolta.

Mientras que los historiadores españoles de la primera mitad del siglo xix se guardan de evocar los excesos que siguieron al victorioso asalto de Ciudad Rodrigo, los ingleses no dudaron en denunciarlos y reprobarlos. Sin embargo, aunque lamentan por lo general la falta de honradez y disciplina de sus soldados, tratan de salvar la responsabilidad del general en jefe, alegando que se trataba de la primera ciudad europea tomada por asalto por el ejército británico, lo que explica la falta de precauciones por parte del mando para frenar a las tropas una vez conseguido el éxito. Podría admitirse el argumento, si no hubiera sido contradicho por ejemplos ulteriores; con ocasión de los asaltos de Badajoz y San Sebastián, los excesos cometidos por los ingleses, ¿no debían sobrepasar en horror a los que sufrió Ciudad Rodrigo, sin que se pueda invocar ya la inexperiencia de los jefes?

Otros han pretendido excusar la actitud de los vencedores del 19 de enero de 1812, comparándola con la de las tropas imperiales, cuando se apoderaron a viva fuerza de un cierto número de ciudades fortificadas de la Península. Sin pretender de ningún modo aminorar las violencias de que los franceses se hicieron a menudo culpables durante esta guerra, conviene, no obstante, distinguir entre el furor vindicativo de unos soldados que penetraban en una localidad en que paisanos españoles y portugueses habían cooperado con los militares a la defensa, con las atrocidades cometidas por las columnas de

asalto británicas con una población que en su inmensa mayoría los consideraba como aliados y los esperaba como libertadores (32).

\* \* \*

A despecho de este episodio lamentable, el sitio de Ciudad Rodrigo constituía para el ejército angloportugués un brillante hecho de armas. De todas las operaciones similares emprendidas en la Península por los ingleses, ésta fue la única en la que no se produjo el menor contratiempo desde el principio hasta el fin. De suerte, que bastaron doce días para llevar a cabo un programa, a la realización del cual Wellington había pensado consagrar lo menos veinticuatro. Una parte del mérito corresponde a los ingenieros, que no cometieron el menor error; a la acumulación oportuna de medios materiales, y también, al entrenamiento recibido durante varios meses por un destacamento de infantería de la 3.<sup>a</sup> División, para actuar como zapadores.

Pero, ante todo, se debe rendir homenaje al General en jefe británico, que dio muestras en esta ocasión de una cualidad muy poco habitual en él: la audacia. Obligado a actuar con rapidez, por temor de que acudieran los ejércitos imperiales del Norte y de Portugal, se atrevió por dos veces a pasar por alto las reglas admitidas: la primera, atacando la luneta Reynaud e iniciando los trabajos de zapa el mismo día en que se completó el cerco, y la segunda, absteniéndose de apagar los fuegos de la defensa y de abatir la contraescarpa, antes de efectuar el asalto. Aprovechando de este modo la ocasión, sacó de ella el máximo partido, explotando el entusiasmo de sus soldados, con los cuales emprendió un período de operaciones victoriosas que le habían de conducir hasta Madrid y Burgos.

El único reproche que se le puede hacer consiste en la prodigalidad de vidas humanas de que dio muestras en esta ocasión, y que resulta tanto más sorprendente cuanto que solía escatimarlas con el mayor cuidado en las operaciones en campo abierto. Sobre todo, el asalto del 19 de enero le costó muy caro, cuando le hubiera bastado con un ataque demostrativo sobre la brecha principal, donde los defensores habían concentrado la mayor parte de sus medios. La debilidad de la guarnición, que obligaba a Barrié a dejar tan sólo algunos piquetes sobre el contorno de la plaza, habría permitido a los ingleses escalarla con éxito por diversos puntos.

A quienes pretendan comparar el método expeditivo que utilizó Wellington durante el sitio, con la lentitud de que dieron muestras Ney y Massena en 1810, bastará con replicar que, a la inversa de los ingleses, los dos mariscales de Napoleón disponían sobradamente de

(32) ARTECHE (T. XI, pág. 373).—BELMAS (T. IV, pág. 279).—BRIALMONT (T. I, pág. 448).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—LONDONDERRY (T. II, pág. 375).—NAPIER (T. VII, págs. 93 y 97).—OMAN (T. V, pág. 183).—SOUTHEY (T. V, pág. 423).—VERNER (T. II, pág. 346).—WELLER (pág. 197).

tiempo, y no necesitaban abreviar los trabajos de zapa a costa de la vida de sus soldados.

Numerosas censuras pueden hacerse a los defensores de Ciudad Rodrigo en 1812. Al principio del asedio, la guarnición dio muestras de debilidad y de cierta negligencia, especialmente con ocasión de la defensa de la luneta Reynaud y del Convento de Santa Cruz. Cuando el ataque del 19, los piquetes que ocupaban la falsa-braga no opusieron apenas resistencia a los portugueses de O'Toole y de Pack, mientras que la defensa de la pequeña brecha se desmoronó rápidamente. Pero nada de ello resulta sorprendente, si se tiene en cuenta que la infantería de que constaba la guarnición era de calidad mediocre, que el sitio había comenzado prácticamente ya en octubre, que un solo contacto se había establecido desde entonces con el exterior, en el momento de la visita de Thiébault (1.º de noviembre de 1811), y que durante el asedio, no se había percibido la menor señal de que los ejércitos imperiales se dispusieran a socorrer la plaza... No hay que olvidar tampoco que el servicio resultaba excesivamente penoso, puesto que los hombres, que carecían de capotes, debían pasar todas las noches al raso sobre la muralla o en la falsa-braga, cuando la temperatura descendía muy por debajo de cero. En tales condiciones, ¿cómo se podía exigir de los defensores la moral y el entusiasmo indispensables para hacer una fuerte resistencia?

Del Gobernador, en resumidas cuentas, no era posible esperar más. Cuando fue designado para ocupar el puesto, no había ocultado su repugnancia ni sus temores; pero logró sobreponerse a tales sentimientos, y si, en la hora de la prueba, su capacidad no rayó a gran altura, su valor personal merece subrayarse. Los errores que se le imputan, se debían por lo general a su inexperiencia y a su falta de medios. Las obras exteriores fueron mal defendidas; pero no era posible consagrarles grandes destacamentos, porque, de otro modo, no hubiera quedado fuerza suficiente para vigilar el cuerpo de plaza. La resistencia en la pequeña brecha habría podido asegurarse mejor, pero no hubo tiempo de preparar su defensa. En el momento del asalto, Barrié se dejó distraer por ataques demostrativos, que sólo afectaban de hecho a la falsa-braga, y se ofuscó de tal modo, que su reserva no fue capaz de socorrer a la compañía que custodiaba la pequeña brecha. Pero no estaba absolutamente equivocado, puesto que, al fin y a la postre, los soldados de O'Toole y de Pack penetraron en la ciudad. Sosteniendo la resistencia hasta el fin y rehusando la rendición que se le propuso el 16, para aguantar al enemigo sobre la brecha, se condujo como bravo y cumplió con su deber. Así, por lo que a él respecta, se debe reconocer también que hubiera sido difícil obrar mejor y que no le era posible salvar la plaza que le había sido confiada.

En tales condiciones, no se explica el empeño del Duque de Ragusa en hacer recaer sobre el Gobernador la entera responsabilidad de la catástrofe. En su correspondencia de la época, así como en

sus *Memorias*, calificaba a Barrié de «mal general», cuya conducta en aquella ocasión había sido «deshonrosa»; de «oficial detestable, sin resolución ni vigilancia», que había realizado «una defensa tan miserable», que no dio tiempo al ejército de acudir en su socorro... El jefe del ejército francés de Portugal olvidaba que el 16 de septiembre anterior había informado por sí mismo a Berthier que Ciudad Rodrigo no podría resistir ni quince días contra un ataque que dispusiera de medios considerables. La actitud de Marmont respecto a Barrié es la que suelen adoptar los jefes para descargar sobre sus subordinados la parte de responsabilidad que les incumbe.

De hecho, la causa primordial de la rápida caída de la fortaleza del Agueda se debe, en definitiva, a la insuficiencia de las tropas encargadas de custodiarla. Para defender un puesto, cuya importancia había sido aumentada por la erección de varias obras exteriores, Barrié no disponía siquiera de la tercera parte de las fuerzas con que contaba Herrasti en 1810.



# LOS BARCOS HOSPITALES EN LA CAMPAÑA DE CUBA

por JOSE TORRES MEDINA

Capitán Médico de la Escuela de Aplicación de Sanidad Militar  
Sección de Investigación y Experiencias

## I. INTRODUCCIÓN

La evacuación de enfermos o heridos por el mar es tan antigua como la navegación misma. En muchas ocasiones los pueblos eminentemente marinos y aquellos que utilizaron el mar como vía de sus conquistas hubieron de regresar a sus tierras con los barcos repletos de heridos. Estos heridos y los soldados que enfermaban durante la campañas eran transportados en los propios barcos donde días atrás marchaban con esperanzas de triunfo. A las penalidades psíquicas de la derrota se sumaban las físicas en el viaje de retorno.

Los grandes caudillos, concedores de sus hombres, han sabido siempre el efecto psicológico que sobre sus tropas ha tenido una buena asistencia sanitaria. Es de suponer, aun con medios sanitarios muy rudimentarios, que el hecho de habilitar una nave de una flota, con la única misión de recoger las bajas habidas en un combate y evacuarlas al punto de partida, habría de constituir un motivo para elevar la moral de los combatientes en cualquier época de la Historia (1).

No se puede hablar con exactitud de cuándo se utilizó por primera vez un buque-hospital. Pero no resultaría aventurado reconocer que fuese España, como en tantas otras gestas de su Historia (2), la primera nación del mundo que empleara buques-hospitales. En *La Trayectoria Hospitalaria de la Armada Española* cita Clavijo cómo en la flota que había formado el Obispo de Mondoñedo para la conquista de Túnez contra Khair Eddin, más conocido por el pirata Barba-

---

(1) *Del Servicio Médico en los Ejércitos de la Antigüedad*. «Revista de Sanidad Militar» (10-I-1866), pág. 60.

(2) J. MARTÍNEZ DÍAZ (Madrid): *España, adelantada de la Medicina Castrense. Medicina e Historia*. «Boletín de Patología Médica», mayo-junio 1965, pág. 93.

roja, la nao capitana actuaba a la vez como buque-hospital (3). Y durante la conquista de Portugal se preparó una de las naves para actuar como buque-hospital, aunque dada la distancia a que se encontraba de la escuadra de Santa Cruz y Recalde no llegara a prestar servicio. También llevaba un *hospital naval* a flote el Duque de Medinaceli en los Gelves. Y la Armada Invencible contaba con un auténtico arsenal sanitario hasta el punto que el grueso de los servicios sanitarios lo constituían ochenta y cinco personas, aparte el personal idóneo y responsable que cada buque llevaba en tan importante empresa.

Tuvieron que pasar varios años para tener noticias escritas del empleo de buques-hospitales en otros países de Europa. Y así en 1693 en Francia y durante el reinado de Luis XIV se ordenó la construcción de tres buques-hospitales para acompañar a la flota francesa compuesta por 190 buques. Era un período en el que Francia, tras la administración de Colbert, había recibido de Holanda la técnica de sus astilleros reuniendo los mejores constructores navales de la época, como Rodolfo Gedeon, Biagio Pingallo y el inglés Deane entre otros (4).

Con el paso de la vela al vapor vuelve España a ser adelantada, y es precisamente en 1860 —durante la gloriosa campaña de Africa— cuando se utiliza como primer buque-hospital a vapor a «El Cid», pequeño navío que evacuaba heridos y enfermos desde la zona de Tetuán y Ceuta hasta las costas andaluzas. El servicio facultativo de este barco fue desempeñado por médicos militares, entre ellos don Nicasio Landa, en vez de por médicos de la Armada como se había pensado en principio (5). Pronto se comprobó que un solo barco era insuficiente para poder mantener el servicio a cubierto, por lo que hubo de habilitarse otros buques para completar la misión. De esta forma aparecieron «El Barcelona» (6), buque español de la Compañía Hispano-Alemana, de 1.000 toneladas; «El Torino» (7), piamon-

(3) CLAVIJO: *La Trayectoria Hospitalaria de la Armada Española*.

(4) VALERY PONTI: *Historia de las comunicaciones. Transportes marítimos*. Ediciones Salvat, S. A., 1968.

(5) NICASIO LANDA: *Historia general de los buques-hospitales*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866, págs. 11, 142, 166, 213, 239, 242, 269, 272, 314 y 480.

(6) «Barcelona»: *Buque-hospital utilizado en la campaña de Marruecos. Descripción del mismo y planos*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866, pág. 315.

(7) «Torino»: *Buque-hospital utilizado en la campaña de Marruecos*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866, pág. 213.

tés de la Compañía Trasatlántica, de 2.000 toneladas; «El Cataluña» (8), de la matrícula de Barcelona, con 1.500 toneladas, y «El Ville de Lyon» (9), francés, de 2.500 toneladas. De ellos «El Torino y «El Ville de Lyon» se destinaron al transporte de heridos y enfermos comunes, y los otros dos a la evacuación de los enfermos de cólera, enfermedad que causó más bajas en las tropas que las balas enemigas.

Fue, por tanto, «El Cid» el primer buque a vapor utilizado como buque-hospital porque los buques-hospitales, equipados con los mejores medios sanitarios de la época que tanto dieron que hablar posteriormente, y que utilizaron ingleses y franceses en 1856 en China y Conchinchina, eran exclusivamente de vela. Y tres años después el «Mauritius» y el «Melbourne», empleados en la misma campaña, eran también de vela, aunque poseían máquina auxiliar.

Estas naves que en los albores del vapor empleó España eran buques habilitados para la evacuación de los combatientes. No eran por consiguiente auténticos buques-hospitales construidos para ese fin. Porque en términos generales se suelen distinguir dos tipos de buques-hospitales. Los buques-hospitales propiamente dichos, construidos única y exclusivamente como verdaderos hospitales flotantes, y los buques-hospitales habilitados, que fueron diseñados como transportes pero que en un momento dado pueden ser destinados, tras las oportunas modificaciones, a la asistencia de heridos y enfermos y a la evacuación de los mismos (10). Por otra parte conviene destacar, aunque sólo sea de pasada, que estos buques-hospitales pueden ser construidos, equipados y destinados a su misión específica, bien por una nación beligerante o bien por una nación neutral. Tanto en un caso como en otro es necesario que las naciones en guerra conozcan de antemano —al comienzo de las hostilidades o al menos antes de entrar en servicio— los nombres y características de estos barcos. Y de acuerdo con el artículo 4 de la Convención X de la Segunda Conferencia de La Haya, estos barcos solamente pueden utilizarse para:

(8) "Cataluña": *Buque-hospital habilitado que hacía la travesía de la Isla de Santo Domingo a Cuba con enfermos y heridos*. «Revista de Sanidad Militar», 25-III-1865, págs. 157 y 213 (descripción detallada). "Cataluña": *Boque-hospital utilizado en la campaña de Marruecos*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866, página 213.

(9) "Valle de Lyon": *Buque-hospital utilizado en el campaña de Marruecos*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866, pág. 213.

(10) LÓPEZ MUÑIZ: *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, tomo III. *Bia/cens*, pág. 233.

el transporte y asistencia de heridos, enfermos o náufragos de los países en guerra, sin distinción de nacionalidad. El no cumplimiento de este artículo, que equivaldría a la utilización de los buques-hospitales con cualquier otro fin, supondría no tener que ser respetado por los beligerantes, según se especifica asimismo en el artículo 8 de la citada Convención. Tanto los buques-hospitales propiamente dichos como los buques-hospitales habilitados deben estar pintados de blanco y además de enarbolar el pabellón nacional llevar en sitio visible una bandera blanca con una cruz roja (11).

## II. CREACIÓN DE LOS BARCOS HOSPITALES PARA LA CAMPAÑA DE CUBA

Aquellos primeros buques-hospitales españoles estuvieron muy poco tiempo en servicio. Hubieron de transcurrir más de treinta años para que los buques-hospitales volvieran a despertar el interés de los gobernantes de entonces, sobre los que pesaba la responsabilidad de resolver un problema tan importante como el de evacuar a los enfermos y heridos desde Cuba hasta la Península en momentos difíciles.

Cuba, considerada la llave del Nuevo Mundo, fue uno de los últimos territorios de Ultramar vinculados a la corona de España. Sin embargo, se puede decir que desde 1868 hubo en la isla un afán de independencia con pequeñas escaramuzas que desembocaron en una gue-abierta a partir de 1895. Se personificó en José Martí la figura de la revolución y con la entrada en la lucha de los Estados Unidos en abril de 1898, los acontecimientos se aceleraron teniendo España que reconocer la Independencia de Cuba por el Tratado de París.

Fueron días de gestas heroicas para los soldados y marineros de España, para un Ejército que luchaba lejos del suelo patrio. Hubo momentos en que los soldados españoles ocupaban y llenaban los Hospitales Militares de la isla. Muchos padecían enfermedades de tratamiento largo por aquel entonces (12), que en nada beneficiaba el clima del lugar, lo que obligaba a una rápida evacuación a la Madre Patria. Las autoridades sanitarias militares tenían que efectuar una se-

(11) LASALA SAMPER, Fernando M.<sup>a</sup> de: *La protección de los heridos, enfermos y náufragos de las Fuerzas Armadas en campaña*. «Derecho Humanitario Bélico», tomo II, Universidad de Zaragoza, MCMLXIV.

(12) ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *El Rámpano* (enfermedad que G. Andrés y Espala asemeja a la triquinosis y que cursa con úlceras fagedémicas en extremidades inferiores). «Revista de Sanidad Militar», 10-V-1865, pág. 233.

lección del personal herido o enfermo que debía retornar a la Península. Esta selección estaba llena de dificultades porque de una parte había que escoger a los combatientes cuyas heridas o padecimientos obligaran a no retenerlos en los Hospitales Militares, pero por otra parte había que eliminar a aquellos que por su gravedad o por su menor resistencia se considerara de antemano no podrían resistir la travesía del Atlántico. Fácil es suponer que no podía recaer en una sola persona la responsabilidad de juzgar quiénes deberían tener derecho preferente de retorno. De aquí que se creara una Comisión formada por un Subinspector Médico de Primera, tres Médicos Mayores y un Médico de primera o segunda como secretario que —según se especificaba por Real Orden de 3 de diciembre de 1897, D. O. número 274— debían reconocer, en día hábil antes de cada correo, a todos los soldados hospitalizados que tuvieran infartos viscerales por paludismo; a los que por anemia o deterioro orgánico no ofrecieran esperanzas de alivio suficiente para resistir la campaña; a los predispuestos a la tisis y a los heridos cuyas lesiones pudieran producir inutilidad o exigieran larga permanencia en los Hospitales Militares. Asimismo se recomendaba no incluir en las propuestas a los que por su gravedad se intuyera laposibilidad de sucumbir en el viaje o en los primeros días de su llegada a la Península.

El transporte hasta la Península en vapores-correos, que hacían viajes regulares y en los que se habilitaban dependencias como enfermerías, estaba lleno de dificultades desde el punto de vista sanitario (13). No valía ni el celo en el cumplimiento de su deber del personal de estos buques ni la resistencia física y moral que para aquellos bravos soldados suponía el regreso a sus añoradas tierras. Muchos morían en el camino. Había que crear buques-hospitales que aseguraran una buena asistencia sanitaria durante la travesía. Y si en verdad no se hicieron auténticos buques-hospitales, al menos se habilitaron unos cuantos barcos de la Compañía Trasatlántica para que cumplieran esta misión (14).

La idea de la creación de los buques-hospitales partió del Cuerpo de Sanidad Militar, que consideró una obligación establecer este

---

(13) ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Evacuación de enfermos y heridos en buques-hospitales*. «Revista de Sanidad Militar», 25-III-1865, pág. 157.

(14) ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Habilitación de los buques «María», «San Quintín» y «Cataluña» como buques-hospitales para la evacuación de heridos y enfermos de la isla de Santo Domingo a Cuba y Puerto Rico*. «Revista de Sanidad Militar», 25-III-1865, pág. 157.

servicio regular entre la isla de Cuba y la Península, contando con el personal técnico propio dedicado exclusivamente a este servicio.

Por Real Orden de 10 de enero de 1898 se crea este servicio. Los buques-hospitales en la campaña de Cuba son ya una realidad desde esa fecha. Estos buques vinieron a marcar una hito en el sistema de evacuación de los enfermos y heridos que regresan de ultramar. El fin primordial de su creación estaba en una continuidad de asistencia iniciada en los Hospitales Militares de Cuba para terminar en los de la Península. Lógicamente esta asistencia debía de recaer, como así ocurrió, sobre los médicos militares, puesto que se trataba de asistir y cuidar a enfermos o heridos militares.

Esta Real Orden que disponía que la Compañía Trasatlántica destinara dos de sus vapores-correos como buques-hospitales era prácticamente una comunicación oficial del contrato entre el Gobierno y la citada Compañía. El texto íntegro de esta Real Orden figura en el Apéndice I:

Aparte de las normas especificadas en este contrato con la Compañía Trasatlántica, la organización de los servicios sanitarios en los buques-hospitales, así como las vicisitudes propias en cuanto al transporte, quedan detalladas en una Circular de 21 de enero de 1898 del Ministerio de la Guerra recibida en la Sección de Sanidad de este Ministerio.

Entre una y otra fecha tuvo lugar un hecho importante para la Sanidad Militar, que fue la creación de un Manicomio Militar en los terrenos del entonces nuevo Hospital Militar de Carabanchel Bajo, no suponiendo mucho lo que se consideraba distancia toda vez que «la relativa dificultad de las comunicaciones desaparecerán tan pronto como el Batallón de Ferrocarriles se encargue, con arreglo a la Ley de 17 de julio de 1895, de la explotación del ferrocarril de Madrid a San Martín de Valdeiglesias o se construya el tranvía eléctrico que se proyecta con arreglo a lo dispuesto por Real Orden de 16 de noviembre próximo pasado». La inauguración del tranvía eléctrico en Madrid, que sustituyó a los de mulas, tuvo lugar en el mes de agosto de 1898, pocos días después de que se dispusiera el funcionamiento de la Academia de Sanidad Militar, creada ya aunque de manera nominal en 1895.

La Circular citada referente a la organización de los servicios sanitarios en los buques-hospitales se reproduce en el Apéndice II:

Como se ve, en la organización de este nuevo servicio sanitario no solamente se tenía en cuenta la selección del personal enfermo o heri-

do para su repatriación por la Junta Facultativa correspondiente, sino que se preveía la oportuna asistencia durante la travesía por los médicos de a bordo y la terminación de ésta en hospitales peninsulares. El éxito de Sanidad Militar más que en organizar este servicio estuvo en prever la necesidades del mismo ante el número considerable de bajas que habría de presentarse. Las medidas preventivas adoptadas fueron la causa de que el servicio sanitario, aún con sus dificultades, no se viera desbordado. Por eso es importante señalar que fue también Sanidad Militar quien indicó la conveniencia de no demorar la evacuación de las bajas, para lo que propuso aceptar cualquier tipo de barco que de regreso a España pudiera admitir a soldados enfermos o heridos que no necesitaran cuidados extremos propios de buques-hospitales.

Como consecuencia de todo esto por otra Real Orden de fecha 1 de febrero de 1898 (D. O. núm. 25), se dispuso que el Capitán General de Cuba podía utilizar todos los barcos de la Trasatlántica y de otras casas consignatarias, que se ofrecieran voluntaria y gratuitamente a prestar estos servicios *«para repatriar en el más breve plazo posible a los inútiles y enfermos con males sostenidos»*.

Y en definitiva, ¿cuáles fueron los buques que se acondicionaron como buques-hospitales? Fueron cuatro: «El Alicante», «El Montserrat», «El San Ignacio de Loyola» y «El Isla de Luzón».

### III «EL ALICANTE»

Fue el primer buque-hospital en la Campaña de Cuba. Esta nave pertenecía a la Compañía Trasatlántica y por Real Orden de 21 de enero de 1898 se aprobaron las obras para habilitarla a la nueva misión que se le destinaba.

Por aquel entonces fue un verdadero acontecimiento. La Compañía Trasatlántica, que había sido creada en Cuba en el año 1825 por la empresa naviera A. López y Cía, estaba dirigida en aquella fecha por el Marqués de Comillas. Y cuando estalló la guerra el Consejo de la Compañía acordó ponerse incondicionalmente al servicio del Gobierno. Así se aprovechó para verificar la transformación de «El Alicante», de 3.700 toneladas, en buque-hospital.

Los periódicos de la época apenas si hicieron comentario alguno de este suceso al principio, no así cuando desembarcó a los primeros

heridos y enfermos tras penosa travesía. Por aquellos días de ese mes de enero Europa se interesaba más por el asunto Dreyfus, manifestándose tumultuosamente los estudiantes en París contra Emilio Zola, que por los acontecimientos de Cuba. Sin embargo, gran revuelo produjeron en todo el Viejo Continente las declaraciones del General Weyler contra algunas frases pronunciadas por el Presidente de los Estados Unidos Mac Kinley, consideradas injuriosas contra España. Mientras en los teatros madrileños hacían comedia doña María Guerrero, la Cancio, Perrin y Carsis entre otros. Melitón González hacía reír en el Teatro Español con su obra «El Regimiento de Lupión». Y se le daba cierta importancia a Silvela, que intentaba ganar adeptos para el partido conservador en un mitin celebrado en Badajoz, para paliar un poco las noticias cada vez más alarmantes de Ultramar, que era en realidad lo que preocupaba al pueblo.

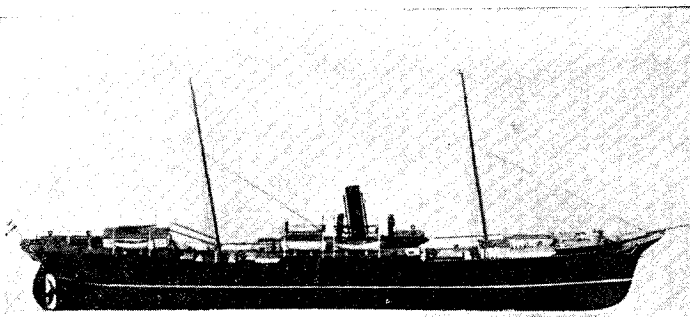
Pero en los círculos oficiales, la puesta en servicio de «El Alicante» como buque-hospital, sí era tema de comentarios elogiosos. El barco en sí se consideraba una bendición de Dios, no sólo por la transformación que había experimentado, sino porque se creía era el medio idóneo para evacuar a la Madre Patria un número considerable de heridos y enfermos que libres de *la maléfica influencia del clima es seguro se salven y logren una curación que parecía imposible* (15). Se estimaba como modelo todas y cada una de las dependencias de este buque-hospital y se resaltaban las comodidades que rodeaban al enfermo, toda vez que «tenía a mano orinal, vasos, timbres, tablilla de cabecera para la papeleta de diagnóstico, silla de extensión, baños, etcétera». Asimismo se destacaba que el arsenal quirúrgico era muy complejo y la Botica estaba surtida en exceso y hasta existía una bien instalada estufa de desinfección.

En el momento de zarpar «El Alicante» desde Cuba para la Península, el General en Jefe del Ejército de Cuba, Blanco, mandó un cablegrama con frases elogiosas para Sanidad Militar. El texto decía así: «Capitán General a Ministro Guerra. — Esta tarde ha salido con 500 enfermos para Cádiz vapor-hospital «Alicante» con tal inteligencia y esmero preparado, que dudo puedan ir soldados algunos de ningún Ejército mejor atendidos y cuidados. Me honro en manifestarlo así a V. E. en cumplimiento de mi deber. — Blanco.»

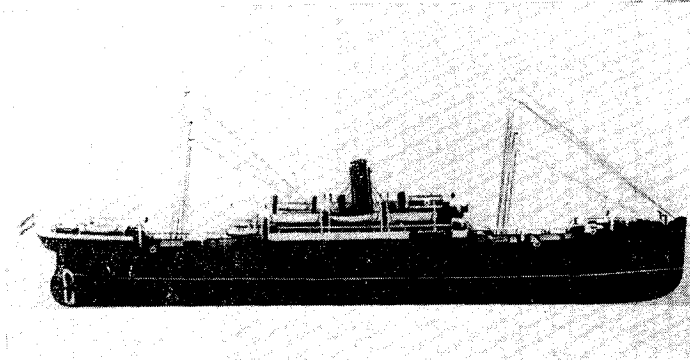
---

(15) ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Sobre la nostalgia o mal del país en los soldados de ultramar*. «Revista de Sanidad Militar», 25-VIII-1865, pág. 437.

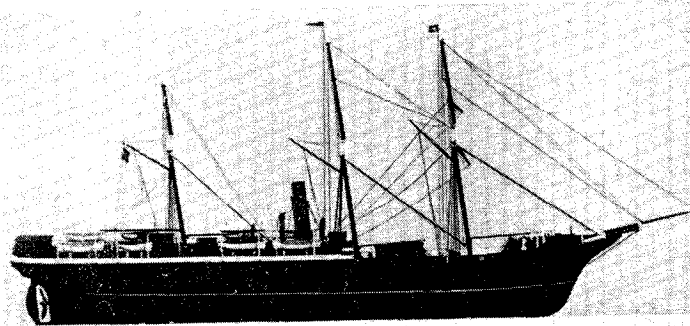




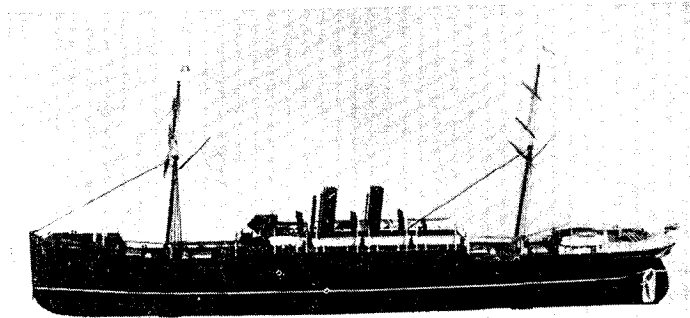
El «Alicante».



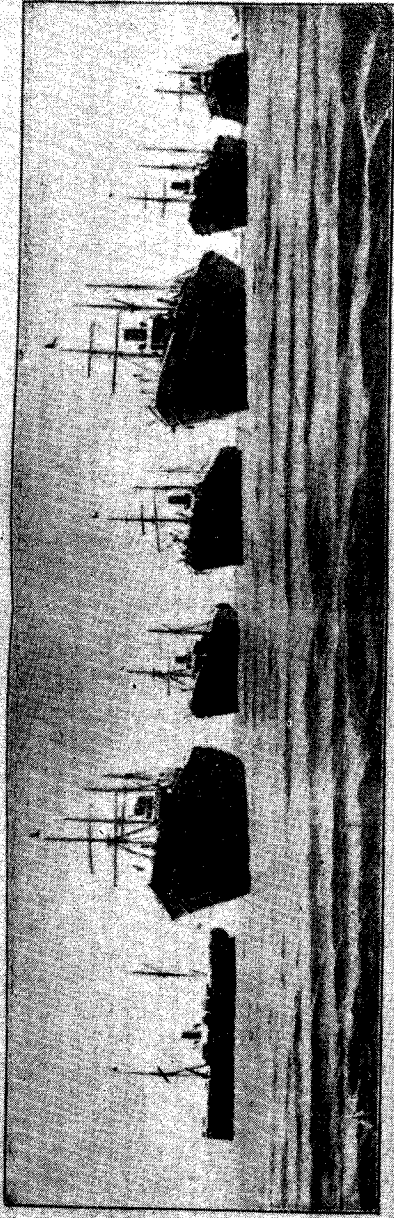
El «Montserrat».



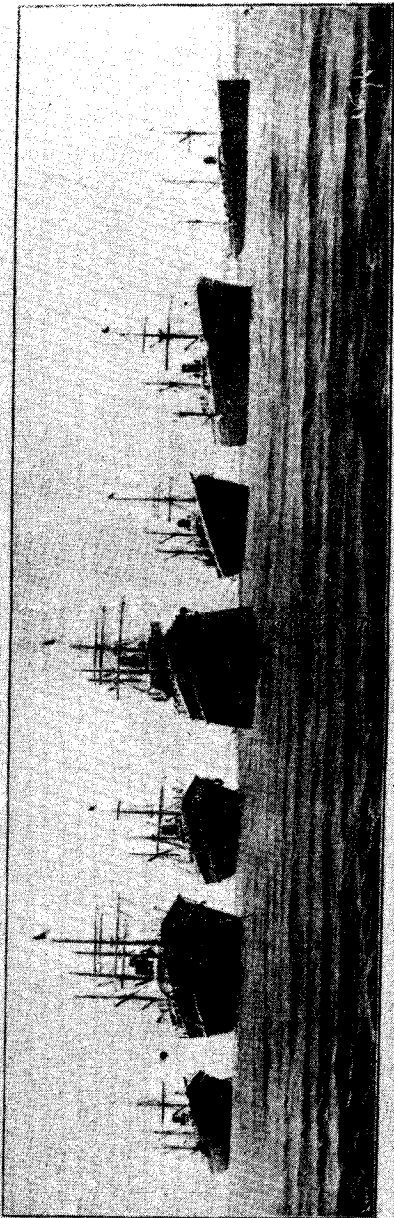
El «San Ignacio de Loyola».



El «Isla de Luzón».



SAN JUSTO.      ALBAZOR.      FLORES.      SAN JUAN.      SAN PEDRO.      SAN FRANCISCO.      SAN CARLOS.      SAN DOMINGO.      SAN VICENTE.      SAN JERÓNIMO.



SAN JUSTO.      ALBAZOR.      FLORES.      SAN JUAN.      SAN PEDRO.      SAN FRANCISCO.      SAN CARLOS.      SAN DOMINGO.      SAN VICENTE.      SAN JERÓNIMO.

FLOTA DE LA COMPAÑIA TRANSATLANTICA, DESTINADA A LA REPATRIACION DE LAS TROPAS DE LA ISLA DE CUBA  
 (GRUPO DE TROPAS)

Flota que la Compañía Transatlántica destinó a la repatriación de las tropas de la Isla de Cuba. Comprendía los barcos: *Satrústegui, Colón, León XII, San Ignacio, Isla de Panay, Leonora, San Francisco, San Agustín, Coradonga, Cheribón, Montecideo, Alicante, Villaverde e Isla de Luzón*. Se publicó en la Ilustración Española y Americana de 22 de agosto de 1898.

Era Ministro de la Guerra el General Correa y Jefe de la Sección de Sanidad Militar de este Ministerio el Inspector Médico don Bernardino Gallego Salcedo. La «Revista de Medicina Militar Española» —la actual «Medicina y Cirugía de Guerra»—, haciéndose eco del sentir general de los médicos militares, expresaba públicamente su agradecimiento al Ministro de la Guerra, al Inspector Médico Gallego y a todo el personal que en La Habana había contribuido bajo la dirección del Inspector Médico Jefe de Sanidad de Cuba por la creación de este primer buque-hospital (16).

La llegada del barco suponía completar perfectamente la obra que se había comenzado en Cuba. Para ello se dispuso, por Real Orden de 18 de febrero de 1898, que por el Parque de Sanidad Militar de la Corte se remitieran al Hospital Militar de Cádiz en calidad de depósito, dos coches «Lohner modificado» con sus atalajes y al mismo tiempo que el personal y el ganado procedieran de la Sección de Ambulancias de la 1.ª Región.

El Hospital Militar de Cádiz disponía de 400 camas, por lo que se preveía la posibilidad de aumentarlas mediante la utilización de las existentes en la factoría del mismo como material de acuartelamiento, si bien *debiendo ajustarse a los lavados y desinfección convenientes al ser devueltas*.

Interesaba también tener previsto que al día siguiente de la llegada habría que clasificar a los enfermos para continuar en la Península, usar de licencia por enfermo o ser declarados inútiles, expedándose a cada uno el pasaporte correspondiente por el Gobierno Militar para sus respectivos destinos. Este trabajo se repartía entre los médicos militares del barco y los de la plaza, si bien la clasificación ya prácticamente venía hecha por el personal sanitario destinado en «El Alicante».

La entrada en el puerto de Cádiz del barco con 510 soldados bajas del Ejército de Cuba fue un suceso recordado muchos años después por los que lo presenciaron. Todo el pueblo gaditano, que sabía de la llegada del vapor, abarrotó el muelle y en un ambiente de gran emoción atracó a las dos de la tarde del día 25 de marzo de 1898. El propio Inspector Médico Jefe de la Sección de Sanidad Militar del Ministerio de la Guerra dirigió la distribución y reconocimiento de los enfermos.

Este primer viaje fue muy penoso. Se había acordado hacer la tra-

---

(16) «Revista de Sanidad Militar», año 1898, enero-septiembre, pág. 170.

vesía hacia el Norte con el fin de tener mares más tranquilos y arribar sin escalas en las Canarias, donde quedarían los soldados que no pudieran continuar el viaje, y de aquí a Cádiz. Pero más de un fuerte temporal les cogió en el camino, lo que hizo pasar grandes penalidades a los enfermos y en general a todos los embarcados. El personal sanitario no avezado a los viajes por mar fue precisamente el más afectado, pero, no obstante, en el relato de los hechos hay que destacar que «el sentimiento del deber se ha sobrepuesto a las angustias del mareo, y los servicios técnicos y administrativos se han verificado con tanta exactitud, minuciosidad y cuidado, como si de un hospital de tierra firme se tratase».

De los 510 enfermos y heridos que salieron de La Habana, de ellos 150 graves, fallecieron durante la travesía cuatro. Esta cifra se consideraba muy inferior a la prevista, sobre todo teniendo en cuenta el violento temporal sufrido por el barco. Lo que suponía que el acondicionamiento de la nave se había efectuado con todo rigor a tenor de lo expresado por la prensa de aquellos días.

El acondicionamiento del vapor «Alicante» en buque-hospital se hizo según lo dispuesto en la Real Orden, anteriormente citada, en la que se comunicaba al Jefe de Sanidad lo siguiente:

«Excmo. Sr.: En vista del proyecto de obras de habilitación del vapor «Alicante» para barco hospital, presentado por la Compañía Trasatlántica y considerando que satisface las necesidades de la higiene, el Rey (q. D. g. y en su nombre la Reina Regente del Reino, ha tenido a bien otorgar su aprobación al proyecto de obras de habilitación mencionado

De Real Orden lo digo a V. E. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 21 de enero de 1898. — *Correa.*»

Las modificaciones que se hicieron las podemos agrupar de la siguiente manera:

#### A) *Espacio para salas*

Se destinaron a este servicio todos los espacios libres del entrepuente alto del buque. Estos espacios eran cuatro: uno situado en el

extremo de la proa; otro entre el citado y el mamparo, que limitaba por su extremo de proa el pozo de ventilación de la cámara de calderas; otro que se encontraba inmediatamente a popa de la cámara de máquinas, y el último entre el anterior y el departamento que en extremo de popa del buque ocupaban los camareros.

Estos espacios se llamaron entrepuentes y se enumeraron del 1 al 4, según la distribución anteriormente citada.

Los cuatro espacios se hallaban independientes uno de otro. Tenían acceso directo cada uno desde la cubierta superior por su correspondiente escotilla, en la que había colocadas escalas que se dispusieron con la mayor comodidad posible para facilitar comunicación entre esos espacios y la cubierta al aire libre.

En cada entrepuente había un número determinado de camas-literas. El total era de 513, que se repartían de la siguiente manera:

En el primer entrepuente, 83; en el segundo entrepuente, 144; en el tercer entrepuente, 126; en el cuarto entrepuente, 160.

Y además había tres dependencias para infecciosos, una situada en el segundo entrepuente con 18 literas y las otras dos en el tercer entrepuente con 20 y 12 literas, respectivamente.

Es curioso resaltar que la «Revista de Medicina Militar Española» de marzo de 1898, editada en La Habana, aunque indica también un total de 513 literas, hace una distribución de las mismas que en nada justifica esta cifra.

#### B) *Disposición de los locales*

El suelo de estos entrepuentes se dejó limpio de todo obstáculo, excepto de aquellos que, como los puntales, tubos de bajada, cajillos, etcétera, eran indispensables para el servicio del buque.

Toda la tablazón de la cubierta quedó al aire sin cubrir con esterres ni tapetes de ninguna clase, y en disposición de ser fregado y saneado con la frecuencia que se estimara necesario.

Las armaduras, mamparos y techos en toda su extensión se pintaron de blanco al óleo, para que de igual manera pudieran ser saneados con frecuencia.

### C) *Ventilación*

Se podía obtener de forma natural y artificial. La natural se conseguía por medio de las escotillas, de las mangueras y de las ventanas de costado que tenía el buque.

La artificial se obtenía por medio de bombas extractoras de aire a vapor, instaladas sobre cubierta, una a proa y otra a popa, y que mediante tubos de madera de sección y longitud convenientes extendidos a todo lo largo de los departamentos y por ambas bandas, aspiraban por registros regulares.

### D) *Iluminación*

Podía ser también de dos clases: natural y artificial. La primera se obtenía durante el día por medio de las mencionadas escotillas y ventanas de costado, que dejaban pasar la luz del sol.

La segunda consistía en lámparas eléctricas de incandescencia, distribuidas en todos los puntos convenientes de las salas, y alimentadas por los generadores eléctricos que para este fin tenía el buque. Funcionaba siempre de noche y durante el día cuando la luz natural no era suficiente.

Para los casos de interrupción eventual de este alumbrado, se tenía también faroles distribuidos adecuadamente por todas las dependencias, cuya luz se alimentaba con una sustancia llamada grasa-cera de uso corriente en los barcos.

### E) *Instalación del mobiliario*

Las camas se dispusieron de a dos en altura, estando el fondo del lecho de la inferior a 0,46 metros del suelo y el de superior a 0,91 metros sobre la inferior y a 1,07 metros bajo el techo, según lo permitía el puntal del buque en cada departamento.

Se colocaron en grupos de a cuatro o de a ocho, según los casos, y de tal manera que cada litera tenía libre uno de los espacios y uno de sus extremos.

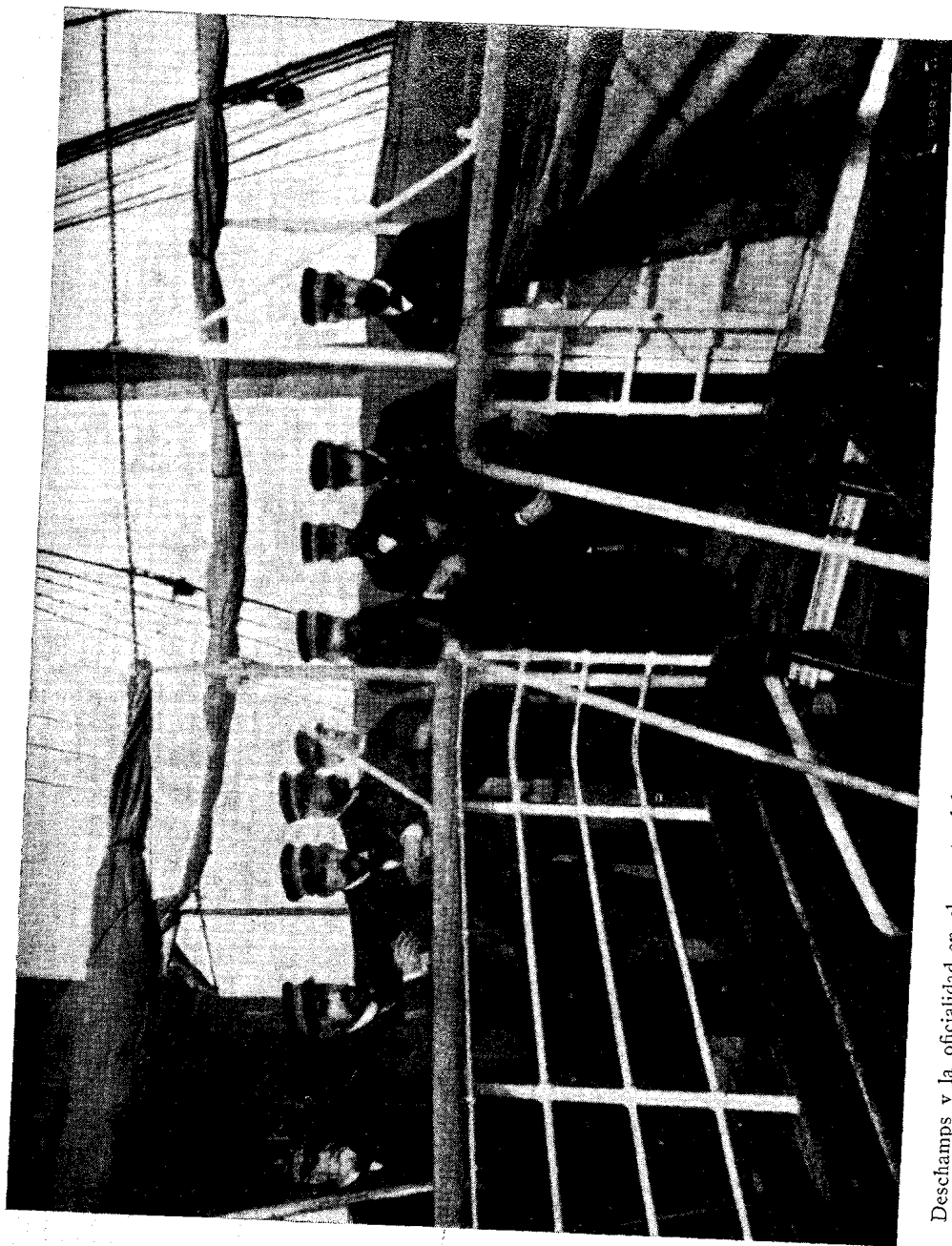
La longitud de toda las camas se dispuso en el sentido de proa a popa del buque con objeto de que los balanceos de costado, que sue-



Asistencia de heridos y enfermos graves. Puede apreciarse una camilla con toldo contra el sol. De la «Ilustración Española y Americana».



Un inválido bajando desde el buque hospital «Alicante» a la gabarra que le conducirá al puerto. De la «Ilustración Española y Americana».



Deschamps y la oficialidad en el puente del buque hospital «Montserrat». De la «Ilustración Española y Americana» de 30 de abril de 1898.



len ser los mayores, no hicieran oscilar al enfermo de pies a cabeza. Y estaban separadas de los costados del buque a distancia suficiente como para permitir cómodamente el paso de una persona.

Las dimensiones interiores de cada cama, es decir, las que correspondían a las del colchón, era 1,83 metros de largo por 0,61 de ancho. El armazón se construyó con pies derechos, largueros y riostras de madera de pino.

Cada dos camas en grupo estaban separadas entre sí por medio de mamparas o tabiques de madera de pino, que partiendo del lecho de la litera inferior, continuaba sin interrupción hasta rebasar unos 60 centímetros sobre el lecho de la litera superior. Cada cama quedaba así separada de las dos inmediatas por la cabecera y por un costado, quedando, el otro costado y el extremo de los pies libres al exterior. Además cada cama estaba defendida por el costado y por los pies, por una gualdera de madera de pino que tenía por objeto impedir que el enfermo o las ropas de la cama pudieran escapar en los balanceos.

Toda la estructura de madera de las camas se pintaron de blanco al barniz, con objeto de que todas las superficies pudieran ser perfectamente saneadas. El lecho o fondo de las camas era de lona, sujeto y atirantado a los largueros por medio de trincas de cuerdas.

Cada cama tenía un colchón de cutí de las dimensiones antes expresadas, relleno de algas desinfectadas. Dos almohadas, una de la misma tela y relleno que el colchón, que descansaba directamente sobre éste y otra que se colocaba sobre la anterior que era de igual tela, pero rellena de capoe de Filipinas. Se completaba con dos sábanas de la tela de algodón y funda de la misma tela que para la almohada. Una manta de lana o algodón y una colcha cubrecama de percal. Para los casos en que fuera necesario había también una sábana de hule impermeable.

Todo el armazón de las camas estaba atornillado y en forma de que pudiera desarmarse con facilidad al rendir viaje para su desinfección, recorrido, etc.

En cada grupo de camas, y debajo de las literas inferiores, había una pequeña taquilla de madera de pino con portezuela para encerrar un orinal de porcelana de forma corriente y otro de forma especial para los enfermos postrados. En lugares convenientemente situados de cada sala había cuatro receptáculos de porcelana o barro vidriado, encerrados en cajones de madera, con su correspondiente tapa avisagrada para verter en ellos el contenido de los orinales cada

vez que éstos se usaban. Se les echaba una solución desinfectante y se transportaban fácilmente a mano para arrojar su contenido al mar.

En la gualdera de cada cama había suspendido un escupidor de hoja de zinc pintado al óleo. Y en el mamparo longitudinal de cada cama se colocó, al alcance del enfermo, una vasera capaz para dos vasos. A los pies, por su parte exterior, se colocó un cuadrito para fijar en él la hoja clínica del ocupante.

Para el servicio de las camas altas había una escalera de peldaños de tabla y con ganchos para afirmarse a la gualdera semejante a las que se usaban corrientemente en los barcos de entonces para camarotes de primera.

En cada sala había dos mesas y dos bancos con respaldo y una alacena con medicamentos y demás material sanitario para el servicio diario de enfermos y también para el saneamiento y desinfección de los locales.

Otra alacena se destinó como ropero para contener las ropas limpias de recambio y en lugar conveniente se situó una caja portátil de cierre hermético para depositar las ropas sucias y transportarlas a la estufa de desinfección. Una tercera alacena servía para custodiar los vinos, bizcochos y demás artículos especiales para la asistencia de los enfermos, y los platos y demás enseres para el servicio de la mesa.

En cada sala había lavabos para el uso de los enfermos que podían utilizarlos. Estos lavabos eran de pino pintados en blanco con tapa de mármol y porcelana y tenían su correspondiente espejo.

En varios puntos de las armaduras, en los mamparos y en las camas, se fijaron ganchos de percha para colgar la ropa de los enfermos a quienes se permitía lavarse durante el día.

#### F) *Salas especiales*

En el entrepuente número 2 había dos salas aisladas y en el número 3 había tres, con capacidad para 18 enfermos en cada una, con objeto de colocar en ellas, por grupos separados, a los enfermos más graves que necesitaran tratamiento especial o separación de los restantes. Estaban dotadas de retretes aislados para uso de los enfermos que no podían salir a usar los del exterior.

#### G) *Baños*

En cada sala de las grandes se instaló un cuarto de baño con tina para baño entero y otras para baños de pies o de asiento.

H) *Agua*

En cada sala se dispuso la existencia de un filtro de bujía para filtrar el agua que hubieran de beber los enfermos.

I) *Retretes*

En la cubierta del buque había retretes con agua corriente, buena ventilación y convenientemente dispuestos para que lo usaran los enfermos que pudieran salir al exterior.

J) *Estufa de desinfección*

También en la cubierta se instaló una estufa de desinfección de vapor a presión, modelo «Jeneste & Hersch», con sus accesorios, para la desinfección de la ropa

K) *Salas de reconocimiento*

En el entrepuente núm. 1 se acondicionó una salita con los elementos necesarios para el reconocimiento de enfermos.

L) *Sillas*

Para uso de los enfermos que podían salir a cubierta «El Alicante» llevaba 100 sillas de extensión, construidas de lona y madera de pino barnizado para que pudieran descansar al aire libre.

Como queda reflejado, las transformaciones hechas en el buque fueron las más adecuadas y no ha de extrañar que todo el Cuerpo de Sanidad Militar se sintiera orgulloso de la obra. Se había pensado en las necesidades más precisas y se había conseguido algo realmente nuevo: tener un hospital flotante donde los soldados españoles continuaran un tratamiento, bajo vigilancia médica, que había comenzado en el Hospital Alfonso XIII de Cuba y había de terminar en principio en cualquiera de los Hospitales de Cádiz o Santander.

Ya no eran simples vapores-correos donde se transportaban más que se evacuaban los soldados heridos o enfermos sin más medios sanitarios que los de una rudimentaria enfermería. Ahora ya funcionaban auténticos buques-hospitales, aunque no fueran absolutamente perfectos. Y lo más importante era que el soldado herido o enfermo sentía ante su padecimiento la fuerza moral que suponía tener mayores y mejores medios sanitarios y el ánimo nunca falto de un médico a la cabecera.

«El Alicante» estuvo navegando al completo con los mismos hombres de dotación y los agregados de Sanidad Militar hasta el mes de agosto de 1898. En ese mes y concretamente el día 18 por Real Orden se dispuso que los médicos militares, que componían el servicio sanitario del buque, al igual que los suboficiales y tropa de Sanidad Militar que formaban la Plana Menor, se incorporaran de nuevo a su destino en la Península —la 1.ª Brigada de Sanidad Militar— una vez que el barco llegara a puerto.

#### IV. «EL MONTSERRAT»

Prácticamente al mes de haberse efectuado las obras de transformación de «El Alicante», se aprobó por Real Orden de 14 de febrero de 1898 (D. O. núm. 36), la habilitación del vapor «Montserrat» de la misma forma que se hizo con el anterior.

La composición del cuerpo médico era exactamente igual que la de «El Alicante». La Plana Menor la formaban un sargento, tres cabos, once sanitarios practicantes y once enfermeros, según se había dispuesto por Real Orden de 15 de febrero, publicada en el mismo «Diario Oficial».

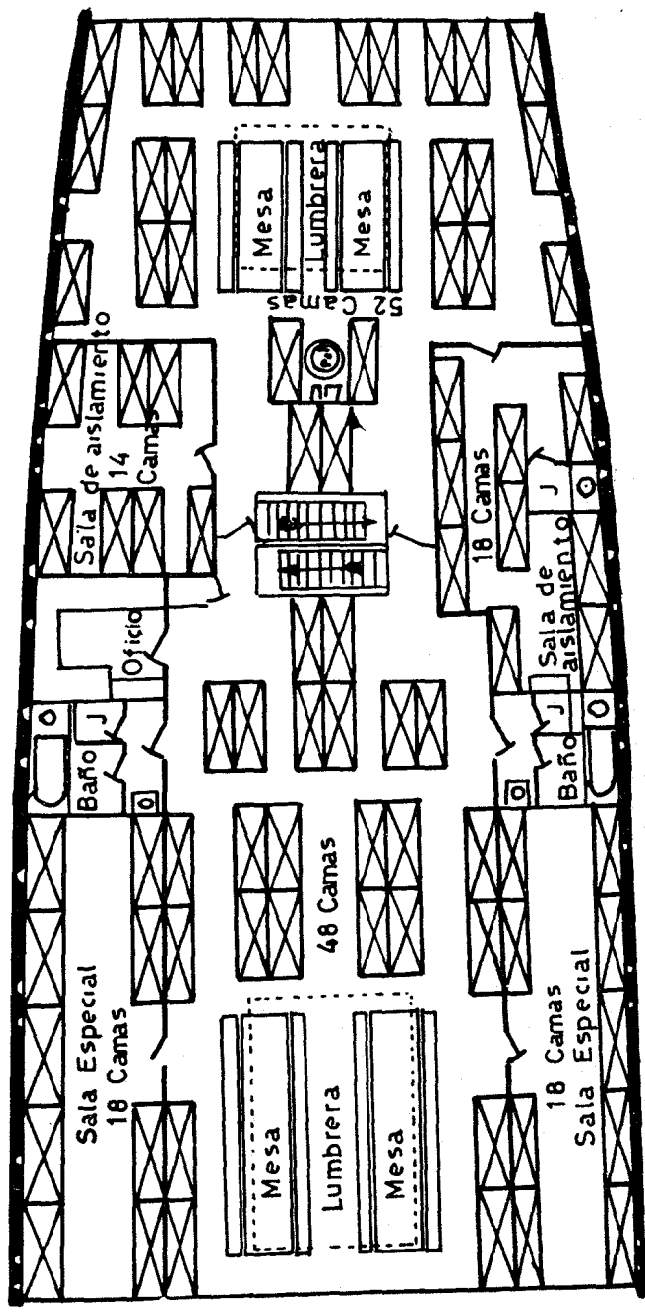
«El Montserrat» como buque-hospital habilitado solamente hizo un viaje, según se desprende de una circular aparecida el 2 de marzo de 1898, en la que se aprueban las obras de otro nuevo buque-hospital, «El San Ignacio de Loyola».

«El Montserrat» fue quizás el barco mercante que más se distinguió en la Campaña de Cuba. Aparte haber sido habilitado para buque-hospital, aunque solamente hiciera un viaje como tal, estuvo presente en muchos acontecimientos de aquellos días. Por ejemplo, relevado el General Weyler de su mando en Cuba por el General Blanco, regresó a la Península en «El Montserrat» (17). El barco en este viaje

(17) WEYLER: *Mi mando en Cuba*, tomo IV.

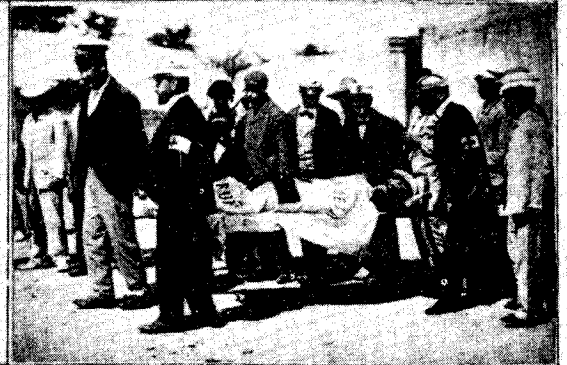
Buque Hospital  
 "SAN IGNACIO DE LOYOLA"

Detalle de varias salas del mismo



Escala aproximada 1/15 de pulgada por pie ingles

Esquema reproducido del libro *Hospitales Militaires de Cuba*, de Cerezo.



LA REPATRIACIÓN. — DESBARCO DE ENFERMOS Y CONVALESCIENTES LLEVAOS A LA CORTA EN EL VAPOR «ALICANTE».

(De fotografías de José Sellar, de Víctor E. Bofas y otras de M. Villegas)

Portada del número XXXIII de la «Ilustración Española y Americana», del 8 de septiembre de 1898, con una composición fotográfica de la repatriación de enfermos y heridos procedentes de Cuba.

tuvo una avería en las máquinas, por lo que tuvo que hacer escala en Gibara, donde fondeó el 1 de noviembre de 1897. La llegada del buque produjo gran confusión, habida cuenta del personaje que llevaba a bordo. A pesar del revuelo que la destinación del General Weyler llevó consigo y la confusión existente en la isla hubo manifestaciones de afecto hacia el mismo por parte de la población. Reparada la avería «El Montserat» zarpó hacia la Península y atracó en La Coruña el 17 de noviembre, saliendo posteriormente hacia Barcelona, en donde desembarcó el ilustre personaje el 23 del mismo mes. Mientras «El Montserrat» volvía a Cuba el General Weyler continuó viaje a Palma de Mallorca en el «Bellver».

Cuando estalló la guerra en Cuba, la Compañía Transatlántica creyó conveniente advertir a los capitanes de sus naves el riesgo que corrían, pudiendo libremente dejar sus cargos. Sin embargo, «ni uno solo de los invitados abandonó el puesto, que todos consideraban de honor y lejos de ello se apercibieron a desafiar con pericia y audacia los poderosos medios defensivos acumulados por los yanquis alrededor de Cuba» (18). Este era un elogioso comentario aparecido en el «Blanco y Negro» del 25 de junio de 1898, en el que se glosaban actos heroicos de la campaña. Pues bien, de entre ellos se destacó don Manuel Deschamps, capitán del «Montserrat», que burló la vigilancia de los barcos americanos por dos veces. Precisamente cuando mayor era el bloqueo, a los pocos días de declararse la guerra con los Estados Unidos, «El Montserrat», que llevaba una preciosa carga de soldados y víveres, cruzó la línea de los acorazados americanos y entró en Cienfuegos, en la Bahía de Jagua, de donde pasó a La Habana. De regreso a España volvió a burlar la vigilancia cargado esta vez de soldados enfermos y heridos. Por este hecho el capitán Deschamps, una vez en España, fue condecorado con la Cruz Roja del Mérito Naval de 1.ª clase por la Reina Regente.

Aun cuando «El Montserrat» hizo un viaje como buque-hospital sufrió muy pocas transformaciones en su estructura y su habilitación, como tal tipo de buque, puede decirse que apenas tuvo trascendencia, toda vez que se conocía de antemano estaría poco tiempo prestando este servicio.

---

(18) De la revista «Blanco y Negro», número de fecha 25-VI-1898.

## V. «EL SAN IGNACIO DE LOYOLA»

Fue el tercer buque-hospital con que contó Sanidad Militar en esta campaña para llevar a cabo la evacuación de las bajas del Ejército de Cuba a la Península. Se creó por Real Orden de 2 de marzo de 1898 (D. O. núm. 50).

«El San Ignacio de Loyola», de 3.282 toneladas, antes de haber sido transformado en buque-hospital ya había prestado servicios de evacuación de heridos y enfermos de Ultramar. Ocurrió esto a finales del 1897 prestando servicio como vapor-correo, desembarcando en el puerto de Barcelona a mediodía del 31 de diciembre gran cantidad de soldados heridos y enfermos procedentes de Filipinas. El diario «El Imperial», en un número de aquellos días describe, en una crónica un tanto dramática, cómo el paso de las camillas por las Ramblas había producido una dolorosa impresión.

Las obras de habilitación como buque-hospital tuvieron por base las que anteriormente se habían hecho en «El Alicante». También se destinaron para salas los espacios de los entrepuentes 1, 2 y 3 y la toldilla de popa. Los dos primeros entrepuentes estaban situados a proa de la sección de máquinas; el tercero a popa de la misma, y la toldilla en el extremo de popa de la cubierta superior (19).

La disposición de los locales así como los sistemas de ventilación e iluminación eran iguales a los de «El Alicante». Además de las cuatro salas generales «El San Ignacio de Loyola» llevaba otras cuatro aisladas, con 68 literas en total, para los enfermos graves o para los que necesitaran tratamiento especial o aislamiento. Dos de estas salas estaban situadas inmediatamente al lado de la sala general del entrepuente número 1. Y las otras dos junto a la sala general del entrepuente núm. 2. En la toldilla de popa se habilitaron también cuatro camarotes independientes para enfermos operados o con fracturas, en los que había dos camas solas en altura, es decir, sin ninguna por encima. En las demás dependencias el mobiliario se dispuso exactamente igual que se había hecho en «El Alicante».

Había cuatro cuartos de baño a disposición de los enfermos y para el suministro de agua dos filtros de bujías de porcelana de amianto, a presión de a 15 elementos cada una, para dar un rendimiento de tres litros por minuto. También había una estufa de desinfección mo-

(19) CEREZO: *Hospitaux militaires de Cuba*.



delo «Jeneste & Hersch» y un número de retretes distribuidos de forma similar a como se había hecho en el otro barco.

En la toldilla de popa, próxima a los camarotes destinados a operados, se instaló una camilla articulada de un modelo especial existente en la Compañía Trasatlántica para practicar las distintas intervenciones quirúrgicas que pudieran surgir durante la travesía. En la cubierta superior del buque había también una sala de reconocimiento. Y para los enfermos que podían subir a cubierta 100 sillas de extensión de lona y madera.

Las instalaciones sanitarias de este barco se completaban con una Botica, situada hacia el centro del buque para que estuviera equidistante de todas las salas, muy bien dotada de la anaquelaría y mobiliario precisos para su objeto. Iba bien surtida y para la preparación de medicamentos que debía de hacerse en caliente se había dispuesto la utilización de una de las cocinas del buque.

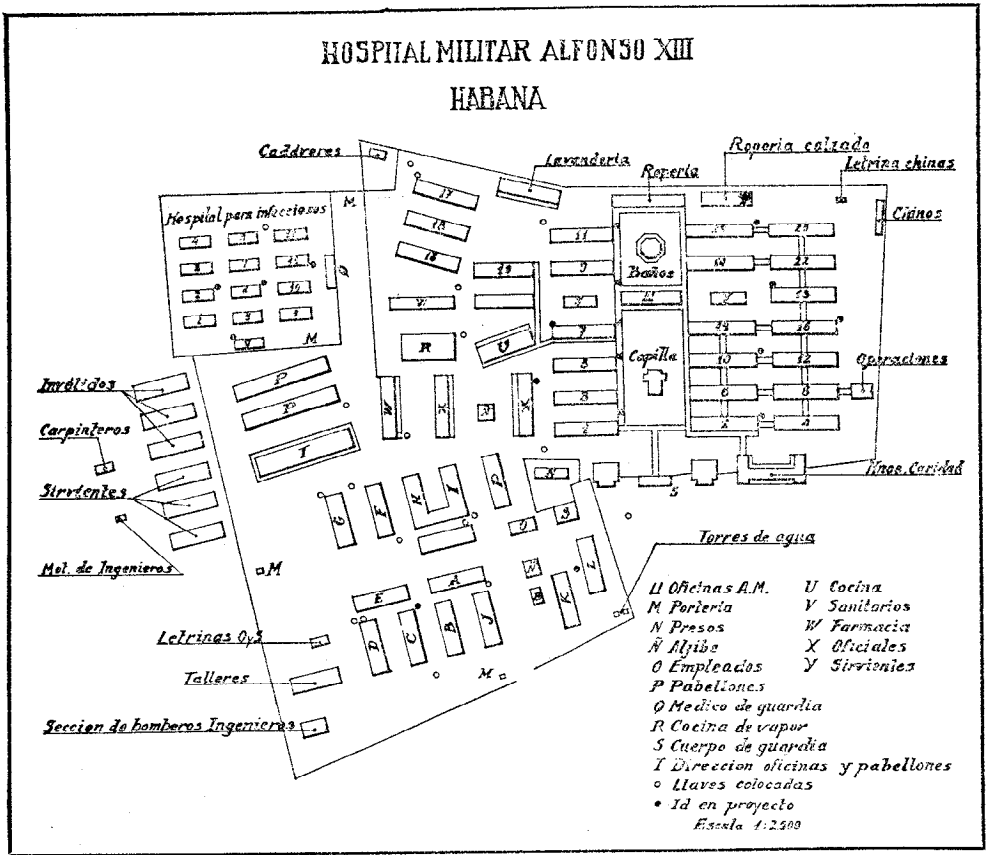
Como ya se ha citado, «El San Ignacio de Loyola», sustituyó a «El Montserrat», y a su vez fue sustituido por «El Isla de Luzón»,

## VI. «EL ISLA DE LUZÓN»

Era un buque de 4.250 toneladas. Estuvo muy poco tiempo en servicio como buque-hospital y por ello no fueron muchas las transformaciones que sufrió en su acondicionamiento. Sustituyó a «El San Ignacio de Loyola» a partir de la publicación de la Real Orden de 18 de agosto de 1898 (D. O. núm. 183).

El personal sanitario encargado de la asistencia médica del buque no procedía, como en los casos anteriores, de la plantilla de la Península, sino de la de Cuba. En realidad se aprovechó en cada viaje un número determinado de médicos militares, que de vuelta a la Patria prestaban servicio facultativo en la nave.

«El Isla de Luzón» comenzó a prestar servicio como buque-hospital cuando prácticamente habían cesado las hostilidades, por lo que más que efectuar un servicio propio —por su condición de haber sido habilitado a buque-hospital—, vino a engrosar el gran número de barcos que las diferentes compañías navieras pusieron a disposición del Gobierno para repatriar a todas las fuerzas militares de Cuba y Puerto Rico. Como ejemplo de esto, cabe señalar que solamente la Compañía Trasatlántica ofreció para esta obra una gran flota mercante capaz para 1.100 oficiales y 22.000 individuos de tropa. Esta



flota estaba compuesta por los barcos siguientes: «El Montevideo», de 5.297 toneladas; «El Villaverde», de 1.501 toneladas; «El Isla de Panay», de 3.545 toneladas; «El Leonora», de 2.792 toneladas; «El Satústregui», de 4.638 toneladas; «El Covadonga», de 5.031 toneladas; «El Colón», de 5.044 toneladas; «El León XIII», de 5.274 toneladas; «El San Agustín», de 2.527 toneladas y «El Cheribón», de 3.116 toneladas.

Aunque por disposiciones oficiales fueron cuatro los barcos destinados para el servicio de buques-hospitales, sólo dos fueron adecuados como tales: el «Alicante» y el «San Ignacio de Loyola». Ambos, desde su habilitación hasta el término de la guerra de Ultramar, fueron los únicos que, con la supervisión de Sanidad Militar, desempeñaron esa humanitaria misión, que les hizo honrarse con el nombre de barcos-hospitales.

## APENDICE I

## REAL ORDEN CREANDO LOS BUQUES HOSPITALES

«Excmo. Sr.: A fin de facilitar la repatriación de los soldados enfermos del Ejército de la isla de Cuba, el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, se ha servido disponer lo siguiente:

1.º La Compañía Trasatlántica destinará dos de sus vapores-cocheros, habilitados como buques-hospitales, a realizar una expedición mensual extraordinaria con el objeto de transportar soldados heridos o enfermos desde la isla de Cuba a la Península.

2.º Los barcos empleados en este servicio serán de cabida reglamentaria suficiente para transportar en las necesarias condiciones higiénicas un mínimo de 500 enfermos.

3.º El servicio sanitario-farmacéutico será prestado por el Cuerpo de Sanidad Militar. El administrativo, en lo que con los enfermos se relacione, lo desempeñará la Administración Militar, prestando el sobrecargo del buque y personal a sus órdenes, el auxilio que se le demande y dando todo género de facilidades para la misión de aquéllos pueda ser realizada en la forma provechosa.

4.º La habilitación especial del barco para hospital será por la Compañía con arreglo a las instrucciones del Cuerpo de Sanidad Militar, siendo de cuenta de aquélla los gastos de dicha habilitación hasta el máximo de 15.000 pesetas y cuenta del Estado lo que exceda de esta cantidad.

5.º La Compañía facilitará las camas y ropas necesarias de las que se usan a bordo y asimismo los utensilios precisos, supliendo la Administración Militar el que la Compañía no posea con el reglamento de hospitales, que facilitará la Intendencia Militar de Cuba.

6.º La alimentación se ajustará a un plan análogo al prescrito en el capítulo 17 del Reglamento para el Servicio de Hospitales Militares de 18 de agosto de 1884 con las modificaciones que el Gobierno y la Compañía de común acuerdo, estimen oportunas.

Los alimentos existentes a bordo no comprendidos en dicho plan, que la Junta Facultativa del buque-hospital considerase necesario prescribir a determinados enfermos, deberá la Compañía facilitarlos por el precio de tarifa que la misma tenga establecido.

7.º El servicio de que se trata, como comprendido en el de transportes oficiales del vigente contrato de servicios postales marítimos, se realizará en las mismas condiciones de precio que las expediciones extraordinarias de tropa, abonándose la subvención por viaje redondo al tanto por milla del contrato, y el pasaje de las personas transportadas a los tipos de la tarifa oficial según respectivas clases con la

modificación de que el pasaje de los soldados enfermos, se satisfará al tipo de tercera preferente con el aumento de cinco pesetas diarias por individuo garantizando en todo caso, el abono de un mínimo de transporte de 500 soldados en cada expedición.

8.º El pago de este servicio se realizará en esta Corte por la caja del Ministerio de Ultramar, en la forma establecida para el de los transportes de unidades orgánicas, de acuerdo con lo preceptuado en las Reales Ordenes de dicho Ministerio de 27 de junio y 18 de julio de 1895 y de 4 de febrero de 1896.

9.º El plazo para la duración del servicio de barcos hospitales es indefinido y su terminación, bien sea por acuerdo del Gobierno o solicitud de la Compañía Trasatlántica, deberá notificarse a ésta con un mes antes de la salida de la expedición.

10. Este Ministerio, de acuerdo con la Compañía, fijará las fechas y puertos de salida y arribo de los barcos, según las épocas y conveniencias del transporte de enfermos; determinará los itinerarios y, en general, establecerá cuantas reglas y medidas se crean precisas para mejor realización de este servicio.»

## APENDICE II

### ORGANIZACIÓN DE LOS SERVICIOS SANITARIOS EN LOS BUQUES HOSPITALES

«*Sección de Sanidad Militar.*—Excmo. Sr.: Para el servicio de los buques-hospitales creados por Real Orden de 10 del actual («C. L.» número 3), el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, ha tenido a bien disponer lo siguiente:

1.º Los buques-hospitales, en todo lo concerniente a su especial servicio, se regirán por los reglamentos vigentes de hospitales militares, y de intervención y contabilidad de los mismos.

2.º Se aplicará igualmente al de servicio sanitario de campaña de 1 de julio de 1896, en la parte referente a transportes de enfermos y heridos por vía marítima.

3.º Se proveerán de medicamentos y utensilios de farmacia en el Laboratorio Central de medicamentos de Sanidad Militar y sus sucursales.

4.º Se proveerán de instrumentos quirúrgicos y clínicos y material de curación, en el Parque Central de Sanidad Militar y sus sucursales.

5.º Se sujetará la alimentación al plan vigente de los hospitales militares.

6.º Se sustituirá la leche fresca por la condensada, eligiéndose las marcas que designe la Junta Facultativa de los mismos buques-hospitales.

7.º Se sustituirá el pescado fresco por el de conserva para cada enfermo que lo necesite, previo acuerdo de la Junta Facultativa del buque hospital.

8.º Se suministrará la cerveza igualmente, previo acuerdo de la misma Junta Facultativa, en cada caso que se considere necesario prescribirla.

9. Los alimentos no comprendidos en el plan de hospitales militares existentes a bordo, se perscribirán igualmente en cada caso, previo acuerdo de la repetida Junta Facultativa.

10. Constituirá el personal facultativo de cada uno de los buques-hospitales, un Subinspector Médico de Primera Clase, director; un Subinspector Médico de Segunda Clase, jefe de servicios; cuatro Médicos Mayores, jefes de clínica, dos Médicos Segundos, para el servicio de guardia; y un Farmacéutico Mayor o Primero, y uno Segundo.

11. El personal administrativo lo constituirá un comisario, interventor y un oficial primero, administrador.

12. El personal de la Brigada Sanitaria lo constituirá un sargento, cuatro cabos y quince sanitarios practicantes, e igual número de sanitarios enfermeros, si no pudiera facilitar, en lugar de estos últimos, la Compañía Trasatlántica personal civil avezado a la navegación.

13. El personal auxiliar administrativo se determinará por disposición especial, en vista de la presente Real Orden.

14. Del personal de la Península nombrará este Ministerio el correspondiente a los buques-hospitales.

15. Se preferirán los voluntarios, si reúnen las especiales aptitudes necesarias para este servicio.

16. El personal destinado a los buques-hospitales disfrutará sueldo de Ultramar y su pasaje será por cuenta del Estado.

17. Los sueldos indicados se reclamarán en nómina especial por los habilitados de los respectivos Cuerpos en la isla de Cuba, abonándose con cargo al crédito extraordinario de la campaña.

18. El pasaje del mismo será abonado a la Compañía Trasatlántica en la forma prevenida para los demás servicios de los buques-hospitales, en la Real Orden de creación de estos últimos, ya mencionada.

19. Se le abonará para los efectos de retiro la mitad del tiempo servido en estos destinos.

20. Le será aplicable lo dispuesto sobre asignaciones para el personal que sirve en Ultramar.

21. Se le aplicará igualmente cuanto está dispuesto referente a siniestros marítimos.

22. Los directores de los buques-hospitales son responsables del servicio y tendrán en consecuencia, todos los deberes y atribuciones inherentes al cargo y consignados en el reglamento de hospitales militares.

23. Además del servicio ordinario propio de los hospitales militares y del especial que se deriva de la aplicación del reglamento del servicio sanitario de campaña, prestará el personal facultativo los servicios siguientes :

A.—Durante la travesía formulará y prestará al Director propuestas de inutilidad, pase a continuar y licencia temporal para la península ; se constituirá por aquél la comisión de consultas preparatorias y actuará ésta tres días, formulando en el último la documentación reglamentaria.

B.—Al siguiente día de la llegada al puerto de arribo con el personal facultativo, en unión del existente en el puerto, se constituirá un tribunal médico militar para reconocimiento definitivo de los propuestos, presidiendo el acto el Gobernador Militar de la plaza o en su defecto, por delegación, el jefe médico más caracterizado de los propuestos.

24. Se autoriza a los Gobernadores Militares para expedir el correspondiente pasaporte para los puntos de residencia de los enfermos declarados inútiles, con licencia temporal o pase a continuar.

25. Los puertos de arribo serán, hasta nueva disposición los de Cádiz y Santander, en el orden establecido actualmente por la Compañía Trasatlántica para los vapores correos, con las variantes ordinarias en las estaciones de invierno y verano.

26. En la plaza de Santander se ampliará lo suficiente, para este nuevo servicio, la sala militar del hospital civil, y se nombrará además del personal que hoy tiene, un médico Mayor y un Primero.

27. Oportunamente se gestionará lo necesario para la ampliación de la sala militar a que se refiere el artículo anterior.

28. El Capitán General de la Isla de Cuba ordenará que la comisión facultativa constituida por consecuencia de la Real Orden de 3 de diciembre último «D. O. núm. 274), actúe en día hábil para el inmediato embarco en los buques-hospitales de los enfermos enviados para este efecto por la comisión designada.

29. La misma superior autoridad de la isla ordenará a la Subinspección de Sanidad Militar de la misma, que dicte las necesarias instrucciones a los hospitales, enfermerías y médicos de Cuerpos, para que los enfermos que reúnan las condiciones indicadas en la Real Orden antes mencionada, sean trasladados a La Habana en el más breve plazo posible.

30. El personal médico que en la sala militar del hospital civil de Santander se aumenta, percibirá sus haberes con cargo al sobrante del capítulo 3.º, artículo 2.º, «interin» se incluye en presupuesto y se obtiene la sanción legislativa.

31. El material y ropas necesario y que la Compañía Trasatlántica no pueda facilitar, lo suministrará la Intendencia Militar de Cuba, conforme se dispone en la Real Orden de creación de los buques-hospitales ya mencionada.

32. Se cumplirán, por lo que se refiere a la justificación del embarco y desembarco de los enfermos de los buques-hospitales, las disposiciones reglamentarias, debiendo además expedirse por el comisario interventor de transportes del puerto de embarco, un certificado de la fecha de salida del buque-hospital.

De la Real Orden lo digo a V. E. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 21 de enero de 1898. — *Correa*. — Señor...»

#### BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *El rámpano*. «Revista de Sanidad Militar», año 1865, 10 de mayo.
- ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Evacuación de enfermos y heridos en buques hospitales*. «Revista de Sanidad Militar», año 1865, 25 de marzo.
- ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Habilitación del «María», «San Quintín» y «Cataluña» como buques hospitales para la evacuación de heridos y enfermos de la isla de Santo Domingo a Cuba y Puerto Rico*. «Revista de Sanidad Militar», año 1865, 25 de marzo.
- ANDRÉS Y ESPALA, Gregorio: *Sobre la nostalgia o mal del país en los soldados de Ultramar*. «Revista de Sanidad Militar», año 1865, 25 de agosto.
- «Barcelona»: *Buque hospital utilizado en la campaña de Marruecos (descripción y planos)*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- Barcos hospitales*. «Revista de Medicina y Cirugía de Guerra», año 1925.
- «Cataluña»: *Buque hospital utilizado en la campaña de Marruecos*. «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- «Cataluña»: *Buque hospital habilitado para la evacuación de heridos y enfermos de la isla de Santo Domingo a Cuba*. «Revista de Sanidad Militar», año 1865.
- CEREZO: *Hospitaux militaires de Cuba*.

- CLAVIJO: *La trayectoria hospitalaria de la Armada española.*
- DE LASALA SAMPER, Fernando María: *La protección de los heridos, enfermos y naufragos de las Fuerzas Armadas en campaña.* «Derecho Humanitario Bélico», tomo II, Universidad de Zaragoza, año 1964.
- DE NO LOUIS, Eduardo: *Notas sobre aportaciones españolas al Derecho humanitario en la guerra* «Revista Oficial de la Cruz Roja Internacional», año 1967, enero.
- Del Servicio Médico en los Ejércitos de la antigüedad.* «Revista de Sanidad Militar», año 1866, 10 enero.
- Diario de la expedición contra Joló.* «Biblioteca Médico Castrense», tomo II.
- Expedición de Joló. Utilización de buques hospitales.* «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- LANDA, Nicasio: *Historia general de los buques hospitales.* «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- MARTÍNEZ DÍAZ, J.: *España, adelantada de la Medicina Castrense. Medicina e Historia.* «Boletín de Patología Médica», año 1965, mayo y junio.
- MONTALDO, Federico: *De los Servicios sanitarios y de los heridos a bordo en las guerras marítimas contemporáneas.* «Boletín de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas». Madrid, año 1899.
- PONTI, Valery: *Historia de las comunicaciones. Transportes marítimos.* Ediciones Salvat, S. A., año 1968.
- «Torino»: *Buque hospital utilizado en la campaña de Marruecos.* «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- «Ville de Lyon»: *Buque hospital utilizado en la campaña de Marruecos.* «Revista de Sanidad Militar», año 1866.
- WEYLER, General: *Mi mando en Cuba.* 5 tomos.
- PERIÓDICOS Y REVISTAS: «Revista de Sanidad Militar»: (1865 a 1868 y 1896 a 1899).—«Revista de Medicina y Cirugía de Guerra»: (1925). «Blanco y Negro».—«Ilustración Española y Americana».—«Nuevo Mundo».—«El Imparcial».
- COLECCIONES LEGISLATIVAS Y DIARIOS OFICIALES.



## CRONICA DE LA COMISION ESPAÑOLA DE HISTORIA MILITAR COMPARADA EN EL XIII CONGRESO INTERNACIONAL DE CIENCIAS HISTORICAS

*El Servicio Histórico Militar pertenece, en calidad de miembro activo, a la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada, cuya central radica en Bruselas. Esta Comisión es, a su vez, miembro afiliado del Comité Internacional de Ciencias Históricas (C. I. C. H.), entidad que coordina las actividades de las Comisiones Internacionales de Historia de cada nación. El C. I. C. H. celebra cada cinco años un Congreso Internacional de Ciencias Históricas, al que asisten representantes de las Comisiones Internacionales de los países miembros de ella. Tales congresos son en la actualidad las más importantes asambleas mundiales de historiadores. Los últimos se celebraron en París (1950), Roma (1955), Estocolmo (1960) y Viena (1965).*

Convocado el XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas para celebrarse en Moscú, durante la segunda quincena de agosto de 1970, fue requerida la asistencia del Servicio Histórico Militar por la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada. Con la previa autorización ministerial, el Servicio Histórico redactó la comunicación que había de presentarse al Congreso, la cual fue aprobada por el Estado Mayor Central.

Fueron designados para asistir al Congreso: Don Joaquín Portillo Togores, coronel de Caballería y del S.E.M., segundo jefe del Servicio Histórico Militar, y los tenientes coroneles de Infantería don José María Gárate Córdoba y don Ramón Sánchez Díaz, también del Servicio Histórico Militar.

El tema elegido era «Evolución y razones históricas de la guerrilla en España», cuyo texto, desarrollado en más de cien folios y amplia documentación iconográfica, se presentó en el Congreso, sintetizán-

dose en los trece folios correspondientes a los veinte minutos que se concedían para la lectura de cada comunicación, texto que se remitió en mayo a la Comisión de Bruselas y al Comité de Moscú, nombrándose ponente al teniente coronel don Ramón Sánchez Díaz.

### *Desarrollo del Congreso*

El viaje a Moscú se efectuó haciendo escala en París, donde la Comisión española fue objeto de toda clase de deferencias por parte de la Agregaduría Militar. La etapa de París a Moscú se cubrió en tres horas de vuelo, tomando tierra en el aeropuerto moscovita a las cinco de la tarde —hora local— sin incidencias dignas de mención, pero también sin ninguna atención especial en el aeropuerto ni en el hotel previsto para alojamiento de los congresistas.

La sesión general de apertura del Congreso tuvo lugar el domingo 16 de agosto a las siete de la tarde en el Palacio de Congresos del Kremlin, donde, tras cordial alocución de bienvenida a los congresistas, el profesor E. M. Jukov, de la U.R.S.S., desarrolló la lección de apertura bajo el tema «Lenin y la Historia», cerrándose el solemne acto con un espectáculo folklórico.

En los días sucesivos se trataron los grandes temas del Congreso, que versaron sobre «La Historia y las Ciencias Sociales», la «Historia de los Continentes» y el «Equilibrio político en el Mediterráneo». Estas secciones de temas iniciales, todas ellas comprendidas en los del Congreso General, terminaron con una visita al Palacio de las Armaduras, otra al Museo Histórico del Estado y otra a la Escuela de Guerra de Moscú.

El 19 de agosto dieron comienzo las sesiones de trabajo de la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada, bajo el tema general de «La vida y la psicología de las gentes de guerra de todas las categorías. Problemas de método y documentación, incluida la iconografía». Las reuniones tenían lugar en el aula 611, una de las grandes salas de conferencias de la Universidad del Estado de Moscú, que es el mayor edificio de la capital, perfectamente preparado en instalaciones y con traducción simultánea a los idiomas ruso, francés e inglés. Asistían diariamente a las sesiones más de trescientos congresistas, entre los cuales se diluía un grupo de unos treinta periodistas de la U.R.S.S. y países satélites. En cuanto al número de asistentes, las delegaciones predominantes eran la rusa, la francesa

y la belga, distinguiéndose, entre otras, la húngara, la polaca, las de las dos Alemanias, la estadounidense, la inglesa y la suiza, y destacándose con gran mayoría la de los representantes de la U.R.S.S. y repúblicas afines, por constituir cerca de la tercera parte de los asambleístas.

La sesión de apertura, el miércoles 19 de agosto a las nueve y media de la mañana, corrió a cargo del profesor teniente general Pável Andréévich Jilin, Presidente de la Sección de Historia Militar del Comité Nacional de Historiadores Soviéticos y Vicepresidente de la Comisión Internacional de Historia Militar, quien dirigió una alocución de acogida y bienvenida a los congresistas militares, expresándose en los amables términos de buena voluntad normales en estos casos. A continuación abrió las sesiones de trabajo el profesor Contamine, francés, Presidente de la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada. Contamine—en la cumbre lúcida de sus ochenta y un años—, exhortó a los congresistas, con bellas palabras, a la cooperación sincera en busca del acercamiento y la comprensión entre los distintos ejércitos y a través del interés común por el conocimiento de la verdad y el aprovechamiento de las lecciones de la Historia.

### *Las comunicaciones*

Se había previsto que cada uno de los dieciséis informes o comunicaciones se expusiera por su respectivo ponente durante veinte minutos en las sesiones de la mañana, reservándose los cuarenta minutos restantes y finales para la discusión. Entre uno y otro informe, el Presidente de la sesión, profesor Contamine, y el Secretario General de la Comisión Militar, profesor Duchesne, glosaron los temas expuestos y suavizaron los posibles puntos de fricción internacional o política con gran habilidad dialéctica y profundo sentido de la caballerosidad y armonía entre militares. Destacó singularmente la maestría con que ambos aclararon o frenaron alguna disonancia de las discusiones. En sesiones sucesivas, la coordinación de las discusiones estuvo a cargo del teniente general Jilin y de otros vicepresidentes.

El texto de las dieciséis comunicaciones presentadas se publicará íntegro, según se aseguró, por la comisión organizadora de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, y extractados, en la Revista de Historia Militar Comparada.

La impresión general que produjo el Congreso Militar fue de

que, por lo menos, la mitad de las comunicaciones, no se ajustaban al tema general, y que incluso, se limitaban a estudios de ámbito estrecho con poco interés internacional; al menos en principio, no se apreció revelación ni novedad histórica o sociológica en ninguna de las comunicaciones, puesto que el tema general del Congreso imponía puntos de partida históricos y sociológicos.

El clima en que se desarrolló la asamblea de historiadores militares fue de la mayor armonía y respeto mutuos. Al decir de los asistentes civiles y de los periodistas, las reuniones militares eran de las más pacíficas de todo el Congreso... Ideológicamente, los grupos belga y francés se mostraron desde el primer momento muy próximos al tono del pensamiento militar español, y en cualquier caso se les vio dispuestos al máximo espíritu de colaboración respecto a la comisión española. El profesor Contamine se definió como muy cristiano e hizo gala de gran sentido de la ponderación dentro de lo occidental. En cambio, las intervenciones de los representantes de la U.R.S.S. y países marxistas aprovecharon siempre su exposición histórica como apoyatura para una extensión al campo ideológico.

El profesor Gaier, de Bélgica, al exponer el tema número dos, que versaba sobre el pensamiento de los hombres de la Caballería pesada en la Edad Media, hizo una síntesis final relacionando el espíritu de la Caballería con el idealismo que se refleja en *El Quijote*; terminó diciendo que la Caballería, como tal, se regía por principios semejantes a los del Hidalgo de la Mancha.

El profesor húngaro G. Perjes expuso las posibilidades que la teoría de la probabilidad aportaba a la psicología de las decisiones militares, basándose para ello en las ideas que Clausewitz estructuró a base de las de Zrinyi y Montecuccoli. Le salió al paso un oponente soviético utilizando para rebatirle frases fáciles del recurso moral, exaltando sin trabas el valor de la sociología y del pensamiento humano, con desprecio para las realidades científicas en que se basaba el ponente.

El teniente coronel Ahslund, Presidente de la Comisión Sueca de Historia Militar, en el informe número seis, sobre «La vida en el Ejército de Carlos XI de Suecia», expuso la organización y régimen de los soldados agricultores y se extendió en pormenores evolutivos del tema, recurriendo con frecuencia a lo anecdótico, como por ejemplo, que tanto en Suecia como en la Rusia de aquellos tiempos, el hecho de que un oficial del ejército anduviese a pie proporcionaba comentarios del pueblo para toda una semana...

El profesor Saint Herbst, de la universidad de Varsovia, Presidente de la Comisión Polaca de Historia Militar, al hablar de «Problemas de la formación e improvisación de combatientes», propugnó la necesidad de establecer una formación preliminar en los jóvenes, aplicando métodos sociológicos a las masas de obreros y de estudiantes, justificándolo en la idea de que el hombre no nace soldado, pero que empieza a hacerse soldado desde que nace, por lo cual, el ejército ha de ocuparse de él antes del momento en que vaya a ingresar en filas.

El profesor Chandler, de la Real Academia Militar de Sandhurst, Presidente de la Comisión Británica de Historia Militar, desarrolló el informe número 12, titulado «Rusia en la guerra: impresiones de primera mano de un general británico sobre la campaña de 1812». Su exposición fue muy desenfadada, con buen estilo literario y envuelto en frases de clásico humor británico, con crudo lenguaje frente a realidades que describía sin paliativos retóricos. En conjunto causó expectación en todo el auditorio y alguna indignación entre aquellos soviéticos que desconocían el texto escrito, siendo replicado en una intervención, ya preparada y en términos muy enérgicos, hasta el punto de que el profesor Chandler creyó necesario enviar una nota a la Presidencia —que fue leída en público—, en la que advertía que había utilizado términos de unas memorias inéditas y no opiniones personales, pues, por el contrario, en diversos artículos y obras suyas elogiaba las actuaciones del ejército ruso.

El general Gambiez, Presidente de la Comisión Francesa de Historia Militar y Vicepresidente del Comité Internacional de Historia Militar, desarrolló el informe número 13, que se refería a «El miedo y el pánico en la Historia», con atención preferente a las causas motoras de origen psicossomático y meramente fisiológicas, describiendo la acción de las descargas de adrenalina en los casos de pánico y las alteraciones de las secreciones internas y externas. En la discusión intervino también un profesor soviético, haciendo un canto a la moral del ejército del pueblo, en el sentido de que cuando está bien adoctrinado para la lucha y siente hondamente los ideales revolucionarios, esos fenómenos fisiológicos no influyen en él, por lo cual había que concluir que su importancia es muy secundaria.

El profesor suizo Eddy Bauer expuso, en el informe número 15, las ideas clásicas sobre la supremacía de la Infantería Suiza y la evolución de su ejército desde 1939 a 1945, con pormenores y datos amenos

sobre el fondo histórico de su disertación. La réplica rusa se limitó a elogiar su comunicación sin recurrir a tópicos ideológicos.

Entre los congresistas extranjeros dominó el idioma francés, aunque imperaba el ruso en la organización, en los periodistas y los intérpretes para las tradiciones simultáneas. El noventa por ciento de los que solicitaron la palabra para intervenir en las discusiones eran soviéticos o de países comunistas, previamente documentados para ello. Los temas que despertaron mayor interés y que produjeron las réplicas más violentas fueron el francés, el español y el inglés.

### *La comunicación española*

La comunicación española, ajustada a la extensión exigida, sobre el tema «Evolución y razones históricas de la guerrilla en España», se leyó el jueves, 20 de agosto, en español, y con la lentitud que la Presidencia solicitó para facilitar una traducción simultánea, que no se llevó a cabo. Ya en la sesión inaugural, el Presidente de la mesa había aludido con elogio a dicho tema y a su presentación escrita, así como a la colaboración del Ejército Español con respecto a la Comisión de Historia Militar Comparada, a través del Servicio Histórico Militar, que en 1950 se encargó de editar el número español de la Revista Internacional de Historia Militar, en edición plurilingüe. Todo esto predispuso al auditorio favorablemente para escuchar la lectura de la comunicación, que duró los veinte minutos previstos por la disciplina horaria del Congreso.

Dentro de una exposición esquemática del concepto hispano de la guerrilla, históricamente considerada, el informe español planteaba la tesis de que la guerrilla surge en el sector de pueblo que no acepta ni soporta la sumisión formal a un invasor. Para precisar más, se distinguía entre el concepto romano de *populus*, equivalente a masa indiferenciada, y el concepto griego del *ethnos*, como suma de individualidades jerarquizadas dentro del gran todo social. Y se decía, también, que la masa es poco sensible ante el acontecer histórico.

Estos puntos fueron recogidos como base de réplica prevista por el profesor Monine, de la Academia Militar de la U.R.S.S., que hizo de su larga disertación un verdadero mitín, incluso en el énfasis de su voz y en su mímica oratoria. Monine fue aplaudido unánimemente por soviéticos y satélites, aunque no de modo estruendoso. Tras de hacer constar su homenaje a los conocimientos que en



El XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas se celebró en la moderna Universidad Lamonosco, de Moscú, el mayor edificio de la Unión Soviética, de 240 metros de altura sobre el nivel del Moscova, con 37 pabellones y 32 plantas en su cuerpo central. Erigida en las montañas de Lenin, en 1953, su enorme mole se divisa desde los barrios lejanos. Rodeando el gran macizo de jardines, ondeaban las banderas de los países congresistas, entre ellas la de España.



En la entrada a la Universidad destaca el gran cartel anunciando el Congreso. Lo flanquean dos colosales estatuas de bronce, de un joven y una joven, que unifican estudio y trabajo.



El ponente, teniente coronel Sánchez Díaz, lee el Informe español en el Congreso de Historia Militar de Moscú. En la Presidencia, mirando de frente, el profesor Jilin, teniente general del Ejército Soviético y vicepresidente de la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada.



su comunicación demostraba poseer el teniente coronel Sánchez Díaz, a lo que siguió otro párrafo amable para nuestro ponente, Monine quiso señalar que en el informe español había un problema, diciendo que en la Unión Soviética se parte de la base firme de que son las masas populares las que hacen la totalidad de la guerra, y por consiguiente, también la guerra de guerrillas, mientras que el ponente subrayaba que en la guerra de guerrillas no está implicado todo el pueblo, cosa muy contraria a la realidad. Rechazó la diferencia entre *populus* —a la romana— y *etnos* —a lo griego—, negándose a admitir tal distinción, aunque manifestó que no llegaba a comprenderla. No obstante, reconoció con atentas palabras la autoridad del español para hablar del tema, ya que España es un país históricamente preparado para hablar de la guerrilla. A lo largo de su disertación, que duró más de veinte minutos, el profesor Monine insistió en que el pueblo es masa homogénea, sin que en ella se deba establecer diferenciación alguna, y que con la aplicación al Ejército de los principios de la sociología concreta, se consigue que el trabajador se vuelque en los cuarteles y defienda la patria como un solo hombre. Pese a que la palabra *guerrillero* figura en el léxico militar de todos los idiomas cultos, el profesor Monine la tradujo por *partisan*, que en español equivale a *partidario*, y tiene carácter esencialmente político.

La Comisión española meditó si valdría la pena responder de algún modo al orador, aunque en el orden del día del Congreso no había lugar para la contrarréplica. Prefirió reservar las aclaraciones para hacerlas por un medio más eficaz, menos espectacular y aventurado, dado el ambiente que reinaba en el auditorio, en su mayoría prosoviético.

### *Las alusiones a España*

La Presidencia de la asamblea aludió repetidas veces a España y a su comunicación. En una ocasión se mostró a los congresistas el tomo encuadernado en rojo con el desarrollo completo del tema, elogiando el profesor Condomine su contenido y diciendo que con gusto robaría su preciosa documentación gráfica... El Secretario General de la Comisión Internacional de Historia Militar Comparada, doctor belga Albert Duchesne, mostró también la obra desde la mesa presidencial, destacándola entre las tres mejores presentadas al Con-

greso, una de las cuales era el volumen «Historia del Ejército Polaco», editado expresamente como contribución al Congreso por la Comisión Polaca de Historia Militar. Varios ejemplares de esta obra, en francés, fueron ofrecidos de modo personal y muy expresivo a la Comisión española por el general Director del Servicio Histórico Polaco, miembro de la delegación de su país en el Congreso. Por su parte, el general Gambiez intervino diciendo, que dado el interés despertado por el informe español, lo proponía en principio, como tema general para el próximo congreso, anticipándose con ello a las posibles decisiones que en su día tomase la asamblea y sugiriéndole esta iniciativa.

### *Entrevista con el teniente general Jilin*

La Comisión española juzgó que era un deber de cortesía saludar a la máxima autoridad soviética de la asamblea militar, lo mismo que al Presidente de la Comisión Internacional de Historia Militar, que había atendido a los jefes españoles con la mayor cordialidad y simpatía.

El teniente general Jilin tuvo la deferencia de entrevistarse con la Comisión española en una sala intermedia entre la del Congreso y el vestíbulo, después de haber enviado como introductor a un coronel historiador soviético que, en la antesala, mantuvo con los delegados españoles una conversación atenta, cordial y nada protocolaria.

En la entrevista se oyó decir al teniente general Jilin que agradecía la asistencia de España y su importante participación al Congreso, y que, según sus noticias, esperaba que pronto se establecerían relaciones diplomáticas con nuestro país. Aludió como de pasada, pero con visible intención de suavizar, a la réplica del profesor Monine al informe español, diciendo que, como comprenderíamos, se trataba de unas observaciones mantenidas en el puro terreno científico, lo cual no mermaba nada el indudable mérito de la comunicación española. Se le contestó, discretamente, que así se había considerado, aunque quedaba en el aire una pregunta no formulada entonces, pero de difícil solución, sobre el nudo de la réplica, ya que si todo el pueblo era guerrillero, ¿de dónde podían salir los desertores y los colaboracionistas? El general Jilin contestó con una sonrisa de aquiescencia y conformidad. Fue el mejor trámite de contrarréplica, dado que Jilin era la más alta personalidad soviética de la asamblea, con

indudable influencia científica y profesional entre los congresistas de su órbita.

Aparte de su jerarquía en el ejército soviético, Jilin es Presidente del Instituto de Historia Militar de Moscú y miembro de la Academia de Ciencias con título universitario de doctor. El día de la bienvenida a los congresistas militares en la sesión inaugural, y también, en nombre de las autoridades soviéticas, presidió la sesión del día 20 y dirigió la palabra en la clausura del Congreso General.

Se interesó el general Jilin por el Servicio Histórico Militar español y sus estudios en curso, concretamente por las obras relativas a las guerrillas, a nuestra Guerra de la Independencia y a la Segunda Guerra Mundial. El tema de las guerras napoleónicas —en especial la retirada de Napoleón en Rusia— es objeto de su investigación personal y sobre él ha escrito recientemente un libro muy bien editado en Moscú, que tuvo la atención de dedicar al ponente español. Se le informó que está a punto de aparecer el segundo de los ocho tomos de que constará la Historia de la Guerra de la Independencia, publicada por el Servicio Histórico, y que la bibliografía española sobre la guerrilla es copiosísima, tanto en fuentes originales como en obras críticas contemporáneas.

Comentó Jilin el interés que tiene una relación histórico-bibliográfica entre los investigadores, destacando —lo que la Comisión española ya sabía—, que la principal atención soviético actual está centrado en «la Gran Guerra Patria», que es como ellos llaman a la Segunda Guerra Mundial, prescindiendo de la participación de los demás países aliados para centrar su estudio en la defensa de la U.R.S.S. en aquella guerra.

También se interesó el teniente general Jilin por la hospitalidad que Moscú había podido ofrecer a los congresistas militares españoles, y se ofreció cordialmente para resolver cualquier dificultad que les surgiera. Toda su conversación se mantuvo sin prisa y en un tono muy franco y amigable.

#### *Otros contactos moscovitas*

Aunque era propósito de los miembros de la Comisión Militar española establecer la mayor relación posible con los congresistas civiles que representaban a España en el Congreso General —cerca de unos cien historiadores—, esto no pudo lograrse más que con los cinco o

seis que ocasionalmente encontraron en la Universidad o en el hotel. El último día, en la sesión de clausura, el profesor Benito Ruano mostró deseos de que los congresistas militares asistiesen a una rueda de prensa, anunciada para poco después con periodistas soviéticos, y que no se celebró. También manifestó su interés en acoger a los congresistas militares españoles en la Comisión Internacional de Historia, que en los próximos meses se constituirá en Madrid a base de los principales representantes españoles en el Congreso de Moscú.

En cambio, las relaciones con los congresistas militares de otros países fueron constantes y mantuvieron el tono de la más acusada camaradería. Ya hemos aludido a los frecuentes contactos con las comisiones francesa y belga, pero también hubo conversaciones cordiales con el profesor inglés Chandler, con el teniente coronel suizo Eddy Bauer y con buena parte de los demás representantes occidentales y algunos orientales. La mayoría de ellos hicieron alusiones elogiosas a la comunicación española. Un coronel francés se dirigió al ponente, teniente coronel Sánchez Díaz, inmediatamente después de terminar la réplica rusa, diciéndole: «No se preocupe, eso no tiene importancia: está de servicio» (*Ne vous en préoccupez pas. Ça n'a pas d'importance... Il est de service!*). La esposa de un congresista húngaro se acercó al orador para felicitarlo, diciéndole a tropezones de francés y de inglés: «No entendí nada de su informe, pero debió ser hermoso. ¡Es tan bonito ese idioma español!», y pidió un folleto del texto de la comunicación para hacérselo traducir. Lo mismo Irina, la simpática intérprete oficial soviética, solicitó un ejemplar dedicado, y en la conversación previa a la entrevista con el general Jilin mostró extraordinaria cultura y gran sentido gramatical, literario, y aún poético, del idioma español. También el intérprete de español asignado a la Comisión Militar española se manifestó identificado con el informe. Tradujo a los jefes españoles frase a frase la réplica del profesor Monine, y se expresó con visible indignación ante algunas malas interpretaciones debidas a defectuosa comprensión del texto original, que él conocía perfectamente en su letra y en su espíritu.

En general, tanto este intérprete como el de ruso-francés que acompañó a la Comisión española en sus desplazamientos por la capital y en sus visitas a instalaciones y museos, incluso a un economato militar moscovita, se mostraron llenos de atenciones para con los militares españoles, incansables en atender sus más mínimas indicaciones, simpáticos y compenetrados con sus proyectos y con el desarrollo de sus actividades profesionales, afectados por el interés que la Comisión es-

pañola manifestaba por algún problema familiar que se traslucía en ellos, y más por algún recuerdo de España para sí mismo o para sus madres. Fue ostensible su emoción en la última despedida, con ofrecimiento sincero para atender a cualquier español que los delegados recomendasen a su atención, cosa que ellos solicitaron espontáneamente. Lejos quedaba la seriedad oficial de las primeras relaciones con los intérpretes, personas preparadísimas para el cumplimiento de su importante misión, hablando con tal corrección el idioma de su especialidad, que podrían hacerse pasar por nativos del país cuya lengua practicaban.

### *Conclusión*

La asistencia de España a un congreso internacional de historia militar no se había efectuado hasta ahora por diversos motivos. El provecho de esta presencia española en Moscú es indudable, más que por lo que en aquel Congreso se haya aprendido u obtenido, o por el posible éxito de la comunicación presentada, por los contactos científicos y humanos establecidos, que a juicio de la Comisión española, repercuten muy favorablemente en las relaciones culturales con los numerosos países allí representados.

La actitud española en la lectura del informe y en aquella diplomática acogida a la violenta réplica de que fue objeto, despertó entre los congresistas militares gran simpatía hacia lo español e interés por nuestra cultura, convirtiéndose en elemento catalizador para la compenetración ideológica occidental, que se manifestaba latente desde la apertura del Congreso.

Pero también repercutió asimismo entre muchos congresistas de órbita soviética, como pudo deducirse por las preguntas y comentarios de intérpretes y traductores, por la conversación con el teniente general Jilin, su coronel adjunto y su teniente coronel ayudante y secretario, que rompieron el hielo de treinta años de aislamiento hostil para ver en la actitud humana de los delegados, en la exposición de su pensamiento y en la cortesía con que se atendía a sus palabras, algo más que una educación capitalista y la cerrazón mental que por prejuicios políticos podrían haberles atribuido antes de conocerlos.

Sin embargo, aunque estos contactos internacionales constituyen de por sí lo más importante del Congreso, cabe a la representación española su satisfacción por los numerosos elogios públicos que se hicieron

ron de su informe y de la obra presentada, las reiteradas alusiones a España, las muy expresas deferencias del Presidente Contamine, del Secretario General, señor Duchesne, y del Vicepresidente, teniente general Jilin. Todo ello pudiera tomarse como pura gentileza diplomática, pero lo confirma el hecho importante e incontrovertible de haberse propuesto el tema español para el congreso de 1975, lo cual, aunque no prosperase, supone en sí mismo un elocuente índice del eco que produjo la actuación de la Comisión española.

J. M. G.

#### INFORMES PRESENTADOS AL CONGRESO

1.—W. Serman, Catedrático de la Sorbona e Informador general de la Comisión Francesa de Historia Militar: *Vida y psicología de los combatientes del Ejército francés de tierra entre 1635-1945* (Francia).

2.—C. Gaier: *Mentalidad de la caballería pesada en la Edad Media y en el Renacimiento* (Bélgica).

3.—G. Perjes: *La psicología de las decisiones militares y la teoría de la probabilidad de N. Zrinyi y Montecuccoli, en Clausewitz* (Hungría).

4.—Profesor Th. M. Barker, de la Universidad del Estado de Nueva York: *Montecuccoli y el elemento psicológico en la batalla* (USA).

5.—P. S. Sinelnikov, Doctor en Ciencias Históricas: *A. V. Suvorov y su sistema de instrucción y de educación del soldado* (URSS).

6.—Teniente Coronel B. Ahslund, Presidente de la Comisión Sueca de Historia Militar: *La vida del soldado y del oficial en el ejército de Carlos XI de Suecia* (Suecia).

7.—Profesor A. Corvisier, de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Rouen, Vice-Presidente de la Comisión Francesa de Historia Militar: *Fuentes y métodos de la historia social y psicológica del ejército francés en el siglo XIII* (Francia).

8.—Profesor Dr. E. Kessel, de la Universidad de Mainz (Mayence): *Los soldados alemanes en la época del absolutismo (siglo XVIII)* (RFA).

9.—Profesor St. Herbst, de la Universidad de Varsovia, Presidente de la Comisión Polaca de Historia Militar: *El nacimiento del ejército nacional polaco, 1788-1794. Problemas de la formación y de la improvisación del personal combatiente* (Polonia).

10.—Profesor L. G. Beskrovny, en Ciencias Históricas: *La enseñanza militar en Rusia en el siglo XIX* (URSS).

11.—Teniente Coronel don Ramón Sánchez Díaz, del Servicio Histórico Militar del Ejército Español: *Evolución y razones históricas de la Guerrilla en España* (España).

12.—Profesor D. G. Chandler, de la Real Academia Militar de Sandhurst, Presidente de la Comisión Británica de Historia Militar: *Rusia en la Guerra: Impresiones de primera mano de un General Británico sobre la Campaña de 1812* (Gran Bretaña).

13.—General de Ejército F. Gambiez, Presidente de la Comisión Francesa de Historia Militar y Vice-Presidente de la CIHM: *El miedo y el pánico en la historia* (Francia).

14.—Profesor Y. I. Korabliov, Dr. en Ciencias Históricas: *Psicología del combatiente del Ejército Rojo durante la guerra civil en Rusia Soviética* (URSS).

15.—Profesor E. Bauer, de la Universidad de Neuchâtel: *Ejército y Hogar organización encargada del recreo del ejército suizo desde 1939 a 1945* (Suiza).

16.—Coronel Le Goyet: *Psicología del combatiente del cuerpo expedicionario francés en Italia (1943-1944)* (Francia).

# BIBLIOGRAFIA

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR. Ponente: José Manuel Martínez Bande, Coronel de Artillería. *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*. Librería Editorial San Martín, Madrid, 1970. 320 págs.

Esta es la quinta monografía de la guerra de España que el coronel Martínez Bande redacta en el Servicio Histórico Militar, con lo que la Historia Militar de la guerra del 36 va tomando cuerpo en tomos de más de 300 páginas cada uno. Aunque acaso un tanto tardía, la documentadísima historia será una obra magna que llegará a veinte tomos, y será la pieza indiscutible para la información erudita, documental, objetiva hasta donde lo permiten documentos oficiales de ambos bandos, contrastados con su correspondiente del rival.

Empezada la guerra, delimitados los frentes iniciales, logrados los objetivos de las primeras marchas del ejército nacional y los primeros fracasos del alzamiento, el máximo peligro se encontraba entonces en el Levante mediterráneo, el Levante feliz, sobre todo en Cataluña. Ese es el objeto del tomo que ahora aparece, presentar ese peligro, paso a paso, lleno de precisiones y dramatismo, de puntualizaciones exactas, sobre órdenes de operaciones, partes de guerra, croquis y fotografías documentales, anotados en amplias citas a pie de página, casi todas de historias, crónicas y memorias del bando rojo, para mayor ecuanimidad y confronta.

En Cataluña estaba el foco revolucionario más exaltado y más numeroso. Los primeros días quedó claro todo ello. Una enorme masa de voluntarios, desbordando todas las previsiones, se lanzó a la conquista de Aragón y pronto se planeó que además de conquistar la región completa le sobrarían energías para ocupar las Baleares, proyectándose en seguida la operación de desembarco a la que se lanzó el capitán Bayo con su gente.

Estamos ante la gran ofensiva roja de los primeros meses de la guerra. Antes sólo ha habido éxitos de aplastamientos de la rebelión



nacional. Mientras que las tropas de Franco y Mola son martillo en el Norte y en Madrid y las de Queipo golpean con osadía por el Sur, Aragón y Baleares son yunque sobre el que se abate una y otra vez la pesada máquina de guerra enemiga durante mucho tiempo.

La guerra en Aragón tiene características especiales, muy ásperas y difíciles para las tropas de Franco. Es una guerra distinta por completo de las otras, condicionada sobre todo por la audacia de los revolucionarios de Cataluña y Valencia que amenazan con invadir hasta el último rincón aragonés.

La expansión tiene un centro de gravedad bien definido en el libro. Está fijado en los días siguientes al 19 de julio del 36 con las columnas que inmediatamente se forman. Harto expresiva es la fotografía que la obra ofrece en su cubierta, en la que desfila hacia el frente una de las pintorescas columnas anarquistas, camino de Zaragoza y Huesca. Pese a su atrabiliario aspecto, a su disformidad, desfilan con pretensiones de conquistadores.

A poco que se detenga uno en la lectura comprende cómo aquellas columnas se caracterizan por su heterogeneidad. Junto a los soldados de regimientos disueltos, que ya son milicianos, forman los campesinos y los obreros de ciudad. El tono se lo da la masa dominante, abrumadora de anarco-sindicalistas, los hombres de la C. N. T. y la F. A. I., los de Durruti y Ascaso entre los más famosos, con una personalidad tan acusada que para sí hubieran querido los socialistas y comunistas.

Esta monografía es quizá la que más atención dedica a la iniciativa roja, y también a la política de guerra, o a la guerra política, que ahora llamaríamos guerra revolucionaria. Aquí será más bien la revolución dentro de la revolución misma, con el paradójico caso de que pierden la lucha los mejores y más numerosos, que son los anarquistas. En Levante y más en Cataluña que en Valencia, la lucha interna entre las distintas facciones fue mucho más enconada que en los otros frentes y repercutió en su suerte de modo sustancial.

El escenario, las incidencias de la lucha en los frentes, unidos al ambiente geográfico aragonés, desde el alto Pirineo al delta del Ebro es de lo más dramático, a veces tendrá tintas goyescas, como en Siétamo y en Estrecho de Quinto, con sus dos epopeyas paralelas, las del puñado de guardias civiles y falangistas, pero iguales o mayores son en su dramatismo los episodios de Alcubierre y la Ermita de Santa Quiteria, y próxima en la tragedia a Oviedo estará la ciudad de Huesca,

casi cercada por completo y la también semicercada ciudad mártir de Teruel y la idas y venidas, fluctuantes por la línea defensiva de Jaca y como fondo fotográfico impresionante, las torres desmochadas de las iglesias aragonesas, Villastar, como ejemplo concreto. Todo documental, con pruebas fotográficas, como la sonrisa de Durruti, el hombre fuerte que hizo algo tan paradójico como imponer una disciplina férrea a los anarquistas, el hombre mito de aquellos meses entre la F. A. I. casi protagonista de una novela de Gironella, a la que en esta historia pura no se le reserva ni una sola nota lírica, porque es historia y no literatura. Son abundantes las citas de la historia de Dolores Ibarruri y de Koltsov y de muchas memorias de españoles y extranjeros al lado de los rojos.

Impresiona algo tan simple como ver repartida una página gráfica entre las fotografías del coronel Beorlegui y el novelista ruso Iliá Ehreburg, pero así fue la historia también, cuando podían repartirse, con trincheras por medio, una pequeña parcela de terreno.

Es la etapa ofensiva del Ejército rojo, en plena forma, aunque en ocasión desaprovechada. El desembarco de la columna Bayo en Mallorca es muy sugestivo como estudio histórico y muy aleccionador como experiencia. En este libro se manifiesta documentalmente que los laureles dedicados a Bayo nacieron ya marchitos. Fue vital la pérdida de tiempo que supuso el dedicar cinco horas al pillaje.

Si la obra tuviese una orientación más comercial podría titularse «El drama de Aragón», un drama en el que juega mucho la geografía aragonesa, física y política, climatológica también, desde el Pirineo hasta la provincia de Guadalajara, pero sobre todo Huesca, de cuyo largo padecer se ha hablado muy poco y que ahora toma relieve aquí su ignorado martirio.

El frente se va consolidando luego, en el primer verano de la guerra y hacia octubre o noviembre es ya bastante fuerte. Si aún hay combates muy duros, ellos no imponen variaciones sensibles en la línea de combate.

Aquel impetuoso, nutrido y combativo Ejército de Cataluña se había ido debilitando por la ausencia de un mando único, de un plan conjunto y de unas unidades bien instruidas y encuadradas. Con ello se esterilizaron los propósitos revolucionarios y la marea, estrellándose una y otra vez contra las defensas nacionales se aquietaba.

En retaguardia la intranquilidad intestina de Valencia y Barcelona es mal seguro para la tranquilidad que necesita la vanguardia. Le falta esa solidez de la retaguardia que Mao enunció luego como un

nuevo principio fundamental del arte de la guerra. Los días de mayo del 37 son un calendario terrible en Barcelona. En ellos, con la lucha en las calles, los libertarios y troskistas se someten al ejército gubernamental de Valencia, cuyo mejor aliado es el partido social-comunista catalán y marca el principio de una nueva etapa.

Tal es el interesante balance del libro. Una monografía de iniciativas rojas, de poder del Ejército gubernamental y revolucionario, que se debilita en lucha interna. Un fracaso por falta de unidad en el mando, de solidez en la retaguardia, de capacidad en las fuerzas, que aun cuando sean algunas unidades regulares, carecen de la disciplina militar más elemental.

Los documentos son extraordinariamente elocuentes. Son nueve textos de gran valor político militar. Quizá el mejor, con emoción literaria para quien lo lee aquel conjunto de conferencias de radio en los días difíciles de Huesca, con diálogos vivos entre el capitán Adrados y el capitán Bernardos. Como siempre los croquis son clarísimos y la bibliografía básica y de fuentes muy directas y fehacientes.

Con esta monografía, el Servicio Histórico Militar da una prueba más de eficacia y rigor histórico. Su autor, el coronel Martínez Bande se muestra objetivo hasta donde es humanamente posible, desapasionado en absoluto, imparcial, hasta donde ello es compatible con el sentido del deber, el patriotismo y la Justicia.—J. M. G.

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: Ponente, Carlos Pérez-Lucas Izquierdo, Teniente Coronel de Infantería, *Galería Militar Contemporánea: Medalla Militar*. Tomo I. Editado por el Servicio Histórico Militar. Madrid, 1970, 621 págs.

El libro que ahora aparece constituye el segundo tomo de una Galería Militar Contemporánea, que se inició con el tomo dedicado a la Real y Militar Orden de San Fernando. En aquél, como en éste, que es el primero de los cuatro dedicados a la Medalla Militar, se relatan los méritos de quienes ganaron la recompensa en las cuatro campañas en la lucha contra la Revolución del octubre rojo asturiano, en marzo de 1934, en la guerra de Liberación española y en la División de Voluntarios en Rusia. Este tomo se concreta, por razones de volumen, a los que hoy son generales y coroneles. Los tres que le seguirán, ya muy avanzados en su preparación, se refieren a jefes, oficiales, suboficiales y tropa.

Además de la fotografía y el hecho de armas heroico o distinguido, se incluye en estos tomos la historia de la recompensa y la legislación o reglamento sobre ella. Pero la galería no puede ser más importante como tal galería, esto es, de consulta histórica y de ejemplo moral.

Porque los estudios de la Historia Militar no deben limitarse al conocimiento de la organización y las campañas. Dentro de ellos queda una parcela biográfica con el valor formativo que encierran los hechos ejemplares, en los cuales, la figura de los protagonistas, con la decisión serena o arrojada de un instante —valor heroico o distinguido, en la calificación oficial—, acaso varió el signo de las operaciones de guerra. Así se llevan al conocimiento general las glorias militares y los nombres de quienes las hicieron posibles. Con ella se ensancha y se acrecienta el espíritu nacional, pero, sobre todo, se hace justicia a quienes se sacrificaron al servicio de la patria, con una abnegación que cada día se hace más oportuno destacar para ejemplo de las generaciones jóvenes.

Los hombres de esta Galería Militar Contemporánea, estos Caballeros de la Medalla Militar de los que el libro trata, se distinguieron luchando por la defensa del honor nacional; pero su esfuerzo y su entrega se hacían en servicio de la paz, pues cuando el enemigo amenaza las fronteras o impera la anarquía, las armas son el único medio para la consecución de la paz.

Así se explica la aparente paradoja de que los héroes de la guerra sean los defensores de la paz, por la cual luchan cuando sólo puede ganarse al precio de la victoria. La actuación personal de estos combatientes extraordinarios, constituye un honor y un estímulo para el conjunto humano de los españoles y, en especial, para sus descendientes, que miran la recompensa como un timbre de honor familiar que alcanza a todos.

La Medalla Militar se creó en 1918, cuando las apretadas exigencias depuradoras del heroísmo, establecidas en el reglamento de la Cruz Laureada de San Fernando, instiuida en 1812, forzaban dejar en el olvido actuaciones extraordinarias, dignas de ser premiadas y divulgadas para la debida justicia y ejemplaridad. Y en el mismo año en que nacía la Medalla Militar, surgieron los hechos dignos de ella. Y aquí están recogidos, si bien por razones del interés general, los tomos no siguen el orden cronológico, y se ha empezado en 1934 y no en 1918, dadas las dificultades de recopilación de fotografías de los condecorados y hasta de encontrar las relaciones de

hechos. Aún en éstos tan próximos, se nos dice en el prólogo que la búsqueda ha sido laboriosa. Había medallas concedidas sobre el campo de batalla de las que no quedaba constancia en expediente alguno y sólo la convicción moral o verbal de existir la recompesa. También fue difícil, imposible en algún caso, la obtención de fotografías, porque a veces, los condecorados habían fallecido en la acción y no tenían familiares. Por extrañío que parezca, hubo situaciones muy aproximadas a la del héroe desconocido, de que apenas se sabía más que el nombre.

La pregunta estadística es inmediata. ¿Son muchos los caballeros de la Medalla Militar? La respuesta no puede concretarse mientras no se concluya la publicación. En este tomo, de los que han alcanzado el generalato o el empleo de coronel, son 331, de ellos 184 de Infantería, 50 de Aviación, 26 de Artillería, 24 de Caballería y el resto de otras Armas y Servicios. El total de los condecorados en las guerras del año 34 hasta ahora son unas 1.450 Medallas Militares, sin contar las colectivas. ¿Son muchas? No. La Medalla Militar se escatima depurándola en un expediente con declaraciones numerosas de compañeros, superiores y subordinados del propuesto, con un mecanismo semejante al de la Laureada. Y las Laureadas en el mismo período de tiempo fueron 81; de ellas 71 en la Guerra de Liberación, 3 en Asturias y 7 en la División Azul. También es una curiosa referencia saber que de los 331 generales y coroneles actuales, en el momento de la concesión, es decir, del año 34 para acá, eran comandantes 106 de ellos, capitanes 107, y tenientes 59, un cabo, otro soldado, un sargento, cuatro brigadas y ocho alféreces.

¿A quién destacaremos de todos ellos? Cosa difícil es. Bastará con decir que cinco de los que aquí figuran tuvieron en esa misma época la Laureada además de la Medalla Militar, como son Abárzuza, Gómez Zamalloa, Martínez Vara del Rey, Queipo de Llano y Sánchez Barcáiztegui.

Pero hay también dieciséis Caballeros de la Medalla Militar que ocupan dos páginas de este mismo tomo por tener concedida dos veces la condecoración; quizá ellos son los más representativos. Por repetirse el nombre en ocasión distinta, están más de lleno en la Medalla Militar al pertenecerles doblemente el título.

Entre ellos está Jesús Andújar, el alférez provisional que siendo de Caballería iba con la 5.<sup>a</sup> Bandera de La Legión; están Bartoméu y Castejón, los de las columnas de Marruecos sobre Madrid, de sobra conocidos. Está el artillero Díaz Carmona, que ganó la pri-

mera Medalla en Asturias el año 34, siendo cabo conductor de un camión de su batería y la segunda, de brigada, en el Alto del León. Está Esteban Infantes, que ganó una siendo Jefe de Estado Mayor en Brunete y otra, de general en Rusia. Y García Rebull, con las dos de comandante, una en el Ebro y otra en la División Azul. Está Garzón, ahora médico prestigioso en San Sebastián, faltándole una pierna, que ganó la primera en el Ebro, de teniente-cadete, y otra de capitán en la campaña rusa. Está Matéu Llopis, que en poco intervalo ganó las dos Medallas en el Ebro, siendo comandante de Regulares, y Joaquín Montero, teniente de la 5.<sup>a</sup> Bandera de La Legión, con una en el octubre rojo de Oviedo y otra en la marcha sobre Madrid. Está el Almirante Moreno, con las dos Medallas al principio del Alzamiento y Rubio Tardío, oficial provisional, que las ganó en Cabeza Grande segoviana y en el Ebro. Está Tassara Buiza, capitán de Regulares, en el Alzamiento por la provincia de Sevilla y en la cabeza de puente de Toledo. Está el teniente coronel Tejero de Los Inchortas vizcaínos y del Alfambra. El comandante Velasco Santías, de Caballería, en Las Rozas y en Lérida y el comandante de la 4.<sup>a</sup> de La Legión, Vierna Trápaga, en Badajoz y en la Universitaria y Juan Yagüe, Medalla Militar de teniente coronel en la Asturias del 34 y también de teniente coronel, jefe de la columna de Madrid en la Universitaria.

Esos son los nombres más destacados de esta Galería Militar Contemporánea, de los Caballeros de la Medalla Militar, que el Servicio Histórico del Ejército publica ahora, con esmero, con índices variados para el mejor beneficio de los historiadores, con fotografía para ejemplo, estímulo y reconocimiento de los españoles a sus héroes.

Una obra así ha necesitado mucho tiempo para completarse con la dedicación laboriosa de nueve años del ponente, teniente coronel don Carlos Pérez-Lucas Izquierdo, que puede sentirse satisfecho de su realización.—J. M. G.

JOSÉ MARÍA GÁRATE con treinta y seis autores: *Cuentos de la guerra de España*. Ediciones San Martín. Distribuye «Reconquista». (Nuncio, 13). Madrid, 1970. 440 págs.

Los 15.000 libros sobre la guerra del 36 guardaban ausencias a los treinta y seis cuentos de esta antología, donde palpita fuertemente la vida íntima de los combatientes, con la inapreciable fuerza de lo

subjetivo, con la suficiente objetividad en su fondo verista, literaturizado al mínimo, lo indispensable para ser obra de creación y no simple relato.

El cuento es un género muy apropiado para mostrar el mundo íntimo y el contorno de los combatientes. Con ser obra de creación, es inevitable volcar en ella el sentimiento y la experiencia personal. Pero el mérito había de estar en que los autores fuesen a la vez escritores y combatientes, siguiendo la idea de Pemán: «La guerra es todas las literaturas del mundo, un tema difícil y exigente. La guerra es un mundo distinto, cerrado, donde están de tal modo trastocados los valores humanos, que no es posible, sin entrar de lleno en él, comprenderlo, y menos expresarlo».

Por eso se convocó a los escritores militares más calificados, porque la idea estaba corroborada poco después por Hemingway: «Pienso en la gran ventaja que la experiencia de la guerra constituye para el escritor. La guerra es uno de los mejores temas y, sin duda alguna, uno de los más difíciles de tratar con sinceridad. Los escritores que no la han vivido, viven siempre celosos y tratando de quitarle importancia, diciendo que es anormal o morbosa, cuando en realidad, la guerra es algo absolutamente irremplazable, que se les ha escapado».

A estos autores de los treinta y seis cuentos de la guerra de España no se les ha escapado la guerra. Es una dramática realidad que vino a ellos. Ellos la sintieron en su carne y en su alma y la meditaron con sensibilidad creadora y aquí están manifiestas en sus variadas experiencias bajo la envoltura literaria de ese difícil género del cuento.

Así se ha conseguido esta abundante recolección de variados estilos, las más veces en el directo y militar de las memorias sinceras, las evocaciones íntimas, con un ligero tinte de nostalgia o de honrilla por haber estado en una guerra importante y haber contribuido un poquitín a ganarla, aunque ahora se quiera supervalorar lo imparcial, lo objetivo y lo neutro.

Esta es una obra de equipo, de generación, y aun mejor de quinta, de la quinta del 36, aunque alguno de los treinta y seis autores sólo pertenezca a ella en su acepción más amplia, la de campaña, o por mera afinidad espiritual. Por eso, los cuentos se suceden por orden alfabético de autores, como manda el buen orden, la camaradería y la modestia militar.

Los autores son todos militares, de tres generaciones: la de la

guerra, la anterior y la siguiente, sin más excepción que tres o cuatro escritores de aquella ocasión triste y gloriosa, que eran entonces alféreces provisionales y hoy son de complemento, con lo cual entran por la puerta grande del compañerismo en el espíritu de esta obra, que consiste en mostrar el ambiente real de la guerra del 36, visto por quienes la hicieron y sufrieron. Son plumas conocidas y algunas laureadas. Con ello se apuntilla el tópico de la antiintelectualidad castrense, si es que aún respira, y se llama la atención de que en la galería literaria de la España actual, hay muchos escritores, como antaño.

Pero además son todos conocidos, militares de carrera o de campaña, casi todos excombatientes. Con su obra nos demuestran que la milicia no está acuartelada en lo cultural y artístico, que si antes de la guerra había buena dosis de militares humanistas, los «provisionales» significaron un injerto universitario en el Ejército —y a la inversa—, con trascendencia para la sociedad civil y militar y, sobre todo, que muchas firmas ilustres de la poesía y el humor, la novela y el ensayo, el periodismo y el guionismo— radio, cine y tele— con primeros premios nacionales, figuran en las listas de revista de Unidades y Centros castrenses. Los escritores militares constituyen hoy también una valiosa aportación a la literatura española.

Aquí están algunos poco conocidos como militares: Manuel Alonso Alcalde, veinticuatro veces laureado como poeta y autor de relatos breves. Los premios nacionales López Anglada y Salvador García de Pruneda. Hombres del cine, la radio y televisión, como Luis de Diego y José Bernárdez y Enrique Janés Bergua, el creador de «Diego Valor» y Luis López Ocaña y Félix Martialay, el gran crítico de cine. Los escritores de la prensa diaria y las revistas, como Waldo de Mier y Juan Antonio Liaño y Narciso Sánchez Morales, y Armando Marchante y José Luis Muñoz Pérez, y Angel Palomino, el inefable humorista de «La Codorniz» y Luis Villar de Villacián. Los escritores que tienen hoy cargos oficiales, como Miguel Urmeneta, tantos años alcalde de Pamplona y Juan de Zabala, Director General de Penitenciarías y Francisco Sintés, que lo fue de Archivos y Bibliotecas y los novelistas, como Macía Serrano, el poeta de La Legión y hoy su General Subinspector, y Severiano Fernández Nicolás, Domingo Manfredi y Ruiz Ayúcar. Un historiador de la guerra del 36, el primero del mundo, Martínez Bande y el inevitable especialista de la anécdota de entonces, García Serrano, prologándolo. Creo que hay bastantes conocidos.



García Serrano nos ha dicho en su prólogo:

*Estos cuentos, amigos, pertenecen en su mayoría a una generación, que entre el 17 y 19 de julio de 1936 salió de casa y, si bien se mira, no ha vuelto a ella. La guerra torció y formó vocaciones, descubrió excelentes militares, algunos ya con grado de general, entre universitarios ajenos a la milicia. Quiero decir que trastocó la vida de todos, y singularmente la de los que se quedaron, eternos jóvenes, en el camino de la victoria. Por este libro veréis cruzar fugazmente a personajes ya conocidos en la literatura, no sólo nacional, sino universal, como Peter Kemp, el inglés que se alistó en La Legión, o el teniente del Regimiento de Farnesio, aquel maravilloso y sencillo soldado de «La soledad de Alcuneza».*

*En uno de los cuentos se lee: Pero entonces no extrañaba a nadie. Lo ilógico era lo normal, y la aventura más extraña, pura circunstancia..*

*En otro se reproduce la frase de Unamuno: ¿Hay doctrina más íntima ni más honda que la que se da cantando?: Nuestra guerra fue una pura canción y en cuanto a lo primero, nunca se batieron más marcas del dicho militar: Supla usted con su celo.*

Los temas van desde la lírica hasta el humor, desde la muerte tonta del legionario Mouriño, hasta el pecado del alférez Perico; desde el marino internacional al futbolista rojo; desde la gran ciudad sitiada, a la tierra de nadie; desde el echarse al monte el primer día, hasta la batalla de carros. No todos los protagonistas mueren, al modo remarquiano, ni mueren los mejores, según el tópico habitual. Muchos se salvan y están entre nosotros con distinto nombre.

Aquí no hay mucho odio, porque la mayoría de los personajes son de zona nacional, ni mucha amargura y desesperación, porque hay voluntad de vencer y moral de victoria, aunque sea muriendo, ni combatientes a la fuerza, porque la mayoría de los soldados de reemplazo sabían por qué luchaban, aunque su ideal fuese poco perfilado, porque también son simples las grandes cosas, como el amor, la muerte o la primera comunión.

Vale la pena ofrecer el final del prólogo de García Serrano, por su expresividad:

*Yo creo que este libro es como una conversación entre nosotros y entre aquellos que nos interesa que nos oigan. Es como convocarlos a la forzada intimidad de una chabola o de una comida que celebra viejas fechas, y sentir el humo de leña húmeda que viene desde las cocinas, o la fina lluvia bajo el pinar, o la nieve agria, disciplinante y cruel, o el descanso en un pueblo. O el recuerdo de un camarada muerto.*

*Alguien entonces dice:*

*—¿Os acordáis de aquel día en que...?*

*E incluso los que se acuerdan dicen:*

*—Cuenta, cuenta...*

*Pues a escuchar, mejor dicho, a leer, hermanos.*

El libro es un alarde de presentación, de selección y variedad de autores y temas. Es una buena vendimia esa de treinta y seis episodios, como cuentos, casi todos inéditos, vividos con emoción y entusiasmo, con miedo o con dolor, en la propia carne o en la de los más próximos o queridos. La inmensa mayoría se desarrollan en ambientes de Infantería, y en ella, los soldados, como debe ser, acompañados de legionarios y regulares, requetés y falangistas; pero no faltan cuentos de Caballería y Artillería. Hay dosis importantes de cooperación naval y aérea y hasta guardias civiles, que también ellos hicieron la guerra. Sólo unos pocos son de la División Azul, forjada con ideal de guerra española, como lucha contra el comunismo y devolución de visita.

La Editorial San Martín se ha esmerado en este libro. La administración de la Revista «Reconquista» (Nuncio, 13), que se encarga de distribuirla al personal militar.—G. C.

JESÚS SALAS LARRAZÁBAL: *La Guerra de España desde el Aire*, 540 páginas, Editorial Ariel, S. A., Barcelona, 1969.

Creo que fue Indalecio Prieto, el ministro socialista español, quien calificó algunas desbandadas de unidades del Ejército rojo en la guerra del 36 como «fenómeno de pánico debido a la aviación». Los ex-combatientes rojos y nacionales, al recordarla ahora —si la recuerdan sin rubor—, son excelente testimonio de lo que «pesaba» la aviación en aquella lucha, ya que desde el primer día uno de los factores de la decisión de Franco para pasar el Estrecho, pese a la vigilancia de la marina sublevada, fue precisamente ese temor casi supersticioso que

la marinería, sin freno de mandos, tendría al ver unos aviones volando sobre ellos, decididos a todo. Lo sabía por su experiencia de guerra marroquí. Era la intuición prebélica de lo que sólo la experiencia de tres años de batallas enseñó a Indalecio Prieto.

Sin embargo, estaba por historiar sistemáticamente esa actuación de la aviación en la última guerra de España, mejor diríamos la guerra aérea en España. Había antecedentes monográficos excelentes: las obras de García Morato, del marqués de Larios y otros estudios generales como los libros de Gomá, pero ninguno agotaba el tema ni lo pormenorizaba suficientemente con aparato técnico y documental.

Aquí está, ahora, el libro de Jesús Salas Larrazábal, comandante historiador del Ejército del Aire, hermano de Ignacio, muerto, Ángel, un heroico general de las patrullas hermanas de García Morato y hermano también de Ramón, el historiador de la memoria prodigiosa que imprime ya su libro sobre El Ejército Rojo Español. Esta «Guerra de España desde el aire» viene editada sin restricción económica alguna por Ediciones «Ariel», una empresa librera que tiene tanto tino en seleccionar las obras cronísticas de la guerra del 36, en su colección «Horas de España».

El estudio documentado y denso, en 540 páginas, es modelo de objetividad, que es lo que ahora se exige y se proclama como el mejor adjetivo sobre temas bélicos. No lo es para todos, pero ahí queda, ya se ha hablado bastante de lo que frena y alicorta al cronista, sobre todo al testigo presencial, un inútil afán de ser objetivo, imparcial y neutral, sobre algo que ha vivido y luchado con calor idealiza. Pero buena es al menos la ecuanimidad y la ponderación, por respeto al lector y a la historia.

Jesús Salas ha realizado una investigación minuciosa sobre los efectivos de las dos aviaciones en lucha. He hablado con él y sabido de su tarea agotadora para completar las relaciones de pilotos, revisando partes y cartillas de vuelo, estados de personal y material, harto incompletos, matrículas de fábrica y de aeródromos, cuidando de evitar repeticiones por la doble numeración de los aparatos durante una larga época, recogiendo el dato humano de los historiales de los aviadores, recordando una y otra vez los aviones del 18 de julio, con balance rigurosamente distinto al que hasta ahora se dio como bueno, siguiendo la pista a las importaciones, anotando las bajas vistas: «seguros» y «probables», en esa difícil confronta de datos amigos y enemigos que rara vez coinciden, pero que permiten aproximaciones y criterios muy útiles para juzgar coeficientes de verosimilitud y exage-

ración, partiendo de la base de que hay que admitir como punto de partida mínimo lo que el enemigo confiesa en fracasos propios y éxitos adversarios.

Hay en el libro facetas interesantes sobre los dos Ejércitos del Aire enfrentados, en general, y sobre su aviación de caza en particular. Quizá sea preciso explicar al llegar a este punto que la medida de los pilotos en aquella guerra la daban los de caza, los de misiones más complejas y los de mayor destreza, los «Vista, suerte y al toro», el lema de Morato válido para todos. El bombardeo, la observación y aún la cadena, cedían en importancia y volumen a la caza, verdadera fuerza de choque de la aviación.

Salas investiga hasta el difícil detalle de los combates aéreos, cuando se produce la mezcla, el avispero en el que los aviones ronronean con variantes instantáneas de tono, timbre y longitud de onda acústica, cuando nadie sabe del compañero más que si pide auxilio o cae ardiendo y del enemigo poco más que el verle picar hacia uno mismo, en ese difícil momento de ver quién resiste más sin apartarse del contrario. Eso es lo más difícil de historiar, hasta el punto de que en las concesiones de Medallas Militares suele omitirse el relato de la operación, por falta de declarantes concretos, minuciosos, sobre su desarrollo. Se sabe poco más que de resultados, de derribos, de proporción de aviones enfrentados.

Así va saliendo a primer plano lo aéreo de las batallas más aviatorias de la guerra del 36, que son las más encarnizadas, es decir: que coinciden con las mayores luchas en tierra: El Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro. Con el agravante de que siendo prácticamente todas de iniciativa roja, se basaba ésta en la acumulación previa y aplastante de material, medido en aviones, carros y cañones, como medios pesados. Es decir, que las infanterías podían equilibrarse más o menos, pero se fiaba la dirección al apoyo aéreo, en primer lugar. Ello hace ver que el desequilibrio final de la balanza, con grandes pérdidas rojas de material, era gracias al arrojito de los pilotos nacionales, luchando «a tumba abierta» para apoyar a los infantes, que tenían la última palabra para decidir la batalla. No ganaba las batallas la aviación ni la artillería, pero éstas despejaban el ruedo ibérico, para el final enfrentamiento de los infantes, de los combatientes de a pie sobre el terreno disputado.

Así ve el lector en el libro de Jesús Salas a estos «quijotes del aire», como los llamó Franco en su bello prólogo al libro de Morato, sobre sus «clavileños» de motor, aún débiles o mejor dicho frágiles.

El libro es sólo una primera parte de la gran historia de la aviación en la guerra española del 36. El mismo autor lo explica. Es una parte de la historia de la Aviación Española, que desde hace diez años prepara en colaboración con el doctor ingeniero aeronáutico Juan Warleta Carrillo. Pero además es parte a su vez, primicia si se quiere, de la historia de la guerra, que piensa publicar con su hermano Ramón. Entendemos así que Jesús Salas ofrecerá después una historia orgánica o institucional de la Aviación, con el primero y una historia operativa de la guerra de España con su hermano.

Quizá haya que explicar que el libro es una pequeña historia de la guerra, en la que sobre el hilo sucinto de los acontecimientos en tierra, urdimbre obligada de cronología, se va tejiendo el gran texto aéreo que sale a primer plano, en organización y en operaciones, aunque también con densidad humana —Morato, Vara del Rey, Haya y tantos otros protagonistas—, pero además los cuadros y estadísticas, los partes de bombardeos comparativos, los gráficos, los organigramas, como ese largo preámbulo que sitúa al lector en el clima inicial, con el despliegue aéreo de 1935 y 1936.

Con el libro de Salas se cubre uno de los grandes huecos en la literatura de la guerra del 36. Con ser tan copiosa, faltaba este importante aspecto. Nada menos que la historia de una de las tres fuerzas armadas, como obra documental, crítica y técnica. Se cubre a medias. El resto que nos promete Salas, sabemos ahora que queda en buenas manos.—J. M. G.

*La Legión Española: Cincuenta años de historia*, 470 págs, Editada por la Subinspección de la Legión, Escelicer, S. A. Madrid, 1970.

Los franceses la tenían hace tiempo y en España se echaba en falta una historia de La Legión. En septiembre se cumplen las bodas de oro de aquel día en que la fundara Millán Astray y aquí está ya el primero de sus dos tomos, con todos los honores, sin más lujo que el indispensable, editado con verdadero esmero por Escelicer, en cerca de 500 páginas con multitud de documentos gráficos legionarios, celuloide rancio, que en su pátina del tiempo parecen más testimonio, equiparable en lo fotográfico al valor de los viejos pergaminos, que garantizan con su desvaimiento la autenticidad testimonial del documento.

Aquí está la Historia de La Legión en su etapa africana, desde

1920 hasta 1936, con la vida, las hazañas y las glorias de los legionarios escritas cuando ya son más historia que vida, cuando ya no pueden perderse sus modestias en la alharaca que las desvirtúe con su lírica valoración. En lenguaje más bien escueto y contenido, pero fijando cada etapa de su epopeya, con datos de los historiales de las viejas banderas del que primero se llamaba El Tercio, con dos Legiones y luego fue La Legión con cuatro Tercios, en bizantina discusión del Fundador, que era fácil a la decisión arriesgada y puntilloso en cuestión de llamar a las cosas con nombres eficaces, hirientes, arrebatadores.

Se abre el libro con la dedicatoria a Franco, que fue lugarteniente primero y co-fundador del Tercio, con Millán Astray, para seguir con la página de oro viejo, en la que se entresacan los primeros prevenciones a las banderas del que ya era teniente coronel jefe del Tercio, de las cuatro primeras banderas legionarias. En ellas destaca para el comentarista un espíritu almogávar, que recuerda páginas de la crónica de Ramón de Muntaner, cuando los capitanes de aquellos guerreros indomables, antecesores de los Tercios de Flandes, se llamaban hermanos: «En la Legión somos todos hermanos, las glorias de uno son las glorias de todos y las glorias de nuestra bandera nos pertenecen una a una, porque la teñimos con sangre legionaria. Allí aparece por primera vez la expresión que luego se sintetizaría en un artículo del Decálogo del Cadete: «Hacerse querer y desear de sus superiores y querer y respetar de sus inferiores debe ser el norte del oficial legionario».

Tras ello va el capítulo dedicado al Fundador. Describe la conocida estampa del mutilado, sin brazo y con negro monóculo que cubre la cuenca vacía de su ojo, pero frente a tantos como quisieron representar en él una anti-intelectualidad militar, destaca que era diplomado de Estado Mayor, con una brillante Hoja de Servicios, excelente psicólogo y organizador, comentarista del Bushido japonés, como de obras francesas, culto y erudito, con el don de la palabra hasta tal punto que tenía como un fluido magnético, electrizante para arrastrar a los hombres a empresas heroicas, en las que él no se hurtaba al peligro. Hay sobre todo una página autógrafa de los días en que preparaba su fundación, apostillando un artículo del General Aubert en la Revista de Artillería francesa en julio de 1920: «La legión francesa es la mejor tropa de infantería europea». Millán anotó al margen: «Lo veremos, mon général». Seguía el francés: «Es una tropa incomparable que otras naciones envidian porque no están en

condiciones de formar otra análoga». Al margen se ve escrito con letra muy hincada, junto a lo subrayado: «¡A que sí!» Tenía el don de la poesía, sabía incitar al culto al honor y al valor. Supo redactar un Credo legionario que hizo suyo hasta lo más profundo cada uno de sus hombres.

La historia militar va entremezclada con la heroica y con la pintoresca. El comandante legionario don Francisco Canós ha sabido pintar con aguafuertes literarios el Marruecos de 1920 al nacer la Legión y explicarnos la inspiración de Millán entre su admiración por las unidades de la Legión Francesa que vinieron a España cuando la Guerra Carlista y el estudio de su organización cuando el Tercio era sólo proyecto. Pero a ello se unía el profundo conocimiento histórico del alma de los viejos Tercios y de la psicología del mercenario apartado de la vida a punto de despreciar la dignidad humana por falta de una mano y un ideal que le hiciese apetecible vivir para algo, o bien ofrecer la vida con ilusión de un holocausto útil, que eso significaba la genialidad del ¡Viva la muerte!

Paso a paso van surgiendo las banderas y se restringe su entrada en acción porque es peligrosa la prueba. Hasta que surge la necesidad en el auxilio a Melilla. Entonces entra en línea, en vanguardia, la Bandera de Franco y se recogen ahí arengas que sólo estaban en la tradición oral de los legionarios que se las oyeron a Millán y a Franco, hirientes en el alma, imborrables en la mente al cabo de cincuenta años. Se las hemos oído recitar a los redactores de la obra, a ese equipo de cuatro escritores que han historiado lo que vieron y vivieron, añadiendo sus personales recuerdos a la letra de partes de guerra, relaciones de bajas, memorias de quienes poco después cayeron bajo el fuego.

Están constituyendo capítulos los episodios clave, los que marcan hitos en el Museo de La Legión. La hazaña del cabo Suceso Terrero y el bloqueo «El Malo». El crecimiento de La Legión hasta formar Cuerpo importante a las órdenes de Franco, paso a paso, episodio por episodio, etapa a etapa, regando de héroes y de voluntarios de la muerte cada camino, cada loma, cada barranco, con gesta legendaria, admirable, siempre paralela de los almogávares y de los hombres de los Tercios de España.

Una segunda parte, ya más serenada se ocupa del lapso del tiempo entre 1927 en que termina la guerra de Marruecos, también en septiembre, hasta el Alzamiento en la Comisión de Límites de Melilla, momento crítico de una tensión nacional y militar que acaso salvó

aquel grito del teniente La Torre a un pelotón. El pelotón de soldados de que hablaba Spengler era legionario. También en esta segunda parte hay capítulos clave, con títulos muy expresivos y logrados: «España manda, La Legión obedece»; «La Legión salva a la República».

Facsimiles, textos inéditos, documentos, croquis, fotografías, todo ello con exuberancia, sin excesivo remilgo artístico, pero con verdadero espíritu legionario al escribir, al componer, ampliando de cuando en cuando el cuerpo de la letra para gritar al lector conceptos clave de sacrificio que hoy están un tanto olvidados en esta larga paz, resaltando en negrita algunas palabras que vale la pena destacar. Al lector ajeno al tema, o poco especializado le llama la atención el texto desconocido de felicitaciones del Rey, muy expresivas, de donaciones legionarias en carne viva, a museos y panteones, de órdenes y proclamas y pasquines de enganche, gritos en color llamativo a veces, como debe ser una llamada a la guerra y la aventura.

Hay mucha sangre legionaria tras estas páginas. Están los héroes clásicos: Arredondo, Valenzuela, Fontanes, Munar, Angosto, Vila, López Hidalgo... Pero a cada paso salta la figura de los fundadores: Millán y Franco, con episodios ignorados, con anécdotas íntimas de quienes vivían a su lado.

Láminas en color con la variedad de uniformes legionarios de la época, animan el texto profusamente. Podrá decirse que la obra hubiera sido distinta concebida más académicamente, pero de seguro menos legionaria y ésta ha de gustar a tantos miles de hombres que formaran en las filas del Tercio desde hace cincuenta años.

Una historia necesaria también para la exportación, es ésta para que se sepa que hubo y hay una Legión Española que nada tiene que envidiar a las demás, sino que fue objeto de atención de una productora francesa cuando quiso pintar la rudeza de la vida legionaria, prefiriéndola a la de su país. Un tomo que hace desear el segundo, cuya aparición se anuncia para este mismo año, en las bodas de oro de La Legión. La novia era la muerte, según la letra típica.

Grande ha sido el esfuerzo de la comisión redactora, encabezada por el general La Torre, el teniente aquel de la Comisión de Límites del 17 de julio del 36, secundada por el teniente coronel Martínez de la Casa, como coordinador de la ponencia, los comandantes legionarios Canós y Conca, el comandante Yáñez, de La Legión también, y el teniente legionario don Gabriel Díaz, que ha actuado como secretario. Su labor es meritoria ante la historia militar y ante la literatura castrense. Su aportación laboriosa a la Historia de España será apre-



ciada. La obra está editada por la Subinspección de La Legión en Leganés y publicada por los talleres gráficos Escelicer.—J. M. G.

BAUER, EDDY: *La historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial*. Seis volúmenes. Edit. Rialp, S. A. Madrid, 1967.

La Editorial Rialp ha acometido una empresa grande y valiente al atreverse a publicar en español una historia de la Segunda Guerra Mundial en seis grandes tomos. Es una obra magna, quizá la más ambiciosa y seguramente la más seria, la menos politizada y apasionada de cuantas se conocen. Ese extraño calificativo de «historia controvertida», le cuadra muy bien, porque con verdadero criterio histórico se ha tenido en cuenta y se analizado y depurado la enorme controversia que existe en torno al tema.

No es su carácter de objetiva la única característica de la obra, ni su amplitud inigualada hasta ahora, ni la seriedad de su abundante ilustración en láminas, fotografías y croquis documentales. Su mérito y su novedad principales están en ser una historia militar. Lo promete ya así la profesión del autor y del prologuista. El autor, Eddy Bauer, es un coronel del ejército suizo, la más alta graduación de su país, antiguo alumno de la «Ecole de Chartes», ex-rector de la Universidad de Neuchâtel y profesor de historia en ella, que antes fue encargado de curso en la sección militar de la Escuela Politécnica Federal de Zurich. No se trata, pues, de una de tantas crónicas periodísticas, ni del gran reportaje al uso, que suelen ofrecer las obras modernas sobre la Segunda Guerra Mundial, sino del estudio profundo, técnico militar de un verdadero historiador. El prologuista, que dedica a la obra seis páginas en folio es el general Díez Alegría, nuestro Jefe del Alto Estado Mayor y Académico de Ciencias Morales y Políticas: él garantiza el rigor científico de la obra al lector español que desconociese al autor.

Pero vale la pena añadir algunos datos más sobre la personalidad del coronel Bauer. Durante la guerra de Liberación española estuvo en nuestra patria como observador neutral y actuó como corresponsal de guerra para varios diarios de Suiza. Gracias a este conocimiento de España pudo captar bien su actitud en la Guerra Mundial a partir de unos meses después de terminar nuestra lucha, que fueron los del comienzo de la internacional. Su obra «La guerra de los tanques», en la misma guerra, está traducido a varios idiomas y tuvo

enorme repercusión en los ambientes militares de las naciones donde se conoce. El general Díaz Alegría expresa su admiración por este libro en numerosos párrafos de su prólogo, destacando el interés de sus apreciaciones técnicas y humanas sobre este aspecto del progreso del arte militar entre 1939 y 1945.

Sus condiciones especiales de espectador excepcional le vienen de pertenecer a un país neutral y haber pertenecido al Servicio Secreto del Ejército suizo, por lo cual tuvo contacto durante la guerra con todos los servicios de información aliados. Así reunió una documentación auténtica que utiliza en su trabajo, tomada de los archivos de todos los beligerantes, consiguiendo llegar a algunos que aún eran desconocidos de los lectores de historia. Según el prologuista, los seis volúmenes de su obra «son fruto de una labor exhaustiva y que será difícil mejorar, a no ser con la aparición de nuevos datos que aún se desconozcan».

Aún destaca el general Díaz Alegría el acierto del autor en «la presentación de los acontecimientos, la clarificación de intenciones, el despojar del ropaje propagandístico a los hechos reales, el concatenar unas con otras las causas que llevaron al desenlace». Por eso concluye que la obra del coronel doctor Bauer será por mucho tiempo la historia definitiva del gigantesco conflicto de 1939 a 1945. De otro modo, nadie se hubiera decidido a publicarla simultáneamente en español, francés, inglés, alemán e italiano, como ahora aparece.

Gracias a los testimonios contradictorios que el coronel Bauer examina, analiza y resuelve en su controvertida historia, llega a formar opinión sobre el discutido conocimiento previo que tuvo Roosevelt del bombardeo de Pearl-Harbour, dejando morir a 1.021 marinos norteamericanos, para arrastrar a la guerra a Estados Unidos. Examina la afirmación de que Mússolini comenzó a traicionar a Hitler en 1941. Investiga por qué paró Hitler el avance de sus panzers frente a Dunquerque, contra la opinión de sus mariscales, permitiendo evacuarse 35.000 soldados aliados. Descubre por qué Stalin no tomó en cuenta el informe inglés sobre la iniciación de la operación Barbarroja, haciendo fusilar al traidor que informaba. Estudia también la posibilidad de que los americanos conociesen previamente el efecto que causarían sus bombardeos atómicos sobre el Japón. Y cada página del texto se documenta en las memorias de los protagonistas de la guerra.

Cada año de guerra ocupa un volumen dedicado a él. Cada capítulo responde a un gran acontecimiento: «Hitler y el golpe de Praga», «La primera ofensiva soviética de invierno», «El día más largo»... Las fo-

tografías, numerosas y de excelente calidad son algo más que mera ilustración, pues argumentan documentalmente el texto. Grandes cuadros sinópticos, a lo largo de los tomos sitúan las fuerzas en presencia en cada batalla. La cartografía con claridad excepcional, determinada por el autor, presentada por dibujantes franceses y ejecutada por cartógrafos alemanes, aclara los relatos en cada momento importante. Las breves biografías de los personajes que entran en acción completan y explican sus hechos con la nota de su Hoja de Servicios y su psicología. Cada volumen tiene una cronología detenida y una bibliografía muy apreciable. Entre sus grandes ilustraciones a todo color, fuera de texto, a doble página están las primeras fotos en color tomadas en un hecho de guerra. Son un hito fotográfico entre las 2.200 fotos que documentan la obra. En ella han colaborado historiadores como Jacques de Nobécourt, el profesor Mario Toscano, David Rousset y especialistas militares como el coronel Rémy, el General Beaufre, Presidente de la Asociación Rhin-Danubio y el General Koenig, vencedor de Bir-Hakeim y jefe de la famosa Segunda División Blindada.

Vale la pena terminar con el párrafo final que el general Díaz Alegría escribe su extenso y laudatorio prólogo :

«Por todas estas razones. Por la de referirse al conflicto más trascendente para la humanidad, tal vez el que podría considerarse en el futuro como separando dos épocas distintas. Porque en este conflicto se manifiestan hasta sus últimas consecuencias todas las causas señaladas como posible origen de nuevas contiendas y que ni las durísimas enseñanzas de aquél han sido capaces de hacer desaparecer en definitiva. Por el esfuerzo del autor en hacer un relato objetivo. Por todo ello, la lectura y la meditación de la obra del profesor Bauer resulta indispensable, si hemos de permanecer alerta ante el peligro y salvaguardar aunque no sea más que la precaria paz, que al menos parte de la humanidad continúa disfrutando en los críticos días que nos ha tocado vivir».—J. M. G.

## OBRAS PUBLICADAS

POR EL

## SERVICIO HISTORICO MILITAR

### *Acción de España en Africa.*

Tomo I: *Iberos y bereberes* (Madrid, 1935), 296 páginas, 16,55 pesetas.

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente* (Madrid, 1941), 295 páginas, 27 pesetas.

Tomo III: *El reparto político de Africa* (Madrid, 1941), 162 páginas, 20,35 pesetas.

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimida. Toda la obra se vende, únicamente, en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, núm. 21.

### *Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).*

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones (Madrid, 1946), 18 pesetas.

### *Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.*

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947). 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general* y *Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

*Historia de las Campañas de Marruecos.*

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos (Madrid, 1947), 59,75 pesetas.

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem (Madrid, 1951), 133 pesetas.

*Campañas del Rif y Yebala.*

Por el General DÁMASO BERENGUER.

Tomo I: El Raisuni y nuestra acción de Protectorado (Madrid, 1948), 337 páginas. (Agotado.)

Tomo II: La ocupación de Xauen y Monte Mauro (Madrid, 1948), 328 págs. (Agotado.)

*Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.*

Un volumen de 56 páginas con grabados y fotografías (Madrid, 1947), 10 pesetas.

*Historia de las armas de fuego y su uso en España.*

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas (Madrid, 1951), 85 pesetas. (Agotado.)

*Nomenclátor histórico militar.*

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas (Madrid, 1954). No está a la venta.

*Acción de España en Perú.*

Un tomo de 557 páginas con ilustraciones (Madrid, 1949), 67 pesetas.

*Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.*

Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general.*

El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas. (Agotado.) (Madrid, 1950).

Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá*.

El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas. (Ago-  
tado.) (Madrid, 1953).

Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico*.

El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas (Ma-  
drid, 1955).

Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central*.

El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas (Ma-  
drid, 1950).

Tomo V y Carpeta de mapas: *Colombia*. (En preparación).

*Campañas en los Pirineos, finales del siglo XVIII (1793-95).*

Tomo I: *Antecedentes*. Ilustrado con grabados y fotografías (Ma-  
drid, 1949), 341 páginas, 66 pesetas.

Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña*, ídem, 682 páginas,  
100 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo III: *La campaña de Cataluña*, ídem, en dos volúmenes,  
380 y 514 páginas, 172 pesetas (Madrid, 1954).

Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales*,  
ídem, 752 páginas, 356 pesetas (Madrid, 1959).

*Catálogo de la Colección histórica documental del Fraile*. (Guerra de  
la Independencia.) (Madrid, 1947 a 1950).

Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras CH a la K, 226 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.

Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

*La guerra de la Independencia* (Madrid, 1966).

Tomo I: *Antecedentes y preliminares*, 483 páginas profusamente  
ilustradas; 400 pesetas para los miembros y organismos del  
Ejército.

Tomo II: (En preparación).

*Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Españo-  
la (1808-1814)*.

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.  
 Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro (Madrid, 1944-1952).

*Europa y Africa entre dos grandes guerras* (Madrid, 1944).

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, núm. 21.

*Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.*

Tomo I: Primer período. 310 páginas, 34,50 pesetas.

Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.

Ilustrados los dos con mapas y planos (Madrid, 1947).

*Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la Guerra*, en el Servicio Histórico Militar (Madrid, 1947).

Un volumen, 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

*Cursos de Metodología y Crítica Históricas*, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

Tomo I: *Curso Elemental* (1947-48). 200 páginas.

Tomo II: *Curso Superior* (1949). 359 páginas.

(Madrid, 1948-1950).

No están a la venta.

*El ataque a través del Canal* (Madrid, 1963).

Un volumen de 602 páginas, con 25 mapas. No está a la venta.

Versión española de la obra de Gordon A. Harrison *Cross Channel attack*, segundo volumen de la subserie «El Teatro de Operaciones europeo», de la enciclopedia «El Ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial», que se publica bajo la dirección de la Jefatura de Historia Militar del Departamento del Ejército.

*Galería militar contemporánea.*

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando* (Madrid,

1953). Con historia de la Orden y relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 387 páginas, 85 pesetas.

Tomo II: *La Medalla Militar*. Primera parte: Generales y Coroneles (Madrid, 1970). Con historia de la condecoración, relaciones de hechos y retratos de los caballeros condecorados en la Guerra de Liberación y División en Rusia, 622 páginas, 350 pesetas.

#### *Tratado de Heráldica Militar.*

Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino (Madrid, 1949). 225 pesetas.

Tomo II: 390 páginas, ídem, 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1951). (Agotado.)

Tomo III: 374 páginas, ídem, 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército) (Madrid, 1959).

Tomo IV: El anunciado como tal, pasó a constituir la obra «Heráldica e Historiales de los Cuerpos».

#### *Heráldica e Historiales de los Cuerpos.*

Tomo I: Infantería (Emblemática del Ejército, de la Infantería y de la Enseñanza Militar. Historia de las Academias Militares. Historiales, escudos y banderas de los once primeros Regimientos de Infantería); 294 páginas, 66 láminas a todo color y 9 en negro. Madrid, 1969.

Tomo II: Infantería. (Historiales, escudos y banderas de los diecinueve siguientes Regimientos de Infantería); 234 páginas, 50 láminas a todo color y 10 en negro. Madrid, 1969. Los dos tomos (inseparables) 2.161 pesetas.

Tirada aparte de 135 láminas a todo color de escudos, banderas y distintivos de Unidades del Ejército, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969). 250 pesetas.

Tiradas aparte del Historial de cada uno de los Regimientos, contenidos en los dos primeros tomos de la obra (Madrid, 1969). 25 pesetas.

#### *Monografías histórico-genealógicas.*

1. Regimiento de Infantería Inmemorial núm. 1, 1965, 22 páginas. 25 pesetas.



2. Regimiento de Caballería Dragones de Santiago núm. 1, 1965, 18 páginas. 25 pesetas.
3. Regimiento Mixto de Artillería núm. 2, 1965, 15 páginas. 25 pesetas.
4. Regimiento de Zapadores para Cuerpo de Ejército, 1965, 24 páginas. 25 pesetas.

*Estudios sobre la guerra de España (1936-39)*

1. *La guerra de minas en España* (Madrid, 1948). Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.
2. *Síntesis histórica de la guerra de Liberación*. 233 páginas, Madrid, 1968 (Servicio Geográfico del Ejército). 25 pesetas.

*Monografías*

1. *La marcha sobre Madrid*. 213 páginas, 18 croquis, 22 láminas de fotograbados, 1.ª edición: Madrid, abril de 1968. 2.ª edición: junio de 1968. 300 pesetas.
2. *La lucha en torno a Madrid, en el invierno de 1936-37*. Operaciones sobre la carretera de La Coruña. Batalla del Jarama. Batalla de Guadalajara. 230 páginas, 19 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.
3. *La campaña de Andalucía*. 242 páginas, 17 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.
4. *La guerra en el Norte*. La campaña de Guipúzcoa. El socorro a Oviedo. La ofensiva sobre Vitoria. La gran ofensiva sobre Oviedo. 295 páginas, 16 croquis, 22 láminas de fotograbados. Madrid, 1969. 300 pesetas.
5. *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*. 320 páginas. Numerosos croquis, documentos y fotografías inéditas. Madrid, 1970. 300 pesetas.

*Boletín de la Biblioteca Central Militar.*

13 tomos para formación de los Catálogos (Madrid, 1945 a 1956). No están a la venta.

*Revista de Historia Militar.*

Un número semestral de 200 a 250 páginas, 75 pesetas.

*Indices de la Revista de Historia Militar.*

Temáticos, cronológicos, de autores, de voces, de recensiones  
(1957-1969), 92 páginas, Madrid, 1970.

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan,  
en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

SERVICIO HISTORICO MILITAR  
BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

*Relación por materias de las obras ingresadas durante el segundo y tercer trimestres de 1967, con su signatura correspondiente.*

572.9 (642)

GAUDIO, Attilio: *Missione Ispano-Africano 1952*. S. l. S. i. Extratto de L'Universo. «Revista dell'Istituto Geográfico Militare», anno XXXII, n. 6, Nov.-Dic. Sig.: VI-11-3-20 (12).

572.9 (= 498.13)

SANTIANA, Antonio: *Los Indios del Ecuador y sus Características Serológicas*. Texto español e inglés. Quito. Ed. Casa de la Cult. Ecuatoriana. 1953. «Boletín de Informaciones Científicas Nacionales», vol. VI, núm. 55, pág. 52-74, junio-julio de 1953. Sig.: VI-11-3-20 (13).

576.1

JIMÉNEZ VARGAS, J.: *El Origen de la Vida*. Madrid. Cográfica. 1967. Sig.: VI-10-7-37.

619:616-006.46 (042)

COLOMO DE LA VILLA, Gabriel: *Discurso correspondiente a la solemne apertura del curso académico 1967-1968...* «Los Virus en el Cáncer de los Animales y del Hombre». Madrid. Al fin: Pap. del Valle. 1967. Sig.: VI-11-1-30.

623.1 (46) (09)

ZAPATERO, Juan Manuel: *La Escuela de Fortificación Hispano-Americana*. Sevilla, S. i. 1966. XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. Separata del vol. 4. Sig.: VI-11-3-20 (14).

623.421.1 (064) (467.11 Montjuich)

MUSEO MILITAR DEL CASTILLO DE MONTJUICH: *Evolución de la Artillería y Segundo Concurso de Dibujos de Tema Militar*. Barcelona. Al fin: Bachs. 1967. Sig.: VI-12-2-11 tripl.

623.451.8 (45) «19»

WINTER, Frank G.: *A History of Italian Rocketry During the 19th Century*. S. I. S. i. S. a. Sig.: VI-11-3-20-(7).

629.113.00467

HERRERA CALVO, Eugenio: *Averías del Automóvil*. Valencia. Imp. J. Domenech. 1967. Sig.: VI-12-2-9.

649.1 :301.185.14 (04)

MEDINA RUBIO, Rogelio: *Aspectos Sociológicos de la Educación de los Hijos*. Madrid. Cográfica. 1967. Sig.: VI-10-7-43.

652.8

NÚÑEZ Y MUÑOZ, Manuel: *Nuevos Métodos Criptográficos. Texto y Atlas*. Sevilla. Lib. e Imp. de Izquierdo y Cía. 1898. Sig.: Museo. 2 vol.

7 (09)

PIJOÁN, José: *Summa Artis. Historia General del Arte*. Vol. XXIII: *Arte europeo de los siglos XIX y XX*. Madrid. Espasa Calpe, S. A. 1967. Sig.: Cat. 4.

711 (851.1) (04)

HARTH-TERRE, Emilio: *Apuntaciones a un plan orgánico para la ciudad de Lima*. Lima. Al fin: Imp. Tall. Gráf. del Ed. Etinsa. 1947. Sig.: VI-11-3-20 (10).

711 (851.1) (045)

HARTH-TERRE, Emilio: *Por el Fuero de una Buena Ciudad*. Lima. Al fin: Imp. Torres Aguirre, S. A. 1946. Sig.: VI-12-2-31.

72 (51) (04)

HARTH-TERRE, Emilio: *Por una Arquitectura Contemporánea que sea nuestra. Los Estudios del Arte Peruano en la Escuela Nacional de Bellas Artes*. Lima. Al fin: Imp. Tall. Gráf. Ed. Etinsa. 1947. Sig.: VI-11-3-20 (11).

739.74

PETERSON, Harold L.: *Las Armas de Fuego*. Traducción del inglés, de Carmen Oiza. Barcelona. Ed. Punto Fijo, S. A. 1966. Sig.: Museo: 30-1967.

75 (Cusachs) (064)

MUSEO MILITAR DEL CASTILLO DE MONTJUICH: *Exposición homenaje al pintor J. Cusachs, 1851-1908*. Barcelona. Gráf. Universidad. 1965. Sig.: VI-11-3-20 (8).

8 (Militares 1.06)

SALAS LÓPEZ, Fernando de: *Escritores Militares Contemporáneos*. Madrid. Ed. Nacional. Imp. Serv. Geog. Ejército. 1967. Sig.: VI-11-3-21.

8.0 (023)

COSIGUINA, Miguel: *Manual de Literatura*. Madrid. Cográfica. 1967. Sig.: VI-10-7-42.

86 (729) De Diego 1.06

ARCE DE VÁZQUEZ, Margot: *La Obra Literaria de José de Diego*. Barcelona. Imp. M. Pareja. 1967. Sig.: VI-12-2-13.

86-1.09

LÓPEZ ANGLADA, Luis: *Caminos de la Poesía Española (Poetas castellanos de hoy)*. Madrid. Cográfica. 1967. Sig.: VI-10-7-44.

86-13.09 «04/14»

GÁRATE CÓRDOBA, José María: *Espíritu y Milicia en la España Medieval*. Madrid. Ed. Publ. Española. Imp. Minist. Inf. Turismo. 1967. Sig.: VI-12-2-12.

86-141

PEMÁN, José María: *Canto a la Eucaristía*. Madrid. Tall. Tip. Esce-licer, S. A. 1967. Sig.: Cat.: 4-1-4 (32).

86-311.3 «1939»

LERA, Angel M.<sup>a</sup> de: *Las Últimas Banderas*. Novela. Barcelona. Editorial Planeta. Tall. Gráf. Duplex. 1967. Sig.: VI-10-2-22.

86-311.6 «1914/18»

FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo: *España Neutral (1914-1918)*. Madrid. Ed. Planeta. Tall. Gráf. Duplex, S. A. 1967. Sig.: VI-12-2-26.

86-311.6 (85) «15»

SENDER, Ramón J.: *La Aventura Equinocial de Lope de Aguirre*. Madrid. Ed. Magisterio Español, S. A. 1967. Sig.: VI-10-7-30.

86-312.5

GARCÍA DE PRUNEDA, Salvador: *La encrucijada de Carabanchel*. Segunda edición. Madrid. Ed. Cid. Gráf. Halar, S. A. 1963. Sig.: VI-10-2-13.

9 «1900/50» (04)

SNYDER, Louis L.: *El Mundo en el Siglo XX 1900-1950*. Traducción del inglés de Francisco Bustelo. Barcelona. E. Labor, S. A. 1960. Sig.: VI-9-1-28.

9 (438) «1939/45»

WOJSKOW Y INSTYTUT HISTORYCZNY: *Wojna Wyzwolenca Narodu Polkiego W Latach 1939-1945*. Rddktor naukowy Ernest Wisniewski. Marszawa. Wydawnictwo Ministerstwa Oborny Narodwej. 1966. Sig.: VI-7-1-18 i 19. 2 vol.

9 (438) «1939/45»

POLSKA AKADEMIA NAUK: *20 Lata Ludowego Wojska Polskiego II, Sesja Naukowa Poswiecona Wojnie Wyzwolenczej Narodu Polkiego 1939-1945*. Warszawa. Wydawnictwo Ministerstwa Obrony Narodowej. 1967. Sig.: VI-11-1-29.

9 (46) «1451-1555»

MILLER, Townsend: *Los Castillos y la Corona. España 1451-1555*. Madrid. Comp.<sup>a</sup> Bibliog. Españ. Imp. Eosgraf, S. A. 1967. Sig.: VI-10-2-23.

9 (46) «18/1936» (04)

CHAVARRÍA, Miguel Angel: *Historia breve de la España contemporánea*. Madrid. Ed. Joker. 1966. Sig.: VI-10-7-31.

9 (46) «1808/939»

PAYNE, Stanley G.: *Politics and the Military in Modern Spain*. London. Osford University Press. 1967. Sig.: VI-11-3-14.

9 (46) «1808/939» (048)

MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO. Madrid. Comentarios al libro de Stanley G. Payne «Politics and the Military in Modern Spain». Madrid. S. i. Sig.: VI-11-3-14.

9 (46) «1931/36»

ARRARÁS, Joaquín: *Historia de la Segunda República Española*. Tomo Tercero. Madrid. Ed. Nacional. Aldus, S. A. 1968. Sig.: VI-11-326.

9 (46) «1936» (047)

ROMERO, Luis: *Tres Días de Julio (18, 19 y 20 de 1936)*. Barcelona. Ed. Ariel. 1967. Sig.: VI-12-2-16.

9 (46) «1936/9»

IBARRURI, Dolores: *Guerra y Revolución en España 1936/1939*. Moscú. Ed. Progreso. 1966. 2 vol. Sig.: VI-12-2-18/19.

9 (46) «1936/9»

MAISKI, I.: *Cuadernos Españoles*. Moscú. Ed. Progreso. S. a. Sig.: VI-12-2-20.

9 (46) «1936/9» (0031)

*Crónica de la Guerra Española*. Publicación semanal ilustrada. Buenos Aires. Ed. Codex, S. A. 1966/67. Sig.: Cat.: 4. Fascículos del 34 al 44.

9 (46) «1936/9» (0031)

*CRÓNICA de la Guerra Española. Publicación Semanal Ilustrada*. Editada por Ed. Codex, S. A. Buenos Aires. Fascículos del 35 al 48. 1966/67. Sig.: Cat.

9 (46) «1936/9» (048)

*CRÓNICA de la Guerra Española*. Publicación Semanal ilustrada. Edi-

90 (46) (058.7)

MORALES PADRÓN, Francisco: *Historiadores españoles de América*. Edición con motivo del IX Coloquio Internacional de Historia Marítima. Sevilla. G. E. H. A. 1967. Sig.: VI-11-3-20 (3).

902.51 (045)

MATILLA TASCÓN, A.: *Cartilla de Organización de Archivos*, 52. Madrid. Tip. Moderna. 1960. Sig.: VI-12-2-4.

902.53 (042).

PESCADOR, María del Carmen: *Biografía del Concepto de Archivo*, 23. Madrid. Al fin: Tall. Tip. Moderna. 1955. Sig.: VI-12-2-6.

902.55 (464.1) Arch. Hist. Nacional: 929.71

JAVIERRE MUR, Aurea y G. DEL ARROYO, Consuelo: *Guía de la Sección de Ordenes Militares*. Madrid. Patron. Nacion. Arch. Hist. Diana, S. A.-S. a. Sig.: VI-11-1-25.

902.55 (468.11) G. de I.

TORRES LANZAS, Pedro: *Archivo General de Indias. Catálogo Cuadro General de la Documentación*. Centro Oficial de Estudios Americanistas... Sevilla. Tip. Zarzuela. 1918. Sig.: VI-13-3-3.

91 (464.1) (026)

AGUIRRE PRADO, Luis: *Eine gut Ausgenutzte Woche in Madrid*. Madrid. Ed. Cronos. Gráf. Monteverde. 1966. Sig.: VI-7-4-31.

91 (467.13) (026)

FÁBREGAS Y BARRI, Esteban: *Lloret de Mar. La Historia Marinera, el Turismo, el Espíritu*. Madrid. Comp.<sup>a</sup> Bibliog. Española. Gráf. Monteverde. 1966. Sig.: VI-10-7-51.

91.042 (646) «1900»

MITJANA, Rafael: *En el Magreb-El-Aksa. Viaje de la Embajada Española a la Corte del Sultán de Marruecos en el año 1900*. Madrid. F. Sempere y Comp.<sup>a</sup> Ed. 1905. Sig.: VI-7-4-30.

91.042 (73) «15/17»

GONZÁLEZ RUIZ, F.: *De la Florida a San Francisco. Los Exploradores españoles en los Estados Unidos*. B. Aires. Ibero-Americana. Tall. Gráf. Semca. 1949. Sig.: VI-12-3-10.



tada por Ed. Codex, S. A. Buenos Aires. Fascículos del 56 al 76. Sig.: Cat.

9 (46) «1936/9» (048)

PALACIO ATARD, Vicente: *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España 1936-1939*. Madrid. Sáez. 1967. Sig.: VI-12-2-17.

9 (46) (0:8)

BASABE, Enrique: *Madre España*. Segunda edición. Salamanca. Publ. «Perficit». 1964. Sig.: III-2179.

9 (46:468.2)

PLA CÁRCELES, José: *El alma en pena de Gibraltar*. Segunda edición. Madrid. Ed. Morata, S. A. Gráf. Clemares. 1967. Sig.: VI-10-7-47.

9 (46:73) «1768/95»

YELA UTRILLA, Juan F.: *España ante la Independencia de los Estados Unidos*. Tomo I: Parte Narrativa. Tomo II: Parte Documental. Lérida. Gráf. Acad. mariana. 1925. 2 vol. Sig.: VI-12-2-24/25.

9 (569.1) (047)

BERNAL DE O'REYLLY, Antonio: *En el Líbano. Cartas-Relaciones sobre la Siria*. Madrid. Est. Tip. Ed. de G. Estrada. 1888. 2 vol. Sig.: VI-10-7-48/49.

9 (596/99)-/1966»

VIETNAM *ayer y hoy*. S. I. S. i. S. a. Sig.: VI-11-3-20 (1).

9 (73) «16/18»

BARBAROUX, C. O.: *Resumen de L'Histoire des Etats-Unis d'Amérique*. Paris. Leconte et Durey, Lib. 1824. Sig.: VI-4-4-20.

9 (866.23) «1763/803»

CASTILLO, Abel-Romeo: *Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII. (Notas para la Historia de la Ciudad durante los años de 1763 a 1803)*. Madrid. Imp. de Galo Sáez. 1931. Sig.: VI-11-3-27

92 (Blasco Ibáñez V.)

RIBELLES PÉREZ, Vicente: *Vicente Blasco Ibáñez*. Madrid. Publ. Españolas. 1967. Sig.: VI-11-1-28.

92 (Darío)

NAVEROS, José Miguel: *Rubén Darío*. Madrid. Publ. Españolas. 1967. Sig.: VI-11-3-20 (6)

92 (Colón) (0031-2)

COLÓN, Cristóbal: *Diario de .....* Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias ¡extractado y manuscrito por Fray Bartolomé de Las Casas! Edición facsímil publicada por Carlos Sanz. Madrid. Gráf. Yagües, S. A. 1962. Sig.: Cat.: 4-1-4 (5).

92 (Colón) (0031-2)

COLÓN, Cristóbal: *Diario de .....* Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias ¡extractado por Fray Bartolomé de las Casas (de la pág. XXX). Edición y comentario preliminar por Carlos Sanz. Madrid. Gráf. Yagües, S. A. 1962. Sig.: Cat.: 4-1-4 (5).

92 (Fernando (46) V): 355.48

VIGÓN, Jorge: *Fernando el Católico el Militar*. Madrid. Ateneo. 1952. Sig.: II-10-9-18 (dup.)

92 (Franco B.)

CARVALLO DE CORA, Esteban: *Hoja de Servicios del Caudillo de España, Excmo. Sr. D. Francisco Franco Bahamonde y su Genealogía y Apéndice a la Genealogía*. Madrid. Imp. Biosca. Ed. Hidalguía. 1967. Sig.: Museo. 2 vol.

92 (Franco B., F.)

CROZIER, Brian: *Franco. A Biographical History*. London. Eyre & Spottiswoode. 1967. Sig.: VI-13-3-7.

92 (Heusinger) (067.5)

*SECURITY and Reduced Tension. On the occasion of the 70th Birthday of General (ret.) Adolf Heusinger*. Germany. Markus-Verlagsgesellschaft. 1967. Sig.: VI-12-2-14.

## 92 (Isabel (46) I)

GALLEGO Y BURÍN, Antonio: *Isabel la Católica*. Madrid. Estades, Artes Gráf. 1957. Sig.: VI-9-1-29.

## 92 (Kennedy, John)

MANCHESTER, William: *Muerte de un Presidente*. 20 de nov. 25 nov. 1963. Traducción del inglés de Luis Carandell. Madrid. Ed. Noguer, S. A. Aldús. Artes Gráf. 1967. Sig.: VI-11-2-31.

## 92 (Kielmansegg) (067.5)

CONSEJO non Imperio: *On the occasion of the sixtieth Birthday of General Johann Adolf Graf von Kielmansegg*. Calogne. Markus. Verlag G. m. b. h. 1966. Sig.: VI-12-2-8.

## 92 (Lezo, B. de) (042)

MUSEO NAVAL. Madrid. *Commemoración bicentenario de D. Blas de Lezo*. Burgos. Imp. Aldecoa. 1941. Sig.: VI-12-2-29.

## 92 (Maldonado, P. V.)

ZÚÑIGA, Neptali: *Pedro Vicente Maldonado, un científico de América*. Madrid. Publ. Españolas. Imp. Samarán. 1951. Sig.: VI-11-3-25.

## 92 (Mina, Marqués de la)

IBÁÑEZ MARÍN, José: *Lusitania y su Primer Coronel*. Madrid. Establ. Tip.: «El Trabajo», 1902. Sig.: VI-11-1-26.

## 92 (Primo de Rivera, J. A.)

DÁVILA, Sancho: *José Antonio, Salamanca y otras cosas...* Madrid. Afrodisio Aguado, S. A. Ed. Lib. Cedesá. 1961. Sig.: VI-10-2-18.

## 92 (Speidel) (067.5)

REMAIN: *To Remain Ready for Action. On the Occasion of the 70th Birthday of General (ret'd) D. Hans Spedidel*. Koln. Markus Verlagsgesellschaft m. b. H. 1967. Sig.: VI-12-2-32.

## 92 (468.5) «18»

PINTO Y DE LA ROSA, José María: *Tinerfeños Ilustres del siglo XIX, Don José María Pintoy Vega, Don Francisco María Pinto de la Rosa*. Zaragoza. Imp. Zap. 1955. Sig.: VI-12-2-34.

929.3:355 (46) (058.7)

OCERÍN, Enrique de: *Indice de los Expedientes Matrimoniales de Militares y Marinos, que se conservan en el Archivo General Militar (1761-1865)*. Tomo II. Madrid. Diana. Artes Gráf. 1967. Sig.: Museo.

929.71 (46) S. F.

LECEA Y CALDERÓN, Manuel de: *La Orden Militar de San Fernando*. Madrid. Hidalguía. Al fin: Diana, Artes Gráf. 1962. Sig.: VI-11-3-20 (15).



|  |     |
|--|-----|
| Evolución y razones históricas de la guerrilla en España, por Ramón Sánchez Díaz . . . . .   | 7   |
| La Hispania indómita: Las guerrillas celtíberas como antecedente para la historia del<br>Ejército español. I., por José María Gárate Córdoba . . . . .   | 21  |
| La situación militar en Aragón en el siglo XVII. II., por José Camón Aznar . . . . .   | 41  |
| Los ministros de Carlos IV frente a la revolución francesa, por Miguel Alonso Baquer . . . . .   | 79  |
| San Martín en la batalla de Bailén, por Tomás A. Sánchez de Bustamante . . . . .   | 101 |
| Ciudad Rodrigo en poder de los ingleses (enero de 1812), por Jean Sarramón . . . . .   | 125 |
| Los barcos hospitales en la campaña de Cuba, por José Torres Medina . . . . .  | 161 |
| Crónica de la Comisión Española de Historia Militar Comparada en el XIII Congreso<br>Internacional de Ciencias Históricas (Moscú, agosto 1970) . . . . . | 187 |